

Brad Ferguson


STAR TREK[®]

Una bandera
tachonada de
estrellas

Lectulandia

James Kirk, nombrado jefe de operaciones de la Flota Estelar, ha dirigido una drástica modernización de la *Enterprise*. Pero, paralelamente, un científico klingon residente de la Tierra ha inventado un ingenio que dejará anticuada a la remozada *Enterprise* incluso antes de su vuelo inaugural: una nave aparentemente sin energía motriz que alcanza velocidades translumínicas y que dejará atrás conceptos como los de hiperespacio, materia y antimateria e incluso la ley de la conservación de la energía. Pero el mayor problema no es científico, es que puede romper el equilibrio de la Federación con el imperio klingon...

Lectulandia

Brad Ferguson

Una bandera tachonada de estrellas

Star Trek - 11

ePUB v.1.0

Huygens 24.04.12

más libros en lectulandia.com

1

El almirante James T. Kirk se detuvo en medio de un paso, con las manos cogidas a la espalda, y miró a través de la transparente pared norte de su despacho de la Flota Estelar, hacia el Golden Gate y el magnífico puente antiguo que se extendía ante él. De no haberse sentido tan impaciente en aquel momento concreto, habría apreciado el tener una visión sin obstáculos de aquel enorme puente, con sus ángulos suavizados por un chaparrón programado apresuradamente. Velada por la lluvia, la vista había adquirido la sutileza de una pintura al óleo, y Kirk sentía una cierta debilidad por ese tipo de cosas. La espartana belleza del puente volvía a estar limpia, como él lo prefería. El fin de semana del 4 de Julio había terminado, y las banderas festivas ya no se veían en sus torres, a pesar de que esos decorados estarían de vuelta para las venideras celebraciones del día del *Apolo*. El despliegue de la antigua bandera de Estados Unidos había provocado las habituales protestas contra el nacionalismo de mente estrecha, pero Kirk veía el simbolismo de aquel estandarte como una profecía: aquellas estrellas estaban destinadas a representar los diferentes estados, pero Kirk pensaba en ellas como estrellas de verdad, como si los diseñadores de la misma hubieran previsto la futura existencia de la Federación de Planetas Unidos y su propia bandera tachonada de estrellas.

Se sintió tentado de maldecir el mal tiempo, pero se contuvo; la lluvia de emergencia era necesaria, y de hecho había sido programada, precipitadamente, en el último minuto, justo a tiempo para retrasar la cuenta atrás del lanzamiento de la *Enterprise*.

Kirk se volvió bruscamente de espaldas al paisaje, avanzó a zancadas hasta su escritorio y pulsó con un dedo pulgar la conexión directa que tenía en su panel de comunicaciones. La imagen del jefe del astillero de la Armada, un gigante escocés de barbas rojas, apareció en pantalla. El gigante estaba vestido con uno de los nuevos uniformes de la Flota Estelar: los «grises pingüino» con peto blanco, como muy pronto habían dado en llamarse.

—Buenos días otra vez, jefe.

—Buenos días, almirante, continúa siendo un día pasado por agua —le respondió Alce MacPherson con un tono tan sombrío como el tiempo atmosférico—. No estamos haciendo otra cosa que mirar la lluvia y ponernos cada vez más nerviosos. El retraso es ya de una hora y cincuenta y tres minutos.

El enorme escocés profirió un resoplido de asco. —¿Situación?

—Preparados y a la espera. Todo está a punto. Tampoco hay problema ninguno con este tiempo horrible; he levantado unos escudos medioambientales, y en cualquier caso el platillo está tan seguro como el monedero de mi abuela. Pero no me importaría fijar la nueva hora de lanzamiento para el instante mismo en que resulte

practicable, señor. Todo esto está acabando con mi paciencia.

Kirk le sonrió débilmente al jefe del astillero, que había puesto su alma en la modernización de la *Enterprise*, tanto como él mismo. En aquel momento, MacPherson parecía estar tan nervioso y lleno de orgullo como un futuro padre.

—Pues ya somos dos. Llevemos a cabo lo que hablamos antes. Calculemos poco menos de catorce minutos, momento en que está programado que cese la lluvia. Enviemos esa sección allá arriba cinco minutos más tarde; el cielo de la ciudad estará lo bastante limpio para entonces. No olvide que hay varios equipos de tracción-presión ahí arriba, que también tienen muchas posibilidades de ponerse nerviosos.

—Me resulta muy fácil creerlo. Les enviaré una señal horaria exactamente dentro de dieciocho minutos. —La voz del hombre se hizo de pronto más cálida—. Almirante, ¿está seguro de que no cambiará de opinión respecto a no venir hasta aquí para asistir al lanzamiento? Todavía hay tiempo más que suficiente para que usted se transporte desde ese extremo a éste de la ciudad, y se reúna con nosotros.

Kirk vaciló. Por mucho que deseara aceptar la oferta de MacPherson —ver en persona cómo la *Enterprise* partía, junto a aquellos que trabajaron con él durante todos los meses que había durado la modernización—, ahora era la nave de Will Decker, y ya era hora de que la dejara marchar. Hacía mucho que había tomado la decisión de observar el lanzamiento desde su despacho, para tenerlo muy en cuenta. La respuesta que le dio al escocés sonó engañosamente indiferente.

—Gracias, Mac, pero ustedes no necesitan que yo ande metiéndome en sus cosas. Me quedaré aquí.

MacPherson asintió con gravedad, como si lo comprendiera.

—Como usted quiera, señor. Bueno, esperemos que los dioses nos sonrían.

—Coincido en eso. Kirk fuera.

—Adiós, señor.

La imagen de MacPherson desapareció cuando Kirk pulsó otro botón.

Las oscuras y elegantes facciones de Uhura ocuparon la pantalla.

—Comunicaciones de la *Enterprise*. —El tono de la voz de la mujer, sereno y estable, desmentía la expectación que Kirk sabía que ella tenía que estar sintiendo. Al ver a su antiguo capitán, Uhura le dedicó una ancha sonrisa—. Almirante, hola. Parece que finalmente la nave va a ponerse en camino, señor. Si esta lluvia para alguna vez.

Kirk reprimió una punzada de envidia y le devolvió la sonrisa.

—Parará, comandante, está en nuestras manos.

—Este puente nuevo es fantástico. Ojalá estuviera usted aquí para verlo, señor —dijo atropelladamente Uhura, y luego vaciló, como si le preocupara haber dicho algo desconsiderado.

Pero la risueña expresión de Kirk no cambió en ningún momento.

—Sí, sé que lo es. Ya lo he visto —le respondió éste con afabilidad—. Déjeme hablar con el capitán Decker, por favor.

—Sí, señor. De inmediato.

—¿Capitán? —dijo Uhura.

Moviéndose con deliberada calma para ocultar la inquietud que sentía, Willard Decker hizo girar su asiento para encararse con la oficial de comunicaciones. Se sentía afortunado por tener en el puente a una veterana como Uhura. La conducta segura de aquella mujer tenía un efecto equilibrador sobre los miembros de la tripulación con menos experiencia... incluido su nuevo capitán. Cuando se había iniciado la cuenta atrás, Decker se alegró de su capacidad para permanecer internamente relajado. Eso había sido antes de la lluvia y la demora.

—Lo llama el almirante Kirk, señor. En la seis.

—Gracias. —Agradecido por aquella distracción, Decker pulsó un botón del panel del brazo del asiento. El semblante de Kirk apareció instantáneamente en la pantalla principal—. ¿Alguna noticia, almirante?

Antes de que Kirk respondiera, Decker estudió rápidamente el rostro del almirante, buscando algún indicio de envidia... cosa que sentiría Decker si sus situaciones fueran inversas. Evocó el momento en que, nueve meses antes, se había enterado de que Kirk acababa de recomendarle para que supervisara las modificaciones de la *Enterprise* como nuevo capitán de la nave. Decker había llamado al almirante al cuartel general para darle las gracias pero, en aquel momento, la respuesta de Kirk lo había desconcertado: «Con toda franqueza, Will, lo envidio. Si yo todavía fuera un capitán, haría todo lo necesario para recobrar el mando de mi nave».

Ahora, sentado en el puesto de mando del puente de la *Enterprise*, Decker entendía perfectamente las palabras de Jim Kirk. Por la forma en que se sentía en aquel momento, sólo una explosión de antimateria podría haberlo apartado de aquella nave, aquel puente, aquella tripulación...

La expresión del almirante era de buen humor, y el tono de su voz tenía un deje que no era de celos, sino de la expectación que el propio Decker sentía.

—Prepárese para recibir la señal horaria de MacPherson, Will. La lluvia deberá cesar dentro de unos catorce minutos. Despegarán ustedes cinco minutos después.

—Comprendido, almirante —respondió Decker, aliviado por el hecho de que la demora no fuese más larga—. Estoy deseando partir, señor.

—Bueno, pues asegúrese de que todas las pequeñas piezas estén en su sitio. Resultaría embarazoso que le sobrara algo cuando haya terminado —dijo Kirk sonriendo.

—Scotty dice que sabe dónde va cada pieza —le respondió Decker, devolviéndole la sonrisa—. Pero gracias por el consejo, almirante.

Durante un momento, ambos hombres fijaron su mirada en la del otro. Los ojos de Kirk reflejaban la misma emoción que Will sabía que brillaba en los suyos: el orgullo y la admiración profundos que sólo un capitán puede sentir por su primer puesto de mando; y entonces, Kirk le dijo de pronto:

—Buen viento, capitán. Kirk fuera.

La pantalla se apagó.

Decker cerró la línea de comunicación y dirigió su atención hacia la parte delantera, hacia el puesto del piloto. En el timón se hallaba el segundo oficial Sulu, que estaba a cargo del perfeccionamiento de los sistemas de dirección.

El antiguo navegante, Pavel Chekov, había abandonado la nave para asistir a la escuela de seguridad de la Flota Estelar, en Annapolis. Decker anhelaba tener a Chekov pronto de vuelta en la nave como jefe de seguridad cuando hubiera acabado el curso.

Puesto que aún no había sido designado el sustituto permanente de Chekov como navegante, la jefe Suzanne DiFalco —la segunda de Montgomery Scott en los sistemas de navegación— le sustituiría durante aquel corto vuelo.

—Jefe —comentó Decker—, confío en que esté preparada para recibir la señal horaria.

—Sí, capitán —respondió DiFalco con voz serena, aunque sus ojos tenían un brillo poco habitual. Hizo una pausa momentánea y luego agregó—: Ya la tengo, señor. El reloj ya está funcionando. Nuestra hora prevista de entrada en el muelle espacial Cuatro ha sido corregida de acuerdo con la nueva hora de partida.

—Trazado el nuevo curso, señor —agregó Sulu.

—Muy bien.

En el puente reinaba ahora la quietud; todo lo que podía hacerse ya estaba hecho, y comprobado y vuelto a comprobar. Decker miró a su alrededor. La mayoría de los que estaban en el puente eran nuevos en la *Enterprise*, asignados a su tripulación durante los seis meses que el platillo había permanecido en el astillero de la Armada. Sin embargo, la nueva tripulación había hallado rápidamente su identidad a bordo de la nave, formando alrededor de los pocos veteranos que aún continuaban en ella, que era exactamente lo que el almirante Kirk y Decker habían esperado que ocurriese. Más o menos lo mismo había sucedido en la sección de ingeniería, donde Scott había distribuido a unos cuantos veteranos entre el nuevo personal entrenado en los últimos métodos de diseño, construcción y mantenimiento de naves espaciales.

Decker dejó escapar lentamente un suspiro silencioso. Había pasado ocho meses preparándose para aquel lanzamiento, pero aquellos pocos minutos finales parecían la parte más larga de toda la espera.

—Bueno, parece que no nos queda nada más que hacer, excepto aguardar. Segundo oficial Uhura, sintonice la estación repetidora local de Mundo Noticias y

pásela a la pantalla principal. Veamos qué están diciendo acerca de nosotros.

—Y ahora sólo quedan un poco más de doce minutos hasta el momento en que está programado el cese de la lluvia —declaró la locutora de noticias Nan Davis, sonriéndoles a los monitores de trivisión. Externamente, los modales de la mujer eran de una naturalidad absoluta, como si para ella fuese una cosa perfectamente natural y corriente el dirigirse a una audiencia que se contaba en millares de millones. Tan natural como respirar, cosa que en aquel momento había olvidado hacer. Al hacer una pausa entre dos frases, recordó respirar lenta y profundamente.

Por dentro, estaba frenéticamente nerviosa. Tras varios meses sin incidentes notables —meses de pasar inadvertida, había pensado Nan— dentro de Mundo Noticias, le habían concedido finalmente una oportunidad enorme: la oportunidad de cubrir el lanzamiento de la *Enterprise*. Si a los productores les gustaba lo que vieran, su contrato de un año a prueba se transformaría en permanente. Si no les gustaba... sería hora de actualizar su historial profesional.

Lo cual, por cómo estaban marchando los acontecimientos aquella mañana, probablemente tendría que hacer mucho más pronto de lo que había esperado. Durante las últimas dos tormentosas horas había estado intentando llenar el tiempo de transmisión con datos informativos que repetía varias veces de formas distintas. Era su primera transmisión a escala mundial, y se estaba yendo al garete.

Maldita lluvia.

—Puede que el tiempo sea terriblemente malo en el exterior —continuó Nan, alegremente, con su sonrisa profesional intacta—, pero aquí estamos cómodos y secos, en los estudios de San Francisco, y con nosotros tenemos a nuestros invitados especiales, la almirante Timothea Rogers, del servicio de prensa del alto mando de la Flota Estelar, y el capitán de la Flota Estelar, actualmente retirado, Robert April, que fue el primer oficial al mando de la nave estelar *Enterprise*.

Ambos invitados hicieron una inclinación de cabeza hacia los monitores cuando sus nombres fueron mencionados. April era un hombre de elevada estatura, aspecto distinguido, unos ochenta años de edad y con una elegante melena blanca; iba informal pero pulcramente vestido con ropas civiles.

Rogers llevaba puesto el uniforme de la Flota Estelar, y presentaba una expresión severa, casi amedrentadora. Sus cabellos lacios y entrecanos enmarcaban un rostro alargado que parecía poco habituado a sonreír. Cuando Nan había recibido a la almirante aquella mañana, sintió un soplo frío proveniente de uno de los respiraderos del estudio... ¿o había sido simplemente un producto de su imaginación al contemplar los formidables rasgos fríos de Rogers? Había esperado que Rogers fuera una mujer reservada... «Nogura la llama vulcaniana», le había comentado confidencialmente el ayudante que había fijado la cita... pero la reserva vulcaniana era una cosa, y la conducta de Rogers, algo muy diferente. La mujer irradiaba toda la

personalidad y calidez de una escultura de hielo; y Nan supo con descorazonadora certidumbre, al estrechar la mano de la almirante, que Rogers iba a estar absolutamente espantosa en la pantalla tridimensional.

Hasta aquel momento, la entrevista había demostrado que tenía razón. La almirante Rogers se había mostrado adecuadamente receptiva a lo largo de toda la transmisión, pero con su hábito de citar datos estadísticos tras datos estadísticos con aquella voz inexpresiva y carente de inflexiones, resultaba tan simpática como una fiebre inflamatoria rigeliana.

—Para los que acaban de sintonizarnos —continuó Nan—, la cuenta atrás para el despegue de la sección de mando modernizada de la *Enterprise*, el «platillo», ha sido suspendida durante dos horas a causa de la lluvia que ordenó a primeras horas de esta mañana la gobernadora de California, Sarah Meier. La lluvia era necesaria para ayudar a extinguir un pequeño incendio forestal que comenzó aproximadamente al amanecer cerca de la ciudad de Mill Valley, al norte de San Francisco. Se nos ha informado de que el fuego ya está apagado y que los daños causados a las propiedades de la localidad son mínimos.

Nan, Rogers y April se encontraban sentados en el pequeño estudio que había montado durante la noche el equipo de Mundo Noticias. El telón de fondo animado consistía en un campo de estrellas en movimiento dominado por un artístico diseño del aspecto que tendría la *Enterprise* cuando las renovaciones hubiesen tocado a su fin. El decorado tenía buen aspecto, mejor que el que habitualmente conseguía obtener el director artístico de Mundo Noticias con el apretado presupuesto de que disponía. Nan se había sentido muy satisfecha con el estudio cuando lo vio aquella misma mañana, y había interpretado su elegancia como un buen augurio.

Pero eso había sido antes de conocer a Rogers.

Bien por los augurios.

—La Flota Estelar ha retrasado el lanzamiento hasta inmediatamente después del cese de la lluvia —le explicó Nan a la audiencia—, por temor a que las turbulencias de los motores de impulso de la sección de mando pudieran convertir el tiempo en algo más tormentoso de lo que desea el Control del Tiempo Atmosférico.

El dispositivo que tenía en un oído, zumbó.

—La Flota Estelar acaba de informarnos de que la sección de mando de la *Enterprise* despegará cinco minutos después del cese previsto de la lluvia... dentro de quince minutos. —No pudo ocultar del todo ante los monitores el alivio que la invadió.

Alentada, se volvió ligeramente en el asiento para encararse con April. En absoluto contraste con Rogers, el capitán April era el sueño de un entrevistador: animado, cordial, relajado y, lo más importante de todo, un hombre interesante. Si, evitando que se notara demasiado, podía concentrar en él el tiempo restante...

—Capitán, parece que volvemos a ponernos en camino. Dígame, como primer capitán de la *Enterprise*, ¿cómo se siente respecto a verla renacer?

April sonrió, dejando al descubierto un destello de dientes blancos enmarcados por su piel bronceada.

—Muy orgulloso, señorita Davis, verdaderamente muy orgulloso. Todavía me siento como si formara parte de esa nave; pasé mucho tiempo a bordo de ella, ya sabe. Sin embargo, los cambios tecnológicos desde que la *Enterprise* fue lanzada por primera vez han sido considerables.

Nan le devolvió la sonrisa con total sinceridad y luego, poniendo cuidado en ocultar su renuencia, se volvió a mirar a Rogers.

—Almirante, ¿puede contarnos algo sobre esos cambios tecnológicos? Por ejemplo, respecto a los nuevos motores hiperespaciales. ¿Es verdad que son tan potentes que habrían destrozado a la antigua *Enterprise*?

Rogers frunció sus finos y pálidos labios como con disgusto.

—Bueno, sí, supongo que sí —respondió secamente—. Si quiere usted expresarlo en esos términos. Los nuevos motores hiperespaciales generan una potencia seis veces superior a la de los antiguos, y una tensión semejante habría constituido un problema para la vieja *Enterprise*. No obstante, el nuevo diseño...

—Eso nos lleva a plantear otra pregunta, capitán April —se apresuró a decir Nan, antes de que Rogers pudiera continuar hablando. La almirante cerró la boca y le dedicó a Nan una fija mirada de suspicacia—. ¿Por qué renovar la *Enterprise* en lugar de construir un crucero completamente nuevo?

—Bueno, señorita Davis —comenzó April—, según tengo entendido, ese nuevo diseño incorpora tanta tecnología nueva que ni siquiera podrá finalizarse en...

—La decisión fue tomada por la Flota Estelar por dos razones —le espetó Rogers. Poniendo cuidado en apartar el rostro de la invisible audiencia, Nan le lanzó una mirada asesina.

Rogers fingió no darse cuenta.

—El dinero y el tiempo. Las renovaciones de la *Enterprise* costarán sólo un 62,6 por 100 del precio de construcción de un crucero totalmente nuevo, y el trabajo habrá finalizado un año antes. El tiempo también se vio reducido al encargar el proyecto a nuestra gente de Operaciones de la Flota Estelar. Puesto que todo ha funcionado tan bien con la modernización de la *Enterprise*, Operaciones se hará cargo de todos los proyectos de renovación de las naves de la Flota Estelar a partir de este momento.

—Fascinante —comentó débilmente Nan. Si Rogers tenía intención de sacar a relucir el tema, muy bien podía seguir formulándole preguntas e intentar matar aquellos quince minutos—. ¿Quién es el responsable de los cambios?

—El almirante James Kirk fue designado para la dirección de Operaciones de la Flota Estelar hace ocho meses. El plan de renovación es obra suya.

—Pero ¿no suelen hacerse las reparaciones y demás trabajos de ese tipo en órbita, dentro de muelles especiales? —le preguntó Nan—. Por lo general no se desmontan secciones de la nave, ¿no es así? ¿Por qué se le separó a la *Enterprise* la sección de mando y se la hizo descender a la superficie para realizar las renovaciones?

Rogers hizo un brusco movimiento de cabeza.

—Antes de ahora, la Flota Estelar siempre había realizado ese tipo de trabajo en el entorno microgravitacional de que dispone ampliamente en la órbita. Sin embargo, el almirante Kirk determinó que algunos de los trabajos de renovación se llevarían a cabo con mayor eficiencia en un campo gravitacional. Él creyó que podríamos ahorrar una cantidad sustancial de tiempo y dinero si realizábamos en tierra la mayor parte de los trabajos de la sección de mando.

—¿Y no resulta incómodo trabajar en un campo gravitacional?

—No cuando uno está pintando, tendiendo cables o fijando moquetas, entre otras muchas actividades. El almirante Kirk sabía que los principales generadores de gravedad de la *Enterprise* no entrarían en funcionamiento hasta un momento bastante avanzado del proceso de renovación; de hecho, comenzaron a funcionar tan sólo la semana pasada. Hemos ganado una enorme cantidad de tiempo al no esperar hasta que la sección de motores estuviese acabada antes de comenzar las renovaciones sustanciales en el platillo. A pesar de que la sección de mando dispone de unos generadores de gravedad propios, más pequeños, no tienen por finalidad el funcionar de manera continuada durante meses. Así que aprovechamos el generador de gravedad más grande de las proximidades inmediatas: la propia Tierra.

—Esa técnica de construcción ha sido definida como revolucionaria. ¿Es ésa una afirmación exacta? —preguntó Nan.

—Es... algo sin precedentes —repuso fríamente, Rogers.

Nan asintió con la cabeza.

—Comprendo. ¿Y qué se prevé que sucederá a continuación?

—Los trabajos de la sección de mando están casi acabados —le contestó Rogers—. Como ya he dicho, la Flota Estelar pensó que la mayor parte de los trabajos que debían realizarse en el platillo...

La sala de control extrajo un gráfico de la *Enterprise* generado por computadora y lo proyectó en el aire. Unas flechas parpadeantes señalaban la sección de mando con su forma de platillo.

—... podían ser realizados con mayor rapidez, comodidad y con un coste más barato si las operaciones eran llevadas a cabo en tierra. La sección de máquinas, por otra parte...

Las flechas se desplazaron rápidamente desde la sección de mando a la indicada.

—... requería ser renovada en órbita. Para empezar, la sección de máquinas no puede aterrizar. En un proceso que nosotros llamamos «separación del platillo», la

sección de mando se separa del resto de la nave y, mediante su propia potencia de impulso, puede reunirse con una nave de rescate o realizar un aterrizaje de superficie.

En todas las pantallas tridimensionales, aparecieron chispas de luz alrededor del cuello de la *Enterprise*, y la nave dio la impresión de ser decapitada por un verdugo invisible. La sección de mando voló en dirección a un planeta entre verde y azul.

—Sus espectadores recordarán que la *Enterprise* regresó de su histórico viaje de cinco años a principios del año pasado —continuó Rogers con voz monótona—. Hace seis meses, un grupo de especialistas en estructuras separó el platillo y lo condujo hasta el astillero de la Armada, en San Francisco. Allí es donde ha permanecido desde entonces, ocupando cuatro naves de reparaciones.

La sala de control cambió a una toma en directo del astillero de la Armada, la parte oriental del cual estaba dominada por la sección de mando de la *Enterprise*. Los monitores tridimensionales manejados por control remoto captaron la lluvia que iba disminuyendo y rebotaba en los escudos que protegían el platillo del mal tiempo. La humedad del aire se había condensado sobre los escudos normalmente invisibles. Se superponían los unos con los otros, con un exquisito aspecto de finas placas de cristal transparente dispuestas como tejas por encima del platillo, protegiéndolo.

—¿Cuándo cree que estará concluido todo el trabajo, almirante? —le preguntó Nan.

—Dentro de un año más. Tras un viaje de prueba, la *Enterprise* volverá al servicio activo para continuar con su pacífica misión de exploración.

Nan inclinó la cabeza.

—Volviendo a lo que va a ocurrir dentro de poco, ¿será difícil volver a unir las dos partes de la nave?

—No, no particularmente —le contestó Rogers—, pero es sin duda un trabajo que exige la máxima precisión. El platillo entrará en órbita, alcanzará el muelle espacial Cuatro, y luego será llevado a la posición correcta por los equipos de tracción-presión. El hacer coincidir correctamente el platillo con la sección de máquinas requerirá un manejo cuidadoso... pero nuestra gente es ducha en ese tipo de cosas. Ya estamos comenzando a pensar en el diseño de naves que permitan la más fácil recuperación del platillo, pero eso todavía está por venir.

Ya sólo faltaban unos pocos minutos. Dos o tres preguntas más, y el temporal habría pasado... pero Nan se sintió repentinamente perdida. ¿Quedaba alguna pregunta que no hubiese formulado ya una docena de veces? Medio segundo antes de que la pausa se transformara en algo violento, se le ocurrió finalmente una en la que no había pensado antes, una cuya respuesta requeriría más de una frase.

Agradecida por la inspiración, la formuló.

—¿Trabjará el almirante Kirk en algún otro futuro proyecto de renovación similar a éste, almirante Rogers?

Aquello sería respondido afirmativamente, según toda probabilidad, cosa que conduciría a preguntar qué proyectos y, con un poco de suerte, al final de la entrevista.

—No tengo ni la más mínima idea. —El tono de Rogers se había hecho tan frío como un invierno plutoniano. Tras aquel estallido de locuacidad, se quedó muda como una piedra.

Aquella reacción inesperada empujó a Nan a un bien disimulado pánico. Allí estaba, la peor pesadilla de un entrevistador: el no saber qué preguntar, el quedarse completamente sin preguntas, sin siquiera una brizna de conversación vana. Nan parpadeó y miró a su otro invitado en busca de ayuda, pero incluso el habitualmente entusiasta capitán April parecía intimidado.

Tras otro instante de lúgubre silencio, Nan se dio por vencida y se volvió a mirar al monitor que tenía más cerca. Con la esperanza de que la sala de control conseguiría encontrar a tiempo algo adecuado, dijo:

—Volveremos de inmediato después de unos consejos.

«Si todavía tengo un puesto de trabajo.»

Al otro lado del continente, una imagen tridimensional parpadeó en el rincón de un aula de clase de un colegio de enseñanza secundaria, en la interminablemente reedificada sección Chelsea de Nueva York.

Joey Brickner, inclinado con un codo sobre el pupitre, la mejilla aplastada contra el puño cerrado, apartó los ojos de la pantalla y miró el cielo gris suavizado por la lluvia. El lanzamiento de la *Enterprise* no despertaba en él interés alguno, ni siquiera por la razón práctica de que el profesor lo creía importante y podría utilizar parte de la información en el siguiente examen o pedir trabajos sobre el tema.

En aquellos días, a Joey le preocupaba muy poco el colegio. De hecho, no había nada que le preocupase mucho excepto sus ensoñaciones. Más que nada en el mundo, lo que quería era que las cosas volvieran a ser como antes de que Jase se pusiera enfermo.

Nada era como debía haber sido.

Eran los comienzos de julio, y él debería haberse encontrado en cualquier otro lugar que no fuera un aula; hacía tres semanas que había comenzado un nuevo año escolar después de sólo dos semanas de haber acabado el anterior. ¿Quién había oído hablar jamás de que alguien comenzara las clases en el mes de junio? Oh, era un honor ser aceptado en aquella clase experimental, le decía constantemente su madre. Un verdadero honor, especialmente a la edad que él tenía. Todos los otros padres y madres estaban desesperados por conseguir que sus hijos ingresaran, porque la clase daba resultados.

Sí. Un verdadero honor. Una gran cosa. Excepto que él tendría que haber estado

de vacaciones. Tendría que haber estado jugando con Jase. Durante un momento, dio rienda suelta su imaginación: él y su hermano menor estaban fuera, jugando a klingons y federales con pistolas fásicas de agua. Empapándose con la lluvia y los disparos a corta distancia de cada uno.

Jase reía, mientras los cabellos color zanahoria se le tornaban castaño rojizos y se le aplastaban contra el cráneo a causa de la lluvia. Joey cerró los ojos y las comisuras de la boca se le elevaron ligeramente mientras él intentaba satisfacer a su imaginación obteniendo una imagen perfecta. Jase habría tenido seis meses más en aquel momento, habría sido seis meses más alto, hasta el mentón de su hermano mayor. Sí, hasta el mentón. Joey casi sonrió.

«¡Eh, Joey!» Jase estaba en el exterior del aula de clase, blandiendo su pistola fásica de juguete, con la piel debajo de sus pecas —muchísimas pecas, más de las que Joey había visto jamás en una sola persona, incluido él mismo—, encendidas de un rosado brillante mientras el niño reía convulsivamente de algún chiste privado, casi doblado en dos. «¡Eh, Joey, eh...!»

—Brickner —le susurró Ira Stoller desde el pupitre que tenía inmediatamente detrás—. ¡Eh, Brickner!

Stoller hincó una rodilla contra la parte trasera del pupitre de Joey y comenzó a empujar con fuerza en el área precisa del riñón derecho de Joey.

Joey volvió la cabeza y los ojos en dirección a Stoller, vigilando por la periferia de su campo visual para asegurarse de que el profesor no se había dado cuenta. Cuando Stoller adoptaba aquel tono, uno podía tener la seguridad de que estaba a punto de decir algo que los metería a ambos en problemas. Pero el profesor —una persona viva, real, no un programa de inteligencia artificial— continuaba mirando fijamente la pantalla con aire distante. Tenía una expresión pensativa en su rostro de piel morena, a pesar de que el programa de noticias había sido reemplazado por el anuncio publicitario de un antiácido. Los demás estudiantes comenzaban a volverse en sus asientos para susurrar con sus compañeros. Incluso los dos preferidos del profesor, Ricia Greene y Carlos Siegel, habían agachado las cabezas y estaban hablando entre sí en voz seria y baja. Probablemente hablaban, de entre todas las cosas del mundo, sobre el lanzamiento.

Stoller sonreía malévolamente. Era alto —dos cabezas enteras más alto que Joey— y flaco, todo rodillas y codos. Tenía una vena animada, loca en su naturaleza... a veces demasiado loca; no respetaba nada ni a nadie, cosa que incluía al profesor. Pero después de las primeras semanas de clase, Joey agradecía cualquier atención; la mayoría de los estudiantes contaban quince años, y no querían tener nada que ver con un chico de trece. Especialmente con un chico de trece años que era bajo incluso para su edad.

—¡Eh, Brickner! Si Tarzán y Jane fueran unos cara de cerdo, ¿qué sería *Chita*?

Joey puso los ojos en blanco. «Cara de cerdo» era el término con que Stoller denominaba a los talleritas; Stoller sabía más nombres insultantes para denominar a los alienígenas de los que Joey había imaginado que existieran. Tras volver la cabeza apenas lo justo como para poder mirar a Ira, Joey le susurró por entre las comisuras de la boca:

—Será mejor que sea bueno.

—Sería la otra mujer —contestó Stoller, que continuaba clavándole la rodilla en la espalda y hacía caso omiso de la mueca de dolor de Joey—. Si Tarzán y Jane fueran un par de liebres, es decir, vulcanianos, ¿qué sería *Chita*?

—Una mona aburrida —sugirió Joey.

—Una alienígena con un *master*.

Joey negó con un leve movimiento de cabeza.

—No es gracioso.

—Si fueran unos cabezas de tortuga... —comenzó a decir Stoller mientras sus ojos se entrecerraban con malicioso deleite.

Con una punzada de culpabilidad, Joey le echó un nervioso vistazo al profesor, que había apartado los ojos de la pantalla tridimensional y ahora estaba mirando por la ventana con aire ausente, sin darse cuenta, al parecer, del creciente ruido de la clase.

—Si fueran unos cabezas de tortuga —insistió Stoller, que parecía disfrutar repitiendo el término y observando la reacción consternada de Joey—, ¿qué sería *Chita*?

—Me doy por vencido —le susurró Joey.

—Una niña prodigio. —Stoller se reclinó en el asiento, satisfecho de sí mismo.

Joey cerró los ojos con todas sus fuerzas e intentó, lo intentó de verdad, no echarse a reír; pero a pesar de la pecosa mano pálida que se apretó sobre la boca, se le escapó una risilla aguda.

Aquello pareció despertar al profesor de sus ensoñaciones. El doctor G'dath levantó la mirada, frunció el ceño —aunque en realidad, con el reborde óseo protuberante que le arrancaba desde justo por encima de los ojos y le subía hasta la coronilla, resultaba difícil estar seguro de ello—, y dijo, en una voz alta y retumbante:

—Las actividades anteriores al almuerzo pueden apreciarse mejor en silencio.

Todo movimiento, todo sonido —excepto los de la pantalla tridimensional— cesaron. Al igual que todos los otros estudiantes de la clase, Joey se sentó mirando al frente, cruzó las manos sobre el pupitre, fijó los ojos en la pantalla y dedicó —bueno, fingió dedicar— toda su atención al anuncio publicitario. Stoller dejó de clavarle la rodilla en el riñón.

El profesor, el doctor G'dath, no repitió la advertencia, ni siquiera amenazó. No tenía que hacerlo.

Era un klingon de pura raza —un cabeza de tortuga, para emplear la terminología de Ira Stoller—, y tanto Joey como todos los demás estudiantes le tenían un miedo mortal.

Al otro lado de la ciudad, en unas habitaciones mal conservadas de la embajada klingon, otro klingon —uno por cuya sangre corrían antepasados humanos— observaba cómo G'dath y sus alumnos miraban las noticias en trivisión. A pesar de que era oficialmente parte del personal de la embajada, Keth y su subordinado Klor tenían una sola responsabilidad: observar al físico klingon G'dath. Desempeñaban su trabajo sin tener casi ningún contacto con la población humana de la Tierra, y muy poco contacto con el embajador y el resto del personal de éste, para asegurarse de que la embajada pudiera negar toda responsabilidad sobre cualquiera de las acciones de Klor que pudiese ser considerada como «cuestionable» por parte de los humanos o del alto mando klingon.

Después de semanas de vigilar a G'dath, a Klor le resultaba difícil creer en la acusación. ¿Cómo podía ser peligroso para el imperio un profesor de enseñanza secundaria? ¿Especialmente un profesor de niños humanos? Era ridículo el que un klingon estuviera impartiendo clases a niños humanos. Pero ¿peligroso?

Incluso la investigación privada que estaba realizando G'dath —según lo poco que habían podido averiguar al respecto—, tenía muy poco significado para Klor. No obstante, el imperio había ordenado la vigilancia, cosa que Klor llevaba a cabo fielmente. Siempre había estado ansioso por demostrar quién era ante su pueblo, en gran medida a causa de que su madre era el fruto de la unión entre un guerrero klingon y una prisionera humana de uno de los mundos fronterizos. Todos decían que su abuelo, el viejo K'Marrh, tenía que estar loco para enamorarse de su cautiva y tomarla como consorte... y aún más loco por criar a la hija de ambos, la madre de Klor, como legítima y perteneciente a la clase de los guerreros. Sin embargo, ella había hecho un buen matrimonio con otro guerrero y dado a luz a Klor.

Y Klor había pasado la mayor parte de su corta vida intentando demostrarle al imperio que él era un klingon leal, un auténtico guerrero, deseoso de derramar su sangre. Había trabajado duramente para demostrar que era el mejor, el más rápido, el más inteligente de todos.

Pero la flota imperial estaba decidida a no dejarse impresionar, y le había negado a Klor un ascenso tras otro, lo había apartado de la batalla, le había dado los cargos menos deseables... como el que estaba desempeñando ahora. No era adecuado para alguien perteneciente a la clase guerrera el permanecer sentado durante todo el día vigilando las actividades de otros. Lo adecuado para un guerrero era el actuar.

Los labios de bronce oscuro de Klor se sumieron en una fina línea ante aquel pensamiento; se removió en el incómodo asiento cuando sus músculos se rebelaron ante la inactividad. Con la esperanza de aliviar su aburrimiento, alargó una mano y

pulsó un botón emplazado en la parte baja de la pantalla mediante la cual vigilaba a G'dath. La imagen cambió inmediatamente a la que estaba mirando la clase: la cobertura que Mundo Noticias estaba haciendo del lanzamiento de la *Enterprise*. Normalmente, a Klor no le molestaba —de hecho, le gustaba secretamente— el observar la clase. Su educación se había visto en cierta medida cercenada por razón de su herencia sanguínea, y pensaba que G'dath era un conferenciante de interés. Klor se encontraba con que estaba aprendiendo cosas, cosas que probablemente no eran ciertas dado que se decía que G'dath estaba loco. Pero de todas formas resultaba interesante escucharle, y acabó dedicando más tiempo al estudio de aquella pantalla, a costa de las demás.

Oyó pasos a sus espaldas. Klor hizo girar su asiento y se puso en pie, firme. Detrás de él se encontraba su superior, Keth, un varón alto, de rostro de halcón y ojos extrañamente penetrantes. Klor se enorgullecía de no acobardarse nunca ante aquella mirada.

—¿Algo de qué informar? —le espetó.

Era de modales bruscos, casi hoscos, pero Klor no lo tomaba a mal. Sabía que la razón del descontento de su superior no provenía del hecho de que estuviese trabajando con el nieto de ojos azules de una humana; lo más notable era que Keth nunca había hecho referencia a ese particular. En cambio, Klor sabía que el malhumor de Keth era debido a que recientemente se había encontrado con el desfavor político. Keth, tras pasar muchos años honorables al timón de una pequeña nave caza, había sido mancillado por un pariente que se atrevió a hablar sin disimulo en los ámbitos políticos, y sugerir que se realizara un esfuerzo de mayor buena fe para alcanzar la verdadera paz con la Federación.

Klor se sentía unido a su superior: tanto él como Keth habían sido destinados a aquella misión poco envidiable debido a las culpas de la familia.

—Nada, superior.

Keth inclinó la cabeza para echarle una feroz mirada a la pantalla que Klor tenía junto al codo derecho.

—¿Y por qué está usted mirando las noticias de trivisión a costa del Imperio?

Klor se sobresaltó, culpable, ante aquella pregunta, pero logró recobrar un tiempo, e incluso pensar en una mentira plausible.

—La clase del exilado G'dath estaba mirando esta transmisión en particular, superior. Deseaba observarla cuidadosamente para comprender por qué revestía ese particular interés para él.

Keth gruñó una frase de aceptación.

—¿Hay alguna otra noticia referente a la unidad de circuitos integrados que encargó?

—No, superior.

—Hmmm. —Keth se llevó una mano a la afilada barbilla y se la acarició—. Usted ha dicho que los datos que figuraban en la factura eran vagos, en lo referente a las funciones de esa unidad de circuitos integrados, ¿verdad?

—Sí, superior, pero lo que sí indicaban era que se trataba de un diseño propio.

—¿Algo más digno de mención?

Klor aprovechó la oportunidad para demostrar su valía.

—El diseño de la unidad de circuitos integrados tiene que ser bastante complicado. Según la factura detallada, Custom Electronics necesitó varias semanas para fabricarlo. La factura en sí ascendía a una suma considerable.

Kethladeó la cabeza hacia Klor y arqueó una de sus gruesas cejas con interés.

—¿De verdad? ¿Más de lo que G'dath podría pagar?

Klor negó con la cabeza.

—No, pero la suma dejó casi agotados sus ahorros. Fue el equivalente del sueldo de varios meses.

Durante un momento, no más, los ojos de Keth se iluminaron con la luz de la mente de un brillante estratega en pleno trabajo.

—En cuanto lo reciba, asegúrese de notificármelo de inmediato. Nuestras órdenes son muy claras; si construye con él cualquier cosa de valor, debemos apoderarnos de ella al instante.

—¿Y también de G'dath? —preguntó Klor un poco a la ligera, mientras sus ojos se apartaban brevemente del oscuro rostro de Keth para mirar la pantalla.

Estaba hablando una almirante de la Flota Estelar, una mujer cuyo tono era tan monótono como el tiempo que hacía fuera de aquel claustrofóbico apartamento. Los dos klingon la escucharon durante varios segundos, y luego Klor cambió la imagen de vuelta a la sala de clase y aumentó el volumen.

Por fin, Keth apartó su atención de la pantalla.

—Por supuesto. —La luz de sus ojos se apagó bruscamente al darse cuenta de que cualquier esperanza íntima que hubiese abrigado era inasequible y, cosa tremendamente insólita en él, profirió un pequeño suspiro cansado. Luego, sin decir ni una palabra más, Keth se volvió en redondo y regresó a la otra habitación que le servía de alojamiento.

Klor interpretó aquel suspiro como nostalgia, cosa con la que estaba muy familiarizado: Keth había dejado a una esposa y unos hijos, y la misión de aquel momento no le permitía establecer comunicación directa con su familia. Pero ambos eran guerreros; Klor no podía permitirse el lujo de compadecerse a sí mismo. Ya llegaría el momento en que pudiera demostrar su valía ante el imperio, y ganar por fin reconocimiento por sus propios esfuerzos más que por la herencia que le habían dejado sus ancestros.

Devolvió su atención a la clase de G'dath y, sin oír lo que allí se decía, profirió

también él un suave suspiro.

2

La vicealmirante Lori Ciana se encontraba sentada en su despacho del almirantazgo, mirando el vuelo a través del circuito cerrado de vídeo de la Flota Estelar. No había conseguido convencerse a sí misma para mirar la cobertura que estaba haciendo Mundo Noticias; mientras que Bob April le caía verdaderamente bien y ella lo consideraba un amigo, no podía soportar el escuchar a Timothea Rogers. Ya era bastante malo que, como parte del personal interno de Nogura, tuviese que tratar con Timothea. Malditas las ganas que tenía de verla también en una pantalla tridimensional. Estaba perpleja respecto al porqué de que Nogura, el estratega más diestro que ella había conocido, permitía que Rogers representara a la Flota Estelar en trivisión. Especialmente en una ocasión tan importante como aquélla.

Ciana cerró el volumen de la pantalla y acarició dubitativamente con los dedos los controles de su panel de comunicaciones durante unos segundos. La indecisión era algo nuevo para ella, algo que había aprendido durante los últimos ocho meses.

Meses antes, Jim Kirk y Ciana habían estado trabajando juntos como diplomáticos oficiosos. Era una situación ideal: Jim estaba lo bastante activo como para negar cualquier acusación de haberse convertido en burócrata... y Lori le había prometido que, al cabo de uno o dos años, si él la ayudaba a conseguir lo que quería, ella recomendaría que él recobrar el mando de la *Enterprise*. En el entretanto, ella aprendía de él. Aprendía cuándo confiar en sus instintos y cuándo no hacerlo. Aprendía diplomacia. La suficiente diplomacia, pensaba ella, como para obtener la recomendación de Nogura para el puesto que anhelaba: aquel vínculo entre la Flota Estelar y la Federación.

Pero Nogura no estaba de acuerdo. Después de ocho meses, ascendió a Kirk a jefe de Operaciones y le encargó la modernización de la *Enterprise*. Fue un movimiento brillante: la oportunidad de volver a trabajar cerca de su amada nave estelar había absorbido completamente a Jim. Pero ¿se le había ocurrido que después de todos aquellos meses de duro trabajo tendría que entregarle la *Enterprise* a otro?

Lo que sin duda era el motivo por el cual Nogura había puesto ahora a Operaciones a cargo de la modernización de todas las naves. Si Kirk tenía que perder una vez más a la *Enterprise*... bueno, sería mejor darle una sustituta. Digamos, la *Endeavor*. Después de todo, Lori no era una sustituta muy buena en aquellos días...

Detuvo el pensamiento. Era verdad, abrigaba sentimientos profundamente amargos hacia Nogura. A Kirk le había entregado la *Enterprise*, pero a ella no le había dado nada... ni una recomendación para un cargo diplomático, cosa que significaba pocas probabilidades de alcanzar algún día su máximo sueño: una nave embajadora. El puesto de diplomática se evaporó, y a pesar de que Nogura nunca le había dado una explicación, ella conocía el porqué: sencillamente no confiaba en la

capacidad de juicio de ella. Sin la ayuda de Kirk, no. A lo largo de los meses, llegó a darse cuenta de que ya había obtenido todo lo que podría conseguir en su vida, que durante el resto de su existencia estaría trabajando para el jefe del alto mando de la Flota Estelar. Jim apenas había advertido la creciente decepción de Ciana; estaba demasiado absorto en su preciosa nave.

Ella estaba acostumbrada a conseguir lo que deseaba de la vida. No sabía cómo manejar aquella situación.

Apartó la mano del panel de comunicaciones. Como esposa devota, habría tenido que llamar a Jim para darle apoyo moral... pero ella nunca había sido particularmente devota. Se había retirado y Jim ni siquiera se había dado cuenta. Si lo llamaba ahora sólo conseguiría sobresaltarle, y la conversación resultante sería incómoda.

Aquella vacilación en llamar a su propio esposo era una mala señal, y Lori lo sabía. Jim Kirk ya no la necesitaba. En un sentido, ambos se habían decepcionado: él no tenía nave, y ella no tenía un puesto diplomático. Ahora miraba a Kirk y veía su propio fracaso.

La forma en que él la miraba también había cambiado; su expresión era un poco más ceñuda, un poco más distante, más preocupada. Más vieja. ¿Vería Kirk en ella el fracaso de su propio deseo de recuperar el antiguo mando?

Tal vez ella podría aprender a manejar su propia decepción, pero no podía sentarse ociosamente y observar cómo esa decepción se apoderaba también de Jim.

«Ni un día más. Tú solías ser capaz de tomar decisiones, ¿no? Ya es hora de que tomes una. Al diablo con la oportunidad.»

Pulsó un botón del panel de comunicaciones y llamó, no a Kirk, sino al despacho de Heihachiro Nogura. El ayudante debía estar fuera del despacho, pensó Lori, porque le respondió el propio Nogura a la primera llamada.

—Lori —le dijo con simpatía, casi paternalmente, como el bisabuelo de cabellos blancos que era en realidad.

«Como si todos fuéramos aquí una gran familia feliz —pensó irónicamente Ciana—. Bueno, Heihachiro, eso está a punto de cambiar.»

Con toda certeza, por la expresión de ella, Nogura tuvo que haber percibido la agitación que la invadía. Era inútil intentar ocultarle los sentimientos a aquel hombre. Él siempre había leído su rostro con gran facilidad, con una facilidad excesiva. Leía los rostros de todos, y sabía lo que sentían antes de que lo supieran ellos mismos.

No obstante, si percibió la angustia de ella, no lo dejó entrever. Su rostro redondo y de huesos delicados permaneció compuesto, con una benigna expresión de buena voluntad.

Nogura leía el rostro de los demás, pero nadie podía leer el de Nogura.

—Lori, ¿cómo van las cosas? ¿Ha hablado últimamente con Jim?

El hombre hablaba de una forma tranquila y cordial, pero Lori podía percibir un

reproche que acechaba en aquella voz.

Ella no le sonrió a modo de saludo.

—No. No he hablado con él en toda la mañana. Pero necesito hablar con usted, almirante.

Las finas cejas plateadas de él se elevaron un milímetro, no de sorpresa —Ciana no podía recordar haber visto jamás al almirante de la Flota con expresión de asombro—, sino interrogativamente.

Ciana respondió antes de que él formulara la pregunta.

—¿Recuerda la conversación que mantuvimos hace algunas semanas... respecto a que yo debería tomar en consideración el hacer una visita a los nuevos asentamientos humanos más alejados...? Bueno, pues ya lo he pensado. Quiero realizar el recorrido completo, independientemente del tiempo que se requiera para ello.

Meses, por lo menos. Ambos lo sabían.

Se produjo una larga pausa mientras Nogura estudiaba la cara de ella e interpretaba lo que estaba oculto detrás de la expresión compuesta y ligeramente desafiante.

—Ya veo —le respondió con suavidad. Ciana no dudaba de que fuese cierto—. ¿Está enterado Jim de esto?

—Todavía no. Se lo diré esta noche. —No: «Estaba pensando en decírselo esta noche». No, nada de echarse atrás. Miró fijamente a los oscuros y ancianos ojos de Nogura, y aguardó a que él intentara convencerla de que no tomara aquella decisión.

—¿Y cuándo tiene intención de marcharse?

—Lo antes posible —respondió Ciana—. Esta misma noche, si puedo arreglarlo todo. En cualquier caso, abandono el departamento a partir de esta noche.

Nogura apartó la vista, asintió pensativamente con la cabeza una sola vez, y miró a Ciana a los ojos.

—Lori, creo que debería usted saber que voy a darle a Jim un nuevo destino... lo pondré a cargo de las relaciones públicas con la prensa. Tenía pensado decírselo esta tarde, después del almuerzo. Reemplazará a Timmie Rogers.

—¿Por qué está contándome eso ahora?

—¿Podría esperar, Lori? ¿El que usted... le diga a Jim lo de su decisión? —El tono de la voz de Nogura era dulce, casi implorante.

Ciana enrojeció; sintió un calor colérico en la garganta y las mejillas. «¿Asustado, Heihachiro? ¿Le preocupa que yo pueda complicarle las cosas? ¿Que Jim recobre la lucidez y se dé cuenta de cómo ha estado manipulándole desde el principio?» En un destello, lo vio claro: Nogura la había utilizado a ella como un señuelo inconsciente para atraer a Kirk al almirantazgo, para sacarlo de la *Enterprise*.

—Nos ha utilizado a los dos —susurró, sin apenas darse cuenta de que estaba expresando sus pensamientos en voz alta—. Nos arrojó a los dos en el mismo sitio,

contando con que caeríamos el uno en brazos del otro.

Y lo peor de todo, ella era tan culpable como Nogura —también ella había utilizado a Jim para intentar conseguir aquel puesto diplomático—, pero había sido franca al respecto. Miró con ardiente ferocidad a Nogura.

Un destello de triste emoción cruzó el rostro del anciano y desapareció. Imposible: Ciana se convenció de que lo había imaginado hasta que oyó el débil rastro de dolor en el tono calmo y regular del almirante.

La miró a los ojos sin parpadear.

—Yo la conozco desde que era una niña, Lori. Conocía muy bien a sus padres. Pensaba que comprendía usted el grado de cariño y respeto que siento por usted. Y había esperado que a estas alturas me hubiese perdonado por no darle ese destino diplomático que quería. —La voz aumentó de volumen, muy ligeramente; aún era regular, pero ahora el dolor era inconfundible—. ¿Le resulta tan difícil de creer que siempre he tenido en el corazón los mejores deseos en interés de usted y Jim? Yo pensaba que ustedes dos eran felices...

La garganta se le tensó peligrosamente al oír aquellas palabras. Lo interrumpió antes de perder la resolución.

—No lo somos. No puedo esperar para comunicarle la noticia a Jim, almirante. Me marchó. Creo que los dos sabemos que será mejor que yo me marche de este despacho durante algún tiempo. —«Y que también me aleje de usted.»

—Ya veo —volvió a decir Nogura. Vaciló, y durante un breve instante, Ciana tuvo la sensación de que no sabía qué decir. Se miró las manos que tenía cruzadas, y cuando levantó la mirada, agregó—: Muy bien, Lori. Tome las disposiciones que sean necesarias.

—Gracias, señor —le contestó ella secamente, sin siquiera tomarse la molestia de intentar darle a la frase un tono sincero. Estaba a punto de cortar la comunicación cuando Nogura volvió a hablar de pronto, sorprendentemente.

—Lori... lo siento mucho. De verdad.

Ella no supo si estaba compadeciéndola por su relación con Jim, o disculpándose por la forma en que los había utilizado. Tal vez ambas cosas; en cualquier caso, la pesadumbre que reflejaba su rostro era tan genuina que Ciana le creyó. —También yo —le respondió con un susurro, y cerró el canal.

Kirk miraba por la ventana mientras el chaparrón iba cesando lenta y suavemente. El puente se veía ahora con total nitidez, y los peatones y ciclistas comenzaban a atravesarlo otra vez.

Se oyó un golpe de llamada en la puerta.

—Adelante —respondió él.

La puerta se deslizó silenciosamente a un lado y el segundo oficial Riley asomó la

cabeza al interior. A los veintinueve años, Kevin Riley parecía mucho mayor que el joven que Kirk había contratado como jefe de personal, en parte a causa de la barba marrón dorada muy corta que ocultaba un rostro de bebé. Pero el cambio que se había operado en él era más profundo que la mera apariencia. A lo largo del año anterior, Riley había madurado hasta transformarse en un oficial competente, y Kirk se alegraba de haberlo escogido.

Sin embargo, durante la última semana, Riley se había mostrado cada vez más preocupado, distraído, insólitamente propenso a olvidar los detalles. Kirk sospechaba la existencia de algún problema personal, quizás incluso la recurrencia de aquel que había llevado a Riley hasta el punto de casi renunciar durante la primera semana en el puesto. Riley no ofrecía ninguna información relativa a su vida privada, y Kirk no fisgoneaba; simplemente se resignaba a ser paciente.

Tampoco él mencionaba sus propios problemas con Lori, aunque sin duda Riley habría advertido que la vicealmirante Ciana ya no pasaba por el despacho de Kirk y raras veces lo llamaba. A Kirk, Riley le caía bien y lo respetaba, pero no eran amigos. Las únicas dos personas en las que Kirk confiaba lo bastante como para comentar ese tipo de cosas estaban a varios mundos de distancia.

«Aunque confío en Lori, por supuesto», pensó Kirk, sintiendo una punzada de culpa. Ciertamente, estaba lo bastante unido a ella como para tenerle confianza. O al menos lo había estado.

—¿Almirante? —preguntó Riley en un tono inusualmente manso. Bajo sus ojos se veía el suave comienzo de dos medias lunas oscuras—. Con su permiso, voy a ir al área de recreo para ver el lanzamiento en directo. He pensado que quizá le gustaría acompañarme. La vista no puede ser mejor.

Kirk dio media vuelta y miró a Riley mientras pensaba en la oferta. Una vez que el platillo abandonara el suelo, la nave pertenecería oficialmente a Will Decker. En aquel momento, la responsabilidad directa de Kirk sobre la *Enterprise* cesaría al fin, un largo, largo fin. Había planeado permanecer en su despacho y observar el lanzamiento en el trivisor, pero... maldición, tenía que verla partir con sus propios ojos.

Era lo correcto. Después de todo, en otra época había sido su novia.

—Muy bien —repuso Kirk—. Será mejor que nos demos prisa; no queda mucho tiempo.

—De acuerdo, señor. Tengo un ascensor retenido en esta planta.

—Estaré con usted de inmediato.

Kirk revolvió apresuradamente en uno de los cajones del escritorio y sacó de él un antiguo comunicador modelo almeja, por si Decker o MacPherson necesitaban hablar con él en el último momento. Había pasado bastante tiempo desde que Kirk había utilizado el aparato por última vez, y en el ínterin la Flota Estelar lo había

cambiado por un modelo de pulsera más compacto y eficiente. Los comunicadores antiguos, de todas formas, eran compatibles con los nuevos. Se había llevado consigo aquél en particular al final de la misión de cinco años, y lo había conservado posteriormente como recuerdo. Kirk se lo colocó en el cinturón, cerca de la parte trasera de la cintura, bajo la chaqueta del traje gris pingüino.

Se encaminó hacia el estante de libros sobre el que tenía a *El Viejo Amarillo*, un armadillo embalsamado que conservaba como mascota y recuerdo, y le golpeó suavemente la coraza tres veces para que le diera buena suerte.

—Hola, Jimmy —dijo el armadillo con una voz profunda y dulce que sonaba como de Texas.

—Todo en orden —dijo Kirk—. Vámonos, señor Riley.

Él y Riley salieron del despacho y avanzaron por el corredor hacia la zona de los ascensores, donde entraron en el que estaba detenido.

—Azotea —ordenó Kirk. La puerta se cerró emitiendo un suspiro y, con una sacudida muy leve, se pusieron en camino.

Riley se tambaleó al recobrar el equilibrio.

—A veces me pregunto qué sucedería si yo estuviese en una de estas cosas y fallaran los amortiguadores de inercia.

—Pasta de dientes con sabor a Riley —repuso Kirk, sin mirar a Riley a los ojos. No estaba de humor para conversaciones frívolas. Finalmente lo había golpeado el pleno impacto de la pérdida de la *Enterprise*... y por alguna extraña razón aquello le había hecho pensar en Lori, como si también ella estuviera alejándose de él, escapándosele de las manos.

Riley alzó una ceja y apartó la mirada.

Kirk suspiró, instantáneamente arrepentido.

—Supongo que hoy me siento abatido. Lo siento.

—No tiene importancia, almirante —le respondió Riley en voz baja—. También yo voy a echarla de menos. Los dos hemos pasado mucho tiempo a bordo.

Kirk contempló ociosamente el indicador del suelo que contaba el piso ducentésimo y lo pasaba rápidamente.

—Ya lo creo que lo hemos hecho, comandante —dijo en voz baja—. Ya lo creo que lo hemos hecho.

—Azotea —anunció el ascensor, y la puerta se abrió deslizándose a un lado.

El Almirantazgo era enorme, lo bastante enorme como para que el alto y ahusado edificio tuviera una gran cima plana que albergara pistas de tenis y balonvolea, una pista para correr, una piscina y otras instalaciones de atletismo. La totalidad del área estaba cubierta por una cúpula de aluminio transparente que protegía la zona de recreo de los aullantes vientos y permitía que se la utilizara, fuera cual fuese el estado del tiempo. Aquella zona no se habría mojado en absoluto con la lluvia de la mañana

aunque no hubiese tenido la protección de la cúpula, puesto que la cumbre del Almirantazgo estaba muy por encima de la capa de nubes.

Aquella mañana, la principal actividad que se desarrollaba en la azotea no era deportiva, sino que los presentes se dedicaban a contemplar la vista. Kirk y Riley avanzaron rápidamente hasta el extremo sur del área recreativa, y se reunieron con una pequeña multitud de empleados de la Flota Estelar que ya se encontraban allí.

Kirk advirtió que las nubes que estaban inmediatamente por encima de la ciudad ya habían desaparecido, y dejó que su vista vagara hacia el sureste, donde se encontraba el astillero de la Armada. Desde aquella altura descomunal, en un día perfectamente claro Kirk habría podido ver a más de trescientos kilómetros en cualquier dirección. Sin embargo, a causa de las nubes bajas que flotaban sobre la zona, la visibilidad de Kirk quedaba limitada principalmente a un San Francisco que no parecía haber cambiado mucho desde finales de los años mil novecientos, aunque El Gran Temblor de mediados del siglo XXI había derribado la antigua ciudad y la mayor parte del territorio circundante.

Mientras que los pueblos y ciudades más pequeñas de los alrededores de San Francisco habían desaparecido, la ciudad en sí había sido penosamente reconstruida en el curso de los veinte años siguientes. El crecimiento que San Francisco había sufrido desde la reconstrucción se había mantenido principalmente bajo tierra. Sub-San-Fran, la ciudad subterránea, penetraba bajo tierra más de veinte plantas en algunas zonas de la ciudad, y continuaba excavándose siempre a mayor profundidad y más extensamente.

—Buenos días, caballeros —dijo una voz engañosamente suave.

Kirk y Riley se volvieron como un solo hombre. De pie cerca del borde de la cúpula y mirando hacia la ciudad, había un hombre bajo, de estructura delicada, y muy anciano: el almirante supremo de la Flota Estelar, Heihachiro Nogura.

—¿Va a regalarme hoy una nueva nave, Jim? —Las plácidas facciones de Nogura se animaron con una sonrisa.

Kirk también le sonrió.

—Sí, señor. En cualquier caso, un buen trozo de una. El resto de ella estará lista dentro de poco.

—Espero ese día con impaciencia. ¿Sabe una cosa, Jim?. Cuando su propuesta para la renovación de la *Enterprise* llegó a mi escritorio, yo tenía ciertas dudas. Ha pasado mucho tiempo desde que construimos alguna parte significativa de nave estelar en la Tierra, en lugar de hacerlo en órbita.

—Ya lo sé, señor.

Nogura asintió con la cabeza.

—Honradamente, no creía que pudiera hacerse... al menos no dentro de los límites de coste y tiempo que usted sugería.

Kirk se encogió de hombros, interiormente impacientado. Aquel acontecimiento era para él algo solemne, y los halagos de Nogura parecían curiosamente inapropiados, como un chiste en un funeral. Quería aguardar en silencio a la *Enterprise*, quería prepararse para decirle adiós.

—Está funcionando.

—Usted lo ha hecho funcionar —declaró Nogura—. Usted está consiguiendo que el trabajo sea acabado a tiempo y dentro del presupuesto. Tuve que remendar en más de una ocasión nuestras deterioradas relaciones políticas con los altos oficiales de Construcción; no les gustó que les quitara de las manos a la *Enterprise*. Pero usted ha realizado un excelente trabajo, y nadie discute los resultados... al menos no se atreven a discutirlos conmigo. En un momento futuro lo haré más formalmente, pero ahora acepte mis sinceras felicitaciones. Buen trabajo. —Nogura le tendió la mano.

Kirk se la estrechó.

—Gracias, almirante. Acepto esas felicitaciones no sólo para mí, sino también para los equipos en órbita, que han estado rompiéndose el... quiero decir, que han estado trabajando muy duramente para cumplir con el plazo.

—Por supuesto. —Nogura miró al cielo con aire de expectación—. Kevin, ¿tiene usted un crono?

—Sí, señor. Humm, está a punto de llegar, dentro de diez minutos y treinta segundos exactos.

—En ese caso, caballeros, miremos el espectáculo.

El cielo sureste de la ciudad estaba ahora despejado. Kirk podía ver toda la urbe hasta el astillero de la Armada, y distinguía claramente la enorme forma del platillo dentro del mismo. Aquí y allá, en las zonas abiertas de la ciudad, se habían reunido numerosos grupos de personas. Al mejorar el tiempo, la gente había salido en muchedumbre al exterior. Y aglomeraciones aún más grandes estaban ya reunidas en la línea costera de la bahía, al este de la ciudad.

—Realice la cuenta atrás a partir de diez, señor Riley —pidió Kirk.

—Sí, almirante. Faltan trece segundos exactos. —Riley hizo una pausa y luego comenzó a contar.

A los cinco segundos exactos, el aire que había en torno al extremo de popa de la sección de mando, donde estaban emplazados los escapes de los motores de impulso, comenzó a rielar. El polvo voló alrededor del platillo cuando los poderosos impulsores de su vientre se aclararon la garganta. Kirk cerró los ojos durante un momento e imaginó el puente en ese momento, y vio mentalmente la silenciosa tensión y la calma profesional.

—Cero —dijo Riley por fin.

«Propulsores al máximo», pensó Kirk. Una de las manos de Kirk se cerró momentáneamente, como si estuviera aferrándose al brazo de una silla.

La sección de mando de la *Enterprise* se elevó verticalmente del suelo, muy despacio. Las patas de aterrizaje se retrajeron suavemente al interior de la cubierta, sacudiéndose el polvo de la Tierra de los abultados extremos. La sección en forma de platillo continuó elevándose.

Y por primera vez en medio año, la *Enterprise* se ponía en marcha, volvía a convertirse en una criatura del espacio.

—Se mantiene estable, capitán —informó Sulu—. Altitud actual cincuenta metros. Subiendo, según programa.

—Comience a hacerla girar a estribor —le ordenó Decker.

—Sí, capitán —contestó Sulu, y tocó un rápido toque de retreta en el panel de mandos. El curso que seguirían iba a llevarlos en torno a San Francisco por el camino más largo. Los astilleros de la Armada estaban situados en el extremo sureste de la ciudad. El platillo saldría primero en línea recta hasta la bahía y luego se dirigiría hacia el norte a lo largo de la línea costera oriental de la metrópolis, pasando por China Basin y North Beach. Luego giraría hacia el norte por encima de Fisherman's Wharf y navegaría por los cielos que estaban justo después de la Marina y el antiguo presidio, donde se alzaba el Almirantazgo. Después de eso, el platillo atravesaría el Golden Gate, continuaría hacia el oeste y se colocaría en posición para saltar a la órbita.

—Capitán, estamos a trescientos metros —informó Sulu—. Altitud de nivel uno. Continuamos ganando altitud hacia nivel dos, estado satisfactorio. Esperando nivel dos.

—Ajuste los escudos para la aerodinámica —le dijo Decker—. Motores de impulso a una décima. Continúe ganando altitud hasta nivel dos. Reduzca los propulsores. —Una décima parte del impulso total era todo lo que Decker ordenaría hasta que el platillo se hubiera apartado de la ciudad.

Algo superior a eso haría estremecer ventanas y causaría molestias a varios millones de tímpanos.

Sulu conectó suavemente los motores de impulso e hizo girar al platillo, sobre la bahía de San Francisco. La dirigió hacia el norte por el noroeste y, según las órdenes recibidas, permitió que el platillo continuara elevándose.

—Echemos una mirada hacia abajo, timonel —pidió Decker.

—En pantalla, capitán —respondió el interpelado—. Esta es una vista hacia abajo y en dirección babor. Aumento dos.

Decker pudo ver a la gente que se encontraba reunida a lo largo del lado este de San Francisco. Sacudían las manos, los brazos, banderas, chaquetas, e incluso sábanas. Una de cada dos personas parecía estar utilizando una cámara para grabar el lanzamiento. La muchedumbre parecía estar divirtiéndose bastante. «Bueno, también

yo», pensó Decker, a la vez que luchaba por contener una sonrisa.

El ver todas aquellas cámaras en uso le recordó algo a Decker. En aquel momento el sol estaba alto en un cielo brillante; la parte inferior del platillo quedaría oscurecido por la sombra.

—Encienda todas las luces de navegación —le dijo a DiFalco—. Dejemos que vean quiénes somos.

—Luces de navegación a plena potencia, capitán —respondió DiFalco mientras pulsaba un botón.

La repentina aparición de las potentes luces obtuvo una instantánea y entusiástica respuesta por parte de la muchedumbre que estaba en tierra, cuando el orgulloso nombre y número de la *Enterprise* se hizo repentinamente visible. Decker ya no pudo ocultar por más tiempo la sonrisa. «Kirk tenía razón respecto al lanzamiento —pensó, feliz—. No hay nada como esto. ¡Nada!»

—Ésta es una vista hacia abajo y a estribor, capitán —dijo Sulu.

La escena de la pantalla cambió y se acercó más por efecto de un zoom para mostrar grupos de gente igualmente feliz que se encontraba en las lindes de los espesos bosques del área de New Oakland.

«Nos están aclamando incluso en Berkeley —comentó Decker para sí—. ¡Yo creía que todos esos «nuevos humanos» odiaban la Flota Estelar! ¡Fan-tás-ti-co!»

—Ángulo de visión adelante y abajo, por favor —pidió Decker, y Sulu obedeció.

La pantalla mostraba ahora la increíble extensión de bosques de secuoyas de Marin County y, más al norte, una gruesa e intacta alfombra blanca de nubes que se extendía hasta los límites de la visión. Decker buscó en vano la mancha de bosque ennegrecido dejado por el incendio de la mañana. Mill Valley estaba a sólo unos diez kilómetros al norte del Golden Gate, pero el área estaba oculta bajo una persistente capa de nubes bajas. Sin embargo, Decker creyó poder distinguir diminutas motas que revoloteaban por encima de lo que tenía que ser la zona quemada.

El platillo pasó por entre las torres del enorme y gris Bay Bridge al este de Rincon Hill, y giró hacia el oeste mientras continuaba ganando altitud. Luego pasó directamente por encima del centro recreativo de la isla de Alcatraz. Al mirar hacia el área de ejercicio, Decker vio a varios cientos de personas vestidas con el uniforme a rayas de los presidiarios, que blandían réplicas de armas de fuego hacia el platillo. A juzgar por los cuerpos que había desparramados por el suelo, aparentemente estaban en medio de otro motín recreativo. Decker nunca había comprendido la atracción de Alcatraz como centro de vacaciones —él prefería hacer surfing más abajo en la misma costa, en los alrededores de Big Sur—, pero la gente de la isla parecía estar pasando un buen rato.

Ahora el platillo estaba aproximándose al presidio.

—Almirantazgo a babor —anunció DiFalco.

—Señor Sulu, ganemos un poco más de altitud —ordenó Decker—. Quiero que lleguemos a la altura de la azotea. Prepárese para dar una vuelta en torno al edificio.

Trabajando al unísono, Sulu y DiFalco llevaron suavemente la sección de mando al mismo nivel de la cumbre del edificio, en torno a la cual comenzaron a describir un círculo.

—Máxima lentitud —continuó Decker—. Sulu, echemos una mirada al área recreativa... Haga un travelling. Veamos si podemos reconocer a alguien.

—Sí, señor —repuso Sulu—. Vista de travelling. Aumento tres.

Un aumento tres era suficiente para conseguir que los rasgos de las personas del área recreativa fueran perfectamente visibles. La sección de mando estaba aproximándose al lado norte del Almirantazgo, pero la gente que estaba en ese sitio de la azotea era relativamente escasa y Decker no vio a ningún conocido.

Cuando el platillo pasó el extremo sur, la multitud más numerosa que estaba allí apareció ante su vista. «El almirante Nogura —pensó Decker con deleite—. Y justo al lado de él, Jim Kirk. Estamos recibiendo toda una despedida.»

—Timón, aminore un poco la velocidad cuando pasemos ante el almirante Kirk —ordenó Decker—. Navegante, mientras lo hacemos, haga parpadear las luces en un saludo de capitán.

DiFalco hizo lo ordenado y el capitán contempló la imagen mientras Nogura, Kirk y los demás integrantes de la muchedumbre les devolvían el saludo a la manera antigua: llevándose las yemas de los dedos de una mano a la ceja, de forma lenta al subirla y más rápidamente al bajarla. A Decker le pareció que Kirk mantenía el saludo durante más tiempo que los demás, aunque sólo fuese durante una fracción de segundo. Dentro de la Flota Estelar, los saludos militares hechos con la mano, muy raramente ofrecidos a alguien, significaban una cortesía muy relevante.

Tras uno o dos minutos, DiFalco informó:

—Capitán, ya hemos dejado atrás el Golden Gate y ahora nos estamos aproximando a Point Bonita.

—Perfecto —replicó Decker, y se repantigó en su asiento—. Señor Sulu, dejémonos de perder tiempo. Llévenos hasta el punto de partida. Motores de impulso a plena potencia.

—Motores de impulso a plena potencia —repitió Sulu a modo de acuse de recibo.

La multitud de espectadores estaba dispersándose, pero Kirk continuaba mirando mientras el platillo iniciaba su larga carrera hacia el Pacífico. Nogura observaba a Kirk. Los dos hombres permanecieron allí, callados, incluso después de que el platillo hubiese desaparecido en la limpia vastedad cobalto del cielo occidental.

—Ha sido una bonita partida, Jim —comentó finalmente Nogura—. Impresionante.

Los ojos de Kirk no se apartaron del horizonte. —Sí, señor. Sin duda lo ha sido.

—¿La hecha de menos?

La brusquedad de la pregunta de Nogura desconcertó a Kirk al principio, pero dio media vuelta y se obligó a mirar al anciano almirante fijamente a los ojos mientras le respondía.

—Tengo un buen trabajo, almirante —le contestó—. No me quejo. De hecho, tengo que comenzar con la renovación de la *Endeavor*. Todo está a punto, por supuesto, pero he aprendido muchísimo del proyecto de la *Enterprise*. Creo que podré reducir el factor tiempo todavía más.

—Mmm... —fue el único comentario de Nogura, y la mirada que le echó a Kirk puso de manifiesto que se daba cuenta de que Kirk no había respondido a la pregunta formulada, pero que no iba a insistir para que lo hiciese—. De hecho, tenemos que hablar de eso, Jim. En mi despacho. ¿Tiene un minuto?

La frase no sonaba como una orden directa, pero Jim conocía bien a Nogura. Lo conocía lo suficientemente bien como para adivinar por el tono de su voz que el almirante de la Flota realmente quería hablar de otra cosa que no era la *Endeavor*.

—Desde luego, señor.

Mientras seguía a Nogura y Riley, Kirk se sintió extrañamente leve, como si —al igual que en el caso de la *Enterprise*— se hubieran roto todas las ataduras a la Tierra, y ya no hubiese nada que lo retuviera allí.

3

Para economizar combustible y reducir al mínimo el desgaste y la tensión sobre los motores de impulso, la sección de mando de la *Enterprise* describiría tres calmadas órbitas ascendentes para alcanzar el muelle espacial Cuatro. G'dath no tenía planeado mantener a la clase sentada allí durante casi cuatro horas y media mientras el platillo realizaba ese recorrido. En cuanto Mundo Noticias confirmó que el platillo había llegado sano y salvo al punto de partida y que estaba ascendiendo hacia la órbita, G'dath se levantó y ordenó al aparato de trivisión que se apagara.

—Confío en que todos hayan aprendido algo de esta transmisión —dijo G'dath. La mayoría de los estudiantes asintió rápidamente con la cabeza ante aquella frase, pero algunos no reaccionaron... el caso más notable de los cuales fue Joey Brickner, que estaba contemplando el día soleado a través de la ventana, con aire ausente.

G'dath se sentía decepcionado. Había abrigado la esperanza de que la conversación mantenida con la señora Brickner hubiese sido transmitida al hijo de ésta, y que eso provocaría un cambio en la actitud de Joey. Un estudiante klingon, en circunstancias similares, habría sabido prepararse para ser puesto a prueba por su profesor a la primera oportunidad... y G'dath había observado, durante los años que llevaba dando clases en la Tierra, que los estudiantes humanos no eran muy diferentes. Tal vez, se dijo, Joey estaba mirando por la ventana con el fin de ordenar sus pensamientos, de reflexionar sobre lo que había aprendido. En cualquier caso, G'dath había decidido averiguarlo.

—Señor Brickner —intervino el profesor, señalando a su víctima—, por favor, póngase de pie y cuéntenos todo lo que ha aprendido de este interesante acontecimiento.

Tuvo buen cuidado de emplear lo que él consideraba un tono muy tranquilo. Aunque no hubiera sido un klingon, el tono imperioso de su voz habría intimidado a cualquiera. Profunda y resonante, llenaba el aula de clase y no dejaba espacio para otra identidad. El inglés no era el segundo idioma de G'dath; era el undécimo, y lo hablaba perfectamente, con acento norteamericano. A su llegada a aquel planeta, se había enterado de la creencia de los terrícolas respecto a que todos los klingon tenían voces roncas y ásperas. Por lo tanto, se había tomado el trabajo de educar la suya, así que ahora parecía la de un actor que había aprendido impostación y dicción con una sucursal americana de la Royal Shakespeare Company.

Quedó inmediatamente claro que las reflexiones del muchacho nada tenían que ver con el lanzamiento de la *Enterprise*. El desdichado Brickner estaba en pie, cambiando nerviosamente su peso de un pie a otro, y con su semblante pálido y cubierto de pecas teñido de rojo. Durante un momento miró con desamparo a G'dath, la boca abierta y los ojos también abiertos de par en par. Cuando recobró la voz,

preguntó con timidez:

—Eh, ¿podría repetir la pregunta, doctor G'dath?

Al comienzo de la frase, puede que dos o tres estudiantes profirieran risillas contenidas, pero ahora en el aula reinaba un silencio mortal. Cualquier estudiante que se atreviera a reírse de otro se encontraría con que su propia preparación sería puesta a prueba.

—No, no puedo —le respondió G'dath.

El hecho de que Brickner no respondiera a la primera llamada de atención significaba que estaba sucediendo algo grave, ya fuese en su situación personal, o con su actitud. G'dath tomó nota mental de hablar más tarde con el muchacho al respecto. En el entretanto, advirtió que Carlos Siegel estaba asintiendo con la cabeza, y tenía una expresión pensativa, absorta. Por lo que hacía a su habilidad para sacar deducciones y abstraer, Siegel era el mejor estudiante de la clase.

—Por favor, siéntese, señor Brickner. Señor Siegel, ¿puede contarnos algo?

Joey Brickner se dejó caer en su asiento, aplastado por la derrota, y Siegel, un joven de cabello oscuro y piel olivácea, de quince años de edad, se levantó. A pesar de toda su brillantez intelectual, Siegel era innegablemente tímido y detestaba hablar ante la clase, aunque G'dath podía ver que intentaba con gran ahínco ocultar su nerviosismo.

—Da la impresión de que la Flota Estelar tenga una prisa horrorosa por tener el asunto terminado —comentó en una voz tan baja que todos los demás tuvieron que esforzarse para oírlo—. Esa señora habló de ahorrar toda clase de tiempo y dinero en el proyecto.

Alguien de la clase rió disimuladamente. G'dath echó una gélida mirada furiosa en dirección a aquel sonido... en dirección a Ira Stoller, naturalmente.

—Puede que usted piense que lo que acaba de decir el señor Siegel es gracioso, pero ha dado precisamente en la única cosa de importancia que ha sido mencionada en toda esa transmisión. Muy bien, señor Siegel. Por favor, tome asiento.

La silla de G'dath raspó contra el suelo al levantarse él del escritorio. Comenzó a pasearse lentamente de arriba para abajo por el frente del aula.

—Consideremos los motivos que pueden existir para apresurar el acabado de una nave estelar. ¿Qué creen ustedes que significa eso? ¿Señor Stoller?

Stoller tragó audiblemente y se retorció en su pupitre; su largo rostro de piel pálida se tiñó de rojo, y G'dath sintió compasión por él a causa de aquella piel blanca que todo lo revelaba.

—No estoy seguro...

—Por favor, póngase de pie cuando le dirija la palabra a la clase, señor Stoller.

El consejo de educación había desaconsejado que se le permitiera a Stoller ingresar en la clase, sobre la base de que tenía un historial disciplinario problemático,

pero G'dath había insistido. No le tenía miedo a los problemas disciplinarios, y Stoller tenía una buena mente inventiva. Sencillamente necesitaba aprender disciplina para aplicarla en una determinada dirección durante el tiempo suficiente para lograr resultados. No le hizo falta mucho tiempo a G'dath para averiguar la verdadera objeción que el consejo no había tenido el valor de expresar en voz alta: que Stoller odiaba a los klingon.

G'dath decidió considerar aquel hecho como una oportunidad.

Stoller se puso de pie sobre sus largas piernas delgadas.

—Lo siento, señor. Eh..., creo que la Flota Estelar tiene prisa, necesita que la nave vuelva a servicio con bastante rapidez.

—Sin duda. ¿Y por qué podría ser eso?

Stoller vaciló.

—Vamos, vamos, señor Stoller —lo animó G'dath—. ¿Por qué podría ser eso?

—Bueno —respondió Stoller con un destello de desafío—, puesto que me lo pregunta, doctor G'dath, la Federación está preocupada a causa de los klingon.

—¿De verdad? ¿Qué le hace pensar eso?

El rostro de Stoller se contrajo a causa del esfuerzo que él hacía para reprimir una afectada sonrisa de odio.

—Bueno, casi entramos en guerra con ustedes hace algunos años, por si lo ha olvidado.

—¿Ustedes, señor Stoller? Creo que quiere usted decir «ellos», ¿no le parece? Por mi parte, nunca me he trabado en combate con la Federación. En el futuro, por favor, intente pintar sus blancos con un pincel menos ancho.

La expresión de Stoller se volvió hosca, y G'dath sonrió. Él sabía que su sonrisa no era un espectáculo bonito, así que la dejó desvanecerse rápidamente.

—Sin embargo, dejando de lado ese punto, tiene usted toda la razón —prosiguió G'dath—. Hace unos seis años, la Federación y el imperio estuvieron a punto de entrar en guerra. La lucha acabó poco después del comienzo de las hostilidades a causa de la intervención organiana, y la tregua declarada entonces quedó pronto formalizada en el Tratado de Paz Organiano. Ese tratado continúa estando en vigencia. Dicho en pocas palabras, el tratado declara que el imperio no puede atacar a la Federación, ni viceversa, sin que eso constituya una invitación para que intervengan los organianos. Tome asiento, señor Stoller. De pronto parece estar cansado.

Una mano se levantó en el fondo de la clase. Esta vez, G'dath hizo un esfuerzo para no sonreír. De todos sus alumnos, Ricia Greene era la que más le gustaba, por el simple hecho de que no le tenía miedo. Incluso Stoller, a pesar de toda su arrogancia, estaba claramente aterrorizado por el hecho de que G'dath fuera un klingon; pero Ricia no le temía a nadie, tal vez porque poseía la capacidad de ver más allá de lo

superficial, lo que había debajo de la fachada. La frente de color marrón claro de la jovencita estaba fruncida a causa de la concentración, aunque G'dath no veía cómo era posible eso cuando tenía los oscuros cabellos tan estirados recogidos en la nuca. La señorita Greene pertenecía al grupo racial terrícola llamado negro, aunque su piel era varios tonos más clara que la de G'dath.

—¿Señorita Greene?

—Doctor G'dath, respecto a lo que ha mencionado el señor Stoller acerca de que la Federación tiene miedo de los klingon: ¿por qué íbamos a tener miedo de ellos, si los organianos están evitando que estalle una guerra entre nosotros? Sin embargo, todo el mundo parece sufrir de paranoia por lo que se refiere a los klingon.

—¿Paranoia por lo que se refiere a la totalidad de los klingon, señorita Greene?

La cara de G'dath, difícil de interpretar para un ser humano en cualquier caso, carecía ahora de expresión.

El fruncimiento de la frente de Greene se hizo más profundo.

—Con todo el respeto, doctor G'dath, no puede provocarme. Me refiero a la clase guerrera... la influencia ultraconservadora que domina el imperio.

G'dath acabó por sonreír, esta vez con mucho afecto. Le gustaba cuando sus estudiantes se defendían correctamente, a pesar de que la mayor parte de ellos no parecía advertirlo.

—Muy bien. Amplíe su mente, señorita Greene. Piense en lo que acaba de decir. Dígame por qué la gente tiene miedo de los klingon, como ha dicho usted, si los organianos están evitando que comiencen una guerra con nosotros.

La respuesta de ella fue rápida.

—Creo que la gente tampoco confía en los organianos.

—¡Ajá! —gritó G'dath, dando una palmada de júbilo. Ricia dio un respingo en su asiento y parpadeó, sobresaltada—. ¡Sí! Ha dado usted con la razón, señorita Greene. —G'dath estaba contento—. ¡Excelente!

G'dath dejó de pasearse y se encaró con la clase, erguido en toda su estatura, con los pies muy separados y los brazos en jarras; era su habitual postura de dominación, y en aquel momento dominaba verdaderamente.

—La Federación no confía en que los organianos mantengan la paz —declaró—. El imperio, tampoco. Lo más interesante es que las razones que motivan esa falta de confianza son exactamente las mismas a ambos lados de nuestra frontera. ¿Quiere alguien aventurarse a conjeturar cuáles pueden ser esas razones? ¿Señor Sherman?

Sherman, rechoncho, de estatura baja y pelo pajizo, se puso en pie.

—Yo no tendría ninguna razón para confiar en los organianos. Quiero decir, que no hay ninguna garantía de que vayan a mantener la paz. —Sherman volvió a hundirse en el asiento con un suspiro.

G'dath asintió con la cabeza.

—Exacto. Ni nosotros ni el imperio klingon podemos estar seguros de que los organianos cumplirán con su parte del acuerdo, porque ninguno de los dos bandos sabe realmente por qué entraron en las negociaciones. Grandes mentes, perdonen mi sarcasmo, de ambos bandos han pensado en todas las posibilidades, y una y otra vez consideraron la peor de ellas.

G'dath volvió a sentarse ante el escritorio.

—Por lo tanto, ambos bandos piensan que tienen que actuar como si los organianos no fueran a estar ahí mañana. La Flota Estelar declara que sus principales propósitos son la exploración y el descubrimiento, y su historial de logros en ese campo es indiscutible. Sin embargo, la Flota Estelar también tiene que jugar un papel en el mantenimiento de la seguridad de la Federación, y por lo tanto la flota de naves es aumentada periódicamente. Una de las naves estelares de clase crucero de la Flota Estelar, la *Enterprise*, está a punto de volver apresuradamente al servicio después de haber sufrido una amplia renovación, y otros cruceros que han quedado anticuados, presumiblemente serán actualizados en un futuro cercano. Esas naves serán principalmente utilizadas para la exploración, es cierto, pero también llevarán armas... y el imperio klingon lo sabe.

Al mismo tiempo, el imperio klingon ha desarrollado un tipo de nave de guerra completamente nuevo, el crucero pesado de clase K't'inga, y también las está construyendo. Los que gobiernan el imperio no se molestan siquiera en pretender que la flota imperial esté destinada a otra finalidad que no sea la conquista y su consolidación. También es interesante el hecho de que los organianos no hayan intentado impedir la construcción de las naves de ninguno de los dos bandos, a pesar del riesgo para la paz que supone la construcción en sí. El porqué de que no hayan hecho nada al respecto es una pregunta más que no tiene respuesta.

G'dath alzó un dedo.

—Y por lo tanto, lo siguiente es lo que podía aprenderse de mirar el programa de hoy. A pesar del Tratado de Paz Organiano, la amenaza de hostilidades entre la Federación y el imperio continúa existiendo, y eso es debido a políticas que no están guiadas por el razonamiento sino por el miedo, el recelo y la sospecha. El señor Siegel también ha mencionado los ahorros presupuestarios que tuvieron lugar en la renovación de la *Enterprise*. Yo les sugeriría a ustedes que el dinero no gastado en una nave puede ser dedicado a otras.

Miró su crono.

—La próxima semana discutiremos los pros y los contras de la presencia de la Federación en el espacio. Aún faltan algunos minutos para las tres, pero creo que acabaremos ahora nuestra sesión. Hace un día agradable y deberíamos salir a disfrutar de lo que queda de él.

Mientras los miembros de la clase recogían sus cosas para marcharse, él se aclaró

la garganta.

—Primero los trabajos adicionales —anunció, y se oyó un gemido bajo. A pesar de todos los precedentes, algunos alumnos habían comenzado a abrigar la esperanza de que el profesor lo hubiese olvidado.

—Señor Brickner —dijo G'dath—, quiero que haga un trabajo de dos mil palabras con lo que piensa sobre el tema que acabamos de comentar. Incluido un resumen general... y, esta vez, por favor, haga ese resumen general antes de escribir el artículo, y no después.

Brickner ni se inmutó.

—Señor Stoller, un trabajo que comente el papel de la clase guerrera en la sociedad klingon, tres mil palabras, si tiene la amabilidad. Señor Rico, el trabajo que me presentó esta mañana sobre la mecanización de la infantería durante el segundo milenio es bastante insatisfactorio. Quiero que vuelva a escribirlo... y puede agregar otras dos mil palabras a las que ya tenía. El plazo límite para la entrega de todos los trabajos es el lunes, dado que estamos a viernes.

Una última cosa: como he dicho a principios de esta semana, acudirá aquí un equipo de trivisión para grabar una de las clases. Por ese motivo, les sugiero que se preparen para responder preguntas sobre la lectura señalada. —Hizo caso omiso de los ojos que se abrieron de par en par ante aquello—. Disfruten todos del fin de semana.

Los estudiantes continuaron con la huida; Joey Brickner se sentaba en el lateral más alejado de la puerta, y fue uno de los últimos en salir. Cuando él y Stoller pasaban ante el profesor arrastrando los pies, G'dath dijo en voz baja, de forma que los otros, que estaban ya en el pasillo, no pudieran oírlo:

—Quiero hablar unas palabras con usted, señor Brickner.

Brickner palideció y sus ojos azules se abrieron de par en par mientras iban de su amigo al profesor. Ira Stoller le dio un codazo al muchacho y, con los ojos bajos, le dijo:

—Te espero fuera.

Una vez que el aula estuvo vacía, G'dath le indicó con un gesto a Joey que se sentara en la silla que estaba junto al escritorio del profesor, y luego tomó asiento él mismo. El muchacho se sentó, rígido, en el borde de la silla.

—Señor Brickner —comenzó el klingon con lo que esperaba que fuese un tono suave pero firme—, ¿le ha hablado su madre de la conversación que mantuvo conmigo ayer?

—Sí, señor. —La mirada de Joey bajó y se fijó en sus zapatos.

—Señor Brickner, será más fácil para mí estar seguro de que estamos comunicándonos si mantenemos contacto ocular.

Joey se ruborizó, pero levantó el rostro y respondió a la mirada de G'dath con

ojos desafiantes y —sí, definitivamente sí— tenían un matiz de ira. Por fin una mejoría respecto a su actitud apática.

—Entonces —continuó G'dath—, ¿por qué no ha hecho ningún esfuerzo por mejorar?

El rubor de las mejillas de Brickner se oscureció hasta adquirir el color de la sangre humana. Parecía incapaz de hablar y, durante un instante, estuvo aparentemente al borde de las lágrimas, cosa que perturbó a G'dath. Cualquier klingon que se respetara y con la edad suficiente como para caminar habría preferido la muerte a verter lágrimas delante de un superior. Pero G'dath tuvo que recordarse que juzgar a Joey Brickner como a un cobarde emotivo porque las pautas del comportamiento apropiado de él, G'dath, un klingon, eran diferentes, sería incorrecto. Tan incorrecto como el chiste de klingon que le había oído contar a ira Stoller durante los anuncios publicitarios de trivisión.

Finalmente, Brickner consiguió controlarse y recobró la voz.

—Estoy haciendo un esfuerzo, doctor G'dath. Me refiero a que usted le dijo ayer a mi madre que me pondría a prueba si yo no comenzaba a preparar a fondo mis trabajos. Así lo he hecho. Anoche preparé la clase. —El tono del chico se hizo más fuerte, casi defensivo—. Leí el material sobre el lanzamiento de la *Enterprise*. Pero cuando llegaron los anuncios publicitarios, me aburrí y me puse a mirar por la ventana, así que no oí la pregunta.

—Joey —dijo G'dath en tono reposado—, la cobertura del lanzamiento continuó durante varios minutos después de eso, y luego yo le formulé la pregunta.

Joey bajó la mirada, sin saber qué decir. Aparentemente, no se había dado cuenta de cuán perdido había estado en sus propias ensoñaciones.

—Ése es el motivo por el que estoy preocupado —continuó G'dath—. No por el hecho de que no haya escuchado una pregunta, sino por su constante incapacidad para poner atención en la clase o realizar un trabajo adecuado en las tareas que le encargo. Su historial académico pasado y su nivel de aptitud indican que usted es perfectamente capaz de manejar el material de esta clase. Sin embargo, su rendimiento es inferior a la media. ¿Puede explicarme por qué existe esa discrepancia? ¿O contarme cómo puedo ayudarlo a encontrar una solución para ese problema?

Vio que las defensas de Joey se levantaban, vio cómo se tensaban los músculos del rostro y el cuerpo del chico, observó cómo se le endurecían los ojos de Joey, y supo que no había conseguido llegar al estudiante.

—No. No es nada en lo que usted pueda ayudarme —le contestó Brickner, rígidamente, sin mirar a G'dath realmente a los ojos—. Y pondré atención en clase a partir de ahora. ¿Hay algo más, doctor G'dath?

G'dath suspiró.

—No. No, señor Brickner. Puede marcharse. Que tenga un buen fin de semana.

Al ver marcharse a Joey, tuvo una estrepitosa sensación de fracaso. Al no poder conseguir los puestos de investigación para los que estaba cualificado, G'dath había continuado con su trabajo docente... y probablemente continuaría con él hasta que expirara su visado temporal de un año. En sus momentos de mayor optimismo, pensaba que les estaba haciendo un bien tanto al imperio klingon como a la Federación al educar algunas mentes jóvenes para que pensarán, para que se dieran cuenta del vasto universo que existía fuera de sus propias estrechas culturas... como mínimo, ayudando a unos pocos jóvenes humanos a superar el miedo que les tenían a los klingon.

Pero ese día se sentía desalentado, porque cuando Joey Brickner abandonó la clase, vio el odio latente en los ojos del muchacho.

Mientras tropezaba, sin ver, con los estudiantes que avanzaban hacia el otro lado del patio, los pensamientos de Joey se concentraron en una sola frase furiosa:

«Sucio, podrido, repugnante cabeza de tortuga, sucio, repugnante, podrido, estúpido cabeza de tortuga.»

La parte racional de él sabía, por supuesto, que lo último que era el doctor G'dath era estúpido. Pero de todas formas le resultaba agradable pensarlo, aunque estuviese aún excesivamente trastornado como para decirlo en voz alta.

«Estúpido cabeza de tortuga, estúpido apestoso cabeza de tortuga.»

No era justo. La mayoría de las veces en que G'dath le pedía que interviniese, Joey se olvidaba de lo que iba a decir.

El responderle a un klingon era razón suficiente como para ponerse nervioso, y en cualquier caso, a Joey le daba vergüenza hablar delante de grupos. Ahora, eso estaba empeorando.

No era lo bastante malo que el doctor G'dath lo hubiese humillado delante de toda la clase y después no le hubiera dado una oportunidad de demostrar lo que había estudiado.

No, también tenía que ir y acongojar a su madre. Como si las cosas no fueran ya lo bastante mal con la muerte de Jase y el hecho de que el padre se hubiera marchado de casa. Como si la madre necesitara que aquél sucio y maloliente cabeza de tortuga le diera una razón más para llorar.

Y que luego G'dath le diera deberes de más y le hiciera quedarse después de clase y le preguntara «por qué».

¿Qué tenía que hacer él? ¿Contarle la verdad... confiar en un cabeza de tortuga y pedirle compasión? «Pues mire, doctor G'dath, desde que murió mi hermano pequeño mis padres no se han llevado bien, así que en realidad me importa un comino el honor de estar en su asquerosa clase.»

Se detuvo —realmente no se había dado cuenta de que estaba atravesando a toda

velocidad el patio del colegio, chocando con otros alumnos sin molestarse siquiera en murmurar una disculpa—, y luchó para contener las lágrimas de rabia. El tiempo era ahora claro y soleado. El único recordatorio de la lluvia que había caído eran unas gordas gotitas que chispeaban sobre la hierba. Los estudiantes seguían pasando junto a él y el patio iba quedando desierto. Era, después de todo, el inicio del fin de semana, y para cuando Joey consiguió recobrar el pleno control de sí mismo, el patio estaba casi vacío. Se suponía que Stoller tendría que haber estado esperándolo, pero el chico se sintió aliviado de que Ira no hubiera cumplido con su palabra. En aquel momento no estaba de humor para hablar con nadie, y menos que nada para tener que fingir ante Stoller que el doctor G'dath no lo había trastornado. Comenzó a avanzar, más despacio, hacia la salida del patio donde estaría esperando el autobús, pero no tenía ninguna prisa. Si se le escapaba el autobús y tenía que esperar otro, bien. Lo mismo le daría recorrer a pie los treinta y dos kilómetros que le separaban de su casa.

Pero cuando atravesaba el final del patio, un sonido —una voz conocida que gritaba con nada característica agitación, hizo que se detuviera.

—¡Basta! Basta, ¡déjalo tranquilo!

Era la voz aguda de Ricia Greene, indignada. Joey se volvió a mirar en la dirección de la que provenía. En un rincón del patio del colegio, medio oculto por árboles altos, Ira Stoller estaba intentando arrebatarse algo de las manos a Siegel, mientras Ricia luchaba por interponerse entre ambos.

Joey titubeó durante varios tensos segundos, y estuvo a punto, pero sólo a punto, de continuar caminando. Estaba excesivamente perturbado para meterse en algo así; tenía sus propios problemas.

Pero había algo un poco atemorizador en el brillo de los ojos de Stoller, algo que hizo que Joey vacilara. Y entonces Stoller soltó la cosa por la que estaba peleando. Siegel se tambaleó un poco mientras intentaba recobrar el equilibrio, y Stoller avanzó y le dio un golpe en plena cara.

—¡Eh! —gritó Joey, y echó a correr antes de darse cuenta de que se había puesto en movimiento—. Stoller, ¿qué te crees que estás haciendo? ¡Basta!

Para cuando llegó al lugar de la pelea, Siegel estaba sentado en el suelo, con las manos aplicadas a la sangrante nariz, y Stoller levantaba su tesoro en alto. Ricia Greene se encontraba arrodillada junto a Siegel e intentaba conseguir que se quitara las manos de la cara para poder inspeccionar la herida.

Joey jadeaba, intentando recobrar el aliento.

—Stoller, ¿qué estás, loco? ¿Qué es eso?

Stoller estaba sonriendo... o algo parecido, pero su expresión era controlada, y al mismo tiempo iracunda. Se volvió y percibió por primera vez la presencia de Joey, pero antes de que pudiera responder, Ricia Greene levantó la cabeza, con los ojos relumbrantes, y respondió con voz estremecida.

—Grabaciones de la biblioteca. Las grabaciones de biblioteca de Carlos. Las necesita para un proyecto...

La voz de Stoller era desigual, medio furiosa, medio risueña; miró a Joey con ojos frenéticos.

—Para hacer un informe y obtener créditos extra, Brickner, ¿puedes creerlo? Créditos extra. Como si esos dos mimados del cabeza de tortuga necesitaran créditos extra...

—¡No lo llares cabeza de tortuga! —le gritó Ricia, acaloradamente.

—Cabeza de tortuga, cabeza de tortuga —canturreó Stoller. Dejó caer la grabación sobre una roca que tenía cerca, y colocó delicadamente el tacón de la bota por encima de ella.

—¡Eh! —El grito de Carlos Siegel sonó amortiguado a causa de las manos con las que aún se cubría la zona iastimada—. ¡No estropees eso! ¡Pertenece a la biblioteca, no es mía!

Ricia Greene se puso de pie, pero Joey la contuvo y se encaró con Ira.

—Mira, Stoller —le dijo en tono razonable—, devuélveles la grabación. —Tendió una mano ante sí.

Stoller lo miró como si acabara de traicionarlo.

—Vaya, ¿cuándo te has pasado al campo de los amantes de las tortugas, Brickner?

—No lo he hecho —replicó vehementemente, Joey, recordando la furia que sentía contra G'dath—, pero meterse con ellos —inclinó la cabeza hacia Greene y Siegel— no va a servir para nada. Eso no conseguirá hacerle ningún daño a G'dath, sino sólo meterte en líos a ti. Vamos, Stoller. —Le hizo un gesto con la mano al otro.

La expresión del rostro de Stoller se hizo más dura; bajó el tacón de la bota sobre la cinta.

—Stoller... —le rogó Joey. No podía creer realmente que Stoller estuviese tan loco.

—El cabeza de tortuga me ha puesto en período de prueba, ¿lo sabías? —La voz de Stoller se elevó—. Se lo dijo a mis padres ayer. Tengo dos semanas para subir mis notas o me expulsarán de la clase.

—Stoller —dijo pacientemente Joey—, a mí me ha dicho que si no mejoro, también a mí me pondrá en período de prueba, pero...

Stoller continuó despotricando sin oírlo siquiera.

—Y esos dos están acumulando créditos extra porque sí. —De debajo del tacón de la bota salió un suave crujido.

Joey tendió una mano hacia el pie de Stoller, convencido de que Ira no le haría daño.

Stoller aferró a Joey por la camisa, lo obligó a enderezarse y le dio un puñetazo en la boca. Todo sucedió con una celeridad enloquecida, pero Joey tuvo tiempo para

pensar: «Él no tiene intención de hacer esto. No sabe lo que está haciendo, y después lo lamentará».

Y luego todo pensamiento cesó momentáneamente mientras Joey se concentraba en el dolor de su mandíbula inferior, y especialmente del interior del labio, donde los dientes habían rasgado el delicado tejido. Cuando recobró la plena conciencia, se dio cuenta de que estaba sentado, tenía una mano sobre la boca, y la misma expresión aturdida que Carlos Siegel mostraba minutos antes.

—Oh, demonios, Joey —se lamentó Stoller—. ¿Ves lo que me has hecho hacer? Joey se quitó la mano de delante de la boca.

—Deja la cinta —le dijo, pero la frase salió con un sonido borboteante a causa de la sangre.

Ricia Greene avanzó hacia el aturdido Stoller y le arrebató la cinta de debajo de la bota, tras lo cual acudió junto a Joey. Para cuando la chica abrió la boca para hablar, Stoller había desaparecido.

—¿Te ha hecho mucho daño? ¿Tienes algún diente flojo?

Joey realizó una rápida inspección con la lengua y negó con la cabeza.

—Tengo un corte bastante profundo en la parte interior del labio. —Sintió un sabor metálico y escupió saliva sanguinolenta sobre la hierba.

—Tenéis que ir los dos a la enfermería del colegio.

—¡No! —declaró Joey vehementemente, mientras se ponía en pie sin perder un segundo—. Eso sólo conseguiría trastornar a mi madre. —Se balanceó, aturdido.

Greene lo cogió por un brazo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Me he puesto de pie demasiado rápidamente. Eso es todo.

Carlos Siegel había vuelto a levantarse y estaba junto a ellos. Ahora se cubría la nariz con una sola mano; aún le goteaba sangre de las fosas nasales.

—Tiene razón, Ricia. Esto molestaría verdaderamente a mi padre... y, además, si fuéramos a la enfermería tendríamos que explicar cómo nos hemos puesto así.

Ricia se volvió a mirarlo.

—Bueno, alguien tendría que hacerlo. ¿Queréis que Ira Stoller vaya por ahí golpeando a los demás?

—No. Pero si contamos lo sucedido ahora, que está en período de prueba, lo expulsarán definitivamente de la clase —respondió Carlos en voz baja—. Al parecer, lamentó haberle pegado a Joey, y no creo que yo tenga la nariz rota. —Se la palpó delicadamente con los dedos—. Tal vez pueda reducir la hinchazón antes de que mi padre vuelva a casa, así que ni siquiera tendrá que enterarse de todo esto.

Ricia sacó las grabaciones y les secó la humedad en su camisa.

—Una parece estar dañada... al menos, la cubierta esta arañada.

—No tiene importancia —repuso Carlos, y Ricia le dirigió una mirada penetrante

por ello—. Joey, el labio inferior está comenzando a hinchársete.

Joey se lo tocó e hizo una mueca de dolor.

—Mi madre va a matarme.

—A lo mejor, no. En mi casa tenemos un estimulador sónico. Podré curártelo con él y tu madre no tendrá que enterarse de nada.

Ricia asintió con la cabeza.

—El padre de Carlos es médico.

—Sí, y, afortunadamente, no volverá a casa en varias horas. Pero me ha enseñado a utilizar el estimulador. ¿Por qué no vienes con nosotros y te aseas? Tienes sangre en la parte delantera de la camisa —comentó Carlos, sin darse aparentemente cuenta de la sangre que tenía en la suya.

Joey dudó. Ahora que había recobrado el juicio, volvía a estar al borde de una total y autocompasiva desesperación ante el pensamiento de regresar ensangrentado a casa. La oferta de Carlos parecía ser la única solución razonable. Respiró temblorosamente.

—De acuerdo. Vamos.

Sin embargo, mientras salían del patio del colegio, la furiosa frase le resonó en los oídos: «Amante de las tortugas». Y tuvo la extraña sensación de estar traicionándose a sí mismo, y de traicionar a Ira Stoller.

G'dath caminó dos manzanas hasta el centro de la ciudad y subió a un camino peatonal deslizante transversal muy concurrido, que iba hacia el este, en dirección a la Reserva Stuyvesant. Siempre entraba en el camino peatonal deslizante en la esquina de la calle Catorce y la Avenida de la Federación, que los neoyorquinos llamaban Sexta Avenida.

Le prestaba poca atención a las cosas que le rodeaban; sus pensamientos estaban aún concentrados en Joey Brickner y en el odio que había visto brillar en los ojos del chico. Si al menos hubiera alguna forma de atravesar aquel muro de conceptos erróneos que encontraba en sus estudiantes de vez en cuando...

Era verdad que no a todos sus alumnos les desagradaban los klingon; ahí estaban Siegel, Greene y Sherman entre otros, y había días en los que se alegraba de que su situación lo hubiese obligado a ocupar un puesto de enseñanza, días en los que tenía la sensación de que era un trabajo muchísimo más trascendente que sus investigaciones de física.

Éste no era uno de esos días. Hoy esperaba ilusionado la próxima entrevista de trivisión. No había sido del todo franco con sus alumnos; el programa de trivisión no iba a concentrarse en la clase, sino en el profesor. La intención era poner de manifiesto la discriminación con que se encontraba G'dath en su calidad de klingon que vivía entre seres humanos.

Y, para G'dath, una oportunidad de dar a conocer ampliamente sus méritos como investigador de física, y la esperanza de que una parte de la reacción pública incluyese ofertas de trabajo. Así esperaba que, a través de sus investigaciones, contribuiría lo bastante para ganarse el derecho a permanecer en la Federación después de que expirase su visado temporal de intercambio. G'dath sabía que aquel visado era completamente único, y estaba agradecido por el cambio que significaba vivir entre seres humanos, aunque fuese por poco tiempo; algo que ningún otro klingon había hecho jamás, puesto que incluso el personal de la embajada klingon evitaba escrupulosamente el contacto innecesario con los humanos.

Más que nada, advirtió G'dath, lo que él quería era quedarse permanentemente en la Tierra y realizar sus investigaciones en una sociedad libre, sin el temor de que su trabajo fuera utilizado negativamente. Al mismo tiempo, tenía una sensación de culpabilidad... sus estudiantes lo necesitaban. Algunos de ellos incluso lo apreciaban.

¿Lo apreciaban?

El camino peatonal deslizante pasó por encima de la cinta de la Quinta Avenida, el ancho camino deslizante norte-sur que corría desde Central Park a Washington Square. Mientras él y sus compañeros de viaje pasaban por encima, G'dath advirtió que algunos tenían los ojos fijamente posados en él, y otros evitaban cuidadosamente mirarlo. A pesar de que había mucha gente en la cinta móvil en la que se encontraba, tenía mucho espacio a su alrededor. Nadie quería estar cerca de él.

Todo aquello no era nada nuevo. Estaba bastante habituado a atraer la atención, fuera a donde fuese. «Quizás esperan que me dé un ataque de cólera y me ponga a descuartizarlos miembro a miembro», pensó. No vio a nadie de su especie en los alrededores. Nunca los veía y, como siempre, eso lo hacía sentirse muy solo. Apartó la mirada y se puso a contemplar los edificios de la Fourteenth Street que iban pasando ante él.

El camino peatonal deslizante continuó avanzando; dejó atrás el área comercial y entró en un barrio residencial. G'dath bajó de la cinta móvil entre la calle Catorce y la Primera Avenida, el límite suroeste de la Reserva Stuyvesant. Algunos de sus compañeros de viaje parecieron aliviados al verlo marcharse, y por millonésima vez deseó no ser tan sensible a ese tipo de cosas.

«Si Tarzán y Jane fueran cabezas de tortuga...»

G'dath avanzó por la acera que conducía al interior de la Reserva, una impresionante colección de altos edificios de apartamentos bien diseñados, construidos en medio de un agradable terreno ondulado de jardines que se encontraba junto a las concurridas orillas del floreciente East River. El agua de las fuentes canturreaba en el aire mientras las ardillas y los gorriones daban saltitos y volaban. Los niños residentes jugaban en seguras áreas de esparcimiento mientras sus mayores se relajaban en los cómodos bancos que había a los lados de los sinuosos senderos

que más parecían veredas naturales que caminos peatonales.

Excepto por lo que hacía a los enormes árboles añosos, la reserva aún parecía nueva. A mediados del siglo XX, los barrios bajos que habían existido allí quedaron arrasados, y se construyeron viviendas nuevas, esta vez tomando en consideración las necesidades humanas. A su vez, esos edificios del siglo XX habían sido reemplazados a mediados del XXI. Los terrenos estaban bien cuidados y el exterior de las construcciones estaba protegido de los elementos por unos escudos energéticos de baja potencia. Con el mantenimiento adecuado, la reserva podría durar otros mil años antes de que se hiciera necesaria una reconstrucción o una renovación importante.

Al igual que su mísero precedente del siglo XIX, la Reserva Stuyvesant aún servía de hogar para los emigrantes. Sin embargo, aquellos antiguos residentes originales no habrían podido ni imaginar los lejanos lugares de los que procedían los inmigrantes de esa época más moderna... porque algunos de ellos, como G'dath, eran refugiados de las estrellas.

G'dath caminó lentamente por los terrenos de la reserva. El aire era puro, estaba cargado del aroma de la vegetación que crecía, y el alegre sonido de los niños que jugaban entusiasmados resultó grato a los oídos de G'dath. Aquél, al menos, era un lugar en el que no se sentía como un extraño. La reserva servía de hogar para andorianos y klingon, australianos y ghaneses, rigelianos, filipinos e ingleses, argellianos y tellerite's. Nadie parecía extraño, porque todos lo eran.

G'dath vivía en un edificio que estaba cerca del centro de la reserva. A menos de diez metros de la puerta de entrada del edificio, oyó un leve crujir hacia su derecha. Se volvió rápidamente y vio un ligero movimiento en un espeso conjunto de arbustos que estaba a unos diez metros de él. El área quedaba muy oculta a la vista por un grupo de árboles. G'dath salió del sendero y echó a andar por la hierba hacia los arbustos. Se inclinó para espiar el interior, adaptando conscientemente los ojos a la oscuridad.

Dos brillantes puntos verdes le devolvieron la mirada.

«¿Qué es eso? —se preguntó G'dath, mientras ajustaba más su visión—. Es un animal... pero no una ardilla, de eso estoy seguro.» Percibió que le sucedía algo malo. «Hambre, eso es —advirtió—. Eso y miedo. Soledad.» Lo último lo comprendió.

Al dilatarse más las pupilas de sus ojos y hacerse más sensibles sus retinas a la falta de luz, G'dath distinguió una pequeña nariz y unos bigotes debajo de los ojos. «Es un gato —advirtió de pronto—. No... un gatito, creo que es así como los llaman. Un cachorro de gato. Tal vez se ha perdido, o lo han abandonado intencionadamente. Sí, lo han abandonado. A mí, ese gatito no me parece salvaje.»

El pequeño gato y el klingon continuaron estudiándose el uno al otro. «Me pregunto cuánto tiempo llevará por aquí —pensó G'dath—. Parece estar delgado

pero, por lo que puedo ver sin examinarlo más de cerca, está aparentemente sano.»

G'dath no tenía ni idea de qué edad podía tener el gatito, ya que carecía de experiencia con aquella especie. La especie análoga que había en su planeta, mucho más grande, no podía ser domesticada. Sin embargo, cuando era niño, en las tierras de labranza de su familia, había tenido un targ como mascota, y el profundo afecto que le había inspirado la fiel bestia persistía aún en ese momento. Sintió un impulso similar hacia la pequeña criatura que tenía delante, aunque era tan diferente de un targ...

La atracción era aparentemente mutua. El gatito salió cautelosamente del arbusto y, tras un momento, se acercó lentamente a G'dath. El klingon parpadeó rápidamente para ayudar a sus ojos a readaptarse a la plena luz del día. Con los ojos aún entrecerrados, miró al gatito. Era casi todo gris, con las patas y la pechera blancas.

El gatito miró suspicazmente a G'dath, con sus ojos verdes abiertos de par en par, inclinando la cabeza hacia uno y otro lados mientras lo olfateaba. La cola del gatito se movía de aquí para allá, enviando señales como de semáforo en un lenguaje corporal conocido sólo por sus congéneres felinos.

Instintivamente, como se acercaría a un targ cachorro que le era desconocido, G'dath se acuclilló lentamente a la vez que tendía una mano con los nudillos hacia afuera y la palma hacia el interior. El gatito se tensó, como preparado para escapar.

—Ven aquí, pequeño —dijo el klingon con delicadeza—. No te haré ningún daño.

G'dath aguardó pacientemente y no hizo movimiento alguno. Pasado un rato el animal se le acercó. Olfateó indeciso la mano extendida y luego frotó la cabeza contra los nudillos del klingon. G'dath pasó la mano levemente por la cabeza del gatito y se la rascó entre las orejas. El animal pareció sonreír al estirársele la boca hacia atrás y cerrar él los ojos de satisfacción.

G'dath se puso en pie. El gatito se le aproximó trotando y se puso a pasearse de un lado a otro delante de él como un centinela, frotándosele contra las piernas a cada pasada.

«Sin embargo, los reglamentos de la reserva dicen que no puedo tener un animal en el apartamento. No está permitido tener mascotas. Yo soy una persona respetuosa de las leyes. Supongo que podría entregarles el gato a las autoridades.»

G'dath volvió a bajar los ojos hasta el gato. El animal estaba sentado en el suelo, con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, y lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

Confiaba completamente en él.

El klingon encogió sus anchos hombros. «Ya es hora de comenzar a romper las reglas», decidió. Miró detrás de sí, hacia el sendero peatonal, y no vio a nadie. Extendió su campo auditivo y no oyó a nadie al alcance del mismo. «Eso está bien —pensó—. Cuantas menos complicaciones haya, mejor para los dos.»

—Ahora nos vamos a casa, pequeño —le dijo G'dath al gatito. Se inclinó para recogerlo. El animalito continuaba tranquilo. El klingon se lo escondió dentro de la chaqueta y reemprendió con aire indiferente el camino hacia el edificio. Pensó que el portero podría detectar al gatito si él lo llevaba simplemente en brazos... y probablemente era más prudente esconder a la pequeña criatura en cualquier caso. A pesar de su convicción de que estaba haciendo algo correcto, se sentía nervioso por romper las reglas.

Pero los centinelas de la puerta automatizada y del ascensor no descubrieron la presencia del gato, y G'dath llegó al piso cincuenta y uno y a la puerta de su apartamento sin problemas. Le habló a la puerta utilizando una frase específica, y ésta decidió que G'dath era el verdadero inquilino de aquella vivienda. Un relé desactivó el escudo de seguridad que evitaba que otras personas entrasen en el apartamento.

—Hola —dijo una voz suave detrás de él.

El klingon se volvió, sobresaltado, pero no era más que el señor Olesky, el anciano que se había mudado al apartamento del otro lado del corredor hacía aproximadamente una semana. G'dath se había cruzado una o dos veces con él en el pasillo, y en cada ocasión el señor Olesky lo había saludado con simpatía. Aquello había sorprendido a G'dath; la simple cortesía no era algo con lo que se encontrara a diario.

—¿Le sucede algo malo? —le preguntó el señor Olesky, sinceramente preocupado—. No me diga que no me ha oído llegar... con ese oído que tiene usted.

G'dath negó con la cabeza.

—No, no lo he oído. Estaba... pensando. —Se cerró aún más la chaqueta y abrigó la esperanza de que el gatito no hiciera un bulto evidente.

—Ah —prosiguió el señor Olesky—. Pensando. Yo tuve un tío que una vez pensó. En mal lugar y en el momento equivocado. Una nave le cayó directamente encima mientras lo estaba haciendo. Nadie de la familia ha vuelto a pensar desde entonces.

—¿De veras?

Los finos labios de Olesky se curvaron en forma de luna creciente.

—Es una broma. Dígame, ¿tiene frío? —¿Frío? Pues, no.

—Lleva usted la chaqueta muy cerrada.

—Ah. No, no tengo frío. Es... un gesto nervioso mío. Es algo parecido a los, eh... tics de los humanos.

—¿No me está tomando el pelo? ¿Lo dice en serio? Bueno, cada día se aprende algo nuevo. En fin, la razón por la que estoy aquí es que esta mañana llegó un paquete para usted. Yo me he hecho cargo de él.

—¿Un paquete?

—Sí. Necesitaban una huella digital de dedo pulgar en el recibo, y el portero anda

escaso de pulgares. ¿Estaba esperando algo de una empresa llamada Custom Electronics, de la Tercera?

—Pues, sí —respondió G'dath, entusiasmándose. ¡La unidad de circuitos integrados, por fin! Y a tiempo—. Sí, estaba esperándolo.

—Aquí lo tiene —declaró el señor Olesky, mientras le tendía a G'dath una caja pequeña.

El klingon la cogió, olvidándose momentáneamente del gatito que ocultaba bajo la chaqueta.

El señor Olesky lo miró con fascinación.

—Eh, ¿ha sido eso un chillido?

—Yo no oigo nada —replicó G'dath mientras se metía el paquete en el bolsillo—. Quizás ha sido un crujido de asentamiento del edificio.

El señor Olesky asintió lentamente con la cabeza. —Puede que sí. Bueno, tómeselo con calma.

—Adiós, señor Olesky. Gracias por hacerse cargo de mi paquete.

—No, humm...

—¿Eh?

—No tiene por qué darlas. Nos vemos.

—Desde luego. Gracias otra vez.

G'dath entró en el apartamento, cerró y echó la cerradura tras de sí con otra orden, y dejó las grabaciones sobre la mesa que estaba inmediatamente junto a la entrada. El gatito asomó la cabeza desde la chaqueta de G'dath y parpadeó.

G'dath sacó al gatito y lo depositó cuidadosamente en el suelo.

—Ya hemos llegado, pequeño.

El gato permaneció inmóvil durante un momento, recorriendo la habitación con los ojos. Luego comenzó a caminar de aquí para allá sobre sus delgadas patas, olfateando en todas las direcciones.

El apartamento de G'dath era pequeño, pero tenía una gran ventana que le confería un aspecto amplio. El gusto del klingon en materia de mobiliario procedía directamente de su crianza. Prefería los muebles de diseño ligero hechos en madera de nogal, y las telas estampadas de colores brillantes para la tapicería. También tenía una alfombra de muchos colores vivos, con predominancia del rojo.

Puesto que G'dath era una persona devota, en un rincón de la sala había un *vav gho*, con el icono central orientado hacia el norte con el fin de indicar la dirección de la tierra natal... o, más bien, el lugar en que estaría la tierra natal si aquello hubiese sido el único planeta de origen de G'dath, en lugar de la Tierra. El *vav gho* era exactamente el mismo que, por tradición, había sido colocado junto a su cama durante la noche, antes de su cuarto cumpleaños. Así, el altar sería lo primero que vería un niño varón al despertar. El *vav gho* había sido uno de los pocos objetos que

G'dath había podido llevarse consigo al abandonar el imperio.

G'dath se encaminó hacia la consola del ordenador y se sentó. El gatito encontró un lugar junto a la bota derecha de su nuevo amigo, se sentó sobre las ancas y observó con gran interés cada uno de los movimientos del klingon.

—Ordenador —dijo G'dath; e hizo una pausa. Por muy ansioso que estuviera por probar el circuito integrado, acababa de asumir una nueva responsabilidad que no podía pasar por alto. Rápidamente accedió a los archivos de la biblioteca pública que explicaban las bases del cuidado de los gatitos.

G'dath recorrió los archivos y tomó nota de las necesidades más inmediatas. «¿Una caja de arena?» ¿Para qué podrá servir una caja llena de arena...? Ah, ya veo. Ah, y también hombre supersticioso, también pensó que estaba más allá de toda coincidencia que la unidad de circuitos integrados hubiese llegado en ese momento, un día antes de que la reportera de Mundo Noticias fuera a su apartamento a entrevistarle acerca de su vida y su trabajo.

Conectó un pequeño conductor del ordenador en una entrada de la unidad de circuitos integrados.

—Active rutina de integridad —ordenó.

El ordenador tenía los esquemas del circuito integrado almacenados en una memoria no volátil, y detectaría cualquier posible defecto de fabricación que éste tuviese. Dada la complejidad del circuito, la revisión tardaría varias horas en acabar.

G'dath no tenía nada que hacer excepto esperar, y considerar con especial cuidado su fortuna. Porque si aquel circuito integrado funcionaba como G'dath sabía que lo haría, su descubrimiento iba a revolucionar para siempre los viajes interestelares.

4

Klor se detuvo ante el alojamiento de Keth y pulsó el botón de llamada, y luego aguardó mientras la puerta se deslizaba hasta abrirse completamente. Keth se hallaba sentado en la penumbra de la habitación, cuyas luces no estaban encendidas, y contemplaba un holograma que tenía sobre el escritorio, en el que se veía a una hermosa mujer klingon flanqueada por dos chicos fuertes. Al entrar Klor, Keth pulsó un control y el holograma desapareció.

La desgracia, reflexionó Klor, era algo duro para un guerrero; contemplar los efectos de esa desgracia sobre la familia de uno era aún más duro. Permaneció firme y cambió el peso de uno a otro pie, incómodo al ver reducido a aquel estado al que una vez había sido un guerrero honrado por los demás.

—Superior —se apresuró a decir—, usted deseaba que pusiera en su conocimiento el momento en el que el sujeto G'dath recibiera la unidad de circuitos integrados.

Los ojos de Keth tenían un aire distante, como si estudiaran algo que se hallaba muy lejos, pero ante las palabras de Klor, adquirieron repentina e instantáneamente una mirada penetrante. Se inclinó hacia delante, con los brazos tendidos sobre el escritorio.

—¿Y qué ha hecho con ella?

—La ha programado para que realice una revisión de sí mismo, la cual tardará varias horas en acabar, superior, y ha salido del apartamento.

Keth profirió una imprecación. Sólo tenían posibilidad de controlarlo cuando estaba en su lugar de trabajo o en su alojamiento.

—De todas formas —agregó Klor, ansioso por demostrar su iniciativa—, he mantenido un control constante sobre sus transacciones financieras. En el momento presente parece haber ido de compras. Hace tan sólo unos instantes, adquirió varios productos apropiados para el cuidado y la alimentación de un gato. He advertido que llevó un espécimen a su apartamento a primeras horas de esta tarde.

Keth se echó hacia atrás con sorpresa y frunció el entrecejo.

—¿Una panthera leo? ¿En un apartamento?

—No, superior, me refiero al felis catus.

Keth profirió un sonido sordo de asco.

—Es mejor tener en casa diez tribbles que uno de esos animales. Según tengo entendido, no hacen otra cosa que comer, dormir y dejar pelos por todas partes. Pero... —Keth hizo una pausa, y la luz que Klor había visto antes en los ojos de su comandante, volvió a brillar—. Tengo entendido que los gatos pueden ser utilizados con finalidades experimentales. Experimentos que podrían estar relacionados con esa misteriosa unidad de circuitos integrados. Esto se vuelve cada vez más peculiar. ¿Ha

acabado ya la transferencia de los datos de ese diseño?

—Acaban de entrar —le respondió Klor—. Superior, aparentemente, el sujeto G'dath diseñó él mismo esa unidad de circuitos integrados. Su nombre aparece en las especificaciones.

—Interesante —reflexionó Keth en voz alta, y sus ojos volvieron a enfocar un punto distante que parecía estar por encima del hombro de Klor—. Así que nuestro teórico es capaz de hacer algo más que soñar... tiene alguna facilidad para llevar a la práctica ciertas cosas. Muy sorprendente. —Volvió a mirar a Klor—. ¿Hay algún indicio en sus notas referente al propósito de esa unidad de circuitos integrados?

—Ninguno, superior. Las notas de diseño del archivo no hacen referencia a ese punto, y nuestra computadora no puede inferir las funciones de la unidad completa. Además, parece que falta una porción importante del diseño... tal vez a causa de un error en el almacenamiento de los datos.

Keth se encogió de hombros y se repantigó en el asiento.

—No importa. Tal vez podremos averiguar algo más cuando concluya esa revisión. Llámeme si construye algo con la unidad de circuitos integrados.

Entonces hizo algo que Klor no le había visto hacer en todos los monótonos meses de servicio que llevaban juntos: sonrió, brillantemente, pasmosamente.

Y Klor le devolvió la sonrisa, al comprender que su comandante estaba en plena inspiración estratégica, una inspiración que era buena señal para ellos dos, pero mala para el sujeto G'dath.

Quince segundos antes de las catorce horas de San Francisco, Kirk entró en el área de recepción del almirante Nogura y fue recibido por uno de los ordenanzas, un joven varón vulcaniano.

—Buenas tardes, almirante —le dijo el alférez mientras se ponía rápidamente en pie—. Por aquí, por favor. El almirante lo recibirá de inmediato.

El ordenanza lo escoltó hasta el otro lado del área de espera donde había una pesada puerta de roble en la que se veía la palabra PRIVADO en pulcras letras doradas, y llamó suavemente con los nudillos justo por debajo de las letras, poniendo atención en producir un sonido agradable.

—Adelante —dijo Nogura en voz alta. La puerta se abrió y Kirk la transpuso.

El jefe de la Flota Estelar se hallaba de pie junto al mueble bar de su despacho, el cual habitualmente quedaba oculto detrás de una copia de un mapa del mundo del siglo XVI, trazado por un cartógrafo que contaba con más imaginación que datos precisos. A pesar de que había un dispensador, el almirante estaba sirviendo las bebidas a mano, de unas botellas que a Kirk le parecieron tan antiguas como el propio Nogura. Levantó los ojos y sonrió al acercarse Kirk.

—Ya sé que es temprano, pero he pensado que no le molestaría celebrar el éxito

del lanzamiento. —Nogura le tendió una generosa copa llena de un líquido ambarino—. Después de la frustración que sentimos esta mañana con la lluvia, creo que nos merecemos una copa. Es su bebida favorita, si no me equivoco.

Kirk inclinó la cabeza sobre el balón de cristal de la copa, y sonrió ante la familiar fragancia embriagadora.

—Brandi Saurio. Señor, esto no es precisamente barato... ni fácil de conseguir.

—Ya lo sé. —La sonrisa de Nogura adquirió un aire de misterio bien humorado, mientras se servía él mismo una copa—. Por eso voy a servirme yo una. Tome asiento, Jim. Allí. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección al área de charla informal que se hallaba en el rincón más cercano a la ventana, la cual tenía la misma vista del Golden Gate de la que disfrutaba Kirk, debido a que el despacho del almirante supremo se encontraba emplazado justo encima del suyo.

Por insistencia de Nogura, Kirk ocupó el asiento que quedaba directamente de cara a la vista. A pesar de que apreciaba sinceramente el brandi, Kirk estaba en guardia; el instinto —y alguna sutil insinuación captada en el tono de Nogura cuando había solicitado aquella entrevista—, le decían que el anciano almirante no lo había citado allí para tomar una copa de felicitación.

Nogura se sentó junto a él.

—Ese puente es verdaderamente hermoso —comentó con afecto—. Siempre me ha encantado... no hay nada parecido a él en ninguna parte. ¿Sabía usted que mi familia proviene en parte de Estados Unidos, Jim? —Se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo.

—No, señor, no lo sabía.

—El padre de mi tatarabuelo era de esta mismísima ciudad, de hecho. Nació en los años dos mil veinte, según los registros de la familia. Mi gente llevaba por ese entonces cinco generaciones viviendo en California.

El padre de mi tatarabuelo era uno de los que regresaron a Japón después de El Gran Temblor, cuando Tokio abrió sus puertas a los americanos refugiados descendientes de ancestros japoneses... Eso fue antes de que se derogara la política discriminatoria en inmigración, por supuesto. Sin embargo, todavía me quedan parientes de sangre en esta ciudad, incluyendo no pocos nietos de mis sobrinos nietos.

Kirk se removió en el asiento. Después de las frustraciones de aquella mañana, estaba poco dispuesto a escuchar charlas intrascendentes... y estaba ansioso por conocer la agenda oculta de Nogura. Durante las últimas horas había estado intentando adivinar de qué podía tratarse, pero sin éxito. Kirk sólo consiguió deducir dos cosas: una, que tenía que ver con él, y dos, que era algo que no iba a gustarle. El brandi confirmaba la segunda sospecha.

—Con todo el debido respeto, señor —comenzó Kirk—, usted no me ha citado aquí para celebrar el lanzamiento.

La mirada de Nogura bajó hasta la copa de licor antes de levantarse hacia Kirk.

—Usted me conoce demasiado bien, Jim. En efecto, hay un problema. —Hizo una pausa para organizar sus pensamientos y luego se volvió para encararse directamente con Kirk—. ¿Vio usted a Timothea Rogers esta mañana en trivisión?

—Sí.

—¿Qué le pareció?

Kirk vaciló, y luego decidió no cambiar su primera respuesta.

—Estuvo horrorosa.

—Ésa es precisamente la palabra que yo tenía en mente —comentó Nogura, asintiendo lentamente con la cabeza. Bebió un sorbo de su copa, y dejó que el silencio se prolongara—. Jim —continuó pasado un momento—, cuando las relaciones públicas de la Flota Estelar no eran otra cosa que la de enviarles hologramas a los niños de los colegios, Rogers hacía bien ese trabajo. Ahora, sin embargo, la situación política es tal que necesito en ese puesto a alguien que en trivisión no parezca... un pescado frío. Las fuerzas políticas que forman contra nosotros están presentando su causa de un modo muy convincente. La Flota Estelar no lo consigue ni aproximadamente igual de bien.

—Así que usted quiere que yo le haga ese trabajo.

—Correcto.

—No voy a abandonar Operaciones —replicó Kirk en voz baja, pero interiormente sintió los primeros sentimientos de enojo. Había dejado claro desde el mismísimo principio, desde el día en que se avino a dejar la *Enterprise* por primera vez, que no se dejaría arrastrar a un puesto de burócrata. Era cierto que Operaciones requería una cierta cantidad de papeleo, pero también le permitía estar cerca de las naves. Cerca de la *Enterprise*.

Nogura lo contempló con la cabeza inclinada como la de un pájaro.

—¿De veras? A mí me parece que le vendría bien un cambio.

—Ya tuve uno hace ocho meses. No necesito otro. —Bebió un cuidadoso sorbo de brandi mientras luchaba para evitar que el enojo se hiciera evidente, aunque estaba seguro de que Nogura sabía constantemente que estaba allí.

—Ya veo. —El anciano almirante consideró aquello—. ¿Ya ha hablado con Lori, hoy?

—No. ¿Por qué?

—Por nada. Jim, no estoy pidiéndole que abandone su puesto actual. Continuará siendo el jefe de Operaciones. Lo único que le pido es que se ponga un segundo sombrero. MacPherson puede hacerse cargo del trabajo diario de renovación de la *Endeavor*. Su organización está en su sitio, ¿correcto? ¿Habituada al trabajo que hace, con la moral alta, la mejores cualificaciones...?

—Sí, señor, pero...

—Escúcheme, Jim. Se acabó el reconstruir naves individuales para usted. Quiero que salga usted a la luz pública y me ayude a reconstruirlas todas. —Nogura hizo un amplio gesto con la copa—. Quiero que le hable de nosotros a la gente. A usted lo escucharán. Después de todo, usted es un héroe.

—¿Un héroe? Almirante, discúlpeme, pero ¿de dónde demonios ha sacado esa idea?

—Usted es un héroe —declaró Nogura lisa y llanamente—. Un auténtico héroe. Su misión fue el material de las obras épicas. La gente se emocionó con ella. —El almirante se encogió de hombros—. Independientemente de que usted crea o no que es un héroe, Jim, necesito lo que usted es, sea lo que fuere. Sabe que tenemos problemas políticos. Rogers no está ayudando a solucionarlos; de hecho, ha sido responsable de la creación de algunos de ellos y del empeoramiento de otros.

—En eso estoy de acuerdo —comentó Kirk—. Pero yo no soy la persona indicada para ese trabajo. —Lo es.

Nogura tocó un botón que había sobre la mesa de conferencias, y en el extremo opuesto se formó una imagen tridimensional de tamaño natural.

Kirk parpadeó, sorprendido, al hallarse encarado con el capitán Kirk; la apuesta y confiada figura vestida con el ya obsoleto traje dorado de mando estaba hablando, aunque no había sonido, puesto que Nogura no lo había activado.

—Vaya, pero si soy yo. ¿De cuándo es esto, almirante?

—De su primera conferencia de prensa después de una misión, el día después de que trajera la *Enterprise* de vuelta a casa. ¿Se acuerda de eso?

Kirk hizo una mueca.

—Como los cristianos se acuerdan de los leones. Deseaba constantemente levantar los escudos y salir a escape de allí.

—¿De veras? —Nogura hizo un gesto hacia el holograma—. Ya sé que estaba acercándose a sus límites. De hecho, cuando se marchó para pasar la licencia de seis meses posterior a la misión, yo tenía miedo de no poder traerlo de vuelta. Las cicatrices no se ven, ¿verdad?

Kirk siguió mirándose actuar ante los reporteros. «¿Dónde se celebró eso, en todo caso? —se preguntó—. ¿Aquí, en el Almirantazgo, o en el muelle espacial? Sencillamente, no puedo recordarlo. Ciertamente, no fue a bordo de la nave.»

—Mírese, Jim —prosiguió Nogura—. Tiene usted un encanto natural para la prensa. Todavía conservaba el control, respondía a todas las preguntas y hacía que a los reporteros les gustase usted. La cobertura que recibimos nos fue muy favorable, y esa cobertura resultó ser muy importante para nosotros. El éxito con que acabó esa misión de cinco años fue el principal tema de conversación de todas las cenas políticas de la Federación durante varias semanas después.

Lo que quiero de usted es que haga unas cuantas apariciones públicas en nombre

de la Flota Estelar. Que le explique a la gente lo que hacemos, y lo que queremos hacer en los años venideros. Quiero que corrija usted la idea errónea que existe de que somos una fuerza de agresión. Cuénteles la verdad a la gente: que nosotros somos la mejor oportunidad de paz que hay, porque nuestra misión no es hacer la guerra, sino explorar mundos nuevos y abrirlos a la colonización y la amistad.

Nogura guardó silencio; durante un rato, ninguno de los dos habló mientras observaban la imagen del capitán. Y luego Kirk dijo:

—Ya he visto lo suficiente.

Nogura pulsó el botón y la imagen desapareció.

—Tiene que haber alguien más, almirante —comunicó Kirk—. Alguien que pueda hacer un trabajo mejor que...

—¡No! —replicó enfáticamente Nogura—. Ya he pensado en ello. Necesito que sea usted quien lo haga, Jim.

El tono acerado de aquella voz, le recordó a Kirk una conversación previa: la vez en que el almirante había querido que Kirk aceptara el ascenso al Almirantazgo. Kirk había amenazado con dimitir si le quitaban la *Enterprise*... tan seguro se había sentido de que Nogura no iba a poner a prueba aquel farol.

Pero el anciano no era de los que se dejaban vencer por ninguna táctica; había tomado una decisión.

«Dios sabe —le había dicho Nogura— que yo no quiero que dimita si puedo evitarlo. Pero no puedo impedirle que deje el servicio.»

Y Nogura había tomado también ahora una decisión.

Kirk respiró profundamente.

—Lo haré. Con una condición. Que este nuevo... nombramiento... sea temporal, hasta que encuentre usted a alguien fijo para el puesto. Quiero volver a la renovación de naves lo antes posible, almirante.

Los rasgos de Nogura se relajaron.

—Por supuesto, Jim. Por supuesto. Pensaba que eso había quedado claro. Y... gracias. Sé que odia usted este tipo de cosas, a pesar de ser bueno en ellas.

—Intentaré que no se me note. ¿Cuándo comienzo?

—Mañana por la mañana —respondió Nogura—. He arreglado las cosas para que usted sea uno de los invitados del programa de entrevistas «Mundo Noticias Sábado».

—¿Tan seguro estaba de mí? —Los labios de Kirk se torcieron en una sonrisa triste, pero el tono de su voz era sereno.

Un nombramiento temporal, se dijo después para tranquilizarse, cuando salía de la oficina del almirante. Sólo temporal, y luego tendría, si bien no la *Enterprise*, sí otras naves para modernizar. Tenía la palabra de Nogura de que así sería.

Pero no pudo evitar preguntarse si el otro Kirk —el más joven y confiado que estaba vestido con el traje dorado de mando— habría creído en aquello ni por un

instante.

Kirk no tenía que desempeñar ningún papel en el vuelo de la sección de mando de la *Enterprise*, pero le interesaba vitalmente el resultado. Regresó a su despacho y se encontró a Riley de pie ante el trivisor. Mundo Noticias estaba transmitiendo imágenes de archivo de la *Enterprise* cuando regresaba de su misión de cinco años, pero Riley no las estaba mirando; tenía el rostro vuelto hacia la ventana y la vista del puente.

—Se ha convertido en un día precioso, ¿verdad? —preguntó Kirk.

Riley se volvió, sobresaltado.

—Almirante. Lo siento, señor, no lo he oído entrar. He pensado que querría saber qué estaba haciendo la *Enterprise*.

—A través de la cobertura de Mundo Noticias, no. Cámbielo a nuestra cobertura por circuito cerrado, y conecte también el audio de la misión. Me gustaría escuchar las comunicaciones del encuentro, pero mantenga bajo el volumen.

—Sí, señor. —Riley seleccionó el canal interno con los controles del trivisor que estaban empotrados en la superficie del escritorio de Kirk. El comandante se sentó al otro lado, mientras el almirante ocupaba su propio asiento.

Ambos hombres miraron en silencio mientras los monitores de control remoto y montados en el muelle espacial Cuatro recogían las imágenes del platillo que se aproximaba. La escena tenía como telón de fondo a la Tierra brillantemente iluminada, y las deslumbrantes nubes ocultaban con pudor la geografía planetaria tras un velo de vapor. La suave y, para los oídos de Kirk, reconfortante charla de la misión ocupaba el telón de fondo auditivo. Kirk reconoció fácilmente la voz de Uhura entre todas las demás.

—Bien, ésa es una hermosa toma —comentó Kirk—. Ventana, oscurézcase.

La ventana que estaba a espaldas de Kirk se volvió completamente negra, dejando fuera toda la luz diurna. La imagen de trivisión era sólida y carecía de interferencias. A Kirk le parecía estar flotando en el espacio, sentado en un cómodo asiento. Observaba cómo el platillo avanzaba lentamente hacia él, elevándose. Tenía la sensación de poder estirar un brazo y tocarlo.

—¿Dónde está ahora el muelle espacial Cuatro? —preguntó Kirk.

Riley miró hacia el techo y realizó algunos cálculos mentales.

—A treinta y seis grados este, siete grados sur, aproximadamente... justo encima de Tanzania central, más o menos.

El muelle espacial Cuatro no era mucho más que un enrejado de metal abierto al espacio. Tenía justo el ancho y la profundidad suficientes como para servir a una nave de clase crucero. Describía una órbita baja que daba saltos de un lado a otro del ecuador de hasta diez grados de latitud. Su hermano, mucho más grande, el muelle

espacial principal, no llevaba número alguno y era una enorme instalación cerrada que describía una órbita geosincrónica mucho más alta, sobre el océano Atlántico.

A pesar de lo grande que era el muelle espacial, estaba siempre atestado. Por el contrario, la *Enterprise* podía disponer del muelle espacial Cuatro para sí sola y durante todo el tiempo que pudiera durar la renovación. No habría presión ninguna para acabar con la *Enterprise* sólo porque otra nave necesitara el muelle.

El capitán Decker observaba cómo el muelle espacial Cuatro iba haciéndose más grande en la pantalla frontal. El platillo se aproximaba a él desde debajo y por la parte de atrás. Podía ver la sección de máquinas de la *Enterprise* flotando serenamente en el centro del enrejado. La sección se mantenía fija respecto a la estructura del muelle espacial mediante una serie de rayos tractor-presores dirigidos contra su casco.

La última vez que Decker había estado allí, los nuevos motores hiperespaciales no estaban aún colocados en el extremo de los pilares. La sección de máquinas le pareció una batata blanca con tres brotes que le sobresalían en torpes ángulos. A decir verdad, había sido un espectáculo bastante descorazonador. Ahora, con los motores colocados, la sección de máquinas se parecía menos a una batata y más a una parte de la nave, a pesar de que aún quedaban grandes áreas del casco que todavía no habían sido cubiertas con el chapado de trititanio.

El trabajo de Decker para aquel día era colocar en su sitio la última gran pieza de un complicado rompecabezas, y hacerlo correctamente a la primera. El platillo adelantaría al muelle espacial Cuatro, pasaría de largo, y luego daría marcha atrás de forma que pudiera colocarse con precisión sobre la torreta central por los diestros grupos que llevaban los equipos portátiles de rayos tractor-presores. La complicada maniobra de entrada tenía como finalidad evitar causarles daños a los motores hiperespaciales, que se hallaban situados a popa de la torreta central y un poco más arriba que el platillo.

Al dejar atrás el platillo al muelle espacial Cuatro, una de las pantallas apagadas del tablero de controles de Sulu se encendió repentinamente con un dibujo rojo parecido a una caja. Parpadeaba regularmente, palpitando como los latidos de un corazón; las luminosas coordenadas del centro del diseño oscilaban.

—Tengo el esquema del encuentro en mis instrumentos, capitán —informó Sulu—. ¿Comienzo ya las maniobras de alineamiento?

—Adelante, comandante —repuso Decker.

—Controles de navegación a disposición del timón —informó DiFalco—. Todos suyos, Sulu.

—Gracias, Suzanne —respondió Sulu.

Se puso a trabajar, y las coordenadas del esquema del encuentro dejaron muy pronto de oscilar. El esquema guiaría a Sulu hacia el muelle espacial Cuatro, y le permitiría colocar el platillo correctamente encima del extremo de la torreta principal,

en una aproximación muy estrecha a la posición de unión definitiva. Una vez que eso quedase hecho, Sulu cerraría sus controles. En ese momento se encargarían del platillo los grupos de tracción-presión para hacer descender al platillo el resto del trayecto, empleando sus rayos para empujar la sección de mando a fin de realizar las últimas cuidadosas correcciones que colocarían al platillo en su lugar con toda precisión. Si la hacían chocar o errar, los daños del platillo serían considerables.

—Detenido el movimiento de avance —informó Sulu—. La orientación a lo largo de los ejes x e y está justo en el centro. Menos dieciséis metros sobre el eje z, corrigiendo. —Los dedos de Sulu danzaron sobre los controles durante unos instantes. Luego, el esquema del encuentro se mantuvo estable—. Estamos alineados, capitán.

—Hágala retroceder, señor Sulu.

—Sí, señor. Acercándonos al extremo delantero de la estación espacial Cuatro. Diez metros por segundo.

—Echemos una mirada.

—Visión trasera, capitán —respondió Sulu—. Aumento uno.

La bostezante boca del muelle espacial apareció y fue creciendo regularmente en el visor a medida que el platillo se aproximaba. Decker podía ver a los grupos de tracción-presión con sus trajes de trabajo, apostados aquí y allá por el enrejado del muelle espacial, bien apartados del camino del platillo y preparados para hacerse cargo de él.

—Uhura, por favor, comuníqueme con la sección de máquinas —solicitó Decker—. Quiero hablar con el señor Scott.

Se produjo una breve pausa, y luego le llegó, por los altavoces del puente, la voz del ingeniero en jefe con sus erres fuertemente pronunciadas.

—¿Sí, capitán? Aquí Scott.

—Dentro de poco estaremos allí, Scotty. ¿Estado de su sección?

Decker casi pudo ver cómo Scott se encogía de hombros.

—Ahora no hay mucho que hacer. Estamos todos preparados para la unión. Los grupos de tracción-presión nos tienen tan inmovilizados como la corriente del río Clyde. Lo único que puedo hacer es preocuparme por cómo llevarán a cabo la colocación los equipos de trabajo. Ojalá estuviera haciéndolo yo mismo; no tendremos una segunda oportunidad.

—No vamos a necesitar más que una oportunidad, señor Scott —le dijo Decker—. Ahora haré que Uhura deje una línea abierta entre ustedes y nosotros.

—Sí, capitán. Scott fuera.

—Capitán —anunció Sulu—, ahora estamos entrando en el muelle espacial Cuatro. Las exploraciones indican que aún estamos dentro de las tolerancias laterales para el atraque. Voy a reducir la velocidad a ocho metros por segundo.

—Muy bien —replicó Decker.

Observó atentamente el visor. La red metálica de aspecto delicado del muelle espacial comenzó a pasar lentamente junto a ellos. La sección de máquinas de la *Enterprise* flotaba en el centro de la pantalla. Decker podía ver los grupos de los rayos tractor-presores que seguían al platillo con sus aparatos, esperando una orden del jefe para hacerse cargo del mismo.

—Cinco metros por segundo, capitán —informó Sulu. Distancia para ataque, doscientos metros. —Uhura, por favor, póngame en comunicación con el jefe tractor —pidió Decker, y casi al instante llegó basta él una voz áspera.

—Bienvenido al muelle espacial Cuatro, capitán Decker. Aquí el jefe de equipo. Mi nombre es Billingsgate.

—Hola —respondió Decker—. ¿Preparado para danzar?

—Sólo tiene que escoger el ritmo, capitán.

—Permanezca a la espera, entonces. Señor Sulu, ¿distancia para ataque?

—Ciento cincuenta y cinco metros.

—Deténganos completamente a los cincuenta metros. Jefe Billingsgate, nos tendrá a su merced dentro de veinte segundos.

—Estoy esperando su orden, capitán. No se preocupe, la trataremos con delicadeza.

—Será mejor que lo haga, Billy —intervino la voz de Scotty—, o yo le daré...

—Todos callados —ordenó Decker—. ¿Estado, señor Sulu?

—Velocidad estable en cinco metros por segundo, capitán. Distancia actual, ochenta metros.

Se produjo una pausa.

—Cincuenta metros, capitán —informó Sulu—. Estamos completamente detenidos.

—Es suya, Billingsgate —dijo el capitán.

Se produjo una ligera sacudida cuando las cuadrillas tractor-presoras alcanzaron al platillo simultáneamente en muchos puntos con sus rayos energéticos. Luego se oyó un repentino y sonoro «¡whap!» y una brusca sacudida que desplazó el platillo hacia estribor.

—¡Maldición, equipo seis —se le oyó decir a Billingsgate—, están a un dos por ciento por encima del nominal! ¡Reduzcan ahora mismo! Equipo tres, aumente un dos por ciento para corregir y reduzca a nominal cuando yo lo indique.

Volvió a oírse otro «¡whap!», y esta vez el desplazamiento fue a babor.

—¡Reduzcan! —exclamó el jefe de las cuadrillas—. Ya la tenemos, muchachos. Fantástico. Fantástico. A pedir de boca. Bien, está estabilizada y se mantiene. Bájenla, ahora. Equipo uno, comience a empujar según lo programado. ¡Despacio, muy, muy despacio!

—Timón, proporcionémos una visión frontal, por favor —pidió Decker con más calma de la que sentía.

La escena cambió para mostrar el extremo frontal del muelle espacial. Decker vio una cuadrilla de seis operarios —indudablemente el grupo uno— que flotaba en el centro del muelle espacial alrededor de una unidad tractor-presora. El aparato, que había sido rápidamente colocado en posición después de que pasara de largo el platillo, se mantenía sujeto mediante un pequeño rayo dirigido hacia él desde el enrejado del muelle.

—Visión posterior otra vez, por favor —ordenó Decker.

—Visión posterior, señor —respondió Sulu.

La escena cambió para mostrar los extremos delanteros de los motores hiperespaciales de la *Enterprise*, que llenaban la pantalla. Eran enormes, tanto que no era mucho lo que podía verse del muelle espacial que quedaba detrás de ellos.

Sulu consultó su panel.

—Estamos ya muy cerca, capitán. A sólo segundos. Volvió a oírse la voz de Billingsgate.

—Muy bien, muchachos. Muy bien. Siete, háganla descender lentamente. Ocho, cuidado con la velocidad al bajar. Uno, dejen de empujar. Seis, nivélenla con el extremo. Bien, siete y ocho, bájenla ahora. Despacio, despacio.

Se produjo un topetón tan delicado como el beso de un viento irlandés.

—Atracada, capitán —informó Sulu.

—¡Señor Scott! —llamó Decker—. ¡Asegúrela!

Se oyó una rápida serie de pesados «thunks» procedentes de algún lugar de la parte baja. Decker percibió las vibraciones a través del asiento de mando.

—Asegurada, capitán —anunció Scotty—. Todo está verde por aquí. También muestra plena integridad medioambiental en la interfase de ataque.

—Todo verde también por aquí, capitán —intervino Sulu.

—Todas las funciones medioambientales del platillo han sido transferidas a máquinas, capitán —informó DiFalco—. No ha habido ningún retraso apreciable en la transferencia. Las funciones propias del platillo están ahora a la espera.

—Las cuadrillas de tracción-presión ya están apagando los equipos —les dijo Billingsgate—. En este momento los mantienen en su sitio los sistemas del muelle espacial, *Enterprise*. Ha sido un placer tratar con ustedes.

—Lo mismo digo —contestó Decker—. Gracias.

Justo en aquel instante, la puerta del turboascensor que daba al puente se abrió hacia un lado, y Montgomery Scott salió por ella. El ingeniero en jefe tenía una ancha sonrisa en el rostro.

—Se me ha ocurrido ser el primero en darle oficialmente la bienvenida, capitán —comentó alegremente—. Además, tenía que comprobar el funcionamiento del

turboascensor, ¿no le parece?

—Desde luego, señor Scott —respondió Decker mientras se levantaba del asiento —, y gracias por darme la bienvenida. —Le tendió una mano y Scott la estrechó. Fue tan sólo entonces que Decker se relajó, profiriendo un muy audible suspiro de alivio, suspiro que encontró eco en los proferidos por los demás miembros del puente, y que muy pronto se perdió en carcajadas, vítores y no pocos aplausos.

Kirk sintió que las entrañas se le desanudaban. Observó atentamente mientras los monitores de trivisión mostraban a la *Enterprise*, reunida en una sola pieza, que se mantenía serenamente estacionaria en el centro del muelle espacial. Todo parecía estar bien. «Preciso, Will, muy preciso —pensó Kirk—. Yo mismo no podría haberlo hecho mejor.»

Volvió su atención hacia la pantalla de datos empotrada en la superficie de su escritorio. Fiel a su palabra, Nogura le había proporcionado rápidamente los detalles de lo que necesitaría saber para el momento de su aparición en el programa de entrevistas de Mundo Noticias, al día siguiente. Lo único que Nogura no le había proporcionado era el deseo, en primer lugar, de aparecer en ese programa.

Por lo que podía ver, el proyecto *Dart*^[1] parecía marchar bien. Estaba cerca de la fecha límite y aún se mantenía dentro del presupuesto asignado, aunque no por demasiado. A pesar del coste bastante alto, Kirk pensaba que Nogura había hecho bien al financiar ese proyecto. Era sin duda una causa digna, y les aseguraría una gran cantidad de cobertura amistosa por parte de los medios de comunicación. Prosiguió leyendo; la pantalla pasaba automáticamente el escrito a medida que él recorría el texto y los gráficos expuestos en ella.

Kirk vio que una capitán llamada Alice Friedman había sido nombrada piloto de la *Dart*. Observó que Nogura le había pedido que apareciera en el programa de trivisión junto con Kirk, pero ella se había excusado, pretextando una agenda previa al vuelo muy apretada. Bueno, Kirk podía comprender y valorar el problema de ella. Él mismo se había encontrado una o dos veces en situación tremendamente apurada para cumplir con una fecha límite.

Estudió la fotografía de Friedman, y creyó ver una decidida fortaleza en sus facciones.

—¿Riley? —llamó Kirk en voz alta.

La puerta del despacho se abrió, y Riley asomó la cabeza por ella.

—Estoy aquí mismo, capitán.

—Hoy me marcharé temprano a casa. ¿Queda algo pendiente?

—No, señor, hemos acabado con todo lo previsto. ¿A qué hora nos encontraremos en el estudio?

—El programa comienza a las nueve, así que bastará con que nos veamos una

hora antes.

—Entendido. Hasta entonces. Buenas noches, almirante. —La puerta se cerró.

Kirk le ordenó a la pantalla de datos que copiara los archivos del proyecto *Dart* en una cinta, y luego metió los cubos en su maletín. Mientras lo hacía, se le ocurrió que aquel maletín era probablemente su objeto personal más ridículo. Era, en un sentido, un recordatorio de lo que Kirk había sido en otra época, al definir lo que era en el momento presente. Ningún otro objeto podría haber simbolizado con mayor eficacia su cambio de posición. Una vez había jurado que nunca condescendería hasta el punto de poseer un maletín. Bueno, pues se había equivocado en eso. Evocó al Kirk que había visto en el despacho de Nogura, el Kirk vestido con el traje dorado de mando. «Ojalá toda esa gente que piensa que soy un héroe pudiera verme acarreando esta cosa por ahí. ¿Desde cuándo los héroes se llevan un maletín a casa, Heihachuro?»

5

En el acogedor cuarto de baño de los Siegel, Ricia observaba cómo Carlos le aplicaba el estimulador sónico al entumecido labio inferior de Joey. Para cuando llegaron al apartamento, el labio de Joey se había hinchado hasta quedar con la piel muy tirante, y al muchacho le daba la sensación de tenerlo diez veces más grande de lo normal. Pero una mirada a la larga pared espejada que había sobre la repisa le reveló lo contrario: el labio había aumentado sólo al doble de su tamaño, y estaba adquiriendo una tonalidad roja purpúrea oscura. Parecía un salvaje, sí. Tenía manchas marrones rojizas de sangre, desde las comisuras de la boca hasta ambas mejillas, y su pelo castaño rojizo era una maraña enredada. Por no mencionar la mancha de sangre del tamaño de una uña de dedo pulgar que tenía en la parte delantera de la camisa.

Joey cerró los ojos y gimió.

—Esto no debería hacerte daño. —Carlos apartó el estimulador, que zumbaba suavemente en su mano.

—No es eso —ceceó Joey, que sentía en la boca el sabor de la sangre. El estimulador sónico le provocaba una sensación cálida y algo punzante, como la de agujas que produce una extremidad dormida cuando está despertando—. Es sólo que... si mi madre me viera así...

—No te verá. Relájate —le dijo Carlos con bastante firmeza, y cuidadosamente bajó el estimulador hasta que quedó en el aire a un centímetro del labio de Joey. Carlos tampoco presentaba un aspecto muy bueno: tenía líneas de sangre seca en la nariz y el labio superior. La nariz en sí estaba hinchada, y la piel que la rodeaba, normalmente de color oliváceo oscuro, se había vuelto gris purpúrea. No obstante, en sus ojos había una expresión serena; eran los ojos de alguien de mucha más edad. Carlos no parecía furioso con Stoller. De hecho, ni él ni Ricia mencionaron siquiera el nombre de Ira durante el viaje en cinta deslizante hasta el apartamento. Carlos estaba tranquilo y firme como un vulcaniano... sólo algo más afectuoso. «Será médico como su padre», pensó Joey, mientras observaba la destreza con que el muchacho manejaba el estimulador.

Al otro lado de Joey, Ricia se hallaba inclinada, con las palmas de las manos apoyadas en las rodillas, e inspeccionaba el labio más de cerca.

—La hinchazón comienza a ceder —anunció la chica.

Joey no había advertido nunca antes que era bien parecida, con una perfecta piel morena y oscuros ojos enmarcados por largas pestañas.

Joey se palpó delicadamente el labio con la lengua. —Comienza a dolerme menos.

—Fantástico. —Carlos pulsó un botón y el zumbido aumentó—. Ahora ya no tardará mucho. Ricia se enderezó.

—Bueno, Joey. ¿Qué haces tú en compañía de alguien como Stoller?

El tono de Carlos fue ligeramente reprobador.

—Ricia, eso es asunto de él. Además, deberíamos darle las gracias por habernos ayudado.

La franqueza de ella desconcertó a Joey.

—No es que seamos realmente amigos —le respondió. Le estaba resultando más fácil hablar—. Simplemente me siento delante de él, eso es todo. —Cosa que era verdad; y después de lo que había sucedido ese día, estaba bastante seguro de que Stoller no le gustaba demasiado.

—Bueno, me alegro, porque ese chico es un problema —Ricia hizo una pausa—. Has dicho antes que el doctor G'dath iba a ponerte en período de prueba si no mejorabas... pero a mí me parece que tú tienes que ser muy inteligente si te dejaron entrar en la clase a la edad que tienes.

—Haces que el tener trece años parezca una enfermedad —comentó Carlos, sin apartar los ojos de la tarea que tenía entre manos.

Ricia alzó una ceja de color carbón y le echó una mirada de disgusto moderado por el afecto.

—Ya sabes a qué me refiero. Yo me sentiría muy impresionada conmigo misma si me dejaran entrar en la clase dos años antes de lo normal. —Bajó los ojos hacia Joey—. El material de estudio no es demasiado difícil para ti, ¿verdad?

Joey sintió que el calor le inundaba todo el rostro, como si Carlos se lo hubiera recorrido con el estimulador, y supo que Ricia podía verlo ruborizarse. La pregunta que acababa de formularle le enfadaba y ponía a la defensiva, y al principio iba a decirle que se metiera en sus propios asuntos, pero los modales de ella eran tan francos y manifestaban tanto interés, que respondió:

—No.

Joey bajó la mirada y Carlos le dijo:

—Eh, mantén la cabeza en alto, ¿vale?

Joey levantó cabeza y mirada, y luego dijo, sin posar los ojos en Ricia:

—No es el material. Es sólo que... no tengo ganas de hacer nada de nada. —Alzó los ojos hacia ella, poniendo buen cuidado en no mover la cabeza—. Es verano, ¿sabes? Acabo de salir del colegio. Tendría que estar de vacaciones.

—Humm. —Ricia cruzó los brazos a la altura del pecho y se recostó contra la pared—. Supongo que ésa es una razón. —Pero los ojos de la jovencita estaban entrecerrándose, y Joey supo que no lo creía ni por un minuto.

—Y, en cualquier caso, no le caigo bien al doctor G'dath —agregó Joey, acaloradamente.

—¿Qué te hace pensar eso? —Ricia inclinó la cabeza a un lado y frunció el ceño, curiosa.

—Porque es un klingon. ¿No es suficiente? Además, la forma en que nos trata... me pone nervioso, la forma en que nos hace poner en pie y hablar en clase. La mitad de las veces olvido lo que quería decir. Intenta asustarnos... y ya viste cómo actuó cuando le pedí que repitiera una pregunta.

—Quédate quieto, Joey —le ordenó Carlos—. Ya casi hemos acabado.

Joey se quedó quieto.

Ricia levantó los ojos al techo y suspiró.

—Brickner, tú tienes un cerebro. ¿Por qué no lo utilizas? Ésa es la forma de actuar de G'dath. Lo educaron como a un klingon. Cuando me enteré de que me había aceptado en la clase, leí acerca de su cultura. Es cierto que G'dath está viviendo aquí desde hace un año, pero todavía está influenciado por su crianza klingon. La forma de pensar de todo el mundo, tanto si le gusta como si no, está influida por su cultura. Todos tenemos algunas creencias culturales tácitas de las que ni siquiera somos conscientes durante la mayor parte del tiempo... y G'dath no es en nada diferente. Aunque él es más consciente de las suyas que la mayoría.

—Embajadora Ricia —comentó Carlos en voz baja, pero Ricia hizo caso omiso de él.

—¿No te das cuenta —continuó— de que está intentando no atemorizarnos? Está tratando de enseñarnos, no de asustarnos.

—Bueno, pues te aseguro que tiene una extraña forma de hacerlo —le contestó Joey.

—Rara, no. Simplemente, klingon. Una gran parte de su educación está basada en el honor, el orgullo personal... no nos pondrá las cosas fáciles, con el fin de que podamos aprender más de la experiencia. El mimar a una persona es el máximo insulto. El desafiarla, el más grande de los cumplidos.

—¿Cree él que nos está haciendo un favor al ser tan duro con nosotros?

—No hables con tanto escepticismo. Pero, sí, lo cree. Ahora que sé que ayer le notificó a tu madre que está a punto de ponerte en período de prueba, comprendo por qué te hizo hoy la primera pregunta. Un estudiante klingon, en la misma situación, habría estado preparado y esperando esa primera pregunta. Estaba dándote la oportunidad de redimir tu honor. Y probablemente le sorprendió que tú no lo esperases.

—Ya hemos acabado —anunció Carlos.

Joey se dio cuenta de que el zumbido había cesado. Se volvió y estudió su imagen en el espejo. El labio había vuelto a su tamaño normal. Se pasó la lengua por el interior; sólo tenía una diminuta hinchazón en el lugar en que había estado el corte. No le dolía en absoluto. Sonrió a Carlos.

—¡Eh, fantástico! ¡Gracias!

—No hay de qué. —Carlos sonrió tímidamente—. Después de todo, tú acudiste

en nuestra ayuda. Oh, eh... —Se miró a sí mismo—. Será mejor que meta esto en el reciclador antes de que mi padre vuelva a casa. —Se quitó la camisa, luego aguardó hasta que Joey, que se sentía un poco desazonado por desvestirse delante de Ricia, le entregara la suya—. Esto sólo tardará un minuto.

—Muy bien —le gritó Ricia mientras él salía apresuradamente del cuarto de baño —, pero luego yo me encargaré de arreglarte la nariz.

—¿Su madre también está trabajando? —preguntó Joey. Se puso en pie, sacó una toalla caliente y húmeda del dispensador, y comenzó a limpiarse la suciedad de la cara.

—No. —Ricia continuaba apoyada contra la pared, con el rostro vuelto en la dirección por la que se había marchado Carlos—. Ella murió hace un par de años.

—Ah —dijo Joey. Por primera vez en meses, sintió de pronto deseos de hablarle a alguien de Jase. —Te comprendo.

Ricia volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Has perdido a uno de tus padres?

Joey negó con la cabeza.

—A mi hermano menor. Hace unos seis meses.

—Lo siento. —Por primera vez, el tono de Ricia era suave—. Supongo que yo he tenido suerte.

Joey volvió a ruborizarse. No quería compasión, simplemente deseaba —por alguna razón que era incapaz de comprender— que alguien supiera lo de Jase. Ambos permanecieron sumidos en un silencio incómodo durante un momento. La mención de su madre hizo que Joey recordara cómo estaba la noche anterior, cuando le había transmitido el mensaje de G'dath: al borde de las lágrimas, y esa vez era Joey quien la hacía llorar.

Y aquel maldito cabeza de tortuga.

Luego pensó en el chiste de ira Stoller. Tal vez ayudaría a alegrar los ánimos.

Respiró profundamente.

—Eh, ¿has oído el chiste de Tarzán y Jane?

Ricia parpadeó.

—¿Qué?

—Si Tarzán y Jane fueran klingon —no dijo cabezas de tortuga porque ella le había gritado a Stoller por decirlo—, ¿qué sería *Chita*?

La expresión de ella se endureció.

—No quiero oírlo, Brickner.

Ya era demasiado tarde como para detenerse... y Joey pensaba honradamente que ella reiría al oírlo.

—Una niña prodigio —dijo, y profirió una risilla.

Pero Ricia no se echó a reír, ni sonrió; se limitó a mirarlo fijamente, y luego dijo,

con mucha lentitud:

—Si Tarzán y Jane fuesen klingon, ¿qué sería *Chita*? —Acabo de decírtelo.

—Este es mi chiste, y la respuesta es diferente. Vamos, Brickner, si Tarzán y Jane fuesen klingon, ¿qué sería *Chita*? —Me doy por vencido.

Ricia continuaba mirándolo atentamente, sin sonreír. —Un Brickner.

—Eh —protestó Joey—, eso no es gracioso.

—Tienes razón. Y tampoco lo es tu versión del chiste. —Ricia suspiró y la postura de su cuerpo se relajó—. Joey, ¿no lo entiendes? La única razón por la que alguien intenta insultar a toda una raza es porque tiene miedo, o porque se siente tan inseguro que necesita degradar a otros para sentirse mejor, sentir que vale algo. Stoller llama a G'dath cabeza de tortuga porque está enfadado y porque tiene problemas emocionales, y el criticar a otra persona aparta la atención de sus propios problemas. Pero tú pareces demasiado inteligente como para hacer eso.

—No era más que un chiste malo. —Joey arrojó la toalla sobre la repisa—. Si quiero oír una conferencia, asisto a clase. —Se sentía violento, casi tan violento como lo había hecho sentir G'dath ese mismo día, en clase, y lamentaba haber confiado en Ricia respecto a Jase—. Mira, no te enfades...

Salió pisando fuerte al pasillo y casi se estrelló contra Carlos, que se había puesto su camisa y le tendió a Joey la suya, tibia y limpia. Joey se la arrebató de la mano y se la puso a tirones por encima de la cabeza.

—Eh, Joey, ¿te marchas ya?

—Sí —le respondió Joey con brusquedad—. Gracias por todo.

Ricia lo había seguido. Carlos la miró con el entrecejo fruncido; sus espesas cejas negras casi se tocaban por encima de la hinchada nariz.

—¿Ricia? ¿Qué has dicho?

—Realmente tengo que marcharme —declaró Joey, brusco—. Mi madre regresará a casa dentro de una hora, más o menos.

—Mira, Joey —le dijo Ricia—, antes de que te vayas, creo que deberías saber que G'dath va a darte una sola oportunidad más de redimirte. Si yo estuviera en tu lugar, me prepararía para eso.

—Lo haré. —Joey se encaminó hacia la salida mientras Ricia y Carlos lo seguían.

—Muy bien. —Ella se colocó delante de la puerta, impidiéndole el paso—. Porque el segundo desafío será obligatoriamente más difícil que el primero. Conociendo a G'dath, calculo que lo hará durante la transmisión en directo que se realizará por trivisión. Será mejor que superes esos nervios.

—Si quieres estudiar conmigo y con Ricia, no tienes más que llamar. Estoy en el listado central —le ofreció Carlos.

—Eh... gracias. Lo pensaré. —Joey pasó por el lado de Ricia y salió a la calle.

El viaje en cinta deslizante hasta su casa fue una pura agonía.

Se había obligado a no reaccionar ante la afirmación de Ricia respecto al programa en directo por televisión. Él había imaginado que la gente de Mundo Noticias iba a mostrar a G'dath dando una clase o algo así... pero no se le había ocurrido que mostrarían a G'dath haciéndoles preguntas a los estudiantes. Y si era cierto lo que acababa de decirle Ricia, G'dath lo interrogaría primero a él.

Responder a una pregunta delante de la clase ya era motivo suficiente para estar nervioso.

Responder a una pregunta del doctor G'dath delante de la clase era motivo para estar doblemente nervioso.

Responder a una pregunta del doctor G'dath delante de la clase para un programa en directo era razón suficiente para morir.

«¡Arriba ese ánimo, Brickner! Tienes todo un fin de semana para escribir esa redacción... y aprender del derecho y del revés el material indicado. Y supera esos nervios. Simplemente piensa: con toda probabilidad, tu madre estará mirándote...»

Para cuando llegó a casa, Joey estaba deseando que Ira Stoller se hubiese matado.

Kirk llegó a su casa y se sorprendió al oír el sonido de los pasos de Lori en el dormitorio. Era inaudito que su esposa regresase del trabajo antes de hora... casi tan inaudito como lo era en su propio caso. Dejó el maletín sobre la mesa del salón y se encaminó hacia el dormitorio.

En el pasillo, vaciló. No era supersticioso, pero de alguna forma había sentido en los huesos la seguridad de que aquél no iba a ser un buen día. Y hasta aquel momento había tenido razón. Primero, la lluvia; luego había perdido a la *Enterprise* (por supuesto que sabía que eso iba a suceder, así que la premonición no contaba en ese caso), y luego Nogura insistió en que aceptara ese puesto de relaciones públicas. Y ahora se encontraba con que no quería entrar en el dormitorio. Escuchó el sonido de los movimientos de Lori, intentando calcular el estado del humor de su esposa: pasos cortos y rápidos, luego una pausa, más pasos veloces.

No era buena señal.

Hacía meses que ella no era feliz. Él tenía conciencia de ello y no sabía qué hacer. Sospechaba que estaba relacionado con la imposibilidad de conseguir el puesto diplomático que con tanta fuerza había deseado. Al igual que él, Lori era enormemente ambiciosa, y Kirk sabía que la decisión de Nogura la había anonadado. Tampoco ignoraba que ella había contado con que él la ayudaría a conseguir ese puesto, y se sentía vagamente responsable por la decepción de ella.

Debido a que Lori era como él, Kirk le daba lo que él habría deseado si las posiciones de ambos hubiesen sido las inversas: espacio para lamerse las heridas. No le hacía preguntas al respecto y le concedía toda la intimidad que ella quería.

En aquellos días parecía querer mucha intimidad.

No obstante, él había aguantado pacientemente a que Lori se recuperase. Después de todo, era como él, y eso era lo que él habría hecho: estar furioso con Nogura durante un par de meses, más o menos, y luego centrar sus miras en algo nuevo.

Pero Lori no lo había superado. La silenciosa infelicidad de ella había crecido hasta tal punto que él llegó a renunciar. Habría acogido de buen grado un despliegue de enojo, de su antiguo temperamento, cualquier cosa menos esa distante y educada frialdad. Aquello tuvo que continuar durante bastante tiempo para que él se diera cuenta de que tenía que ver con algo más que con Nogura. Tenía que ver también con él.

Kirk traspuso la puerta del dormitorio. Lori levantó los ojos, sobresaltada, con sus cabellos de plata y oro balanceándose, y los labios levemente separados. Sobre la cama había dos maletas abiertas y llenas con la mayor parte del contenido del armario de ella.

Por un lado, Kirk se sorprendió; por otro, no le asombró en lo más mínimo.

—Llegas temprano a casa —comentó ella con los ojos abiertos de par en par.

Durante un segundo, Kirk pensó que si se le acercaba un solo paso más, ella saltaría como un animal salvaje y asustado. Luego Lori se rehízo, e irguió los hombros como acorazándose para la pelea.

—Las grandes mentes piensan de forma similar —contestó Jim. Parecía algo estúpido de decir, pero es que la situación era absurda. Permaneció de pie y la observó mientras ella hacía las maletas—. Lori...

—Me marchó. —Sus ojos se centraron sobre la prenda que estaba metiendo a la fuerza en la maleta demasiado llena—. Creo que eso es bastante obvio. Tengo necesidad de hacer un poco de relaciones públicas por mi cuenta, viajar por los nuevos asentamientos. Hacía algún tiempo que lo estaba pensando.

—Nogura te ha hablado del asunto.

Ella se enderezó y volvió la cabeza para mirarlo.

—¿De qué asunto me ha hablado?

—Del puesto de relaciones públicas que me ha dado.

Jim se sentía un poco torpe; ridículo, allí de pie, hablando de cosas intrascendentes. Ella no podía marcharse. De forma tan repentina, tan indiferente, no.

La comisura de la boca de ella se torció bruscamente —de irritación, pensó Kirk— al oír la respuesta de él.

—Sí, Nogura me lo ha contado. Parece que últimamente no tenemos mucha comunicación directa. —Ella se volvió hacia las maletas y no lo miró—. Estaré fuera durante dos meses, quizá tres.

«Algunos meses.» Entonces, no se marchaba realmente.

—No sé si volveré aquí.

El rostro de él se endureció. Había sido paciente con ella... y ella lo había

interpretado como un distanciamiento insensible. Tal vez Lori tenía razón; quizá se había perdido a sí mismo, había estado obsesionado con las modificaciones de la *Enterprise*, y luego con su lanzamiento. Pero amaba a Lori, y no iba a dejarla marchar fácilmente.

—Si te he fallado —dijo con serenidad—, si he hecho algo que te haga sentir desdichada, quiero saberlo. Te amo, Lori. No quiero perderte.

Ella se volvió para encararse con él; Kirk vio un relámpago de dolor atravesarle el semblante.

—No somos felices juntos, Jim. Ninguno de los dos lo somos. Tal vez yo no sea más que la primera en darse cuenta.

—Yo soy feliz. —Pero las palabras sonaron falsas.

Ella negó con la cabeza. Él atravesó la habitación e hizo gesto de abrazarla, pero ella continuó negando con la cabeza y le cogió las manos en las suyas propias.

—No, no lo eres. Y yo no lo soy. Jim, hemos tenido una relación maravillosa, pero nunca debimos casarnos.

—No lo comprendo —intentó decir él, pero ella le puso un dedo sobre los labios.

—Ninguno de nosotros dos está donde debería. Yo quiero ese puesto diplomático, y, demonios, voy a buscar la manera de conseguirlo. Que se vaya al infierno Nogura. Y tú... —La voz comenzó a temblarle y ella respiró profundamente para conseguir que recobrarla la firmeza.

—Nogura me ha prometido que ese trabajo de relaciones públicas será temporal —le dijo Jim—. Y que luego podré volver a lo que quiero hacer... modernizar naves.

Ella le dedicó una sonrisilla irónica.

—Has pasado demasiado tiempo mintiéndote a ti mismo. No es eso lo que quieres hacer, amor. Tú quieres una nave estelar...

—Ya tuve una. Y ahora es de Will Decker. —... para comandarla.

Él profirió un sonido de incredulidad que no llegaba a ser una carcajada.

—Lori, los dos sabemos que eso es imposible.

—El hombre del que yo me enamoré no pensaba eso. —Ella se apartó de Kirk—. Nunca debí apartarte de la *Enterprise*, Jim, nunca debí pasar por alto la recomendación de McCoy y crear ese puesto de diplomático oficioso.

—Tú no tuviste nada que ver con eso —replicó bruscamente Kirk—. El puesto de diplomático oficioso, al menos me proporcionó un trabajo emocionante y que valía la pena realizar. Nogura no me dejó elección, ¿recuerdas, Jim? Acepte el ascenso al Almirantazgo o dimita. Eso lo dejó muy claro.

Ella volvió bruscamente la cabeza y estudió el rostro de Kirk.

—¿Has pensado alguna vez, sólo una, en lo que habría sucedido si hubieras obligado a Nogura a continuar adelante con ese farol?

—Que ahora sería un piloto comercial —replicó Jim—. Entonces sí que estaría en

el lugar equivocado.

—¿Pero llegaste a hacerlo alguna vez, Jim? ¿Obligaste alguna vez a Nogura a continuar adelante con ese farol?

Jim no respondió. En un sentido, aquella pregunta lo enojaba. Kirk no creía en aquello de lamentar las decisiones pasadas, de llorar por las ocasiones perdidas, ni de preocuparse por lo que habría podido ser. Sin embargo, había habido una o dos noches en las que se despertó junto a Lori y se preguntó...

La voz de Lori se transformó en un susurro.

—Yo lo he hecho. Hoy, por primera vez. ¿Y sabes qué sucedió? El viejo se echó atrás. —Luego habló en voz más alta—. Ha estado utilizándonos desde el principio, Jim. Utilizándote a ti. ¿Es que no te das cuenta?

Durante un rato, ambos permanecieron en silencio. Lori metió la última prenda en una de las maletas, cerró ambas y activó los dispositivos antigraavedad.

—No puedo cambiar el pasado —dijo finalmente Jim—. No estoy seguro de que quisiera hacerlo en caso de que pudiera. Me preocupa más el presente... y el futuro. Nuestro futuro. Lori, ¿hay algo que yo pueda hacer o decir para convencerte de que te quedes?

Lori negó con la cabeza y Jim pudo ver, por la expresión del rostro de ella, que ya la había perdido.

—No, amor. Tengo que pensar en todo esto durante algún tiempo. Si me quedara, simplemente nos haría desdichados a los dos. —Ella volvió a erguir los hombros, en aquel gesto que a Jim se le había hecho tan familiar—. Me marcho a la plataforma del transportador del Almirantazgo. La *Kongo* abandona la órbita dentro de dos horas, así que será mejor que me transporte a bordo y me instale. Le he dado al ordenador mi itinerario y las instrucciones referentes a mi correspondencia y llamadas.

Tal vez regrese. Pronto hablaremos.

Ella le acarició una mejilla a Jim, y él la atrajo hacia sí.

Se abrazaron, más con el triste y cálido abrazo de los viejos amigos que de los amantes, y Lori le habló en voz baja al oído. —Sólo prométeme una cosa. Él intentó sonreír entre los cabellos de ella.

—¿Qué?

Ella se apartó y levantó los ojos hacia él. Cuando se habían conocido, la mirada de ella poseía una pasión eléctrica que se había amortecido durante los pasados ocho meses; en aquel momento, Kirk vio una chispa de esa pasión.

—Vuelve a conseguir una nave. Es lo que más quieres, Jim. Más que nada en el mundo. Más que a mí.

Él no se permitió reaccionar. Ella estaba dolorida, se dijo, y había proyectado ese dolor en él. Ella no podía superar el perder la oportunidad de conseguir un puesto de embajadora, así que había decidido que él no podía superar el perder una nave. No

tenía ningún sentido ponerse a discutir con ella en aquel momento.

Jim la soltó. Ella recogió las maletas y salió apresuradamente, así que él no pudo verle la cara. No la siguió, sino que permaneció de pie en la puerta del dormitorio y escuchó el ruido de la puerta del apartamento al cerrarse tras ella.

Un poco después de las nueve de la noche, G'dath regresó a su apartamento, cargado de paquetes. *Saltarín* salió de debajo del sillón de la sala. Bailoteando en torno a G'dath, dejó claro el profundo interés que sentía por las bolsas y cajas que el klingon acababa de traer a casa.

—Te daré tus cosas dentro de un momento, *Saltarín* —le dijo G'dath. Dejó los paquetes—. Pero antes tengo que ver cómo va la prueba de mi unidad de circuitos integrados.

El gatito hizo caso omiso de G'dath y continuó olfateando y echándole la zarpa a los paquetes.

—Más tarde, pequeño —insistió pacientemente el klingon.

El gatito comenzó a preocuparse por la faja que rodeaba el paquete más grande de todos.

G'dath suspiró.

—Espero que aprecies esto, *Saltarín* —le dijo, y el gatito le maulló a modo de respuesta.

—Muy bien, pues —prosiguió el klingon—, consideraremos esta interrupción como una prueba para mi autocontrol. —Recogió el paquete grande, en el que *Saltarín* había estado más interesado.

Saltarín no le puso ni la más mínima atención. Comenzó a tocar otro de los paquetes con sus diminutas patas.

—Un momento, gatito —le dijo G'dath—. Le echaremos una mirada al contenido de todos los paquetes.

G'dath se puso a desempaquetar los juguetes del gato. Esperaba que éstos hicieran que el animal se sintiera más en casa. Le había comprado roedores de látex, pelotas con cascabeles, y otras cosas por el estilo, todas de acuerdo con las tentadoras sugerencias del vendedor de la tienda de animales.

Según se vio más tarde, lo que G'dath había comprado no tenía ninguna importancia. Cuando el klingon regresó de guardar las latas de comida de gato en el armario de la cocina, se encontró a *Saltarín* que hacía caso omiso de todos aquellos objetos y jugaba alegremente con los envoltorios.

Con el gato alimentado y entretenido, G'dath se sintió en libertad de continuar con sus propios planes. Entró en el dormitorio y se encontró con que, como había esperado, la prueba de la unidad de circuitos integrados estaba todavía en proceso.

Suspiró con alivio al ver que, hasta el momento, no aparecía ningún error en la pantalla del ordenador.

G'dath se sentó ante el ordenador y observó cómo las cifras pasaban a toda velocidad por la pantalla, con demasiada rapidez para que él pudiese seguir las. Si había algún error en el circuito integrado, y si el fallo estaba en su propio diseño y no en la fabricación... bueno, podrían pasar varios meses más antes de que el klingon tuviera posibilidad de acometer un segundo intento... de hecho, puede que no dispusiera de otra oportunidad antes de tener que regresar al imperio.

Pasó una hora y diez minutos. Lentamente.

—Prueba completa —anunció por fin el ordenador—. Resultados dentro de los límites del diseño. ¿Siguiente?

—Finalice.

—Gracias —le dijo la computadora.

—Gracias a usted —Le contestó el klingon, y su cortesía para con la máquina era sincera.

G'dath se puso en pie y se acercó a la ventana. —Apagado —ordenó, y las luces del dormitorio se amortecieron hasta apagarse.

Ya había pasado una hora de la puesta del sol. Desde allí arriba, a casi doscientos cincuenta metros de alto, G'dath podía ver muchos, muchos miles de luces encendidas en toda la ciudad. Sabía que cada una de aquellas luces representaba a varias vidas, y todas ellas eran vidas a las que G'dath afectaría con total seguridad si daba resultado el experimento de aquella noche.

Miró hacia lo alto, adaptando sus ojos. También allí había muchas, muchas luces que compartían el cielo de la ciudad con la Luna de la Tierra. Esas luces eran estrellas, y muchas de ellas representaban millares de millones de vidas. G'dath sabía que también afectaría a aquellas otras vidas... si daba resultado el experimento de aquella noche.

Las afectaría a todas ellas de manera irrevocable, ¿pero sería para bien? El klingon esperaba fervientemente que así fuera. La galaxia conocida ya tenía bastantes problemas tal y como estaba, y él no deseaba aumentar esos problemas.

G'dath se encaminó hacia la cocina y regresó a la sala con varias piezas de fruta y un puñado de semillas de girasol. Con la cabeza inclinada, se acercó al *vav gho* y depositó la comida en el receptáculo poco profundo destinado para ella en el altar.

—Por el éxito, si así lo queréis —les dijo a sus ancestros. Retrocedió reverentemente mientras murmuraba una plegaria. Se trataba de una que había rezado diariamente cuando era niño, y que en ese momento lo reconfortaba.

Había llegado el momento de montar la unidad de circuitos integrados en el prototipo. Aquella tarea, casi trivial, era la última pieza del rompecabezas, el último toque. Serían los últimos momentos de más de cinco años de trabajo.

G'dath sacó el prototipo de la caja acolchada en la que lo había guardado. El prototipo era un globo de aluminio transparente de medio metro de diámetro, y lleno de componentes electrónicos. El aluminio transparente había sido una elección afortunada. El globo era muy fuerte, y sin embargo el aluminio era lo bastante maleable como para darle forma y trabajarlo utilizando sólo herramientas caseras. Ese sistema de «hágalo usted mismo» le había ahorrado a G'dath el coste considerable de encargar la fabricación a terceros.

La transparencia del globo le permitía a G'dath ver las entrañas electrónicas. Puede que no fuese completamente necesario para el klingon ver la parte de dentro del globo, pero le gustaba observar el juego de las luces, y él creía de todo corazón que la estética contaba para algo. Provenía de un lugar en el que no contaba en lo más mínimo, y ya había tenido más que suficiente de esa actitud.

Dentro del globo, apretujados, había tres módulos independientes. Uno le proporcionaba un ligero escudo protector, otro servía como sistema de guía, y el tercero alojaba el motor. La unidad de circuitos integrados que estaba a punto de instalar, gobernaría el motor y coordinaría las funciones de los tres módulos entre sí.

G'dath encajó la unidad en su lugar sin ninguna dificultad. El globo ya estaba completo: el experimento podía comenzar. Con la punta de un estilete, accionó un pequeño interruptor que estaba justo en el interior del panel de acceso, y unas cuantas luces del interior del globo comenzaron a brillar suavemente.

En los labios del klingon apareció una sonrisa de triunfo. Lo que sucediera a partir de ese momento no tenía mucha importancia para G'dath, porque su principal teoría ya había quedado demostrada. Las luces del globo estaban brillando a causa de la energía, pero el globo no contenía ni una fuente energética y, por tanto, ni un receptor.

La energía parecía proceder de la nada.

Y de eso precisamente se trataba.

G'dath permaneció allí de pie, con el globo en la mano, admirándolo, mientras *Saltarín*, al percibir el regocijo del klingon, se le acercó y comenzó a frotársele en las piernas. Pasado un rato, G'dath avanzó hacia la ventana y *Saltarín* trotó tras él.

G'dath volvió a mirar al cielo. A la luna llena le faltaba poco más de una hora para alcanzar su cenit. Miró la Luna, estudiándola con indiferencia. Era una luna notable, casi única en el espacio conocido por su enorme tamaño respecto al planeta que orbitaba.

Al igual que les sucedía a la mayoría de los alienígenas que llegaban a la Tierra, le había llevado algún tiempo el aprender a ver al legendario hombre de la Luna. Eso no era muy sorprendente, cuando incluso algunos humanos no veían un hombre en ella sino la esbelta silueta del cuerpo de una mujer, o la forma agachada de un conejo. Pero hacía tiempo que G'dath había llegado a ver un rostro en la Luna, a pesar de que

no podía determinar su sexo. Al klingon siempre le daba la impresión de que aquella cara estaba gritando, tal vez de dolor, quizá de consternación, tal vez de asombro. Aquella noche, si todo salía bien, su globo le haría una breve pero significativa visita a aquella cara.

G'dath abrió la ventana corredera. Los escudos permitían que un poco de brisa entrara en el apartamento. Olía a mar, a árboles y hierba recién cortada. También olía a oportunidad.

El klingon dejó el globo en el alféizar de la ventana. Extrañamente, no se sentía emocionado. Ya sabía que el principio que residía detrás del globo era correcto. Lo había sabido en cuanto se encendieron las luces interiores al accionar el primer interruptor. Lo único que quedaba era demostrar cómo esos principios podían ser aplicados sobre unas bases más prácticas, y G'dath quería estar satisfecho a ese respecto antes de darle a conocer a nadie más la existencia de su descubrimiento. Entonces, tal vez, pensaba G'dath, se le concedería el lugar que hasta entonces se le había negado dentro de la sociedad de la Federación.

Sin toques de trompeta, G'dath volvió a introducir el estilete en el interior del panel de acceso, y accionó una serie de interruptores. Ahora, al mover el globo, sintió una suave resistencia que acogió con agrado. Parecía querer quedarse donde estaba.

—Control inercial, *Saltarín* —le comentó G'dath al gato, ¿Ves? —Volvió a mover el globo, esta vez con mayor rapidez, y éste resistió con más fuerza que la vez anterior. *Saltarín* parpadeó interrogativamente al mirar el prototipo.

El klingon desactivó los amortiguadores de inercia. Luego volvió a colocar el globo en el alféizar de la ventana y los encendió nuevamente.

—Muy bien, pequeño —dijo G'dath—. Tú eres mi único testigo, al menos por ahora. Ciertamente, llegaste a mi vida en un día tremendamente interesante.

El gatito volvió a parpadear ante el sonido de la voz de G'dath.

—Que así sea, pues —dijo G'dath, y accionó otro interruptor.

El globo comenzó a elevarse lentamente al ordenarle el circuito integrado que gastase el mínimo de su energía motriz. Era una energía a la que G'dath todavía no le había dado siquiera nombre. Era algo nuevo y maravilloso en el universo, y a G'dath no le hacía falta darle un nombre para apreciarla.

El globo protegido con su escudo pasó con facilidad a través de los que protegían el edificio, como podría pasar una burbuja de jabón a través de otra. Se elevó y luego permaneció flotando a centenares de metros por encima de los edificios de la Reserva Stuyvesant, a la espera de que el circuito integrado le enviase la siguiente orden cronometrada. Las parpadeantes luces del interior del prototipo eran aún visibles mientras G'dath lo observaba atentamente.

De pronto, se oyó un restallar de trueno muy cercano, y el globo desapareció de la vista. *Saltarín*, presa del pánico, dio un salto vertical y corrió a toda velocidad a

escondarse en el dormitorio. El trueno había hecho daño a los oídos de G'dath, pero a él no le importaba demasiado. Era el sonido del éxito. No había visto el ardiente destello que hubiera indicado el desastre, así que aquel sonido no lo había causado ninguna explosión sucedida en el prototipo. El globo había partido como un rayo, según su programación. El restallar de trueno lo había provocado el aire que entraba precipitadamente en el vacío —el túnel abierto en el cielo— que había dejado tras de sí el prototipo.

El globo estaba ya en camino. Si todo continuaba saliendo bien, el prototipo describiría una órbita alrededor de la Luna, tomaría algunas lecturas para confirmar su posición, y estaría nuevamente flotando ante la ventana justo antes de que se cumplieran cincuenta y tres minutos.

No quedaba nada por hacer, excepto esperar.

De pronto volvió a oírse otro restallar de trueno. El klingon corrió hacia la ventana. Era, en efecto, el globo, y descendía lentamente hacia él.

G'dath se sintió tremendamente decepcionado. «Sólo se trata de un primer vuelo, es verdad —pensó—, pero había deseado tanto un éxito rápido... Bueno, esto me dará la lección que merezco.»

El globo regresó al apartamento de G'dath y se posó sobre el alféizar de la ventana. Fuera lo que fuese que había fallado en el aparato, su sistema de control inercial funcionaba perfectamente. Las luces del interior se extinguieron cuando el prototipo se apagó automáticamente.

G'dath recogió el globo y lo inspeccionó. Parecía estar bien. Los escudos y amortiguadores de inercia que tenía incorporados lo habían protegido del calor, del choque de la partida y el regreso bruscos.

G'dath abrió el panel de acceso y quitó la unidad de circuitos integrados. Tras volver a dejar el globo, entró en el dormitorio, conectó el conductor de la computadora en la entrada de la unidad, y transfirió los registros del viaje. Observó cuidadosamente la pantalla. Había un registro válido del curso seguido por el globo, después de todo. G'dath se sintió ligeramente mejor, porque el globo tendría que haber salido de la atmósfera con el fin de poder tomar correctamente las lecturas apropiadas. Al principio examinó los datos casi con indiferencia, y luego con mucha más atención.

Los datos no eran en absoluto lo que él esperaba.

Los datos eran, de hecho, imposibles.

El klingon lo comprobó todo cuidadosamente, una y otra vez, y finalmente se convenció de que los datos eran verdaderamente válidos... y que la trascendencia del experimento de aquella noche era mucho, mucho mayor de lo que él habría podido imaginar.

Aquello sin duda iba a impresionar a la reportera, en caso de que él se atreviera a

contárselo. De pronto, decidió no hacerlo... al menos no de inmediato.

*Salta*ín regresó a la habitación, oliendo el aire.

—Bueno, pequeño —comentó el klingon con su voz retumbante, mientras señalaba las lecturas que aparecían en la pantalla de la computadora—, ¿qué piensas de eso?

El gatito lo miró, parpadeando.

—Muy acertado —le respondió G'dath—. Tampoco yo sé muy bien qué decir al respecto.

Un helado escalofrió le recorrió la frente. «¿Qué he hecho?», se preguntó G'dath. Muchas razas y seres matarían por lo que él había creado, y por el increíble poder que acababa de descubrir. En realidad, se habían librado guerras por descubrimientos mucho menos importantes. El entusiasmo que sentía por su éxito se transformó lentamente en una sorda sensación de pavor.

«¿Qué he creado?»

6

Klor observaba con curiosidad mientras, en la pantalla de su consola, el sujeto G'dath se cubría la cara con las manos y bajaba la cabeza bajo el peso de una carga invisible.

Hasta pocos momentos antes, el día había sido tan inactivo y tedioso como siempre. Keth se había retirado a su pequeño alojamiento y ni siquiera había salido para tomar la comida de la noche. Klor, aunque estaba desesperado por salir a estirar las piernas, había permanecido durante varias horas extra en su puesto con el fin de averiguar el propósito de aquella unidad de circuitos integrados. Normalmente, habría acabado con la vigilancia y confiado en la computadora para que mantuviera un registro visual de todo lo que tuviese lugar durante las horas de oscuridad; una alarma lo despertaría si los monitores detectaban armamento o cualquier clase de equipo de espionaje en una de las dependencias del sujeto.

Pero aquella noche se quedó observando a G'dath. Y cuando G'dath comenzó a construir el aparato con la unidad, el pulso de Klor se aceleró. Cuando el globo comenzó a moverse mediante su propia energía, se quedó estupefacto; cuando desapareció en medio de un restallar de trueno, para reaparecer un instante más tarde, Klor se puso en pie. Sabía que tendría que haber corrido a notificárselo al comandante, pero no podía apartar la mirada de lo que estaba desarrollándose en la pantalla. Ni él ni el ordenador comprendían lo que había sucedido entre los dos truenos, pero la expresión de G'dath al comprobar el estado del aparato le dijo a Klor que era algo de suma importancia. Y luego, para sorpresa de Klor, G'dath había ocultado el rostro entre las manos.

«Así que la prueba del soñador ha fracasado», pensó Klor, que sentía una extraña decepción. Sin embargo, cuando G'dath apartó las manos de su rostro, Klor vio que su expresión no era de decepción, sino de perplejidad, algo muy parecido al asombro.

Se encaminó rápidamente hacia la habitación de Keth y pulsó el timbre. La puerta se abrió inmediatamente. Keth no estaba dormido a aquellas tempranas horas, aunque últimamente había mostrado tendencia a retirarse temprano. El comandante estaba sentado junto a la ventana y contemplaba el cielo nocturno. Hizo girar su silla al abrirse la puerta; tenía las manos unidas en forma de postura abacial, un gesto de reflexión.

—El sujeto G'dath ha inventado un aparato —informó Klor, y observó cómo sus palabras encendían una chispa en los ojos de Keth.

Sin decir una sola palabra, Keth se puso en pie y lo siguió hasta la consola. Klor dividió en dos el campo visual de la pantalla. Una mitad continuó controlando a G'dath, y la otra volvió a pasar, a alta velocidad, las imágenes de la construcción y las pruebas del aparato realizadas por G'dath. Keth se inclinó, apoyó las manos a

ambos lados de la pantalla, y observó en silencio.

Al final, Keth se enderezó.

—Nos han hecho un regalo —declaró en voz baja. Se volvió hacia Klor con repentina energía—. Envíe un mensaje a nuestros superiores: todos los datos que ha extraído del ordenador de G'dath, así como el material visual que acaba de enseñarme. Veamos si los ordenadores que tienen ellos son capaces de inferir más que el nuestro acerca de ese aparato.

—¿Y luego debo esperar hasta recibir órdenes de ellos, superior? —le preguntó Klor.

—Tal vez —repuso Keth, con un destello de humor y misterio en los ojos—. Pero antes de actuar, consúlteme. —Dio media vuelta como si fuera a marcharse, y luego vaciló—. Ha hecho usted un buen servicio, Klor. Si las cosas salen bien con nuestro soñador... no lo olvidaré.

Klor se irguió en toda su estatura.

—Me honra usted, superior. —Desconocía la estrategia planeada por Keth, pero confiaba de la astucia de su comandante, y se atrevió, por primera vez, a abrigar la esperanza de que aquella monótona misión pudiese tener un rápido final.

Keth casi sonrió, luego giró sobre sus talones y regresó a su alojamiento. Durante un rato, Klor permaneció ante su consola, con las energías renovadas, y continuó con la vigilancia. G'dath puso cinco veces a prueba su aparato, y las cinco veces obtuvo los mismos resultados. Después se sentó en la cama con el cachorro de gato acurrucado y dormido sobre el regazo, y se puso a mirar la Luna a través de la ventana del dormitorio. Tenía la expresión de alguien que hubiese contemplado una gran belleza —y una gran monstruosidad— en una sola mirada.

Cerca del amanecer del sábado, Kevin Riley yacía en su cama medio vacía, sin haber podido dormir aún. El insomnio ya había sido bastante malo durante la semana última, pero después del conciso mensaje que había recibido el día anterior por la tarde, sabía que iba a volverse muchísimo peor.

Tendría que haber acudido a un médico para que le diese algo para dormir, pero el médico le habría preguntado por qué no podía dormir, y entonces él tendría que haberle hablado de ello, cosa que todavía no estaba de humor para hacer. Además, obtenía una extraña satisfacción masoquista del permanecer allí tendido, deleitándose en la autocompasión. No quería luchar contra ello.

Tampoco había querido luchar cuando Anab lo dejó por primera vez... el día, hacía casi exactamente un año, en que ella le dijo que iba a embarcarse en la *Starhawk*. Pero había encontrado una forma de manejar el problema, perdiéndose en el trabajo, convenciéndose de que la ausencia de ella era sólo transitoria.

Los dos sabían que ella permanecería ausente al menos un año, a bordo de la

Starhawk, y él la había convencido de prorrogar el contrato matrimonial de forma que expirara al mismo tiempo que su destino en la nave. Ella consintió, y él se había entusiasmado. Eso significaba que ella volvería a su lado, y Kevin había centrado su vida en torno a ese momento. Cuando la nave de ella se alejaba demasiado como para que pudiera haber contacto entre ellos, Riley se sentía orgulloso de soportar la situación estoicamente. Cinco meses sin recibir mensaje de ella, pero no importaba. Ella regresaría.

Meses más tarde, cuando descubrió que la nave de ella estaba al alcance de las transmisiones de radio, se había controlado. No quería que ella se sintiera atosigada; él podía ser lo bastante maduro como para esperar que ella se pusiera en contacto. Después de todo, la prórroga del contrato estaba a punto de expirar, y ya era hora de establecer nuevos acuerdos. Hora de que ella volviera a casa.

Esperó todo lo que pudo. El silencio se hacía inquietante; comenzó a no poder dormir. El mismo día en que expiró el contrato matrimonial, ya no pudo resistirlo más y la llamó. La *Starhawk* estaba dentro del radio de comunicaciones. Estaba tan cerca, de hecho, que no había demora en las ondas visuales.

Cuando el rostro de Anab apareció en la pantalla —su cara pasmosamente hermosa—, él bebió en la vista de ella, néctar para un muerto de sed. Sus facciones de huesos finos y piel morena, el cabello muy corto que dejaba a la vista el cuello y los hombros espectaculares, los enormes ojos de pesados párpados...

Los ojos de ella. Respiró profundamente ante su visión, ante la serenidad que manifestaban. Miró aquellos ojos y vio sus peores temores convertidos en realidad. Antes de que los labios de Anab se movieran, él sabía lo que iba a decirle.

«He decidido no renovar nuestro contrato, Kevin.»

Mediante un milagro de voluntad, él se rehízo, se encaró con ella con la misma serenidad que la mujer demostraba, y consiguió ocultar el hecho de que estaba afectado hasta el fondo de su alma. No le rogó que se quedara, como había hecho un año antes.

Hacía un año ella había alimentado sus esperanzas, dicho que tal vez regresaría, afirmado que lo amaba.

Pero esta vez, en los ojos de ella no había amor. Habló durante un rato, explicando el porqué de que lo dejara, suponía él, aunque no escuchaba las palabras.

«Muy bien —concluyó él—. Eso era todo lo que quería saber.» Y cerró el canal.

Luego, apenas el día anterior, había llegado el breve mensaje de Anab en el que le pedía que le enviase el resto de sus cosas. Había regresado del despacho y pasado toda la tarde empaquetándolas. Las últimas prendas de vestir que tenía en el armario de ambos... en el armario de él, las litografías enmarcadas que colgaban de las paredes. La talla en ébano de la cabeza de una mujer que le recordaba a Anab. Las obras de arte eran todas de Anab, y sin ellas el apartamento parecía desnudo,

impersonal, anónimo.

Tendido en la cama, Riley cerró los ojos y evocó a la Anab de un año antes, la Anab cuyos ojos manifestaban amor y preocupación. ¿Qué había dicho?

«Sal de la Flota Estelar. Averigua qué es lo que quieres hacer con tu vida. Deja que ocupe ese puesto alguien que realmente lo quiera. No le estás haciendo ningún favor a Kirk al trabajar para él sin ánimos. Y decidas lo que decidas, hazlo por ti mismo, no porque yo u otra persona piense que deberías hacerlo.»

Él quería trabajar para Kirk, quería ser el mejor oficial que pudiera.

Pero en aquel momento, en el fondo sabía que le importaba un comino Kirk, o la Flota Estelar, o cualquier otra cosa. Sin Anab, nada tenía importancia. En un nuevo arranque de autocompasión, se dijo que estaba trabajando para Kirk —y que continuaría trabajando para él—, sólo porque no sabía qué quería en verdad. Tal vez, después de todo, él se había quedado en la Flota Estelar sólo para complacerla a ella.

Riley navegó a la deriva por los recuerdos de ella y finalmente se durmió. Puesto que era sábado, no había puesto la alarma despertador, pero en un momento dado captó borrosamente la brillante luz del sol que entraba por la ventana, y le preguntó la hora al ordenador con un gruñido.

08.00

Se repitió la hora para sí, rodó perezosamente sobre un lado y enterró la cara en la almohada. Estaba flotando una vez más al límite de la inconsciencia, cuando el pánico lo atravesó como una espada. Abrió los ojos de golpe.

08.00. Tenía que encontrarse con el almirante a las 08.00 en el estudio de Mundo Noticias.

Riley saltó de la cama, preocupado no ya por si él quería permanecer en la Flota Estelar, sino por si el almirante Kirk le permitiría hacerlo.

Al cabo de veinte minutos, se había duchado, vestido y llegado al vestíbulo de recepción de Mundo Noticias, donde lo recibió la productora del programa —una pelirroja menuda, esbelta y activa llamada Jenny Hogan—, la cual lo condujo hasta el lugar en el que lo aguardaba el almirante Kirk.

La sala verde, la había llamado la productora, pero cuando la puerta se abrió, Riley tuvo el tiempo justo para advertir (con la objetividad de un alma condenada) que las paredes eran de color gris amarronado. Y luego su mirada se encontró con la del almirante. Kirk había estado sentado a una mesa, tomando un desayuno de tocino y huevos, y estudiando con calma su libreta de notas electrónica. La expresión de su rostro era perfectamente compuesta —ni siquiera frunció el entrecejo—, pero cuando Riley le vio los ojos, se detuvo en seco.

—Entre, señor Riley —le pidió Kirk—. Quiero que esa puerta esté cerrada.

Fue la suavidad del tono —más suave de lo que Riley lo había oído hasta entonces— lo que convenció al joven oficial de que Kirk no estaba solamente

irritado, sino furioso. Y, aun así, pensó, una parte de la fría dureza de los ojos del almirante no tenía absolutamente nada que ver con él. Y Riley supo que no había sido el único en pasar una noche de insomnio.

De todos los momentos en los que podía hacer enfadar a Kirk, había escogido el peor.

—Sí, señor. —Riley avanzó tres pasos; la puerta se deslizó hasta cerrarse—. Almirante, le pido disculpas. Me he quedado dormido, señor. Me doy cuenta de que...

—¿Se da cuenta —dijo Kirk, en el mismo tono mortalmente quedo—, por supuesto, que el haberse quedado dormido no es una excusa aceptable? Señor Riley, llega usted con veinte minutos de retraso.

—Sí, señor. —Riley sintió que un calor le subía por las mejillas y el cuello, y supo que estaba poniéndose rojo como la grana; agradeció la barba que ocultaba una parte del rubor—. No era mi intención el presentarlo como una excusa, señor. Soy consciente...

—¿Es usted consciente de que yo dependía de que usted estuviese aquí a las ocho de la mañana con el fin de ayudarme a preparar esta entrevista?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿dónde está su libreta de notas?

El labio inferior de Riley cayó al proferir él un grito ahogado. En su desesperada lucha por llegar al estudio de Mundo Noticias, había olvidado por completo coger la libreta electrónica en la que estaban todas las notas que había tomado sobre el proyecto *Dart* y la reparación de la lanzadera *Enterprise*. La sangre que segundos antes le había subido a la cara, descendió ahora hasta la boca de su estómago.

—Dios mío. —Cerró los ojos—. Señor, yo... me doy cuenta de que esto es inexcusable. Yo...

—Riley —dijo Kirk con un suspiro, y Riley abrió los ojos. La expresión del almirante fue durante un momento, no más, de profundo cansancio—. No estoy interesado en presenciar un despliegue de remordimiento. Sólo necesito esa información sobre el proyecto *Dart*, y no me importa cómo la consiga. La quería para ayer. ¿Está claro?

—Sí, señor. Se la traeré de inmediato, señor —respondió Riley sin tener ni la más remota idea de cómo iba a hacerlo, y retrocedió hasta salir por la puerta.

Cuando volvió a cerrarse, Kirk suspiró otra vez. El día anterior había renunciado a las dos cosas más queridas de su vida, y no le quedaba paciencia para Riley. Fueran cuales fueren los problemas con los que se enfrentaba Kevin, no podían justificar un retraso de veinte minutos. Kirk había pasado una noche de insomnio, y sin embargo había conseguido llegar al estudio de Mundo Noticias a las ocho de la mañana

exactamente, ostensiblemente alegre, con la mente alerta y preparado para la entrevista.

Tal vez había juzgado mal a su jefe de personal desde el principio; no habría esperado aquello de alguien de la capacidad de Riley. En un instante, cuando Kevin entró en la sala por primera vez, Kirk había sentido la tentación de despedirlo. Después de todo, dentro de poco estaría más atareado que nunca, y necesitaba tener a su lado a alguien en quien pudiese confiar en lo relativo a los detalles.

La puerta volvió a abrirse y por ella entró una rubia de elevada estatura, lo que resultó una interrupción agradable en el hilo de los pensamientos de Kirk.

—Buenos días, almirante. Soy Nan Davis. —Le tendió una mano.

Kirk la reconoció de inmediato.

—Por supuesto. Usted solía presentar Nan's Newsnight en Centaurus. Miraba su programa de noticias con mucha regularidad siempre que estaba allí. Ella le sonrió.

—Un admirador... Gracias.

Ambos se sentaron a la mesa y Davis cogió una tostada.

—¿Me permite?

—Adelante.

—Gracias. —Mordió un trozo—. He estado demasiado atareada para desayunar. ¿Sabe, me hubiera gustado tener la oportunidad de entrevistarle cuando la *Enterprise* regresó de su misión. Hubo algunas preguntas que nadie llegó a formular... preguntas cuyas respuestas me gustaría oír.

—¿De veras? —Kirk se sirvió otra taza de café—. Bueno, hoy soy todo suyo. ¿Café?

Ella negó con la cabeza.

—Ya he tomado demasiado. En cuanto a la entrevista, tocaremos los puntos más importantes, no se preocupe. ¿Lo tiene todo preparado?

—Todo preparado —respondió Kirk.

—¿Nervioso? —Ella le dirigió una mirada socarrona.

Kirk sonrió.

—Nunca. Pero sí le diré que siento un poco de curiosidad por saber qué preguntas va a formularme acerca de la misión.

Ella le dedicó una sonrisa misteriosa.

—Lo averiguaré muy pronto. Simplemente recuerde las palabras de Oscar Wilde: «En la antigüedad teníamos el potro de tormento. Ahora tenemos la prensa». ¿Puedo utilizar su servilleta?

Kirk se la dio.

—En realidad, estoy deseando esta entrevista. El proyecto *Dart* merece toda la atención que pueda...

—¡Guau! —Ella miró su crono—. Me alegro de que quiera usted hablar de ello,

pero guárdelo para cuando estemos en el aire, por favor. La verdad es que tengo que salir corriendo. Siempre quedan millones de detalles de los que hay que encargarse antes del programa. ¿Me ha quedado alguna migaja? —le preguntó ella, mientras le presentaba el rostro para que se lo inspeccionara.

—Está limpia como una patena.

Los dos se pusieron en pie. —Nos vemos luego —dijo Kirk.

—Cuenta con ello. —Davis salió a toda velocidad por la puerta que permaneció abierta al regresar Riley. Se detuvo apenas entrar y se puso firme.

—Tengo la información que me ha pedido, almirante. Kirk se dio cuenta de que su enojo había desaparecido.

De mala gana, comentó:

—No voy a preguntarle cómo la ha conseguido, Riley. Ahora, tómese una taza de café. Parece necesitarla.

—Gracias, almirante. —Riley se acercó a la mesa y se sirvió una taza—. ¿Quiere usted un poco, señor?

—No, gracias.

Riley vaciló mientras servía el café. Sin mirar a Kirk, dijo: —No volverá a suceder, señor. Nunca. —Había un deje de ruego en su voz.

Kirk permaneció un momento en silencio.

—¿Tengo su palabra al respecto, Kevin?

—Sí, señor.

—Muy bien, entonces.

Los hombros de Riley se elevaron y hundieron unos siete centímetros.

—Gracias, almirante.

—No vuelva a mencionármelo. Nunca.

Riley se volvió y le entregó a Kirk la libreta electrónica.

—Mis notas sobre el proyecto *Dart*, señor.

Kirk prefirió hacer caso omiso del logotipo de Mundo Noticias que estaba grabado en el lomo de la libreta. Si Riley la había cogido «prestada» del escritorio de alguien para realizar una transferencia rápida de datos de su terminal del Almirantazgo, que así fuera. Kirk apreciaba el arte de la improvisación.

—Bien —comenzó Kirk—. Repasemos esto juntos; todavía nos queda tiempo. Siéntese.

—Sí, señor.

Una vez que comenzaban, trabajaban bien juntos... pero, por supuesto, se conocían desde hacía mucho tiempo.

El Jimmy Kirk de catorce años, que viajaba con su madre y su hermano mayor Sam, comenzaba una escala programada en el remoto mundo colonia Tarsus IV. Los Kirk aguardaban un vuelo de transbordo que los llevaría a reunirse con el padre de

Jimmy. La familia volvería a estar junta por primera vez desde hacía tres años, y todos estaban deseando el momento del encuentro.

Antes de que llegara el vuelo, no obstante, los Kirk se hallaron en medio del alboroto que acompañó la rápida infestación de las plantaciones de la colonia y la comida almacenada por lo que más tarde daría en llamarse la Plaga Tarseana. La cual se propagó por todas partes como el fuego a través de la yesca. Convirtió en incomible más del noventa por ciento de las provisiones alimenticias.

Se redactaron informes, y Tarsus IV se halló repentinamente sometido a una estricta cuarentena impuesta por la Federación. Las agencias de socorro enviaron rápidamente suministros de comida, pero cualquier tipo de ayuda para la población que ya estaba muriendo de hambre tardaría semanas en alcanzar aquel lugar remoto, e incluso cuando llegara, la plaga atacaría sin duda los alimentos en cuanto fuesen descargados, y los estropearía casi todos. Las instalaciones de estasis, la irradiación y el empaquetamiento especial podían dificultar, pero no impedir, la propagación de la plaga.

La colonia aún tenía sus animales de granja y una pequeña cantidad de grano en buenas condiciones almacenado, pero era demasiado poco para mantener a todos los habitantes. El gobernador Kodos decidió que, para salvar a sólo la mitad de la población de la colonia, la otra mitad —unos cuatro mil hombres, mujeres y niños— tendría que sacrificarse. Kodos estaba dispuesto a arriesgarse a que la mitad superviviente de la colonia pudiese vivir con la comida muy racionada durante el tiempo suficiente como para que llegara ayuda o se encontrara algo para contrarrestar la plaga.

Kodos y sus colaboradores de mayor confianza llevaron a cabo una lotería secreta. Quien decidía qué colonos iban a morir era el ordenador normalmente utilizado para dirigir el tráfico de superficie de la capital. Luego Kodos tuvo que buscar los suficientes oficiales de la policía colonial y reservistas dispuestos a obedecer sus órdenes y llevar a cabo el plan. En esto, Kodos se fió de su instinto y los seleccionó acertadamente. El gobernador sólo tuvo que eliminar a cuatro oficiales mientras buscaba a los aproximadamente treinta que necesitaba para realizar los arrestos y ejecuciones. Kodos lamentó la necesidad de aquellas cuatro muertes iniciales, pero necesitaba mantener la seguridad y, reflexionó, esas muertes salvarían otras cuatro vidas. Las cuentas quedarían equilibradas.

Puesto que eran forasteros en aquel planeta, los Kirk y sus compañeros turistas no jugaban papel alguno en los planes de Kodos. Se limitaron a confinarlos en sus habitaciones de hotel y racionarles la comida. Esperaron y, al igual que a todos los que estaban en Tarsus IV, la inanición se apoderó lentamente de ellos.

Alrededor de dos semanas después del comienzo de la crisis, Sam se puso enfermo. Jimmy, tan hambriento como el resto de ellos, decidió salir a hurtadillas del

hotel y buscar comida. No se le ocurrió que cualquier alimento que quedase estaría bajo vigilancia armada, ni que pudiera ser peligroso el simple hecho de andar por la calle. Sólo sabía que su madre tenía mucha hambre y que su hermano había enfermado, y quería ayudarlos. Era lo que su padre habría esperado que hiciese.

Jimmy eludió con facilidad a los agentes de la policía colonial apostados alrededor del hotel, y se encaminó hacia el centro de la ciudad. No apartaba los ojos de los agentes ni de otros adultos potencialmente peligrosos. Jimmy era rápido y atlético por naturaleza. A pesar de estar débil por el hambre, tenía unas reservas de energía considerables.

Jimmy no encontró ni una pizca de comida, a pesar de que buscó por todas partes durante horas. Recorrió la ciudad escabulléndose por las calles secundarias y los callejones y, cuando era necesario, por los tejados.

En un momento, cuando estaba revolviendo un montón de basura que había en un callejón, Jimmy estuvo a punto de ser descubierto por un grupo de agentes de la policía colonial que escoltaban a una fila de gente por la calle a la que daba el callejón. Jimmy se lanzó tras el montón de basura y los observó.

Todos parecían dirigirse hacia el centro de la ciudad. Aquella gente era llevada como si fueran delincuentes, pero a Jimmy no le pareció que fueran tal cosa. Algunos de ellos eran niños pequeños que iban dando traspies tras los adultos. Y algunos de los adultos llevaban bebés o niños muy pequeños en los brazos.

Los agentes de policía no lo habían visto, pero una mujer joven del grupo descubrió su presencia. Jimmy vio que llevaba un chiquillo dormido en los brazos. La observó mientras la mujer le murmuraba algo al hombre que tenía a su lado. El hombre miró en dirección a Jimmy, parpadeó y se encogió de hombros. La mujer le dijo algo más y, pasado un momento, el hombre asintió lentamente con la cabeza. Jimmy vio que se lamía los labios.

De pronto el hombre profirió un alarido y atacó a los dos agentes que tenía más cerca. Otros corrieron hacia el lugar del alboroto. En medio de la confusión, la mujer se soltó y corrió hacia el interior del callejón. El niño que llevaba en los brazos se removió pero continuó durmiendo.

—¡Hijo! —exclamó ella, corriendo directamente hacia Jimmy—, ¡hijo, por el amor de Dios, tienes que ayudarnos!

De pronto les llegaron unos gritos desde la calle. Uno de los agentes había descubierto a la mujer que escapaba.

Los ojos de Jimmy se abrieron desmesuradamente.

—La policía. Detrás de usted. Vienen hacia aquí.

—Ya lo sé —le respondió ella sin tomarse la molestia de mirar—. Llévate a mi niño. Por favor, hijo. Llévatelo de aquí. Se llama Kevin. Kevin Riley. Tiene cuatro años. —La voz se le estranguló—. Sólo tiene cuatro años, por el amor de Dios.

¡Sálvalo, por favor!

Jimmy no tenía ni idea de qué estaba sucediendo, pero vio algo brillante y desesperado en los ojos de la mujer, algo que no era mero hambre y que lo hizo actuar por instinto. Jimmy tendió los brazos y tomó al niño de manos de ella. Apenas parecía pesar lo bastante.

—¡Vete! —exclamó ella, señalando callejón abajo, en dirección opuesta a la calle—. Por ahí. ¡Márchate, rápido, y que Dios te ayude!

La mujer se apartó de él y se inclinó a recoger dos trozos de chatarra metálica que había en el pavimento resquebrajado del callejón.

Jimmy dio media vuelta y echó a correr con el hijo de la mujer en los brazos.

—¡¡Asesinos!! —oyó que gritaba la mujer, y supo que ella tenía que haberles arrojado los objetos metálicos a los agentes, porque le llegó el sonido de un golpe y un alarido de dolor.

Luego Jimmy oyó el silbido de una pistola fásica y un chillido penetrante proferido por la mujer... un grito que se cortó en seco. Un destello de luz verdosa relumbró momentáneamente en las toscas paredes que tenía a ambos lados.

Aceleró la carrera.

Ahora los agentes de policía iban tras él. Le estaban gritando, ordenándole que se detuviera. Jimmy sabía qué tenía que hacer. Al coger un giro del callejón, encontró un portal abierto y se agachó en su interior.

Los agentes pasaron de largo, corriendo.

Jimmy sabía que estarían de vuelta antes de que pasara mucho rato, que perderían un poco de tiempo buscándolo. Pensando a toda velocidad, Jimmy decidió abandonar del todo el callejón y, en cambio, investigar el edificio en que se hallaba. Puede que encontrara en él un buen lugar para ocultarse.

La construcción tenía sólo tres pisos de altura. Jimmy subió por la escalera tan rápida y silenciosamente como pudo, jadeando ligeramente. Era un edificio de viviendas, con apartamentos agrupados en torno a la escalera, pero Jimmy no oyó sonido alguno de actividad. Probó varias puertas al pasar ante ellas. Todas estaban cerradas.

Al llegar al piso más alto, oyó que sus perseguidores penetraban en el edificio por la puerta del callejón. Contuvo la respiración y se quedó inmóvil.

Oyó una retahíla de imprecaciones proferidas por los hombres, pero no corrieron escaleras arriba para buscarlo. Volvieron a salir y, al alejarse sus coléricas voces por el callejón, Jimmy volvió a respirar.

Una anticuada puerta sujeta con bisagras se abría sobre el tejado. Jimmy asomó la cabeza por ella y vio que la azotea estaba rodeada por un muro de ladrillos de aproximadamente un metro de alto; lo suficiente como para ocultarlo a la vista de los edificios vecinos. La única forma en que podrían descubrirlos sería si alguien pasaba

volando por encima, pero Jimmy decidió que volvería a esconderse dentro si oía que algo se acercaba por el aire.

Con los brazos cansados y doloridos, Jimmy dejó al niño en el suelo de forma que quedase con la espalda apoyada contra la alta pared. A lo largo de toda la carrera, la criatura, Kevin, apenas si se había movido. «Al menos ha estado callado», pensó Jimmy, agradecido.

Jimmy tenía la seguridad de que el edificio estaba vacío, pero de todas formas atravesó el tejado en silencio. Con cautela, se asomó por encima del muro de ladrillos.

Y se encontró con que estaba mirando la plaza central de la ciudad, pero en lugar del agradable parque que los Kirk habían visto al llegar a Tarsus IV, el lugar había sido transformado en un campo de detención. Ahora, unos altos bucles de alambre de espino vallaban la plaza separándola del resto de la ciudad. Jimmy vio que dentro del vallado había miles de personas y oyó el apagado rumor de sus conversaciones. Ocasionalmente, oía a uno de los agentes que ladraba una orden.

—Hola —dijo una voz detrás de Jimmy, y él se volvió velozmente, pero no era más que el niño. Se había levantado y se le estaba acercando, mientras se frotaba los ojos—. ¿Dónde está mi mamá? —le preguntó.

—Ella me pidió que cuidara de ti. Me llamo Jimmy... eh, Jim.

—Yo soy Kevin. Tengo cuatro años. ¿Dónde están mi mamá y mi papá? ¿Qué estás mirando? ¿Puedo ver?

—Es peligroso.

—Déjame ver.

—Oh, de acuerdo. —Jimmy cogió a Kevin en brazos para que pudiese mirar por encima del muro, justo a tiempo de ver que se abría una puerta que daba al largo balcón que dominaba la fachada del edificio más grande de la plaza. Por ella salió un hombre alto, con barba, que estudió unos momentos la multitud que había abajo. Pensó que la barba hacía que el hombre pareciese uno de los tres mosqueteros.

Jimmy y Kevin lo observaron mientras el hombre comenzaba a leer lo que tenía escrito en un papel.

—La revolución tiene éxito, pero la supervivencia depende de medidas drásticas —declaró con voz clara y teatral—. La continuación de la existencia de ustedes representa una amenaza para el bienestar de la sociedad. Sus vidas significan una muerte lenta para otros miembros más valiosos de la colonia. —Hizo una pausa momentánea, y luego continuó con un tono más bajo—. Por lo tanto, no tengo otra alternativa que condenarlos a muerte. Por la presente se ordena su ejecución. Firmado, Kodos, gobernador de Tarsus IV.

Fue entonces cuando comenzaron los gritos y alaridos. El hombre de la barba plegó tranquilamente la hoja de papel, se la guardó, y volvió a entrar en el edificio.

La puerta se cerró tras él cuando los agentes de policía desenfundaban sus pistolas fásicas y apuntaban con ellas a la multitud.

Miles de personas. Miles.

Jimmy dejó a Kevin en el suelo.

—Quiero ver —protestó el niño.

—No —respondió Jimmy. Se sentó junto al niño; tenía la boca seca—. No quieres ver eso... y tampoco yo quiero verlo.

Entonces se produjo. Jimmy se cubrió los oídos para protegérselos del fuerte, penetrante silbido del masivo fuego fásico. Levantó la mirada y vio un feo fulgor verde que iluminaba la parte inferior de las nubes que flotaban en lo alto.

—¡Haz que pare! —gritó el niño mientras se tapaba los oídos con las manos.

—No puedo —le dijo Jimmy—. Shhhh.

Cerró los ojos hasta que todo quedó en calma.

Cuando por fin cayó la noche y el último de los agentes de policía abandonó la zona, Jimmy cogió a Kevin en brazos, abandonó el tejado y recorrió cautelosamente el camino de vuelta al hotel, donde su madre y hermano estaban fuera de sí de preocupación. Jimmy le relató a la familia la historia vivida aquel día. Los Kirk ocultaron a Kevin en su habitación y compartieron con él sus exiguas raciones alimentarias.

Fue sólo tres días después cuando el equipo de salvamento de la Federación fue transportado a la superficie, esparció por la atmósfera de Tarsus IV un agente que contrarrestó la plaga, agente confeccionado mediante ingeniería genética, y, para su horror, descubrió pruebas irrefutables de la masacre de la plaza. Los agentes de policía que habían participado en la matanza fueron arrestados y juzgados. Al propio Kodos no consiguieron encontrarlo... al menos durante muchos años.

Kevin Riley fue llevado a casa de unos familiares que lo criaron en Irlanda, en la Tierra. Jim Kirk no volvió a verlo ni tener noticias suyas hasta muchos años después y a muchos años luz de distancia, cuando el capitán Kirk se encontró con Kevin Riley entre los integrantes de su tripulación. Riley no tenía más que un vaguísimo recuerdo de los acontecimientos de aquel terrible día y, de hecho, creía que lo había salvado un adulto.

Kirk nunca lo sacó de su error.

—Buenos días a todos —dijo Nan Davis cuando las luces del estudio se encendieron y los monitores de trivisión comenzaron a zumbiar—. Soy Nan Davis, y esto es Mundo Noticias Sábado, transmitido en directo para ustedes desde San Francisco, California. Nuestro primer invitado de hoy es el almirante James T. Kirk, del alto mando de la Flota Estelar, y hoy hablaremos del tricentenario del *Apolo*, y del papel de la Flota Estelar en las celebraciones.

Kirk asintió con la cabeza en dirección al monitor más cercano. Ya lo habían entrevistado otros reporteros anteriormente, pero nunca dentro de un estudio de trivisión, y sentía curiosidad por cómo iba a reaccionar. El efecto era notablemente poco intimidador. Aparte de un solo técnico que controlaba los equipos para asegurarse de que nada saliera mal, sólo él y Nan Davis estaban allí. A excepción de la presencia de los monitores, no había nada que indicase que estaba hablando ante miles de millones de espectadores en lugar de ante uno solo.

Davis hizo girar la silla y se encaró con él. Los modales de ella eran cordiales y agradables, y a Kirk le gustó de inmediato, no sólo porque la hubiera visto antes en trivisión, sino también, al menos en parte, porque los modales de Nan le recordaban a alguien, aunque no acertaba a recordar de quién se trataba.

—Almirante, explíquenos por qué la Flota Estelar celebrará el día del *Apolo* el próximo martes, dentro de siete días.

—Bueno —comenzó a decir Kirk—, no creo que nadie pueda disentir con que el primer alunizaje tripulado fue importante para nuestra historia... de hecho, tan importante como el primer viaje de Colón. Fue la primera vez que el ser humano pisó el suelo de otro planeta, y ésa es una razón más que suficiente para que la Flota Estelar participe en la celebración.

—Pero ¿qué les diría usted a esas personas que piensan que no tiene sentido el poner atención a los logros de tipo nacionalista en estos días en los que el nacionalismo ya no significa demasiado? No puede negar que el alunizaje fue el producto de una carrera nacionalista, ¿verdad?

Kirk sonrió. Davis era aguda. No iba a permitir que la entrevista se transformara en un anuncio publicitario de la Flota Estelar; iba a formularle algunas preguntas duras, y él admiró la profesionalidad de Nan. Afortunadamente, aquella pregunta en particular era una de las que Kirk había previsto.

—No puedo —respondió él—. Tampoco puedo negar que los viajes de Colón tenían un propósito nacionalista. No obstante, continúa celebrándose el día de Colón. Es una festividad por los logros de él, no por sus motivos.

De forma similar, el tricentenario del *Apolo* no celebra un nacionalismo, sino el coraje y la osadía de unos valientes exploradores. Por la misma razón, hace doce años

también observamos el tricentésimo aniversario del lanzamiento del Sputnik por parte de la antigua Unión Soviética.

El receptor que Davis tenía en un oído zumbó brevemente, y ella se volvió a mirar hacia el monitor más cercano.

—Ahora vamos a mostrarles el vídeo de archivo de ese primer alunizaje realizado hace tanto tiempo.

Los monitores mostraron entonces las descoloridas y borrosas imágenes de dos hombres con abultados trajes presurizados que caminaban por la superficie lunar. Al fondo se veía la nave espacial con finas patas como las de una araña.

—Esta grabación de vídeo no ha sido reprocesada para trivisión —continuó Davis—. La están ustedes viendo exactamente como la contemplaron las personas del mundo hace trescientos años... con la diferencia de que ellos la vieron en directo.

Kirk observó a los dos astronautas que daban saltos de aquí para allá entre la cápsula espacial y la cámara, sin ir demasiado lejos en aquella primera y cautelosa exploración.

—Recuerden qué año era por entonces —comentó Davis en voz más baja mientras el mundo miraba aquella antigua grabación de vídeo—. Mil novecientos sesenta y nueve. Excepto esos dos hombres que ven allí, y un tercero que esperaba en órbita a que volvieran a reunirse con la nave nodriza, no había más seres humanos que los que estaban en el planeta Tierra. Ni uno. Los hombres del *Apolo XI* estaban absoluta y completamente solos. Si esos dos hombres se encuentran con algún problema en la superficie lunar, no existe posibilidad de rescatarlos. No cuentan con ningún refugio bien aprovisionado que les aguarde al otro lado de la siguiente elevación. No hay equipos de rescate que estén constantemente a la espera en Luna City.

Las únicas provisiones que tienen esos hombres son lo que han traído en el pequeño y frágil vehículo con que han alunizado. Si la pequeña nave que ven detrás de ellos no consigue despegar... si sus primitivos motores alimentados químicamente no se encendieran por cualquier razón... los astronautas podrían hacer poco o nada para repararlos. Sencillamente se quedarían sin aire y morirían, en una soledad absoluta.

A veces hablamos de valentía sin saber de verdad qué queremos decir con esa palabra. Miren a esos hombres, y sepan que todo lo que están viendo está más allá de los límites de la valentía.

Davis guardó silencio y dejó que su audiencia escuchara las voces de los primeros seres humanos que se habían aventurado a pisar un suelo ajeno a la Tierra.

Kirk se sintió conmovido por lo que Davis acababa de decir. No sólo los tres hombres del *Apolo XI* habían vuelto a la Tierra sanos y salvos, sino que les habían seguido seis vuelos más y todos habían regresado sanos y salvos también de esas

misiones... incluida la que había sido abortada en pleno vuelo. Ese perfecto historial, reflexionó Kirk, bien podría representar un logro mayor que los alunizajes tripulados en sí. Él sabía qué era traer a una nave con su tripulación sanos y salvos de vuelta a casa.

La grabación de archivo se desvaneció; Davis y Kirk volvían a estar en el aire.

—Almirante —dijo ella—, ¿qué está haciendo la Flota Estelar para contribuir a la celebración del tricentenario?

—Bueno, poco después de que concluyera el programa *Apolo*, vino la llamada lanzadera espacial, que era el nombre popular con que se denominaba a la primera nave espacial reutilizable que podía realizar vuelos entre la superficie y la órbita. Algunas lanzaderas se perdieron en accidentes, otras acabaron como chatarra, y a la mayoría de las otras se las dejó deteriorar hasta el punto de ser inservibles. Sólo queda una. Es, de hecho, la nave espacial auténtica y más antigua que existe en el mundo, y vamos a hacerla volar para el tricentenario.

—Háblenos de eso —le pidió Davis.

—Encantado —replicó Kirk—. La Flota Estelar ha ayudado a financiar lo que hemos llamado el proyecto *Dart*. La «*Dart*» es la propia lanzadera espacial, la que orbita. La última lanzadera superviviente es una que sólo fue utilizada para pruebas de planeo sin energía hace cerca de tres siglos: la lanzadera espacial *Enterprise*.

—Bonito nombre —comentó Davis.

Kirk sonrió.

—Lo mismo pienso. Se la hemos pedido prestada al Museo Espacial de la Institución Smithoniana de Duller Park, Virginia, donde está pasando por una modernización de proa a popa. Están colocándole motores de impulso y todo lo demás que debe tener una nave espacial moderna sublumínica. Por fuera, tiene exactamente el mismo aspecto que tenía hace cerca de trescientos años. Pero por dentro la están rehaciendo completamente. Vamos a pilotarla en el primer vuelo propulsado de su historia... un vuelo para el que está atrasada en casi trescientos años. Gracias a sus nuevos motores de impulso, la lanzadera espacial *Enterprise* realizará un vuelo más veloz y a mayor distancia del que llevó a cabo cualquier otra lanzadera del mismo tipo en toda la historia... directamente de la Tierra a la Luna en el día del *Apolo*. Otras naves espaciales antiguas, las mantenidas y pilotadas por los coleccionistas privados, se reunirán con la lanzadera camino de la Luna. Juntas sobrevolarán el lugar del alunizaje del *Apolo XI*, en el mar de la Tranquilidad, en un gran desfile de naves espaciales el 20 de julio. Será un magnífico espectáculo.

Davis se volvió para mirar a los monitores.

—Aquí lo han oído por primera vez —dijo—. La lanzadera estadounidense volverá a volar el día del *Apolo*. Volveremos con nuestro invitado, el almirante James Kirk del alto mando de la Flota Estelar, después de esto.

Las luces se atenuaron.

—¡Estupendo! —exclamó con entusiasmo—. Gracias, almirante.

—¿Ha salido bien? —le preguntó él con auténtica curiosidad.

—Usted es natural —le aseguró ella—. Esta vez, la Flota Estelar ha hecho la elección correcta. Cuando volvamos al aire después de la publicidad, atenderé algunas llamadas, si está usted preparado.

—Lo estoy —respondió Kirk.

Cuando las luces aumentaron otra vez, Davis sonrió cordialmente ante los monitores.

—Continuamos hablando con el almirante James Kirk, de la Flota Estelar, y estamos preparados para atender sus llamadas al código que pueden ver al pie de sus imágenes. Recuerden: sólo audio, por favor. —El receptor que tenía en el oído, zumbó—. Nuestra primera llamada procede de un pueblo pequeño llamado Gruetli, de Tennessee. Adelante, por favor.

—¿Hola? —dijo una voz masculina.

—Sí, adelante —repitió Davis.

—¿Hablo con el capitán Kirk?

—El almirante Kirk está aquí, sí —respondió Davis—. ¿Cuál es su pregunta, por favor?

—Me gustaría preguntarle al capitán James Kirk si, ya sabe, si echa de menos a la nave estelar en la que solía viajar. Ya sabe, la *Enterprise*. Gracias, Nan. Creo que eres magnífica, y tu programa realmente me encanta. Continúa con ese buen trabajo.

—Gracias, Tennessee. —Hizo girar el asiento para mirar a Kirk—. ¿Almirante?

La misma pregunta que Nogura le había formulado el día anterior; esta vez, Kirk estaba preparado para ella, y dio una respuesta directa... aunque una parte de esa respuesta no fuese verdad.

—No, en realidad no echo de menos a mi antigua nave. Tengo todo un conjunto de nuevas responsabilidades, y mi trabajo es emocionante y gratificante. —O lo había sido, hasta ese momento—. Mi antigua nave, la *Enterprise*, tiene un nuevo capitán, y estoy absolutamente seguro de que es el mejor hombre para ese puesto. Eso no quiere decir que todavía no sienta un gran afecto por la *Enterprise*.

—Nuestra siguiente llamada es de Maryland —dijo Davis—. Adelante, Hughesville. Está en el aire.

—Hola —saludó una mujer—. ¿Estoy hablando con el almirante?

—Así es —le contestó Kirk—. ¿Qué tal?

—Hola, almirante. Estaba preguntándome una cosa. Ya sabe que se ha escrito una gran cantidad de libros sobre la misión de cinco años llevada a cabo por usted. Estaba preguntándome qué pensaba usted sobre todo ese alboroto.

Kirk sonrió.

—He leído algunos de los libros que acaba de mencionar. Una gran parte de su contenido son simplemente vanas especulaciones, y mucho de lo que hay en ellos es lisa y llanamente erróneo. Nadie ha hablado nunca conmigo antes de escribir esos libros, y sé con toda certeza que tampoco han hablado con mis antiguos oficiales... ni lo han intentado siquiera, según sospecho.

—Almirante —intervino de pronto Davis, y Kirk tuvo la impresión de que estaba a punto de apartarse de la lista de preguntas preparadas con el fin de satisfacer su propia curiosidad—, ¿por qué decidió usted dejar su puesto de mando en la nave y aceptar un cargo en el Almirantazgo? Tengo entendido que su oficial médico jefe dimitió como protesta, y que su primer oficial también renunció. ¿No era la *Enterprise* suya durante todo el tiempo que deseara conservarla?

El aplomo de Kirk no vaciló ni por un instante, pero el resto de la sonrisa se le borró de los labios. Aquella pregunta lo enojaba. No le importaba responder a preguntas duras siempre y cuando afectaran a la Flota Estelar, pero no había esperado que lo interrogasen acerca de su vida privada.

Y no había acudido allí para que le recordaran a Bones y Spock. Davis pareció percibir el enojo que su pregunta había despertado, pero mantuvo la mirada de Kirk, impávida, y aguardó la respuesta.

—La Flota Estelar no funciona de esa manera, señorita Davis. Las naves estelares no son una propiedad privada. Usted estuvo hablando con Bob April aquí mismo, ayer por la mañana...

—El primer capitán de su *Enterprise* —comentó ella para información de sus espectadores.

—... y permítame que le diga que si un hombre pudiera retener una nave durante todo el tiempo que quisiese, dejando a un lado cualquier otra consideración, yo no estaría aquí porque Bob April se encontraría sentado en el sillón central a bordo de la *Enterprise*.

—Supongo que tiene razón —admitió Davis. Tenía los ojos brillantes y apasionados... y de pronto Kirk se dio cuenta de a quién le recordaba Nan. Había visto ese vigor, esa ambición al rojo vivo, con demasiada frecuencia antes de ese momento, en los ojos de Lori—. Pero todavía no ha tocado usted el tema de sus oficiales.

—Mi primer oficial renunció y volvió a su planeta natal por motivos personales, no para protestar por algo, como ha dado a entender su pregunta. Y mi oficial médico jefe dimitió para protestar porque su recomendación había sido desestimada, no porque me hubieran ascendido a almirante.

—Ya veo —comentó Davis en tono afable, respiró profundamente aire para formularle otra pregunta... una que Kirk podía predecir. «¿Y qué decía la recomendación de su oficial médico en jefe, almirante? ¿Y por qué fue desestimada?»

Habló antes de que ella tuviera oportunidad de preguntar.

—Permítame agregar que me gusta mi trabajo. Ya no soy responsable de una sola nave. Estoy a cargo de más de cuarenta, con más porvenir. —«Sé que está escuchándome, Nogura... y acabo de dejar constancia pública, por si acaso estuviera usted a punto de olvidar su promesa, de que éste es un puesto temporal.»— Yo, desde luego, no considero que eso sea descender un peldaño.

Oyó que zumbaba el receptor que ella tenía en el oído, y supo que acababa de salvarlo otra llamada. Davis le echó una mirada que decía que no pensaba olvidarse de la pregunta.

—Y tenemos otra llamada, esta vez de Conyers, Georgia. Adelante, por favor.

Una voz grave con un marcado arrastrar de sílabas propio del sur que le resultaba familiar, dijo:

—¿Por qué no le pregunta al almirante qué es un mestizo de alcázar?^[2]

«Bones —había sentido ganas de decir Kirk—, creía que todavía estaba fuera del planeta», y su primer impulso había sido el de sonreír, hasta que captó el dolorido enojo de la voz de McCoy, el mismo enojo que había oído el primer día de trabajo en el Almirantazgo, cuando el médico había tomado sobre sí la responsabilidad de acudir al cuartel general de la Flota Estelar y discutir personalmente con Nogura sobre el ascenso de Jim. Había pasado más de un año desde que vio a McCoy por última vez, y había esperado que Bones hubiera superado la pérdida de la *Enterprise*. A pesar de que no se había mostrado amable con el médico al respecto, el propio Kirk había estado furioso entonces. ¿Qué le había dicho?

«Quizás usted desearía que todo continuara como hasta ahora, que todos estuviéramos en la *Enterprise*. Bueno, crezca, doctor. Las cosas cambian.»

—¿«Un mestizo de alcázar»? —la expresión de Davis se había tornado perpleja.

Se oyó un leve zumbido cuando el que llamaba cerró el circuito.

—Es un antiguo término náutico. —Kirk se obligó a sonreír—. Y ése era un antiguo amigo mío que me gastaba una broma.

—Bueno —comentó Davis, con un aire ligeramente desconcertado—, parece que hemos perdido la llamada de Georgia y, en cualquier caso, se nos ha acabado el tiempo. Almirante, muchísimas gracias. —Hizo girar el asiento para mirar directamente a los monitores—. He estado hablando con el almirante James T. Kirk, del alto mando de la Flota Estelar, acerca de la resucitada lanzadera espacial *Enterprise* y de los planes para hacerla volar hasta la Luna el día del *Apolo*. Ahora, volveremos con el primer vistazo a los competidores que se han clasificado para los Juegos Olímpicos de invierno del próximo año, tras una pausa.

Las luces del estudio se amortecieron y apagaron.

—Bien, ya está —declaró Davis con satisfacción.

El técnico comenzó a desperezarse.

—¿Jenny? —llamó Davis a una pelirroja que acababa de entrar en el estudio—. Consígueme un grupo de monitores portátiles y firma por ellos en mi lugar, ¿quieres?

—Claro.

—¿No tiene nada más que hacer? —preguntó Kirk, perplejo—. ¿Qué pasa entonces con los Juegos Olímpicos?

—Está todo grabado —explicó Davis mientras cogía a Kirk por un codo y lo conducía hacia la redacción—. He acabado aquí, por hoy. Me pregunto... estoy intentando convencer a mi director de que me deje hacer la cobertura del día del *Apolo*, y mejoraría de verdad mis oportunidades de conseguirlo si obtuviera información al respecto. ¿Estará usted ocupado más tarde, en caso de que quisiera concertar una cita para verle?

—Estoy libre durante todo el día —respondió Kirk—. A partir de este preciso momento, en realidad.

La perturbadora llamada desde Georgia ya le había recordado a Bones y Spock; no le veía ningún sentido a volver al apartamento vacío que le haría recordar a Lori. Y ahora que MacPherson estaba a cargo de la modernización de las naves, no le quedaba ningún trabajo que hacer en el Almirantazgo.

—Ah —comenzó Davis con delicadeza—, no pretendía inmiscuirme en su fin de semana. Sé que usted y su esposa probablemente no tienen mucho tiempo para dedicar...

—Ella está de viaje por trabajo —la interrumpió Kirk. Así pues, Davis había realizado un trabajo minucioso de investigación sobre él. Estaba enterada de lo de McCoy y Spock, y sabía que Kirk estaba casado.

Al menos no se había enterado... todavía... de que Lori se había marchado la noche anterior.

—Ya veo. —Ella inclinó la cabeza hacia un lado y lo estudió con curiosidad—. Bueno, me temo que no podré hacerlo ahora mismo. Tengo que salir hacia Nueva York para entrevistar a un klingon.

—¿A un klingon? —Kirk sonrió—. ¿Qué está haciendo un klingon en Nueva York?

La expresión de Davis se había vuelto muy seria.

—Está llevando a cabo un programa especial. Es un físico de talento que está dando clases a estudiantes de enseñanza secundaria, entre otras cosas para despejar los malos entendidos y el miedo.

Kirk frunció el entrecejo.

—Eso no está bien.

Nan negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Y el hecho de que sus estudiantes se cuenten entre el uno por ciento de los mejores de Norteamérica después de asistir a sus clases durante un

año, no parece tener ni la más mínima importancia.

—¿Está segura? —le preguntó Kirk—. Se supone que hay leyes de protección...

—Las leyes de protección que están en vigencia a veces no funcionan muy bien. La gente de mala voluntad puede obviarlas con bastante facilidad —respondió Nan—. Mire, lo siento, pero tengo que darme prisa. Me queda menos de una hora para coger el vuelo, e incluso llegaré tarde aunque lo consiga. Una vez más, encantada de haberlo conocido, almirante. ¿Puedo reunirme con usted en algún momento de esta tarde?

—Tal vez pueda ahorrarle un poco de tiempo, señorita Davis. Creo que me gustaría conocer a ese klingon.

—¿Quiere decir que desea acompañarme?

—Sí, me gustaría. Ha hecho que me interese en el caso. ¿Sabe?, nunca he conocido a un klingon que no fuera de la clase guerrera. Creo que me gustaría hacerlo. Además, ¿quién sabe? A lo mejor podría hacer algo para ayudarlo.

Nan asintió con la cabeza.

—Bien, no tengo ningún problema si quiere acompañarme, pero tendremos que darnos prisa si queremos coger ese vuelo. Ojalá pudiera conseguir que los de arriba me dejaran fletar uno, pero...

—¿Por qué, en lugar de eso, no nos transportamos directamente a Nueva York? —sugirió Kirk—. Puedo hacer que mi ayudante llame al Almirantazgo y reserve una plataforma de transportador para nosotros. De esa forma, usted podrá llegar a tiempo para hacer la entrevista, y después podríamos comer aunque sea tarde.

—¿Transportarnos? —preguntó ella—. ¿Usar de verdad un transportador? ¡Eso sería fantástico!

Kirk sonrió.

—El hacerles pequeños favores a los medios de comunicación encaja en la descripción de mi puesto, señorita Davis.

Después de que Kirk y Nan Davis se hubieron marchado, Riley acudió a la redacción para darle las gracias a Jenny Hogan. Estaba con un grupo que holgazaneaba cerca del escritorio del redactor, y reía de algún chiste... ¡qué persona tan diminuta!, pensó Riley. Al ver a Kevin, ella se volvió a mirarlo; la sonrisa se le atenuó ligeramente, y un aire de preocupación ocupó su lugar.

—¿Kevin? —Se excusó ante el grupo y se acercó a él—. ¿Va todo bien? —Llevaba un traje de una pieza de color verde bosque que realzaba sus ojos verde mar y sus cabellos de color cobre brillante.

Él le sonrió inclinando la cabeza, y de momento olvidó toda autocompasión. Aquella mañana había necesitado desesperadamente la amistad de alguien, y Jenny Hogan había demostrado ser una amiga.

—Parece estarlo. —Él dejó escapar un suspiro de profundo agotamiento—. Realmente creo que el almirante me habría despedido si tú no hubieses...

Alguien le formuló a Jenny una pregunta en voz alta, y ella se tomó un momento para responder, tras lo cual volvió a mirar a Riley...

—Lo siento. Estás elogiándome, Kevin. Te ruego que continúes.

Ante la mirada de franco aprecio de los ojos de ella, Riley se sonrojó. Después de todo, era un hombre casado...

Corrección. Desde el día anterior, volvía a ser soltero... sin ningún deseo de volver a comprometerse demasiado pronto. Le gustaba Jenny... como amiga, nada más.

—Eh... claro —tartamudeó él—. Mira, si no me hubieras prestado esa libreta de notas creo que en este preciso momento estaría sin empleo. Te debo una, Jenny. De hecho, te debo varias.

—¿Y qué se suponía que tenía que hacer? —respondió Jenny, encogiéndose de hombros—. ¿Abandonar a un compatriota irlandés? Soy una productora; se supone que tengo que solucionar los problemas de la gente. Te diré lo que haremos; si de verdad quieres halagarme, salgamos a comer como las personas mayores.

—Todavía no es la hora de comer —contestó Riley, un poco nervioso—. Ni siquiera son las nueve treinta... quiero decir, que no son las nueve y media.

—Entonces vayamos a dar un paseo —dijo Jenny—. Un largo paseo. Hace buen día. Luego iremos a comer. ¿El aprecio que me tienes llega hasta un desayuno-almuerzo con champaña en el Saint Francis?

La boca de Riley se abrió; él la cerró rápidamente. No podía ser grosero con ella y rechazarla, después de lo que acababa de hacer por él. Y le gustaba estar en su compañía... ciertamente era mejor que andar alicaído por el apartamento durante el resto del día. Quizá lo único que estaba buscando Jenny era un amigo, y a él sin duda le vendría bien lo mismo en aquel momento.

—Claro —dijo finalmente—. El límite es el cielo.

Pero no conseguía sacudirse de encima una importuna sensación de culpa.

8

La puerta del apartamento se deslizó hasta abrirse, y en ella apareció G'dath, grande y absolutamente amedrentador... hasta que sonrió.

—Buenas tardes, almirante, señorita Davis. Es un placer conocerles a los dos. Por favor, pasen. —Se apartó a un lado para dejarlos entrar.

Cuando trasponían la puerta, una mancha gris salió volando del apartamento, pegada al piso, y se dirigió corredor abajo hacia el ascensor. Aquello sobresaltó a Davis. —¿Qué ha sido eso? —preguntó. —Ha sido *Saltarín* —le dijo G'dath—. Mi gato. Kirk parpadeó.

—¿Su gato?

—Sí. Es un gatito, en realidad. ¿Me disculpan un momento? Señorita Davis, puede dejar esa maleta en cualquier parte.

G'dath avanzó apresuradamente por el corredor hacia la pequeña cosa gris que estaba agazapada a unos diez metros de distancia. Kirk y Davis observaron cómo G'dath se inclinaba, recogía al gatito y le hablaba con dulzura. El gatito se le zafó de las manos y luego se instaló cómodamente sobre un hombro de G'dath.

—¿Qué está diciendo? —susurró Davis. Kirk sonrió débilmente.

—Creo que nunca he oído hablar a un klingon con tanta dulzura.

—Al gato le gusta salir al corredor —les explicó G'dath cuando volvió a entrar en el apartamento y la puerta se hubo cerrado a sus espaldas—. Creo que piensa que es una parte de nuestro apartamento en la que yo no le dejo entrar, cosa que hace que esté todavía más ansioso por explorarlo. Pero la verdad es que preferiría que se quedara dentro, por seguridad.

El gatito estaba mirando a Davis con los ojos abiertos de par en par.

—Es precioso —comentó Davis. Le rascó la cabeza a *Saltarín* justo en el lugar adecuado, entre las orejas, y el pequeño gato cerró los ojos de placer y comenzó a ronronear más sonoramente—. ¿Dónde lo consiguió?

—Lo encontré ayer, y fue él quien me adquirió a mí. —Seguidamente le contó la historia.

—Pues eso es exactamente el tipo de cosas que me gustaría introducir en la entrevista, G'dath —dijo Davis—. Ayudaría a que la gente simpatizara más con usted.

De pronto, el klingon pareció nervioso.

—Espero que no incluya ninguna mención acerca de *Saltarín* en su entrevista. El tener una mascota va en contra de las normativas de aquí.

—Lejos de mí el causarle problemas con su casero —le respondió Nan—. Bien. ¿Dónde puedo instalar mi equipo?

—En el salón, si lo cree adecuado. —G'dath hizo un gesto con una mano enorme

y fuerte.

Al cabo de pocos minutos, Davis había instalado los monitores, y estaban listos para comenzar.

—Almirante —dijo ella—, voy a hacerle sentar en aquella otra silla del comedor, fuera del alcance de los monitores.

Kirk se apresuró a sentarse mientras Davis y G'dath ocupaban sus asientos en el salón.

—Gracias. Bien. Voy a indicar a los monitores el lugar de la habitación en que estamos, con el fin de que puedan encontrarnos y seguirnos correctamente. —Davis chasqueó los dedos—. Aquí —dijo en voz alta. Se oyó un levísimo sonido de engranajes en movimiento cuando ambos cubos giraron hacia aquí y hacia allá, y sus lustrosos ojos cuadrados miraban a Nan y G'dath. Davis volvió a chasquear los dedos y llamarlos, pero los cubos permanecieron en reposo—. Ya está. Todo preparado. Y hoy no tendremos que preocuparnos por la posibilidad de cometer errores, ya que contamos con el lujo de la grabación.

G'dath pensó en esa afirmación.

—Qué prefiere usted, ¿la grabación o el trabajo en directo?

Davis no vaciló ni por un segundo.

—La grabación siempre que puedo. Me ahorra desgaste nervioso y tensiones en el tejido estomacal.

—¿Como cuando la sección de mando de la *Enterprise* despegó con retraso respecto a la hora prevista, ayer? —le preguntó G'dath—. Imagino que eso tiene que haberle creado algunos problemas.

Los labios de ella se torcieron en una mueca.

—A veces las cosas pueden ponerse emocionantes.

—Creo que el programa salió muy bien, señorita Davis —le dijo G'dath—. Lo miré en el colegio con mis estudiantes. Resultó muy revelador. Después mantuvimos una espléndida conversación.

—Gracias —contestó Davis—. De hecho, el trabajo de su clase es uno de los temas principales que quiero cubrir. Eso ayudará a que la gente lo comprenda mejor a usted. Lo que necesitamos hacer es darle a la gente una idea de cómo es usted en verdad, como si fueran ellos lo que estuvieran sentados ante usted, conversando. Quiero que entiendan lo que le ha sucedido, cómo se siente usted respecto a su situación, y cómo podría mejorársela.

G'dath asintió con la cabeza.

—Como ya le comenté a su productora, señorita Davis —señaló él—, hace ya algunos años que estoy en la Tierra, y todavía no entiendo del todo cómo se forma aquí la opinión pública. De todas formas, si puedo ayudar a promover una mayor comprensión entre nuestros pueblos, estoy dispuesto a hacer el intento. —Volvió a

sonreír—. ¿Lo hacemos?

—Yo era físico en el imperio, señorita Davis —replicó G'dath—. Mi especialidad era el estudio de las partículas oscilatorias translumínicas. Me habían destinado a trabajar en un instituto de uno de los planetas fronterizos, esencial en la disputa existente entre la Federación y el imperio hace seis años.

—¿Un planeta fronterizo? Parece bastante insólito —comentó la joven.

—Creo que mi destino allí fue intencionado. —G'dath sonrió—. Para ser franco, me consideraban un poco chalado en el sentido de que no era dado a la investigación práctica. La investigación dentro del imperio, particularmente la de física, tiene que dar resultados prácticos. Yo siempre he sido más un teórico puro.

—¿Y cómo acabó en la Tierra?

—Cuando los diplomáticos de la Federación propusieron la idea de un intercambio de personal científico a modo de prueba, me enviaron porque me consideraban «seguro». El imperio no creía que yo pudiese proporcionarle a la Federación ninguna información secreta útil aunque quisiera hacerlo.

Davis asintió con la cabeza.

—Ha dicho que su especialidad es la física translumínica. ¿Está trabajando actualmente en ese campo?

—No, señorita Davis. No estoy empleado como físico de ninguna clase. No puedo encontrar un puesto de trabajo en ese campo.

—¿Y por qué no puede?

—Se me dice que no hay plazas vacantes.

—¿Cree usted que eso es verdad?

—Sospecho que no. Tengo la sospecha de que a pesar del espíritu de apertura que ha hecho posible mi visado temporal en la Tierra, la gente de la Federación no se fía de mí porque soy un klingon.

—¿Qué está haciendo en la actualidad?

—Estoy trabajando como lo que coloquialmente se llama un profesor de instituto —replicó G'dath—. Me ha contratado el sistema escolar público de Nueva York para dirigir una clase experimental. Es un trabajo bueno y digno. Me gusta y estoy agradecido por tenerlo.

—Pero no es su verdadero trabajo.

G'dath dudó.

—Sin deseo de ofender ni a quienes me han contratado ni a mis estudiantes —declaró lentamente—, debo decir que la enseñanza en un colegio secundario no es mi verdadero trabajo. Me gustaría mucho volver a mi física.

—¿Qué títulos tiene como físico?

G'dath comenzó a recitar sus títulos, y pasado un momento Davis levantó una

mano.

—No estoy siguiéndolo muy bien —se disculpó—. ¿Son éstos los equivalentes de doctorados? Creo haber oído tres hasta el momento.

—Dos son equivalentes de doctorados —le respondió G'dath—. El tercer título está un nivel por encima y no tiene equivalente dentro de la esfera de los patrones educativos de la Federación. Sin embargo, tengo entendido que las instituciones vulcanianas de educación superior confieren un título algo similar en prestigio.

—Ah —dijo Davis—. Yo suponía, si es que suponía algo, que los vulcanianos eran los eruditos de la galaxia conocida...

—... ¿y que los klingon eran los guerreros? —acabó G'dath la frase.

—Sí.

G'dath asintió con la cabeza.

—Mi raza tiene esa reputación. Se trata de un estereotipo y, como todos los estereotipos, es defectuoso en esencia. —La expresión de su rostro se volvió rígida—. Yo no soy un guerrero. La mayoría de los klingon no lo es. Mi familia es... era... una familia de pacíficos campesinos. Mi familia trabajó duro para conseguir que me admitieran en las filas de los estudiantes y mantenerme en ellas.

Es verdad que de joven serví en la flota imperial, porque el servicio militar era obligatorio incluso para aquellos que no pertenecían a la clase guerrera. Era ayudante de ingeniero en motores hiperespaciales de una nave similar en tamaño y capacidades a una exploradora de la Flota Estelar.

—¿Ha luchado usted? —le preguntó Nan.

—Con frecuencia —replicó G'dath—. Luché contra los piratas de la periferia del imperio. Sin embargo, técnicamente no era un combatiente. Sólo a los oficiales de carrera se les permite acceder a la gloria de la batalla... a determinar la estrategia, ajustar las armas y demás.

—¿Era aquello gloria incluso para usted?

—¿Gloria? No hay nada indigno de la gloria en proteger a la propia especie de aquellos que la matarían o esclavizarían. Luchábamos contra los piratas y me siento orgulloso de haber servido en la flota.

—¿Se enfrentó alguna vez su nave con otra de la Federación? —preguntó Davis, y Kirk afinó el oído.

—No —replicó G'dath con la expresión torcida—. Creo que nos habría sorprendido mucho ver a una nave de la Federación en aquel sector, puesto que estábamos tan lejos de la frontera común como puede estarlo una nave sin salir del imperio. —Hizo una pausa momentánea para pensar—. También estábamos tan lejos del centro del imperio como puede estarlo una nave. Era un destino solitario.

—¿Qué sucedió cuando dejó el servicio? —inquirió Davis.

—Regresé a la facultad, como dirían ustedes. Recibí mi tercer grado superior y

entré a trabajar como investigador.

—¿Con qué se encontró cuando llegó a la Tierra? —preguntó Davis.

G'dath pareció triste.

—Me encontré con la creencia común de que yo y los de mi raza éramos indignos de confianza y, sin excepción, unos salvajes. Me encontré con que se consideraba que yo mismo podía volverme loco en cualquier momento porque el impulso de hacerlo estaba «en mi sangre», como lo expresó alguien, según creo.

Me llevó algún tiempo consolidar mi actual puesto docente. Las autoridades escolares de Nueva York se encontraron con una virulenta oposición cuando anunciaron por primera vez que me habían contratado. Para mérito suyo, la directiva del colegio se mantuvo de mi parte con firmeza, apoyándose tanto en la letra como en el espíritu de las leyes antidiscriminatorias. Puesto que no me he vuelto loco ni he matado a nadie, la controversia ha disminuido, y creo que los resultados que he obtenido con los estudiantes justifican la fe que depositaron en mí quienes me dieron el empleo.

—Usted me ha dicho que no cree que su empleo actual sea su verdadero trabajo —comentó Davis—. ¿Qué ha estado haciendo respecto a obtener otro puesto?

—Esta misma mañana, señorita Davis —dijo G'dath—, he enviado la solicitud número quinientos sesenta y uno para acceder a un puesto de primer nivel académico en una institución de enseñanza superior. Hace tiempo que renuncié a buscar algo más acorde con mi *curriculum vitae*. Lo he intentado en todas partes, desde Harvard, Oxford y la Sorbona, hasta las universidades públicas del Medio Oeste. Se me ha contestado, sin excepción, que no hay vacantes adecuadas para mí. Señorita Davis, no deseo quejarme y no busco compasión, pero tengo dos doctorados y un título que es superior al doctorado, y sin embargo se me dice constantemente que no estoy cualificado para un puesto de primer nivel que generalmente está cubierto por alguien que aún está estudiando para obtener un *master*.

—¿Qué es lo que quiere? —le preguntó Davis—. ¿Qué desea más que cualquier otra cosa? ¿Quiere decírselo a la gente de la Tierra?

—Quiero contribuir —fue la respuesta de G'dath—. Yo he escogido libremente vivir y trabajar aquí, entre ustedes. Puedo aportar muchísimas cosas a nuestra causa común. ¿Por qué no me dejan hacerlo?

—Maravilloso —declaró Davis—. Creo que ya tengo bastante. G'dath, hay algo más que me gustaría hacer. Necesito algunas tomas de usted paseando por el vecindario. G'dath inclinó la cabeza afirmativamente. —Por supuesto.

Kirk se puso en pie y se desperezó.

—Interesante entrevista, señorita Davis —dijo—. G'dath, me gustaría hablar con usted acerca de esos piratas de los límites del imperio. Puede que tengamos algunas

cosas en común. Yo realicé un servicio similar al principio de mi carrera.

—Desde luego, almirante —contestó G'dath—. Esperaré con gusto esa charla. A cambio, usted podría obsequiarme con una conversación acerca de la misión de cinco años que llevó a cabo. Su nombre era bien conocido en el imperio, pero me temo que la versión de los acontecimientos que yo recibí no era ecuánime.

—Estaré encantado de hacerlo —dijo Kirk, sonriendo.

Klor se despertó al sentir que una mano de hierro le aferraba un hombro. Instintivamente, buscó la pistola fásica en el cinturón...

Y recordó que ya no la tenía. Ya no servía en un puesto adecuado para un guerrero. Abrió los ojos y vio que tenía debajo la consola del monitor, tras lo cual se volvió a mirar por encima del hombro.

Keth lo miró con el entrecejo fruncido.

—Superior —jadeó, levantándose, vacilante. En su celo por descubrir más sobre el misterioso invento de G'dath, había pasado la noche controlando sin descanso el apartamento del sujeto (G'dath había acabado por irse a dormir algunas horas antes del alba), estudiando larga y detenidamente los archivos del ordenador de G'dath, y volviendo a mirar la grabación del globo que desaparecía. Klor sabía que Keth estaba tramando un plan para restaurar su honor, y era de buen sentido político el cultivar la buena voluntad de su superior.

Pero debía haberse quedado dormido después del alba; la intensa luz que entraba por la ventana indicaba media mañana. Miró a Keth con aire de disculpa. No se le exigía que permaneciese despierto durante toda la noche, pero el que lo sorprendieran dormido en su puesto era algo imperdonable.

Sin embargo, en su emoción, Keth no pareció darse cuenta.

—He tenido noticias de nuestros superiores —dijo. El que le hablaba era un Keth transformado, no ya el pobre oprimido de dos días antes, sino Keth, el comandante. Mantenía el cuerpo y la cabeza erguidos. Sus movimientos eran seguros, decididos, y la chispa de sus ojos se había avivado hasta transformarse en llamarada—. Están profundamente intrigados con la información fragmentaria del diseño. Solicitan tanto al sujeto G'dath como los planos completos o el artefacto propiamente dicho, lo antes posible. Los finos labios se estiraron en una sonrisa—. Se nos ordena someter este asunto a la atención de ellos.

Klor sonrió; «se nos ordena, a nosotros».

—¿Debo comunicar con nuestros superiores? —Era el procedimiento establecido.

—Todavía no. Todavía no. Veamos en qué anda nuestro sujeto.

Klor miró la pantalla de G'dath y sintió estremecimiento de pánico. El sujeto no estaba en el dormitorio, aunque Klor podía ver al cachorro de gato protestando ante la puerta cerrada. La boca de la pequeña criatura se abría y cerraba, dejando ver un

destello de lengua rosada y unos dientes diminutos y afilados.

Keth clavó los dedos en el hombro de Klor.

—Si el traidor ha huido durante la noche...

Klor luchó contra el miedo y conservó el dominio de sí. Recorrió el apartamento y, con vertiginoso alivio, encontró a G'dath sentado en el salón hablando con una mujer humana... una mujer que a Klor le resultó extrañamente familiar.

—¡Superior! ¡Ésa es la reportera de Mundo Noticias! Si está hablándole de su invento...

Keth, con los ojos fijos en la pantalla, se inclinó por detrás del hombro de Klor.

—Contacte de inmediato con nuestros superiores y dígalos... —Se interrumpió y maldijo explosivamente—. ¡Z'breth!

Klor siguió la mirada de su comandante sobre la pantalla... y vio que la reportera y G'dath se habían levantado de sus asientos, y que con ellos acababa de reunirse un tercero: un almirante de la Flota Estelar, uno de los pocos que Klor reconocía.

James T. Kirk. Klor se hundió en la silla.

Los entrecerrados ojos de Keth se habían abierto de par en par y dejado a la vista una esclerótica amarillenta. —¡Kirk! ¡La Flota Estelar está implicada! ¿Sabe lo que significa eso?

Klor observó mientras la esperanza de redención política, de Keth se encaminaba hacia la puerta del apartamento de G'dath.

—¿Debo pedir apoyo ahora, superior?

Keth se pasó una mano por el mentón al responder con una renuencia que confundió a Klor.

—Supongo que debemos hacerlo. Pero infórmeles... —Hizo una pausa para pensar—. Infórmeles: nada de pistolas fásicas. Sólo armas disuasorias y lucha cuerpo a cuerpo.

—Pero, superior...

—No deben utilizarse armas energéticas de ninguna clase, ni siquiera para dejarlo inconsciente. Las autoridades detectarían de inmediato el empleo de esas armas. Y no quiero testigos. Ordénele al equipo que detenga de inmediato a G'dath. Lo quiero vivo —dijo Keth, mirándolo fijamente.

—¿Y los humanos?

—Que capturen al almirante con vida, si es posible. Que maten a la mujer.

Kirk, Nan Davis y G'dath salieron del edificio de apartamentos a un sendero que conducía a un herboso parque flanqueado por árboles. El sol de julio brillaba y calentaba, pero la humedad era baja y desde el río soplaba una brisa fresca. Kirk agradecía el tener una distracción, y sin duda Nan y G'dath se la estaban proporcionando. No había esperado encontrarse paseando por Nueva York en

compañía de un klingon, pero G'dath era un personaje fascinante. Kirk lo admiraba por su persistencia... y admiraba a Davis por el deseo de llamar la atención pública sobre aquel asunto. La preocupación de su rostro mientras escuchaba la historia de G'dath había carecido por completo de fingimientos; no había nada insincero en ella.

Cuando salieron del sendero a la mullida hierba, Davis dejó el maletín en el suelo, lo abrió y le entregó a Kirk uno de los monitores.

—Tenga, lo pondré a trabajar. Simplemente apunte a G'dath con el extremo móvil de esto y deje que el cubo haga el resto. Yo me encargaré del otro. —Le hizo un gesto para que se desplazara a unos dos metros por delante del klingon. Kirk así lo hizo, y sintió que el cubo zumbaba en sus manos.

Indiferente a la presencia de los monitores, G'dath inclinó su ancho rostro hacia el sol y cerró los ojos durante un instante.

—Ciertamente, es muy agradable pasear. Me alegra salir al exterior. —Abrió los ojos y suspiró—. A veces temo perderme en mi trabajo, particularmente los fines de semana.

Davis enfocó su cubo sobre el klingon, grabándolo desde la derecha, mientras Jim lo hacía desde la izquierda.

—¿Trabajo? ¿De qué trabajo se trata, G'dath?

A Kirk le pareció que por la cara de G'dath pasaba una sombra, una brizna de un conflicto que no pudo interpretar. Podría haber sido miedo, o reticencia, o indecisión... o las tres cosas.

—Me refiero a mis estudios —se apresuró a responder G'dath—. Intento mantenerme al día con los últimos avances de la física, y cada día hay más y más que aprender.

—Espere —dijo Davis desde detrás del monitor—. Ahora, de pronto, comienza a parecer malhumorado. ¿Podría sonreír, o algo así?

El klingon estiró los labios y dejó a la vista dos filas parejas y atemorizadoras de grandes dientes amarillentos.

—No de esa forma —lo corrigió Davis, y a pesar de que consiguió reprimir su propia sonrisa, Kirk la captó en la voz—. Sonría como si realmente quisiera hacerlo.

G'dath rió entre dientes.

—No soy muy bueno para sonreír a petición. El holograma de mis papeles de ciudadanía lo demuestra.

—Lo he visto —comentó Davis—, y tiene usted razón. Simplemente piense en algo agradable. Eso es, así está mejor. Hace que parezca usted más...

—¿Humano?

—Amigable.

La expresión de G'dath se había animado de manera considerable.

—Me resultaría tremendamente difícil parecer humano. Me dedicaré a parecer

amigable.

Continuaron caminando hasta que llegaron a un claro aislado entre altos árboles.

—Bueno —comentó Davis—, no creo que necesite ninguna toma de la naturaleza...

G'dath levantó una mano e inclinó la cabeza.

—Espere un momento. Estoy oyendo algo. Suena muy parecido a cuatro personas corriendo hacia nosotros.

Kirk se agachó instintivamente al oír pasos a la carrera detrás de sí. Al volverse, un puño que aferraba una cachiporra cortó el aire por encima de su cabeza. Kirk le arrojó el monitor a su atacante y retrocedió dando traspiés, al tiempo que G'dath ponía a otro fuera de combate con un fuerte golpe en el cuello.

El que había atacado a Kirk, un varón humano joven y musculoso con el rostro completamente afeitado y unas letras góticas tatuadas de través en ambas mejillas, tropezó hacia atrás al chocar el monitor contra sus espinillas y hacerle perder el equilibrio. Mientras luchaba para recobrarlo, otra forma borrosa salió disparada desde detrás de un árbol... en dirección a Davis.

—¡Nan! —gritó Kirk—. ¡Detrás de usted!

Davis se volvió justo en el momento en que un tercer hombre aparecía a sus espaldas, e hizo oscilar el monitor que tenía en las manos, dándole al atacante de lleno en el estómago. Desprevenido por aquel golpe, el atacante —éste con barba y la nariz rota— cayó de rodillas, sin apenas poder respirar.

—¡Volvamos las espaldas los unos contra los otros! —ordenó Kirk.

—¿Qué demonios está sucediendo? —exigió saber Davis, mientras los tres se volvían y adoptaban una postura defensiva.

El que había arremetido contra G'dath todavía yacía inconsciente, pero los otros dos habían conseguido levantarse y con ellos se había reunido un cuarto atacante. Todos eran jóvenes, iban mal vestidos y sucios, y lucían tatuajes de brillantes colores. Y todos, según advirtió Kirk con vergüenza, eran humanos. Los tres comenzaron a formar un cauteloso círculo alrededor de sus víctimas.

—Ocasionalmente, se producen incidentes de gamberrismo en esta zona —comentó apresuradamente G'dath, mientras los hombres se les acercaban—. A veces son los de fuera que atacan a los residentes de la reserva.

—Ese de ahí, el particularmente feo, lleva el botón Barclayite —comentó Davis, señalando a su barbudo atacante.

—Ah —replicó Kirk con acritud—. Ésos. —Sólo en aquel momento pudo darse cuenta de que el tatuaje del pecho del atacante calvo decía: ALIENÍGENAS, VOLVED A CASA.

—¿Barclayites? —preguntó G'dath.

—No les gustan los que no son humanos —le explicó Davis—. Ni siquiera les

gustan la mayoría de los humanos. El movimiento comenzó en Centaurus. No sabía que se hubiese extendido hasta aquí. —Se aclaró la garganta cuando los agresores comenzaron a caminar lentamente en círculos y sacar cachiporras y cuchillos—. Eh..., almirante, no lo digo por estropearle la diversión, pero ¿no podría simplemente llamar a su amigo Harry para que nos transporte fuera de aquí a toda mecha? Después de todo, esto sí que es una emergencia.

—Oh —contestó Kirk, con una nota de decepción en la voz—. Bueno, supongo que podríamos hacer eso, en efecto. —Comenzó a alzar la mano para meterla debajo de la solapa de su chaqueta, que fue el preciso instante en que los tres asesinos que quedaban en pie se les echaron encima.

G'dath rugió y, con un golpe de su poderoso brazo, dos de los agresores cayeron. Kirk se echó encima del tercero. Davis recogió el monitor que había utilizado contra el primer agresor y se irguió por encima de los hombres que peleaban con la intención de golpear al enemigo de Kirk en la cabeza, pero había demasiado movimiento de un lado a otro mientras los hombres luchaban.

Se oyó un repentino «gulp» amortiguado detrás de ella. Davis dio media vuelta y vio a G'dath que tenía cogido al reanimado primer agresor por el cuello de la ropa. Los pies le colgaban a varios centímetros por encima del suelo. El hombre se retorció en la poderosa mano del klingon.

—¡Suéltame, bastardo alienígena! —gritó el hombre.

—Eres un alborotador repugnante —le contestó G'dath—. Señorita Davis, siempre tiene que vigilar sus espaldas con el mayor cuidado en este tipo de situaciones. En cuanto a ti, escandaloso, vete a dormir.

—¿Huh? —fue el comentario del hombre.

—Basta —contestó G'dath, dándole un golpe en la cabeza y dejándolo caer al suelo—. Almirante, ¿ha acabado?

—Un momento —le dijo Kirk, que se hallaba sentado sobre el pecho de su propio contrincante—. ¿Vas a portarte bien, ahora? —le preguntó.

—¡Vete al infierno, amante de alienígenas! —le escupió el hombre, que consiguió dejar libre una mano y sacar con ella un cuchillo.

Pero antes de que pudiera dirigir el cuchillo, Kirk le asestó un puñetazo en la mandíbula. El hombre quedó inconsciente.

—Eficaz —comentó G'dath con aprobación.

—Tampoco usted lo ha hecho muy mal —comentó Kirk mientras se levantaba. Sintió sabor a sangre y se limpió una tenue mancha de la misma del labio—. Me alegro de que usted no sea en absoluto la peor de las compañías en estos casos, señorita Davis.

—Bueno, gracias, almirante. Pero tiene el uniforme un poco sucio.

—Se irá con un cepillado —replicó Kirk con una sonrisa—. Estas nuevas telas a

prueba de desgarrones son divinas. Hubo épocas en las que acababa con al menos un uniforme por mes. ¿Cómo están sus monitores?

Davis se inclinó para inspeccionarlos.

—El que llevaba usted está bien —informó pasado un momento—. La cubierta del mío está mellada... no consigo imaginar cómo ha sucedido... pero la memoria está intacta. Y continúan grabando. No sólo no hemos perdido nada de la entrevista ni del paseo, sino que creo que tal vez tendremos algunas tomas excelentes de la pelea. Después de esta noche, los dos serán héroes.

—Asombroso —reflexionó Keth mientras contemplaba la pantalla, con un dedo apoyado pensativamente sobre los labios—. Ése era un grupo de asalto altamente entrenado. Nuestro granjero es algo más de lo que yo había pensado. —Bajó la mirada hasta Klor, y éste vio satisfacción, no sorpresa, en los ojos de su superior. Klor se dio cuenta de que las cosas habían salido exactamente como Keth había deseado. Como lo había planeado.

—Superior —preguntó—, ¿hay alguna orden para el jefe de operaciones secretas?

Ésa era la pregunta que Keth esperaba; por lo tanto, él se la formuló. Pero ya había adivinado que Keth no le respondería afirmativamente.

—No. El grupo ha sido detenido por las autoridades locales, pero sus historias de tapadera se mantendrán sólidas ante los interrogatorios policiales rutinarios. —Keth sonrió, una vez más con un brillo asombroso—. Entre tanto... —hizo una pausa para dirigirle a Klor una mirada de profundo significado—, tenemos que trazar nuestros propios planes.

Klor sonrió a su vez. Porque en aquel momento supo, sin el más mínimo lugar a dudas, que estaban a punto de volver a casa.

9

Después de que Nan Davis y el almirante Kirk se hubieron marchado, G'dath dejó salir a *Saltarín* de su prisión temporal en el dormitorio, tras lo cual se sentó en el salón y se preguntó si no habría hecho mal al no hablarles del globo. En aquel momento, la discreción había parecido la política más prudente. No había querido dar a conocer la información hasta haber comprendido su poder —y sus peligros— por completo.

Sentía una pequeña punzada de culpabilidad por no habérselo contado a la señorita Davis. Ella había sido tan amable con él, tan atenta para con lo que él tenía que decir... Y había accedido alegremente a mantener en secreto la presencia de *Saltarín*. Era una persona de lo más notable: generosa, inteligente y bastante hermosa, para ser una humana. No se permitía con mucha frecuencia ese tipo de pensamientos. Debido a que él era klingon, sin duda la señorita Davis lo encontraba singularmente carente de atractivo. No importaba; hacía mucho que se había resignado a la soledad. Pero tenía la sensación de que podía confiar en ella, y quería que ella fuese quien diera la noticia. La ayudaría en su carrera, de la misma forma que la entrevista de ese día lo ayudaría a él en la suya propia.

Habían salido ilesos del ataque, pero G'dath aún se sentía agitado. No en lo físico, sino emocionalmente. La violencia le resultaba hondamente perturbadora... y el incidente de ese día lo era por doble partida. No porque fuese una más de las dificultades con las que él se encontraba en la Tierra... no, había algo más profundo, alguna semilla de preocupación que había arraigado en su subconsciente, que estaba creciendo poco a poco.

Sin tener conciencia de haberlo decidido así, se puso de pronto en pie y sacó el globo del armario. La brillante superficie estaba intacta y podía sentir la vibración de energía en las yemas de los dedos. Abrió el panel de acceso y accionó el interruptor. Las luces interiores se encendieron. El globo funcionaba aún a la perfección, después de los repetidos viajes de la noche anterior.

Tras el quinto viaje, G'dath se había visto obligado a creer en los sondeos estelares realizados por el globo. Los datos estaban de acuerdo con la dirección inicial de viaje del prototipo. Era la distancia recorrida la revolución.

Aparentemente, el globo extraía la energía de la nada, y eso, sin duda, era revolucionario. Pero el depósito energético del que el globo se alimentaba tenía unas determinadas características que podían ser estudiadas, medidas y utilizadas. Eso era lo que convertía el asunto en ciencia y no en magia.

Cuando había comenzado a estudiar el tema por primera vez, hacía muchos años, G'dath pensó que podría haber llegado al hiperespacio sin necesidad alguna de la complicada tecnología y enormes cantidades de energía habitualmente requeridas. No

obstante, pronto se convenció de que, fuera cual fuese el depósito energético que había alcanzado, no era el hiperespacio sino algo que estaba más allá de éste. Independientemente de lo que fuera, se trataba de algo en lo que el hiperespacio —y en consecuencia, el espacio normal mismo— estaba contenido. Tampoco había razón alguna para creer que se acabase allí. Ruedas dentro de ruedas...

Los descubrimientos de G'dath estaban conduciéndolo rápidamente a una teoría cosmológica que dejaría obsoleto todo lo que en la época se sabía acerca del universo. Él haría con la física de su presente lo que el pionero del hiperespacio, Zefrem Cochrane, había hecho con la física de Einstein: es decir, aniquilarla.

Un logro meritorio para un profesor de instituto.

Él había tenido la intención de que el globo, en su primer vuelo, viajara hasta la Luna, describiera un círculo alrededor de ella, tomara algunas lecturas de las estrellas para confirmar su posición, y regresara. En lugar de eso, el prototipo había dejado atrás la Luna y continuado hasta un punto del espacio que estaba a apenas menos de un millar de años luz de distancia. Luego había regresado directamente a la ventana. El globo había realizado el viaje de ida y vuelta en poco menos de seis coma siete segundos.

G'dath había calculado el porcentaje de error relacionado con el hecho de que el globo hubiera partido de un punto determinado del espacio, viajado a un millar de años luz de distancia, y regresado luego al mismo punto de partida, a la vez que tenía en cuenta los varios movimientos que había realizado la propia Tierra a través del espacio en ese lapso. Las cifras preliminares demostraban una exactitud de navegación de hasta uno en sesenta trillones... pero él no había diseñado el prototipo para eso, ciertamente. Como tampoco lo había diseñado para que viajara a casi trescientos años luz por segundo... pero lo había hecho.

También había calculado el gasto de energía requerido para enviar un objeto a un millar de años luz de distancia y hacerlo regresar, en no más del tiempo que se tarda en parpadear varias veces. Expresada en calor, esa energía habría bastado para vaporizar al sistema Tierra-Luna... pero esa energía no era calor. Toda ella se había traducido en movimiento. Si tan sólo una fracción insignificante de esa pasmosa energía se hubiera transformado en calor, un mínimo habría bastado para hacer estallar al globo con la fuerza de un gigantesco reactor de materia-antimateria, con todas las consecuencias que eso implicaba para Nueva York. G'dath se estremeció. Si hubiese conocido el riesgo potencial para los demás, nunca habría realizado la prueba. Por el contrario, le hubiese entregado el globo directamente a las autoridades de la Federación para que lo probaran lejos, muy lejos de cualquier zona habitada.

Quedaban muchas preguntas sin responder respecto a lo sucedido, la menor de las cuales no era precisamente cómo había causado el globo sólo un insignificante restallar de trueno al partir y regresar. La velocidad con que había recorrido el aire

tenía que ser varias veces superior a la de la luz para haber podido llegar al punto X y regresar tan rápidamente. El globo apenas podría haberse tomado el tiempo de demorarse durante el recorrido por la atmósfera.

El klingon sabía que aún le quedaba muchísimo trabajo por delante antes de hacer cualquier clase de anuncio. Se sentía decepcionado por no poder darlo a conocer públicamente de inmediato, pero había aguantado mucho tiempo para obtener un reconocimiento... y esto era demasiado importante como para que no le dedicase sus máximos esfuerzos. Sabía que sería mejor para él esperar un poco más. Se encargaría de elaborar el trabajo teórico y luego le entregaría el prototipo a la Federación para que realizara otras pruebas más seguras.

Además, había otras consecuencias en una tecnología tan potente como aquélla.

Pensó en las preguntas del almirante Kirk y de la señorita Davis: «¿Ha luchado alguna vez con una nave de la Federación?». Se había sentido aliviado por poder responder negativamente; no por temor a lo que Davis o Kirk pudieran pensar de él en caso contrario, sino porque deploraba la pérdida innecesaria de vidas. El almirante le había caído sinceramente bien, y el conocer a Kirk le recordó el hecho de que había guerreros honorables en ambos bandos de una batalla. Era un desperdicio el derramar una sangre tan noble.

Pero había comenzado a ocurrírsele que su invento podría conducir a un conflicto. Podría facilitar un conflicto. Un enemigo que tuviese el globo podría atacar rápidamente y desaparecer sin sufrir bajas.

G'dath advirtió que *Saltarín* estaba junto a él. El pequeño gato lo miraba con brillantes ojos inquisitivos. El klingon se inclinó para acariciarlo.

—*Saltarín* —dijo—, ¿entiendes tú lo que quiere decir el término «equilibrio de poder»?

Saltarín profirió un maullido.

—¿No? En ese caso, permíteme que te lo explique. Tomemos como ejemplo dos entidades políticas rivales. Cada una de ellas es grande y poderosa. Cada una tiene su propia esfera de influencia. La fricción entre estas dos entidades tiene como resultado abiertas hostilidades; pero, hablando en términos generales, se evitan los enfrentamientos a gran escala porque cada entidad disfruta de unas condiciones aproximadamente equivalentes a la de la otra. Puesto que ninguna tiene una ventaja clara, ninguna de las dos está dispuesta a poner en peligro la paz existente entre ellas. ¿Me explico con claridad?

El gatito comenzó a ronronear.

—Excelente —declaró G'dath—. Pues bien. El equilibrio de poder se mantiene con facilidad cuando ambos bandos poseen una riqueza, unos recursos y una tecnología equivalentes. Ahora bien, si existe algún desequilibrio serio entre las dos entidades en cualquiera de esas tres áreas, las fricciones aumentan y la posibilidad de

enfrentamiento se hace más grande. ¿Lo comprendes?

Saltarín parpadeó.

G'dath guardó silencio. Su intención había sido que el globo fuese una fuente portátil de una energía disponible en abundancia. En lugar de eso, había creado algo que tenía el potencial de ser el aparato más terrible inventado hasta la fecha... un aparato de poder desconocido que no sólo podía construirse con un presupuesto muy bajo, sino que también era capaz de viajar a una velocidad casi incalculable y ser absolutamente preciso.

Cogió el globo y lo dejó delicadamente en el armario. No lo cerró, sino que permaneció de pie, mirando fijamente su invento.

El ataque de ese día continuaba inquietándolo. De alguna forma, había una advertencia contenida en él, algo que su subconsciente estaba intentando decirle.

Una sensación de frío pavor se apoderó de él. Sin la más mínima duda, supo que lo estaban observando. Lo habían estado observando. Ese día era como si su vigilante le hubiese leído la mente. Cuando caminaba con Nan Davis y el almirante por el parque, había estado debatiendo en silencio si debía o no hablarle a ella de su descubrimiento. En un momento dado tuvo las palabras en los labios.

Y entonces se produjo el ataque.

No. No, los agresores eran todos humanos. Sencillamente había estado permitiendo que su mente de guerrero creara fantasías paranoicas. No lo estaban observando. Y sin embargo...

En el imperio, él había dado por sentado que los agentes imperiales lo vigilaban.

¿Quién podía decir que no estaban vigilándolo ahora? ¿Que habían tomado nota de su aparato —sin comprender del todo las consecuencias de los datos—, y que el ataque de los Barclayites estaba destinado a silenciarlo?

Pero el ataque había salido mal. Lo que significaba, por tanto, que tenía muy poco tiempo antes del siguiente.

G'dath permaneció durante un rato de pie, indeciso, ante el armario. La razón contendió contra su miedo, y al final ganó el último. Era mucho más seguro entregarse a la paranoia cuando no le hacía daño a nadie, que arriesgarse a la alternativa. Recogió al gatito, que había estado llorando lastimeramente a sus pies, y le dijo, con una alegría que a sus oídos sonó forzada:

—¿Por qué estás llorando, pequeño? ¿Estás aburrido por tener que quedarte dentro durante todo el día? Tal vez debería sacarte para que tomes un poco el aire fresco y te toque el sol... pero sólo un momento, y debes prometerme que no te escaparás.

Al sentir la agitación interior de G'dath, el gatito se removió entre sus manos.

G'dath vaciló antes de cerrar la puerta del armario. Si realmente estaba siendo vigilado, el llevarse el globo en aquel momento sería lo peor que podía hacer.

Alertaría a los observadores de sus sospechas, y con toda probabilidad lo apresaría antes de que saliera del edificio. Pero si pensaban que salía durante un momento, tendría más oportunidad de escapar.

No sin recelos, dejó el globo. Tenía un plan para recuperarlo que no implicaba perjuicios para nadie. Con un poco de suerte, volvería a estar en su poder al cabo de una hora... es decir, si Nan Davis y el almirante Kirk estaban dispuestos a ayudarlo. Sólo él sabía cómo hacerlo funcionar, y sólo él sabía cómo construir uno. Como medida de precaución, había almacenado información parcial sobre el diseño en su ordenador. La que faltaba la tenía guardada en la memoria.

Y tenía intención de ponerse fuera del alcance de cualquier parte interesada. Mientras emitía sonidos tranquilizadores destinados al gatito, G'dath avanzó con calma y resolución hacia la puerta del apartamento.

En el salón comedor del Saint Francis, Kevin Riley se removió con agrado en la afelpada y cómoda silla, y bostezó. La tenue luz y la suave música de violines le hizo sentir ganas de apoyar la mejilla sobre la mesa y quedarse dormido llevado por aquel éxtasis. Hasta ese momento, el ímpetu del pánico sentido horas antes lo había mantenido despierto... eso y la energía que había absorbido de Jenny Hogan. Ella la irradiaba, y a él le había sorprendido poder mantenerse a su ritmo durante el paseo hasta el hotel.

Una parte del resplandor de ella se había atenuado, y una vez más estudiaba a Kevin con preocupación. Él se dio cuenta de que no había dicho ni una palabra desde que se sentaron. Jenny había llevado todo el peso de la charla. El camarero acababa de traer la comida momentos antes, pero Riley aún no había reunido la fuerza suficiente como para probar sus huevos a la Florentina.

El silencio fue en aumento hasta que Kevin se puso nervioso y decidió decir algo... pero Jenny le ganó de mano.

—Kevin, ¿dónde estuviste la noche pasada? Pareces el último tipo salido de Irán antes de que Khan Noonian Singh lo hiciera volar por los aires.

Tocó uno de los huevos con el tenedor y lo observó temblar sobre un lecho de algo verde, cosa que le hizo perder el poco apetito que tenía. La pregunta de ella era entrometida, de eso no cabía duda, pero tenía una forma tan ingenua de preguntar que él no se lo tomó a mal. Sin embargo, se sentía inseguro: ¿se lo había preguntado por mera curiosidad... o estaba intentando averiguar si él estaba comprometido en alguna relación amorosa? Decidió ser con ella tan honrado como pudiera, aunque eso significara hablar de Anab. A pesar de que acababa de conocer a Jenny, ella lo había ayudado, y tenía un algo que lo hacía confiar en ella por instinto.

Kevin volvió a suspirar y dejó el tenedor.

—Simplemente me quedé dormido, eso es todo. Es culpa del insomnio.

Últimamente me ha estado haciendo pasar unas noches terribles.

—Ah. —Ella tomó un bocado y lo contempló con unos inocentes ojos verdes abiertos de par en par. Al igual que Riley, ella tenía cara de bebé. Eso y su reducida estatura conspiraban para que pareciese tener veinte años a lo sumo.

Por la expresión expectante de ella, Kevin se dio cuenta de que no le había proporcionado la información que buscaba. Lo intentó otra vez.

—Estaba solo, Jenny.

Ella bajó rápidamente los ojos al plato con una ligerísima traza de incomodidad.

—No es asunto mío, por supuesto —dijo, pero estaba claro que le había dicho lo que ella quería oír.

—No me molesta —afirmó él en tono frívolo, y medio sonrió por la forma en que ella se animó de inmediato.

—¿Qué te pasa, entonces? ¿Es el trabajo? Jim Kirk no me da la impresión de que sea un monstruo generador de ansiedades. —Gesticulaba con el tenedor—. Especialmente considerando cómo te salvó la vida hace tantos años. Y pensar que después de todo ese tiempo, los dos crecisteis y entrasteis a servir juntos en la Flota Estelar...

Kevin la miró con los ojos entrecerrados, convencido de que su confusión era resultado de la falta de sueño.

—Me temo que no te sigo.

—Oh-oh. —Jenny se mordió el labio inferior—. Lo siento. No tenía intención de sacar este tema a relucir. Los productores adquirimos el hábito de investigar los antecedentes de todo el mundo, así que cuando se acordó la presencia de Kirk en el programa, me puse a desenterrar su historia y advertí que ésta coincidía con la tuya en Tarsus IV. Lo siento. No tenía intención de mencionar el tema de una forma tan... desdenosa. Sé que para ti tiene que haber sido una tragedia horrible.

Él se obligó a no tensarse ante la mención de aquel lugar, y consiguió responderle con afabilidad.

—Eso sucedió hace mucho tiempo. La verdad es que no lo recuerdo mucho. Yo era demasiado pequeño. Kirk también estaba en Tarsus... pero no comprendo; ¿qué quieres decir con eso de «lo que hizo por mí»? En esa época no nos conocíamos. De hecho no nos conocimos hasta que me destinaron a la *Enterprise*.

Ella lo miró con aire de no entenderle.

—Encontré una grabación antigua. Alguien había hecho un programa de interés humano acerca del Jim... Jimmy... Kirk de catorce años. Según lo que se decía allí, él había salvado a un niño, Kevin Thomas Riley, de cuatro años de edad, de ser ejecutado. Los hechos han sido comprobados. Estás bromeando, ¿verdad? Por supuesto que sabías que...

Kevin no había creído ni una palabra, se había sentido seguro de que era a él a

quien le tomaban el pelo... de manera imperdonable... hasta que Jenny había vacilado al decir el nombre: «Jim... Jimmy».

Algo oscuro y amenazador se agitó en su memoria. Jimmy. Jim. «No es seguro...»

Riley se llevó una mano a la frente. Nunca había acabado de comprender por qué Kirk parecía tan interesado en él, tan vivamente preocupado por su carrera, tan deseoso de darle una oportunidad. El almirante siempre había afirmado que se debía a que Riley lo merecía, que poseía la capacidad para el mando.

Pero la inseguridad de Riley nunca le había permitido creerlo.

Cerró los ojos y, por primera vez en veinticinco años, evocó el rostro del desconocido que le había salvado la vida. Más que nunca, comprendió lo mucho que debía haber decepcionado al almirante aquella misma mañana.

Jenny se inclinó hacia delante, con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Te encuentras bien, Kevin?

—Sí, estoy bien —consiguió responderle Riley—. Sólo un poco cansado. —Bajó la mano y sonrió débilmente—. Por supuesto que sabía eso de Kirk.

—Así que no es Kirk el que está trastornándote.

—No lo es. —Kevin hizo una pausa, agradecido por el cambio de tema pero sin saber cómo comenzar—. Soy yo.

El interés y la simpatía que reflejaba el semblante de ella eran tan sinceros que a él se le cerró la garganta.

—¿Quieres hablar de ello, Kevin?

Él respiró profundamente y se dominó.

—Jenny... yo estuve casado hasta la semana pasada. No quería terminar. Ella sí. Ella palideció y dejó el tenedor.

—Kevin, lo lamento de veras. No tendría que haberme entrometido en...

—No lo has hecho. He sido yo quien te lo ha contado voluntariamente. Creo que, puesto que he empezado, será mejor que te lo cuente todo... si tú quieres oírlo.

Ella apoyó un codo sobre la mesa y se aproximó más.

—Quiero oírlo.

Riley fijó los ojos en algún punto muy distante.

—Habíamos firmado un contrato de un año, y después de seis meses ella aceptó un destino de espacio profundo por un año. Yo la convencí de prorrogar nuestro contrato a dieciocho meses, de forma que cuando acabara su destino lo hiciera también el contrato. Supongo que estaba intentando obligarla a escoger entre reengancharse y nuestro matrimonio. —Hizo una pausa, asombrado de poder hablarle a alguien del asunto con aquella facilidad, asombrado de que Jenny lo hiciera tan fácil... y un poco escandalizado de sí mismo por el hecho de que le gustase la compañía de ella. Se sentía desleal, de alguna forma—. No es lo mismo que si la

hubiese perdido ayer. Quiero decir, que hemos estado separados durante todo un año. Tendría que haberlo visto venir. Pero... hasta la semana pasada, creo que no era capaz de enfrentarme con ello. —Torció los labios—. La llamé el día en que expiraba nuestro contrato. Supongo que yo tendría que haber captado la insinuación. Y luego, ayer, envió un mensaje a mi terminal, en el que me pedía que le enviara el resto de sus cosas.

—Vaya. —Jenny parecía abrumada—. Así que te quedaste dormido esta mañana, y pusiste a Jim Kirk a un paso de someterte a consejo de guerra. Vaya un día.

—Me lo merecía —dijo Riley con sinceridad—. Pero he tenido semanas mejores.

El tono impasible de él hizo que ella profiriera una risilla, y Riley se encontró con que estaba sonriendo. Tomó un bocado de comida y se dio cuenta de que tenía un poco de hambre, después de todo.

—Basta de ansiedades. Gracias por escucharme, Jenny. Sólo quería explicártelo porque... —vaciló.

—¿Por que? —Ella había dejado de fingir que comía, y estaba inclinada hacia delante, atenta para oír lo que él tuviese para decirle. Él sintió que lo invadía una ola de emociones conflictivas. La expresión de los ojos de Jenny era precisamente la que él había ansiado ver en los de Anab. Se sentía profundamente agradecido, culpable, asustado y atraído, todo a la vez.

Kevin bajó los ojos, temeroso de mirar los de ella.

—... porque —comenzó en un tono cuidadosamente neutral— agradezco el tener una amiga.

Ella sonrió con un poco de inseguridad, mientras intentaba dilucidar las consecuencias de lo que Kevin acababa de decirle. Él decidió ayudarla.

—Una amiga es casi lo único que soy capaz de tener en este momento, Jenny.

—Por supuesto. —Ella le dedicó una ancha sonrisa pero él pudo captar un deje de decepción en su voz—. ¿Quién podría culparte por ello? Es difícil encontrar buenos amigos.

La conversación continuó por otros rumbos, y a pesar de su cansancio Riley pasó un rato agradable. Jenny se recobró admirablemente y fue una compañera muy ingeniosa. Al concluir, intercambiaron códigos y Jenny le dijo que la llamara si alguna vez necesitaba hablar con una amiga.

Él le prometió que así lo haría. Pero, por supuesto, ambos conocían la realidad.

Apesar de que ella aún estaba funcionando según la hora de San Francisco, en Nueva York era por la tarde, así que Nan Davis se sentó a comer —aunque su cuerpo lo interpretó como desayuno— con Jim Kirk. Después del violento encuentro del parque y la subsecuente sesión de preguntas y respuestas con las autoridades locales, se sentía un poco insegura sobre los pies. La oportunidad de sentarse y tomar por fin algo de comer le pareció una solución ideal.

Al mismo tiempo, se sentía extrañamente entusiasmada por la experiencia, por perturbadora que hubiese resultado. Aquello le proporcionaba una sensación de camaradería con Kirk. La formalidad parecía bastante ridícula después de haber luchado junto a él en una riña callejera, y habían comenzado a utilizar los nombres de pila por tácito acuerdo mutuo.

La habían precavido respecto al legendario carisma del almirante, y en una ocasión se había encontrado ante él durante unos breves minutos, en Centaurus. Por supuesto, aquél había sido el James T. Kirk público... y ella comenzaba a pensar que el Kirk privado era mucho más atrayente.

No es que ella tuviera intención de reaccionar ante ese encanto, por supuesto. Había realizado su investigación y sabido que estaba casado con una tal vicealmirante Ciana... aunque le intrigó la sombra de preocupación que se había apoderado del rostro de él aquella mañana, cuando le mencionó a su esposa.

En cuanto a Jim, se comportaba como un perfecto profesional. La conversación no se desviaba a los temas personales, y estaban en medio de una charla sobre el proyecto *Dart* cuando el «busca» de Nan sonó.

Ella suspiró con impaciencia. Lo más probable era que se tratase de Jenny, con una emergencia en el estudio. —Lo siento, Jim. ¿Pensaría que soy terriblemente mal educada si atendiera la llamada aquí mismo? Él le dedicó una débil sonrisa afable.

—En absoluto.

Ella cogió el «busca» del cinturón y lo abrió.

—Nan Davis.

Esperaba oír la aguda voz de soprano de Jenny, y estaba desprevenida para la de retumbante bajo que le respondió.

—Señorita Davis. Le pido disculpas por llamarla por su busca. No habría utilizado el código que me dio de no encontrarme en una emergencia.

—¡Doctor G'dath! —Ella frunció el ceño y le echó una mirada significativa a Jim Kirk, el cual levantó con sorpresa los ojos de su libreta de notas y también frunció el ceño—. ¿Qué clase de emergencia? ¡No me diga que esos horribles Barclayites han vuelto! —Por un momento se sintió sinceramente aterrorizada por la posibilidad de que él estuviese gravemente herido. El ataque de horas antes la había hecho sentirse

avergonzada de su propia raza, avergonzada de ser humana. Parecía injusto que alguien tan brillante, de tanto talento, con un corazón tan bondadoso como G'dath fuese el blanco de un odio tan estúpido. Podía oír al gatito maullando en el fondo, y el ruido de la calle—. ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está?

—*Saltarín* está aquí conmigo, aunque le molesta bastante que lo tenga sujeto. Estoy ileso... aunque esto tiene que ver directamente con el ataque de que fuimos objeto esta tarde. La estoy llamando desde un comunicador público. He salido del apartamento y llevo al gatito conmigo. Señorita Davis... ¿está sola?

—No. Jim... el almirante Kirk está conmigo. Nos encontramos en un restaurante, pero nadie nos escucha.

—El almirante Kirk —dijo G'dath—. Eso es una suerte. Necesito la ayuda de él al igual que la de usted. Verá, esta tarde, cuando usted me entrevistó, había tenido originalmente la intención de dar a conocer un invento. No obstante, las capacidades del mismo estaban tan por encima de lo que yo había esperado, que decidí aguardar y reunir más información.

—¿Qué clase de invento? —le preguntó Nan.

—Un... aparato. Un globo que puede viajar por el espacio a grandes distancias sólo con su propia energía. No sé si es el máximo, pero el globo ha mantenido una velocidad media de unos trescientos cincuenta años luz por segundo.

Al otro lado de la mesa, Kirk profirió una exclamación ahogada.

La arruga del ceño de Nan se hizo más profunda.

—¿Cómo se traduce eso a velocidad hiperespacial?

—El globo no viaja por el hiperespacio, así que emplear esos términos no tiene sentido. Baste decir que viaja a una velocidad muchas veces superior a la máxima de una nave estelar.

Jim Kirk acercó la silla a la de ella y le hizo un gesto hacia el «busca». Ella lo sostuvo entre ambos para que él pudiera hablar por la rejilla.

La expresión de Kirk era de creciente escepticismo.

—Doctor G'dath, ésa es una afirmación muy asombrosa pero ¿por qué nos lo está contando ahora? ¿Y qué tiene que ver eso con los Barclayites?

—He estado pensando, almirante; hace bastante tiempo que estoy trabajando en ese aparato, pero no tuve posibilidad de probarlo hasta este viernes. Encuentro que ha sido bastante... oportuno que el ataque se produjera durante la entrevista, antes de que pudiera informar a la señorita Davis de mi invento.

Nan miró a Kirk con las cejas alzadas, queriendo decir: «¿Cree usted que está diciendo la verdad? ¿O que es simple paranoia?».

Jim meneó la cabeza en un gesto que Jenny interpretó como: «Es difícil saberlo».

G'dath pareció percibir la duda de ellos.

—Estoy seguro, almirante, de que habrá oído usted el rumor de que los

ciudadanos klingon son vigilados.

—Lo he oído, pero no sé si es cierto. Supongo que existe esa posibilidad.

—Mi instinto me dice que he sido vigilado, y que el ataque de hoy fue resultado de eso.

El tono de Kirk era ligeramente seco.

—¿Por qué han esperado hasta ahora?

—Ni siquiera yo me había dado cuenta de las capacidades del globo hasta primeras horas de esta madrugada, almirante. Yo diría que a mis observadores les ha llevado más tiempo lograr eso mismo debido a mis... precauciones. No existe en ninguna parte el esquema completo del diseño del globo... excepto en mi memoria. —El klingon hizo una pausa—. Almirante Kirk, señorita Davis, tanto si mi instinto está en lo cierto como si es sólo resultado de una paranoia, es lógico obedecerlo. Si estoy equivocado, lo peor que sucederá es que yo me habré puesto en ridículo. Pero sin embargo, si tengo razón...

—Mi antiguo primer oficial era vulcaniano, G'dath, y creo que él estaría de acuerdo con su lógica. —En la voz de Kirk había un fantasma de sonrisa, si bien no en su rostro.

—Tengo la impresión de que acaba de hacerme un cumplido —dijo G'dath.

Nan se inclinó hacia delante y habló por el «busca».

—G'dath, ¿qué quiere que hagamos nosotros? ¿Necesita un lugar seguro en el que alojarse? Mi apartamento es pequeño, pero usted y *Saltarín* serán más que bienveni...

—Aprecio su oferta, señorita Davis, pero no puedo ponerla en peligro de ese modo. Almirante Kirk...

—Sí, G'dath. Ha dicho que necesitaba mi ayuda.

—El globo del que acabo de hablar. Lo he dejado en mi apartamento. No me sentía seguro para llevarlo por la calle, y tuve la certeza de que me habrían... interceptado si hubiese tratado de sacarlo del apartamento. A mí me parece que la forma más segura sería simplemente transportándolo fuera de mi vivienda.

—Cierto —repuso Kirk—. ¿Pero por qué iba la Flota Estelar a ofrecerle a usted el uso de su transportador?

—Por lo que yo le ofrezco a la Flota Estelar. Aquí es aplicable el mismo tipo de lógica: si estoy mintiendo respecto al poder del globo, lo único que usted y la Flota Estelar habrán perdido será unos pocos segundos de tiempo de transporte. Pero si estoy diciendo la verdad...

—Comprendo, G'dath. Me pondré en contacto con el personal del transportador. Déme su emplazamiento y no se vaya a ninguna parte. Primero lo rescataremos a usted y luego al globo. Si puede hacer lo que usted afirma, estoy seguro de que la Flota Estelar estará dispuesta a garantizar su protección.

—Gracias, almirante. Le sugiero que se dé prisa. Sospecho que ya podría ser demasiado tarde.

Keth había neutralizado rápidamente el portero del vestíbulo —un juego de niños para un agente entrenado—, mientras Klor se había encargado del bloqueo de seguridad del ascensor provocando un cortocircuito en el sistema de reconocimiento de la voz.

Mientras el ascensor los llevaba obedientemente hasta el piso cincuenta y uno, Klor miró a su comandante. Un rato antes, cuando Klor le informó de que el sujeto G'dath había salido del apartamento, Keth había sufrido un ataque de furor asesino: ¡G'dath era el pasaje de ambos para volver a casa! ¡Klor era un imbécil por haberle permitido escapar! Tan furioso se había puesto Keth, que Klor no se atrevía a hablar, ni siquiera para protestar diciendo que G'dath sin duda regresaría pronto, puesto que no se había llevado el globo.

Y entonces, Keth había dado una orden sorprendente: ellos mismos irían al apartamento y se apoderarían del globo. Keth no había vuelto a hablar desde ese momento. Estaba claro que lo carcomía la amenaza de perder a G'dath... tanto que Klor temía por la salud mental de su comandante.

Ahora, en el ascensor, los labios de Keth estaban reducidos a una apretada línea, y las cejas convertidas en una peluda V sobre los inhóspitos y peligrosos ojos, los ojos de un obseso.

Un rato antes, el comandante había prometido que Klor recibiría honores, que volvería a casa... pero ahora Klor temía por su posición y estaba ansioso por expiar su error.

El ascensor se detuvo; las puertas se abrieron. Klor avanzó velozmente por el corredor hasta encontrar el número de G'dath.

—Rápido. —Keth señaló la puerta.

Tras acuclillarse, Klor sacó un pequeño instrumento de la bolsa que llevaba al cinturón, y se dispuso a neutralizar los escáneres de seguridad alojados en el marco de la puerta. Afortunadamente, el diseñador del sistema no había juzgado necesario construir el aparato para que resistiera las medidas de neutralización klingon. Se produjo un suave sonido neumático al abrirse la puerta del otro lado del corredor.

Klor miró por encima del hombro y se irguió. Un varón humano —cabellos grises, pálido, aspecto débil— salió al pasillo. Para asombro de Klor, el anciano no pareció asustarse en lo más mínimo al encontrar dos klingon en su edificio. De hecho, su mirada se encontró con la de Klor, y le sonrió.

—Me pareció haber oído a alguien aquí fuera —les dijo con tono amable y una voz cascada por su avanzada edad—. ¿Son amigos de G'dath? Creo que ha salido hace un momento.

Keth y Klor lo miraron fijamente, sin saber qué decir... y luego Keth ordenó:

—Mátelo.

Klor vaciló... no el tiempo suficiente como para que Keth lo notase y darle a su comandante más razones para dudar de él, no lo bastante como para que el anciano lo advirtiese e intentara apartarse del camino del peligro... pero sí lo bastante como para que Klor sintiera remordimientos. Le habían enseñado a respetar a sus mayores, y aquel hombre de pelo gris ciertamente no tenía ninguna intención de hacerles daño; en realidad, confiaba en ellos, les había sonreído. Nunca antes le había sonreído a Klor un ser humano con amistad.

Pero Keth le había dado una orden, y Klor sabía que desobedecerla en aquel momento significaba que se le tacharía de traidor, y que no volvería a ver su hogar.

Avanzó y, con un movimiento fácil y rápido del brazo, golpeó al humano en un lado del cuello. Klor intentó, sin que resultase tan obvio como para que Keth lo advirtiera, darle un golpe que lo desmayara pero no lo matase, pero a pesar de su esfuerzo oyó el sordo restallar de un hueso al romperse.

Sucedió tan de prisa que el anciano no llegó a gritar, ni levantar un brazo para defenderse, sino que se desplomó en el suelo.

Klor lo recogió. El hombre era ligero, frágil entre sus brazos. Keth se adelantó y le quitó la carga.

—Acabe su tarea, Klor. Yo me desharé de esto.

—Sí, superior. —Extrañamente triste, Klor se acuclilló y se puso a trabajar una vez más con la puerta. Escuchó mientras, a sus espaldas, Keth arrojaba al anciano de vuelta al interior de su vivienda. Se oyó el pesado y desagradable sonido del cuerpo al golpear contra el suelo, y luego el silbido de la puerta al cerrarse. Klor vio las piernas de Keth a su lado.

—Apresúrese —le ordenó el comandante—. Es posible que esta muerte no haya pasado inadvertida para el sistema de seguridad del edificio.

Un instante después, Klor rompía el campo de seguridad que cubría la puerta de G'dath. Ésta se deslizó suavemente a un lado y ambos klingon entraron.

El apartamento estaba escasamente amueblado: resultaba claro que G'dath no había sucumbido al deseo terrícola del confort. Klor observó a Keth mientras éste avanzaba hacia el *vav gho* y le daba una patada con desprecio. Una pieza de fruta colocada en el pequeño receptáculo de las ofrendas rebotó y rodó hasta el otro lado de la habitación.

—Por aquí, superior.

Klor hizo un gesto hacia el dormitorio. Con el pulso acelerado, corrió hacia allí como un rayo y pulsó el control que abría el armario.

El globo yacía, pulido y hermoso, encima del mueble. Klor tendió las manos para cogerlo, pero Keth se lo impidió. El comandante se inclinó y sopesó el aparato. Por la

reacción de sorpresa, Klor supo que su peso era muy leve. El comandante se volvió a mirar a Klor y enseñó los dientes con placer.

—Ésta es la piedra que aplastará la montaña del enemigo.

Una hora más tarde, G'dath se hallaba sentado en la oficina que el almirante Kirk tenía en el cuartel general de la Flota Estelar, y se cubría el rostro con las manos. Nan Davis estaba cerca, y acariciaba a *Saltarín* mientras el gatito ronroneaba adormilado. Kirk se encontraba ante ellos dos, inclinado sobre su escritorio, con los brazos cruzados a la altura del pecho.

Un sondeo del apartamento de G'dath no había descubierto globo ninguno. G'dath insistió en que lo transportaran al apartamento para buscarlo por sí mismo, y Jim Kirk insistió en acompañarle. Se encontraron con que el apartamento había sido registrado y, como le habían dicho a G'dath sus propios instintos, el globo había desaparecido.

Eso no fue lo peor de todo. Cuando se disponían a marcharse antes de que llegara la policía, G'dath oyó un alboroto en el corredor. Había mirado por el visor de la puerta y visto que los enfermeros sacaban flotando al señor Olesky de su vivienda, en una camilla. Se había reunido un grupo de vecinos y G'dath oyó que uno decía que el anciano había sido misteriosamente golpeado... y que la seguridad del edificio había sido manipulada por expertos.

—Klingon —comentó otro—. Frances vio a dos dando vueltas por la entrada cuando salió esta tarde. —Olesky no tenía posibilidad de sobrevivir.

Un hombre que sólo les había demostrado amabilidad a los demás. G'dath gemía, sólo vagamente consciente de que Nan Davis le apoyaba una mano consoladora sobre el brazo.

Su invento; sólo tenía menos de un día de edad... y ya había sangre en las manos de él. De haber poseído el globo en aquel momento, lo habría destruido.

Pero ahora la Flota Estelar estaba enterada de la existencia del aparato, y lo presionaría para que creara otro. El lo haría... por si acaso una mente klingon tan experta como la suya conseguía completar lo que faltaba del diseño y descubriría cómo funcionaba el globo.

—Doctor G'dath —dijo Kirk con voz queda.

G'dath levantó el rostro y apoyó el mentón sobre las manos unidas en forma de cúpula; Nan Davis le dio una palmadita tranquilizadora en el brazo y retiró la mano, y él intentó sonreírle.

Cualquier duda que el almirante pudiera haber abrigado respecto a la veracidad de G'dath, se había borrado desde la visita al apartamento. Kirk se irguió y se apartó un paso del escritorio.

—A estas alturas hay muy pocas probabilidades de que nuestros agentes puedan

recobrar el globo.

Nan Davis intervino.

—Pero el mayor peligro que existe es el que corre el propio G'dath. —El tono de su voz era de indignación; G'dath la miró, ligeramente sorprendido por su actitud protectora.

Kirk asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo... es decir, si el doctor G'dath está completamente seguro de que no serán capaces de descifrar el funcionamiento del globo sin él.

—Estoy seguro del todo. —G'dath suspiró—. Al menos en el presente inmediato. Sin embargo, es posible que, contando con algunos años, sean capaces de comprenderlo. Si logran capturarme, yo no les diré nada, por supuesto... pero no soy tan arrogante como para creer que pueda resistir a un examen mental. Incluso en el caso de que eludiera la captura, según los términos de mi visado tendré que regresar al imperio dentro de un año. Entonces sin duda me enfrentaré con un interrogatorio.

—No permitiremos que eso suceda —le aseguró Kirk—. Lo mantendremos aquí, en San Francisco, bajo fuertes medidas de seguridad, durante todo el tiempo que usted desee.

G'dath se sintió invadido por una repentina ola de preocupación.

—Mi clase. La señorita Davis iba a hacer una transmisión en directo de mi clase, el lunes por la mañana. No puedo desilusionar a mis estudiantes...

—O a mis productores —intervino Nan.

—... cancelándola sencillamente. No me gustaría cancelar una clase sin miramientos. Tengo una responsabilidad para con mis alumnos, y dudo de que puedan encontrar un sustituto adecuado en tan poco tiempo. Pero no puedo poner a mis estudiantes en ningún peligro. Ya hay una persona al borde de la muerte por mi causa; no arriesgaré a ninguna otra.

Kirk alzó una ceja.

—Dudo de que vaya a ser atacado delante de una habitación llena de gente, doctor G'dath, especialmente delante de los monitores de un programa de trivisión en directo. La mayoría de los agentes de inteligencia prefieren el secreto. Está usted en gran peligro cuando se encuentra solo. Contará con protección las veinticuatro horas, por supuesto, y para que esté más tranquilo, puedo proporcionarle unas medidas de seguridad adicionales cuando esté dando clase. Le aseguro que tampoco nosotros queremos poner en peligro la vida de nadie.

—¿Esa seguridad será infalible? —preguntó G'dath.

—Tan infalible como pueda serlo —le respondió Kirk—. Tiene mi palabra al respecto. Quiero que sepa algo más: no estoy haciendo esto a través de los conductos regulares. Le he pedido a mi gente que organice las medidas de seguridad para usted como favor personal. El pasar por los canales oficiales es un proceso tedioso... y,

francamente, a la Flota Estelar le hará falta una semana para estudiar las notas de su ordenador y decidir si estaba diciendo la verdad acerca de las capacidades del globo.

G'dath inclinó la cabeza con curiosidad.

—¿Y por qué confía usted en mí, almirante Kirk?

Él le sonrió sólo con los ojos.

—Mi instinto me dice que puedo hacerlo. Apreciaré mucho el que usted no me decepcione.

A primeras horas de la madrugada del domingo, Klor acudió una vez más a la habitación de su superior. Klor estaba sin dormir desde que el sujeto G'dath había llevado a cabo su huida. Sospechaba que Keth ya había informado al imperio de aquel hecho... y del papel de Klor en él. Ahora, a Klor no le quedaba otra cosa que hacer excepto esperar para conocer su suerte, la cual descansaba en las manos de Keth.

Dependiendo de la buena voluntad del comandante, Klor podía ser degradado a un puesto aún menos deseable (aunque resultaba difícil imaginar que existiese uno de esas características), exilado, o tal vez enviado a un campo de prisioneros. Todo dependía de cómo presentara Keth el error ante los oficiales imperiales.

Pero no había hablado con su superior desde entonces. Keth permanecía encerrado en su habitación, y Klor comenzó a temer que la depresión que anteriormente consumía al capitán hubiese regresado ahora con creces... y Klor no podía culpar a nadie más que a sí mismo. La oportunidad de que los dos pudieran de alguna forma ganar honor y recibir un destino más prestigioso por haber sometido el invento de G'dath a la atención del imperio, había escapado junto con el sujeto. Si al menos hubiese alguna forma de redimirse... pero Klor había abandonado toda esperanza de hacerlo.

Al abrirse la puerta en respuesta a la llamada, toda esperanza de perdón que Klor abrigara se evaporó. Keth no estaba dormido; en lugar de eso, el comandante estaba sentado en la oscuridad, con la espalda vuelta hacia Klor, contemplando el cielo previo al alba. Detrás de él, sobre el escritorio, relumbraba el holograma de su esposa e hijos. Keth no se movió ni encendió las luces al entrar Klor, sino que continuó en la silla, con los hombros fatigadamente hundidos, como si no hubiese dormido en muchos días.

Klor se detuvo en la puerta para permitir que entrara la luz del pasillo, y se aclaró la garganta, pero el comandante continuó como estaba.

—Aún no he podido localizar a G'dath, superior. Sin embargo, me ha pedido usted que le notificara si recibíamos alguna otra orden. Tenemos que organizar otro grupo de asalto de forma que esté preparado para atacar cuando se encuentre al sujeto.

Aún mirando las estrellas que iban desapareciendo, Keth habló con lentitud, con un tono de distracción tal que Klor se preguntó si lo había oído.

—Estoy comenzando a pensar que comprendo a ese soñador, ese hijo de granjeros. No sé dónde se esconde en este momento... pero sé dónde estará. Mañana.

—¿Dónde, superior? —preguntó Klor, asombrado, pero con la esperanza de que aquello fuese un ejemplo de la legendaria astucia de Keth.

Keth se volvió a mirarlo, con los ojos relumbrantes en la penumbra y una sonrisa irónica.

—No he informado a nadie de su error, Klor.

La mirada de Klor bajó al suelo y él aguardó para conocer su suerte. No se permitió sentir autocompasión ni pesar. Como guerrero, aceptaría el decreto de Keth sin protesta ni disculpa. Pero no estaba preparado para lo que el comandante dijo a continuación.

—El que lo haga o no depende de usted. ¿Con cuánta fuerza desea regresar a casa?

Klor levantó la mirada, confuso.

—Perdóneme, superior. No le entiendo.

—Es una simple pregunta. —El tono de Keth era sereno, pero estudiaba a Klor con atemorizadora intensidad—. ¿Con cuánta fuerza desea usted regresar a casa?

Klor guardó silencio, intentando condensar sus sentimientos al respecto en una sola frase.

—Regresar a casa con honor —dijo de pronto Keth—. Como un héroe. ¿Con cuánta fuerza desea eso?

El otro no guardó silencio ante aquello, sino que respondió en voz baja.

—Por regresar a casa... con honor... lo arriesgaría todo. Mi vida.

Keth asintió con la cabeza, satisfecho; su sonrisa se ensanchó.

—Bien. Muy bien. Tal vez no necesite informar en absoluto a nuestros superiores. Yo pienso que el error fue de lo más comprensible. Ciertamente, todos hemos errado en algún momento de nuestra carrera. —Hizo una pausa—. Por lo que a mí respecta, nuestro grupo de asalto ya está organizado.

Klor se tensó. Si comprendía a su comandante, Keth estaba sugiriendo que el grupo de asalto fueran ellos dos; era algo osado y bastante cuestionable el interpretar las órdenes de una forma tan libre.

—Tengo un plan bastante... poco convencional. ¿Confía en mí, Klor?

—Sin reservas, superior. —Respondió de inmediato, y no permitió que las vacilaciones que sentía se reflejaran en sus gestos o su voz.

Keth pareció satisfecho.

—Lo que yo propongo es arriesgado. Pero, como guerrero, me aburro de vivir sin riesgo. —El tono de su voz cambió de forma brusca—. ¿Sabe cuántas estaciones han

pasado desde que hablé con mi esposa? ¿Desde que la toqué...? — Suspiró y miró el holograma de su familia que relumbraba sobre el escritorio—. Es mejor morir que vivir deshonorado. —Volvió a levantar los ojos hacia Klor—. No podemos llevar ninguna pistola física, ningún arma que pueda ser detectada, y nos apoyaremos en la sorpresa y la oportunidad. Si el plan sale mal, ni siquiera podremos depender de la embajada para que nos transporte. —Sonrió fugazmente.

—Atacaremos mañana por la mañana, Klor. ¿Podrá estar preparado?

—Estaré preparado, superior —respondió Klor. Tenía pocas opciones; Keth lo había dejado claro. Unirse a su plan para alcanzar la gloria, o enfrentarse a mayores ignominias.

Pero en la luz sutil, los ojos de Keth no parecían tanto inspirados como dementes... o quizás era sólo un efecto de la penumbra y la sombra. Después de todo, se dijo Klor, la carrera de Keth como comandante estaba marcada por la brillantez... y la verdadera brillantez planea al borde de la locura.

El domingo por la mañana, Nan recibió una llamada de su director de encargos: ella iba a cubrir el programa sobre el día del *Apolo*. Nan estaba encantada, y llamó a Jenny para decirle que el lunes se pusiera en contacto con el jefe de personal de Kirk, aunque Jenny pareció tener extrañas reservas al respecto. Y luego llamó a Jim Kirk. Acordaron encontrarse a primeras horas del lunes para que ella pudiese grabar algo referente al proyecto *Dart*. Aquello la haría correr de un lado a otro entre dos encargos, pero ya había grabado, por si acaso, la introducción al trozo que se transmitiría en directo desde el aula de G'dath. Después de todo, el único fragmento en vivo sería la parte en que G'dath aparecía dando clase, y la sesión de preguntas y respuestas con los estudiantes.

Ella preguntó por G'dath, y aparte de decirle que el klingon estaba bien, Kirk no le dio información alguna sobre su paradero. Nan no insistió. En algunos aspectos, G'dath y Kirk se parecían mucho; ambos eran hombres de los más elevados principios, ambos contaban entre los hombres de más talento dentro de sus respectivas profesiones... a pesar de que el talento de G'dath no había sido reconocido por sus colegas. Todavía. Ella esperaba que su programa cambiaría eso.

Ya había dejado de preocuparse por si G'dath había o no dicho la verdad respecto a las capacidades del globo. Al igual que Kirk, ella confiaba en su instinto y le creía. Desde el momento en que había hablado con G'dath por primera vez, se había sentido profundamente impresionada por lo sincero, auténtico y cordial que era. Si el programa del día de *Apolo* impresionaba lo bastante a las altas esferas de Mundo Noticias como para ascenderla a la oficina de Nueva York, esperaba que ella y G'dath pudieran hacerse buenos amigos.

Después del ataque del viernes, daba la impresión de que no le vendría mal una

amistad.

El lunes, temprano por la mañana, Kirk, Nan y el técnico de esta última, Eddie, surgieron sobre el alquitranado, directamente delante del hangar de Dulles Park alquilado por el proyecto *Dart*. Mucho tiempo antes, Dulles Park había sido un aeropuerto. Eso era en la época en que los aparatos aéreos dependían en gran parte de la fricción contra el pavimento y los frenos de las ruedas para poder detenerse. Aquella manera fortuita de hacer las cosas requería no poco espacio. Eventualmente, sin embargo, los aparatos aéreos dejaron de necesitar las pistas para aterrizar, así que Dulles había sido cerrado, ajardinado y vuelto a abrir como uno de los más grandes parques de recreo del este de América del Norte.

Pero aún había un hangar en funcionamiento...

La primera persona que vieron al entrar fue Alice Friedman, la piloto de la lanzadera. Iba vestida con una copia esmeradamente exacta de los trajes de la NASA de finales del siglo XX.

—Hola a todos —les gritó—. Bienvenidos al proyecto *Dart*. —Les dio la mano a todos—. Nos perdonarán por no haberles preparado una recepción, pero andamos bastante cortos de tiempo y todo el mundo está ocupado. Yo sólo soy la piloto, así que tengo un poco de tiempo libre. —Les sonrió.

—Es un placer conocerla —declaró Kirk, atento.

—Sí, de verdad —agregó Nan—. Gracias por recibirnos, capitán Friedman.

—Lo mismo digo —gruñó Eddie.

—¿Quieren ver a nuestro bebé? —les preguntó Alice—. Creo que finalmente está en condiciones de tener compañía. —Condúzcanos —dijo Kirk, y los tres entraron en la fresca penumbra del hangar.

Kirk sabía qué iba a ver, pero el espectáculo de todas formas lo dejó sin aliento.

Era la Orbiter 101, la lanzadera espacial original, con un aspecto tan nuevo y flamante como cuando la sacaron por primera vez de un hangar de la planta de la U.S. Air Force, de California. La habían llamado *Enterprise* porque uno de los directores del proyecto de la Rockwell International, la constructora del vehículo, había perdido un hermano destinado a bordo de un portaaviones del mismo nombre durante la recientemente concluida guerra mundial.

La *Enterprise* era la pionera de una nueva era de la exploración espacial. Luego había sido arrojada a un lado con insensibilidad y entregada al edificio de almacenamiento de un museo, donde la habían dejado deteriorarse durante décadas... hasta que había llegado alguien y la había cuidado como se merecía. En aquel momento se hallaba apoyada sobre su tren de aterrizaje, orgullosamente restaurada, con sus placas aislantes sin arañazos ni manchas debidas al tiempo o agentes

externos.

Era gigantesca. La lanzadera espacial *Enterprise* era quizás ocho veces más grande que las que llevaba un crucero estelar. La nave había sido la reina de su era, por corta que hubiese resultado ser esa era. El desarrollo del motor de impulso a finales del siglo XX había condenado el programa lanzadera. La lanzadera no podía siquiera regresar con energía propia; dependía enteramente del frenado que ejerciera sobre ella la atmósfera y de una limitada capacidad de maniobra, para aterrizar. Kirk recordó, nostálgico, que la habían descrito como un ladrillo volador. Decidió, una vez más, que su tripulación había sido, sin lugar a dudas, gente de gran valentía.

Las inscripciones originales habían sido restauradas, hasta en las lisas letras negras de palo seco de las inscripciones que decían: ESTADOS UNIDOS y *ENTERPRISE*. Sólo existía una diferencia: las banderas identificativas de Estados Unidos, que llevaba pintadas en el casco, habían sido actualizadas según la correcta bandera de cincuenta y seis estrellas, y las acompañaban, en igual número, las banderas estándar, rojas y plateadas, de la Federación de Planetas Unidos.

—¿Lo hemos hecho bien? —preguntó Friedman, vanidosamente segura de cuál sería la respuesta.

Kirk no dijo nada, sino que se limitó a asentir lentamente con la cabeza, empapándose en el espectáculo. Finalmente dijo:

—Subamos a bordo.

—Por aquí mismo —replicó Friedman.

Los cuatro treparon por un acceso temporal que conducía hasta la escotilla por la que se entraba a la nave. Si el exterior de la lanzadera representaba la fiel restauración de la obra de los artesanos del siglo XX, en el interior se había suprimido implacablemente esa obra original. Todo lo que había en la parte de dentro de la piel de la lanzadera era de la más avanzada tecnología del siglo XXIII.

Entraron en la carlinga, y Kirk miró los controles recién instalados. Parecían un millar de veces más sencillos que los originales que él había visto en fotografías.

—Eso sí que me resulta familiar —comentó, señalándolos—. Parecen algo que uno vería en cualquier lanzadera estándar.

—Son exactamente eso —dijo Friedman, a la vez que asentía con la cabeza—. El utilizar controles estándar nos ahorra tiempo y dinero. No tenían que cambiarles muchas cosas para hacerlos encajar, así que los utilizamos.

—¿Utilizan también motores de impulso estándar? —le preguntó Nan.

—Así es —informó Friedman—. Hemos instalado un grupo de unidades de impulso de clase dos justo donde estaban los antiguos motores. Los chorros de impulsión son dirigidos a través de las toberas de los antiguos motores.

—¿Pueden resistir ese tipo de calor las antiguas toberas? —preguntó Kirk.

—Oh, sí —respondió Friedman—. Comparados con lo que esas toberas estaban

diseñadas para soportar, el calor de los chorros de impulsión no es más que una brisa cálida. Solían llenar a esta preciosidad con gases en estado líquido, y luego encendían una cerilla. Ese tipo de cosas puede ponerse caliente de verdad.

—¿Por qué no han intentado hacer volar a todo el conjunto de lanzamiento? —preguntó Nan—. Ya sabe, los tanques y cohetes, además de la orbitadora en sí... la *Dart*, como la llaman ustedes.

—Supongo que podríamos haberlo hecho —dijo Friedman—, pero los tanques y los SRB,^[3] los aceleradores del cuerpo principal del cohete, no ayudarían en nada a la configuración de impulso de la *Dart*, así que nos olvidamos de ellos. En cualquier caso, habríamos tenido que fabricar réplicas de ellos porque ya no hay ni tanques ni aceleradores de cohetes, y el hacer eso habría elevado aún más los costes, así que, ¿por qué molestarse? —Luego sonrió—. Además, está más pulcra y limpia de esta manera, ¿no le parece?

—Sí —repuso Nan—. ¿Cuándo tienen planeado hacerla despegar, capitán?

—Estamos preparados para salir dentro de unos minutos —contestó Friedman—. Será su primer vuelo de prueba... un trayecto de comprobación recorriendo la costa a unos cinco mil metros. Si todo va bien, mañana por la tarde la llevaré hasta el espacio exterior. Describiré un ocho alrededor de la Luna. Digamos unas seis horas. Eso nos dará dos días de tiempo para ajustar cualquier problema menor antes de asistir al desfile de naves espaciales.

—¿Espera tener algún problema? —preguntó Nan.

—No. Es un encanto lo que tenemos aquí, puedo asegurárselo. Ha estado esperando mucho tiempo a que llegara su día. De verdad que quiere volar. —Le dio unas palmaditas a la consola.

—Estoy de acuerdo —comentó Kirk, asintiendo con la cabeza—. Está preparada.

—Bueno, pues, vamos. —Friedman les hizo un gesto hacia la escotilla.

Nan dudó.

—No estoy segura de tener el tiempo suficiente para realizar un vuelo. Tengo un trozo de programa que debo transmitir en vivo desde Nueva York esta misma mañana. ¿No podríamos instalar los monitores dentro y hacer algunas tomas?

—No hay problema. Le diré qué haremos: incluso la levantaré y bajaré unos pocos metros por encima del asfaltado para que pueda grabar algunas tomas de cómo se ven las cosas desde dentro durante el despegue. ¿Tiene tiempo para ello?

Nan sonrió.

—Será perfecto. ¡Capitán Friedman, es usted maravillosa!

—Ya lo sé. Me lo oigo decir constantemente. Por otra parte, he supuesto que usted querría verlo con sus propios ojos en lugar de dejar que sea su técnico el único que se divierta. —Friedman le devolvió la sonrisa—. ¡Vamos allá, amigos, a volar!

Cuando faltaban unos quince minutos para las nueve de la mañana, Joey Brickner entró en el aula sintiéndose como una víctima que se presenta voluntariamente a su propia ejecución. Había pasado el fin de semana estudiando y reescribiendo el trabajo, y apenas había dormido en dos días. El instituto había enviado a su casa un memorando sobre el programa de trivisión sobre la clase, así la madre de Joey estaba muy emocionada, y se lo contó a su padre y sus abuelos para que se aseguraran de no perderse.

Fantástico. De esa forma, todo el mundo estaría mirando cuando él se pusiera en ridículo en la trivisión internacional.

Carlos Siegel lo había llamado el sábado por la tarde para volver a hacerle la oferta de estudiar con él y Ricia. Joey se mostró cortés; Carlos le gustaba, pero Ricia lo había hecho sentir violento por contar el chiste sobre los klingon, y ahora estaba seguro de que a ella no le caía bien. Por otro lado, a últimas horas del sábado, Joey no se sentía muy caritativo para con los klingon después de las horas que había pasado estudiando. La sola mención del nombre de G'dath habría bastado para que se pusiese a vomitar epítetos antiklingon. Estaba más furioso que nunca con el profesor, lo bastante como para preguntarse si Stoller no había tenido razón. «Amante de tortugas.»

Al entrar, vio que Carlos y Ricia ya ocupaban sus asientos. Carlos le sonrió, y Ricia le dedicó una sonrisa abierta, como si Joey no se hubiera marchado ofendido el viernes, como si nunca se hubiese puesto en ridículo con el estúpido chiste sobre *Chita*, y le susurró:

—Buena suerte, Brickner.

Lo asombroso era que Ira Stoller había llegado temprano y estaba en su pupitre excesivamente pequeño, con los largos brazos y piernas desbordándolo por todas partes. Stoller se agitaba con nerviosismo y esa mañana tenía un aspecto muy lastimoso. Joey sospechaba que la pérdida de bravuconería tenía algo que ver con los monitores de trivisión. Antes de sentarse en su asiento, delante de Stoller, se detuvo en el pasillo y miró fijamente a Ira. Sólo lo miró.

Fue suficiente. Stoller se retorció, nervioso, y le susurró con una media sonrisa de disculpa:

—Oye, Brickner, lo del viernes fue un accidente, ¿vale? Yo no quería que ocurriera. Sólo que... no lo sé, me volví un poco loco. —Miró inquieto hacia los monitores de trivisión para asegurarse de que todavía no estaban funcionando.

Joey no le sonrió; sólo miró a Ira durante un momento y luego dijo, en voz baja para que la gente de trivisión no pudiera oírlo:

—El golpear a la gente no va a solucionar las cosas, Stoller. Sólo las empeorará.

Tú simplemente te metes con los demás para no tener que pensar en tus propios problemas.

Stoller inclinó un poco la cabeza y apartó la mirada mientras Joey se deslizaba en su asiento. Apenas acababa de sentarse cuando oyó la voz de Ira en un oído:

—Oye, ¿se lo has contado a alguien o qué?

Joey negó con la cabeza y oyó que Stoller se desinflaba a sus espaldas con un suspiro. Y luego, un instante después:

—Eh, Brickner, ¿sabes qué dos cosas son iguales? Mi temperatura corporal y el coeficiente intelectual de un cabeza de tortuga.

Joey fingió no oírlo. Permaneció mirando al frente y aguardó con los demás, mientras intentaba no pensar ni en los monitores de trivisión ni en lo que le esperaba, pero al cabo de un minuto tenía la boca algodonosa. Después de pasar un fin de semana estudiando y dormir poco, su mente era una mezcla incoherente de pensamientos. Intentó responder mentalmente a algunas de las preguntas que preveía que iba a formularle el doctor G'dath, pero perdía constantemente el hilo del pensamiento y olvidaba las respuestas.

Se quedaría en blanco cuando G'dath lo interrogara. Sabía que sería así. Intentó tragar saliva sin éxito y cruzó las manos encima del escritorio, apretándoselas con fuerza para detener el temblor de las mismas.

Aún no había llegado el doctor G'dath... y tampoco veía a la reportera de Mundo Noticias, Nan Davis, que supuestamente tenía que estar allí. Sólo había un hombre mayor que estaba instalando los monitores e iba de un lado a otro ajustando luces, y una bonita pelirroja que parecía demasiado joven para estar trabajando en un equipo de trivisión. La mujer miraba constantemente su crono, y luego hacia la puerta.

Cuando faltaban cinco minutos para la hora, todos comenzaron a susurrar con impaciencia. El doctor G'dath siempre estaba allí a menos cinco, generalmente a menos diez, y de todos los días, aquél habría llegado aún más temprano. Joey sentía curiosidad y el despertar de la esperanza. Quizás el doctor G'dath se había puesto enfermo, o lo habían atacado por la calle, o le había aterrizado una nave encima. Tal vez había justicia en el universo, después de todo, y la clase iba a ser suspendida.

Pero las esperanzas de Joey quedaron frustradas cuando G'dath entró en el aula exactamente un minuto antes de las nueve.

Un silencio de expectación se apoderó de la clase. La mujer pelirroja se acercó al profesor y habló en voz baja durante un rato. El doctor G'dath parecía inquieto y tenso, y no dejaba de mirar hacia la puerta por encima del hombro. Joey estaba pasmado. Sin duda, G'dath no estaba nervioso a causa de los monitores, ¿o sí? No podía imaginar que hubiera algo que atemorizase al klingon.

La mujer terminó de hablar y G'dath asintió con la cabeza mientras decía:

—Muy bien.

La mujer fue a sentarse en el fondo del aula, y G'dath se encaminó hacia su escritorio. Como de costumbre, no se sentó, sino que comenzó su habitual paseo de un lado a otro.

La clase comenzaría dentro de poco. «Por favor —le imploró Joey al universo—, permite que me relaje lo suficiente como para poder seguir lo que esté diciendo.»

G'dath comenzó a hablar.

—Consideremos el desarrollo de las armas nucleares. Cualquier cultura lo bastante avanzada se enfrenta con el dilema de qué hacer respecto a ellas. No tenemos noticia de ninguna cultura que viaje por el espacio y que no sepa al menos cómo construir dichas armas. El que lo hagan o no, ya es otra cuestión... como lo es la decisión respecto a utilizarlas o no.

Miró fugazmente hacia la puerta y luego centró nuevamente la atención en los estudiantes.

—Hay un número limitado de sucesos y tenemos a nuestra disposición ejemplos de cada uno de ellos que podemos inspeccionar. Aquí en la Tierra, por ejemplo, se libró una breve guerra nuclear unilateral para ponerle fin a la más grande de las guerras convencionales conocidas hasta ese momento. Nunca tuvo lugar, de hecho, una guerra nuclear generalizada en este planeta, a pesar de que se hicieron extensos preparativos para llevar a cabo precisamente eso: en verdad, las naciones de la Tierra, ricas y pobres por igual, casi llegaron a la bancarrota al dedicar grandes cantidades de dinero a pagarlo.

¿Quién puede proporcionarnos un breve resumen de la experiencia del imperio klingon en la guerra nuclear? —La mirada de G'dath recorrió la sala.

Para Joey, la pregunta pareció temblar en el aire interminablemente; sus ojos se encontraron con los de Ricia Greene, y ella le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza que parecía decir: «Adelante. Puedes hacerlo».

Recordó lo que había leído —¿la noche anterior?, ¿la antepasada?— sobre las guerras nucleares klingon. Sólo que estaba tan cansado que no tenía la seguridad de recordarlo correctamente. Había habido tres... ¿o eran cuatro?

Apartó los ojos de Ricia y se encontró con que G'dath lo miraba directamente. G'dath estaba abriendo la boca para pronunciar el nombre de Joey.

Joey se quedó paralizado. Y luego alzó la mano.

—¿Sí, señor Brickner?

Joey se levantó. Tendría que hacer el sumario rápidamente porque no creía que sus rodillas flojas fueran a resistir mucho tiempo. Se preguntó si el temblor de las mismas sería registrado por los monitores de trivisión.

—Hubo tres guerras nucleares en el imperio klingon —comenzó Joey, y se sintió aliviado cuando G'dath asintió con un gesto leve para expresar su acuerdo—. La primera tuvo lugar hace más de dos siglos, cuando K'tel El Terrible intentó

conquistar...

Se interrumpió al llenarse la sala de un fuerte zumbido silbante. Dos figuras chispeantes comenzaron a formarse en el frente del aula: ¿la mujer de Mundo Noticias y alguien más?, se preguntó Joey. Pero cuando el zumbido cesó, dos klingon aparecieron de pie, cerca del profesor. Uno era tan ancho y musculoso como G'dath, aunque más alto, y debajo de un brazo llevaba un brillante globo metálico del tamaño de una pelota de balonvolea. El otro era más bajo, esbelto, con mentón y rostro afilados y ojos rasgados; blandía un cuchillo grande.

Joey y todos los demás se quedaron boquiabiertos, pero G'dath no pareció demasiado sorprendido; sólo un poco descompuesto. «Es una broma —pensó Joey—. Alguna clase de broma pesada.» Detrás de él, Stoller profirió una risilla disimulada.

Pero la expresión de los rostros de los tres klingon decía que aquello no era un asunto risible. G'dath levantó una mano.

—Por favor —les dijo en voz baja—, no le hagan daño a ninguno de los presentes. Los acompañaré.

—Yo decidiré la necesidad de hacer daño —declaró el klingon que tenía el cuchillo.

A Joey no le gustaron los ojos que tenía... había un algo de locura en ellos, como en los ojos de Stoller, sólo que mucho peor. El klingon se volvió y recorrió la clase con la mirada.

Stoller volvió a reír disimuladamente, como si estuviese seguro de que todo aquello era una broma mala, y dijo, en un susurro:

—¡Basta ya!

El klingon levantó el cuchillo por encima de la cabeza; iba a arrojárselo a Stoller. Joey se agachó.

G'dath avanzó hasta colocarse justo delante del klingon e intentó quitarle el cuchillo. El klingon lo bajó sobre uno de los brazos de G'dath, y el profesor profirió un breve y sordo alarido de dolor.

La pelirroja e Ira Stoller chillaron mientras que todos los presentes lanzaban un enorme y colectivo grito entrecortado. Joey se quedó de pie, mirando, incapaz de creer lo que veía, mientras los demás se ponían en pie de un salto.

—Quietos —rugió G'dath, con una voz tan tronante que Joey imaginó que las ventanas vibraban. Se había apartado del klingon de los ojos dementes, el cual tenía el cuchillo bajo. Mientras los dos se contemplaban intensamente, midiendo al enemigo, G'dath se sujetaba el brazo derecho justo por encima del codo. La manga de su camisa negra azulada iba oscureciéndose con una mancha que se extendía rápidamente.

Todos se quedaron inmóviles.

Y luego, alguien chilló. Fue como si hubiese sonado el timbre que anunciaba el

final de semestre. Todos comenzaron a encaminarse hacia la puerta. Los klingon gritaron pero sus voces se ahogaron en el ruido. Ninguno de los estudiantes había visto que el segundo klingon dejaba el globo sobre el escritorio y sujetaba a G'dath. Ninguno excepto Joey, que permaneció de pie junto a su pupitre mientras los demás pasaban atropelladamente junto a él.

El klingon más alto había sacado un cuchillo y ahora lo tenía apoyado en la garganta del profesor mientras le sujetaba los brazos a la espalda. Sus ojos eran terribles —mucho más feroces que los de cualquier klingon que Joey hubiese visto—, y si antes Joey le había tenido miedo a su profesor, en aquel momento estaba doblemente aterrorizado.

El klingon loco escogió una víctima entre el grupo que huía presa del pánico, y apuntó su arma.

—¡No! —rugió G'dath—. No quiero más sangre por mi culpa...

El klingon arrojó el cuchillo antes de que la primera persona alcanzase la puerta. El arma se elevó en un arco perfecto y cayó en medio de la pequeña multitud. Un breve alarido estrangulado; los estudiantes se apartaron del blanco, pero Joey no podía ver quién era el herido.

—A sus asientos —dijo el klingon—. Klor, traiga el arma. —No gritó, ni siquiera alzó la voz. La clase había quedado en completo silencio.

Vacilación. Lentamente, a regañadientes, los alumnos regresaron a sus pupitres. Klor —el klingon más alto— soltó a G'dath y se encaminó hacia la puerta, y por fin Joey vio qué había sucedido.

De inmediato deseó no haberlo visto. Ricia Greene estaba de rodillas, con sus grandes ojos abiertos ahora hasta un tamaño imposible y brillantes con lágrimas no derramadas; la cara se le había vuelto gris. Se inclinó y apretó con fuerza las manos alrededor de ambos lados de la empuñadura del cuchillo que sobresalía de la espalda de Carlos Siegel. Joey se levantó y avanzó disimuladamente para comprobar si el chico estaba aún con vida, pero Carlos tenía el rostro vuelto hacia la puerta y no pudo vérselo.

Durante un segundo, Joey no pudo respirar, y sus rodillas comenzaron a ceder finalmente, pero se apoyó en el pupitre y se obligó a permanecer de pie. Tenía que ver; tenía que saber si Carlos todavía estaba vivo.

El klingon se acuclilló junto a Ricia. Ella levantó la mirada hacia él, con los ojos un poco desorbitados, pero su voz era increíblemente calma.

Joey se preguntó qué pensaría ahora de los klingon.

Ricia miró al que había lanzado el cuchillo, el cual estaba ocupado en vigilar a G'dath. Se volvió a mirar al llamado Klor.

—Va a morir desangrado —le dijo en voz muy baja—. Tiene que ayudarlo. Puede que sea humano, pero es sólo un niño.

Klor desvió rápidamente los ojos, pero al cabo de un breve instante obligó a su mirada a encontrarse con la de Ricia. En ese momento Joey vio que a Klor no le gustaba lo que estaba ocurriendo, aunque había seguido las órdenes del klingon demente. Algo que se parecía asombrosamente a la compasión cruzó el oscuro semblante, pero cuando desvió los ojos su expresión volvió a endurecerse con rapidez.

—Esto no lo ayuda —comentó, señalando el cuchillo con un gesto de la cabeza y, de un tirón, arrancó la hoja de la espalda de Carlos. Joey vio el destello del metal ensangrentado.

De inmediato, Ricia cubrió la herida con ambas manos y apretó con fuerza. Al hacerlo, sonó una alarma.

El klingon demente se sobresaltó y apoyó el cuchillo que tenía sobre el pecho de G'dath.

—¿Qué es eso?

La expresión de G'dath era amarga, descompuesta. Ya no se sujetaba el brazo y dejaba que la sangre goteara, sin hacerle caso, por los dedos; tenía la mirada fija en el cuerpo inmóvil de Carlos Siegel.

—El innecesario daño causado al chico ha sido detectado por el sistema sensor —respondió con voz monótona—. La computadora del colegio piensa, con casi total seguridad, que se ha producido un accidente. Se ha alertado a un equipo médico que llegará dentro de poco. La policía también acudirá.

—Adviértales que se marchen.

—No puedo. —Cuando el klingon lo amenazó otra vez con el cuchillo, G'dath agregó con cansancio—: No está en mis manos. El sistema es automático. —Señaló con el brazo sano en dirección a los monitores de seguridad que había en las esquinas—. Es probable que en este preciso momento los esté observando la policía.

Joey sintió en su interior una pequeña ola de alivio. G'dath estaba diciendo la verdad... y una vez que la «poli» viese lo que estaba sucediendo, transportaría a los klingon directamente a la cárcel. Pero Ojos Dementes pareció darse cuenta de ello. Aferró al doctor G'dath con el brazo cuya mano sujetaba el cuchillo, y con la otra pulsó un control de su cinturón. Los dos fueron inmediatamente envueltos en un campo de energía, y el klingon ajustó el diámetro hasta que quedaron dentro el escritorio de G'dath y el globo. La pequeña chispa de esperanza de Joey se extinguió de inmediato. Ahora le resultaría imposible a la policía el transportarlos fuera del edificio o intentar reducirlos a la inconsciencia con las pistolas fásicas. Por supuesto, el creciente aire de desesperación de los rostros de ambos klingon le recordó que ahora tampoco ellos podían utilizar un transportador para huir.

—¡Klor! —ordenó el demente que estaba al mando—. ¡Haga lo mismo!

Klor se inclinó, deslizó una mano por debajo de uno de los brazos de Ricia, y con

un solo movimiento la puso de pie y la apartó de Carlos. Ella intentó zafarse, pero sin resultado, así que se volvió hacia su agresor, dándole puñetazos con las manos ensangrentadas. Su voz se hizo chillona.

—¡No! ¡Alguien tiene que cuidar de Carlos... alguien tiene que intentar detener la hemorragia!

De entre todos, Ira Stoller traspuso las filas de pupitres con unos cuantos saltos y apoyó las manos sobre la herida de Carlos.

—No te preocupes, Ricia, no te preocupes. —Ricia se retorció, histérica, mientras Klor la aferraba, y Stoller le habló con una tranquilizadora voz de adulto, una voz que no parecía en absoluto propia de Stoller—. Yo me quedaré con él. No le dejaré hasta que alguien llegue aquí.

Ricia se aflojó en los brazos del klingon, y le dijo, con un susurro agudo que se quebró:

—Gracias, Ira. —El rostro de la chica se arrugó, y ella comenzó a sollozar.

Klor regresó junto a su comandante y se llevó una mano al cinturón para pulsar el control, pero Joey ya no podía aguantar más. Movido enteramente por la emoción — porque si hubiera pensado no se habría movido en absoluto—, corrió hacia el klingon.

—¡Eh, déjela tranquila! ¡Cójame a mí!

Sobresaltado, Klor levantó su cuchillo y se preparó para clavarlo en el pecho de Joey. Ricia chilló y se cubrió el rostro con las manos ensangrentadas.

—¡Basta! —ladró el comandante—. Klor, no lo mate. Cójalo. Los rehenes juegan en nuestro favor. Los humanos son sentimentales a ese respecto.

Con el cuchillo todavía en la mano, Klor agarró a Joey, lo arrojó junto a Ricia, y luego apretó su enorme brazo en torno a ambos, apretándolos contra su pecho.

La pelirroja se puso en pie, con la voz temblorosa de furia, y quizá de miedo. Se encaró con el comandante, con los labios blancos y temblorosos.

—¿Son los klingon tan cobardes como para coger niños como rehenes? ¿Por qué no se apoderan de alguien que esté a su altura? De mí, por ejemplo.

El comandante loco le sonrió de verdad. —Usted misma no parece más que una niña. La mujer frunció el ceño con indignación.

—Tengo veintiocho años.

—Si desea unirse a nosotros —repuso el klingon con una sonrisa que a Joey le heló hasta los huesos—, puede hacerlo. Pero estos llamados niños tienen la edad suficiente como para recibir un empleo militar en la flota imperial. —Asintió con la cabeza mirando a Klor, el cual le hizo a la mujer un gesto para que se acercara. Ella lo hizo, aparentemente con la esperanza de que realizaran un intercambio pero, en el último minuto, Klor retuvo a la mujer a punta de cuchillo sin soltar a Joey y Ricia, y pulsó el control de su cinturón.

Joey oyó un agudo silbido y vio el rielar azul de un campo energético que apareció repentinamente alrededor de ellos.

Con el rostro contorsionado por el odio, Stoller levantó la cabeza desde donde estaba cuidando de Carlos.

—Ya sabía yo que los cabezas de tortuga erais de una insignificancia de factor hiperespacial cero. Si yo estuviera en vuestro miserable ejército, ya sería general.

Joey contuvo la respiración. Sintió cómo se tensaban contra su espalda los músculos de titanio del pecho del klingon, y supo que si no hubieran estado rodeados por el campo energético, Ira Stoller estaría muerto.

—Stoller —le suplicó—, por favor, cállate.

—Ese es un excelente consejo dadas las circunstancias, señor Stoller, sígalo —comentó suavemente el doctor G'dath.

Pocos minutos antes de las nueve, Kevin Riley se sentó ante su escritorio del cuartel general de la Flota Estelar, y contempló con mirada distraída los mensajes que habían dejado para el almirante Kirk. El almirante había ido con Nan Davis a inspeccionar el proyecto *Dart*, y Riley estaría solo durante toda la mañana. La pantalla de trivisión estaba sintonizada con el sistema de seguridad interno del aula de G'dath. Riley levantó los ojos para asegurarse de que la clase se desarrollaba con normalidad... y para captar un atisbo de Jenny Hogan. G'dath había llegado sin inconvenientes. Jenny se acercó para hablar brevemente con él, y luego ocupó un asiento en el fondo de la sala. Riley se encontró mirando los brillantes cabellos de oro cobrizo.

El desayuno-almuerzo que había tomado con Jenny el sábado era lo más brillante que le había sucedido durante el fin de semana. Él pasó el resto del mismo acurrucado bajo una niebla de autocompasión... la mayor parte en un reservado de O'Reilly's Public House. Había bebido demasiado con la teoría de que eso lo ayudaría a dormir... y lo había ayudado. Durante unas pocas horas.

Ciertamente, tenía suficientes razones para estar deprimido: Anab y su escueto mensaje, el llegar tarde a Mundo Noticias y el resultante rapapolvo de Kirk, su incertidumbre respecto a si permanecer o no en la Flota Estelar. Las palabras de Anab le resonaban en la cabeza:

«No estás haciéndole a Kirk ningún favor al trabajar para él sin ánimos.»

Eso era, con toda exactitud, lo que había estado haciendo durante la última semana, aproximadamente. Tanto lo consumía la autocompasión, tan inseguro se sentía respecto a lo que quería ahora que ella se había ido, que su ritmo de trabajo decayó. La memoria lo había abandonado. De hecho, había estado olvidadizo durante toda la semana, y el sábado no era más que un ejemplo particularmente catastrófico. Incluso antes de lo ocurrido con Mundo Noticias, Kirk tenía que haberlo notado... y

Riley se sentía avergonzado por haber fallado a la confianza que el almirante tenía depositada en él. En especial después de haberse enterado de lo que el almirante —lo que el Jimmy Kirk de catorce años de edad— había hecho por él en Tarsus IV. La comprensión de aquello había hecho resurgir borrosos recuerdos, enterrados durante mucho tiempo, de aquella época terrible.

Una razón más para estar deprimido. Riley quería zafarse de su desesperación, como lo había hecho la vez en que Anab se embarcó, pero esta vez parecían faltarle las fuerzas.

Tal vez lo que necesitaba era que la almirante Ciana le echara un buen rapapolvo, como lo había hecho cuando Riley, nuevo en el puesto, quiso dimitir.

«Piénselo bien, Riley. Piense en todas las molestias que se tomó Kirk con el fin de conseguirle ese ascenso. Créame, no fue fácil convencer a Nogura. Kirk discutió largamente y con ahínco para conseguirlo. ¿Cómo lo dejará si renuncia a la primera semana?»

Pero Ciana no estaba en condiciones de dar ningún consejo en esos momentos, especialmente cuando se trataba de Kirk. La ayudante de ella había llamado a Riley a primeras horas de aquella mañana para preguntarle si estaba enterado: desde el viernes por la tarde, Ciana ya no podía ser localizada en la dirección de Kirk.

Cosa que explicaba la dureza de los ojos de Kirk el sábado por la mañana. Riley se sentía profundamente avergonzado: hasta tal punto lo consumía la autocompasión que no fue capaz de rehacerse y hacer frente a sus responsabilidades. Kirk sí lo había hecho.

Y Kirk parecía creer que Riley poseía las mismas capacidades que él mismo. Riley no podía acabar de comprender la fe que Kirk tenía en él: Kirk le había salvado la vida, y Riley se sentía obligado a hacer que esa vida tuviese valor... pero no sabía cómo.

Se sentía vacío, asustado. Había actuado por miedo durante toda su vida, y con buenas razones. Había perdido demasiado: sus padres, Anab... Por la forma en que iban las cosas en el despacho, pronto perdería el respeto de Kirk y su empleo. Si dejaba que Jenny Hogan se le acercara demasiado, ella sería otra pérdida.

Sabía que podía verse fácilmente atraído por ella, pero temía el riesgo, la responsabilidad. Lo había llamado a primeras horas de aquella mañana, con sus modales expansivos y alegres un poco suavizados y cautelosos, para decirle que Nan Davis iba a cubrir la transmisión del día del *Apolo*, y que quería que Jenny y Kevin trabajaran juntos para coordinar los programas de trabajo de Davis y Kirk.

Jenny era lo bastante buena persona como para intentar ocultarlo, pero Kevin captó la huella de la decepción en la voz y los ojos de ella. Se sentía atraída por él, y su pequeño discurso respecto a la amistad le había hecho daño, al menos un poco.

Mientras observaba la sonrisa tirante de Jenny en la pantalla, pensó, con

desánimo: «¿Es así como se sentía Anab cuando habló conmigo?».

Riley sacudió la cabeza para borrar todo pensamiento de ambas mujeres, y se concentró una vez más en la pantalla de su ordenador, intentando clasificar la correspondencia del almirante en alguna escala de prioridades, y responder a los mensajes que no requerían la atención personal de Kirk. Durante algunos minutos, Riley trabajó de firme, obligándose a concentrarse cuando su mente divagaba. Luego, con indiferencia, volvió a mirar la pantalla de trivisión, no para mirar a Jenny, se dijo resueltamente, sino para comprobar que la seguridad organizada para G'dath y su clase estaba funcionando de acuerdo con los planes. Kirk lo había puesto a cargo de la seguridad del klingon, y Riley no quería volver a decepcionar al almirante.

Riley levantó la mirada hacia el trivisor y volvió a bajarla a su trabajo. Luego otra vez hacia la pantalla, esta vez poniéndose en pie de un salto con tal rapidez que la silla osciló a sus espaldas y cayó al suelo.

Riley no la oyó. Tenía los ojos clavados en el mudo drama que se desarrollaba en la pantalla. Su cerebro estaba casi demasiado paralizado como para interpretar lo que veía: dos klingon se habían personado en la parte delantera del aula. Uno de ellos tenía al profesor —y un globo brillante que Riley comprendió que era el invento robado— dentro de un campo energético portátil. El otro, alto y fornido, sujetaba a dos niños con un brazo.

Jenny Hogan se levantó de un salto y desafió a uno de los klingon mientras Riley observaba, excesivamente conmocionado para elevar siquiera el volumen. No tenía que oír; resultaba claro que Jenny estaba ofreciéndose a ocupar el puesto de los dos estudiantes cautivos. A Riley lo invadió una ola de admiración y puro horror.

Sin apartar la mirada de la pantalla, pulsó con un manotazo un mando de su consola.

—¡Central de Seguridad! Nguyen, ¿está usted allí? ¿Qué demonios ha sucedido?

Tuvo que llamarla dos veces por su nombre antes de que la jadeante voz se filtrara por el canal de audio.

—Segundo oficial, no puedo hablar mucho rato... estoy en contacto con nuestra central de seguridad de Nueva York, y estamos intentando buscar una solución.

—¿Cómo consiguieron atravesar los escudos? —exigió saber Riley.

—Usted no ha visto lo que sucedió —dijo Nguyen con voz apagada, y tomó el silencio de Riley como una afirmación.

Riley levantó la mano del control de comunicación, y se retiró lentamente de la consola. En la pantalla, el klingon más alto había levantado un campo energético alrededor de sí y los tres rehenes. Alrededor de Jenny. Los estudiantes, al darse cuenta de que las armas de los klingon no podían atravesar el campo, comenzaron uno a uno a correr el riesgo de salir huyendo por la puerta para ponerse a salvo. Mientras salían, Riley advirtió en el borde de su pantalla la presencia de dos formas

inmóviles que estaban cerca de la salida. No podía ver con claridad a ninguna de las personas, pero una de ellas estaba siendo atendida por alguien, y por lo tanto era probable que estuviese viva.

—¿Cómo ha podido suceder eso? ¿Cómo pudieron...?

—Se transportaron directamente al interior del aula, señor.

—¡Imposible! Yo ordené medidas de seguridad de prioridad uno para el aula. Esa sala tendría que haber estado protegida con escudos contra los rayos de un transportador, teniente.

—No, señor. —La voz de Nguyen se hizo repentinamente firme—. Usted ordenó medidas de seguridad estándar. Eso no requiere escudos protectores, señor. Puedo sacar los registros a pantalla, si lo desea.

—Pero yo... —dijo Riley, y se interrumpió, detenido por una creciente sensación de pavor. Acababa de regresar y había estado bebiendo cuando recibió el mensaje de Kirk respecto a G'dath, y los recuerdos de sus actos precisos eran borrosos. Había solicitado las medidas de seguridad para G'dath, había tenido el cuidado de comprobar la hora exacta de la clase... y no olvidar la diferencia horaria. Ciertamente, se le había ocurrido que el aula tenía que estar protegida con escudos.

¿O no?

—Usted me dijo seguridad estándar y yo le pedí que lo repitiera, señor. Por supuesto, no es importante...

«No es importante.» Riley contempló la pantalla mientras más estudiantes escapaban por la puerta. ¿Qué estaban haciendo los klingon? Esperando a que la policía, sin duda... o la Flota Estelar, negociara con ellos.

«No es importante.» Riley cerró los ojos y sintió, una vez más, el enfermizo frío que se apoderó de él la primera vez que se enteró de que le habían dado muerte a un miembro de la tripulación que estaba bajo su mando.

Y él era el responsable. Apoyó las manos, con las palmas planas, contra el escritorio, y se inclinó pesadamente.

—... cuál era la orden. Lo que importa ahora es que tenemos que ver cómo sacamos a todo el mundo de allí, sano y salvo.

—Sí, por supuesto —repuso Riley con voz apagada—. Teniente, ¿hay alguna forma de que podamos transportarlos fuera de ahí?

—¿Se refiere a los klingon? Con esos campos energéticos, no, señor. —Oyó otra voz débil cuando alguien de la central de seguridad le habló a Nguyen—. Segundo oficial Riley, ¿puede disculparme, señor? Tengo que hablar con los de Nueva York durante un rato. Si quiere escucharnos y dar su opinión, nosotros...

—No —la interrumpió Riley—. Gracias, teniente. Hay... hay algunas cosas que yo puedo hacer desde aquí para ayudarles. Pero manténgame informado. Riley fuera.

Cerró la comunicación antes de que Nguyen pudiera responderle. Durante un

segundo, no más, permaneció quieto, apoyado en el escritorio, sin tomar una decisión. Cuando Shemry era miembro de un grupo de exploración, no había respondido a los intentos de comunicarse con ella. Por miedo, él había tardado demasiado rato en decidirse respecto a su rescate, y Shemry había muerto. Volvía a estar aterrorizado, pero no veía alternativa: podía no emprender la acción por miedo... o podía emprenderla a pesar del mismo.

La desesperación lo obligó a superarse. En una ocasión, Jim Kirk había visto algo en él... y le dijo que se veía a sí mismo en Riley. Ahora, Riley deseaba desesperadamente que Kirk tuviese razón.

Se enderezó hasta quedar de pie y se irguió mientras recordaba, borrosamente, el semblante del Jimmy Kirk de catorce años. Kirk no había vacilado aquel horroroso día, y debido a eso Kevin estaba vivo en ese preciso momento.

¿Qué haría Jim Kirk ahora?

Ya no estaba preocupado respecto a su futuro como jefe de personal de Kirk; y, en cualquier caso, el error que acababa de cometer, un error que había puesto vidas en peligro, era excesivamente grave como para que él tuviese algún futuro en la Flota Estelar.

A Riley ya no le importaba. Su carrera lo tenía sin cuidado... pero eran importantes las vidas que había puesto en peligro, y rompería todas las reglas que fuera necesario para salvarlas.

Para realizar lo que sabía que sería su último acto como oficial de la Flota Estelar, Riley salió de su oficina a toda velocidad, en dirección a la plataforma del transportador del Almirantazgo, mientras un plan se estaba formando ya en su cabeza.

Desde el interior del campo energético azul que lo envolvía a él y a su captor, G'dath, acongojado, observó a los enfermeros que llegaban y sacaban a Carlos Siegel del aula. Carlos parecía al menos respirar todavía. Carlos, un estudiante inocente, un chico brillante, con tan buenas perspectivas...

G'dath apretó el puño de su brazo sano —no podía mover el derecho pero ya no sentía la herida que le penetraba profundamente en la parte superior—, y cerró los ojos para que su captor no viese el odio que había en ellos. Durante un momento, la boca se le llenó de palabras violentas, pero guardó silencio. Los dos atacantes habían permitido al menos que entraran los enfermeros. Por supuesto, tenían pocas alternativas, puesto que estaban tan atrapados dentro de los campos energéticos como protegidos por ellos. Podían hacer poco más que amenazar a los que estaban dentro con ellos.

Al menos, advirtió G'dath con alivio, el último de los estudiantes había escapado... excepto en el caso de los dos rehenes, además de Ira Stoller que, para

asombro de su profesor, permaneció junto a Carlos. Se levantó y siguió a los enfermeros mientras conducían la camilla al exterior.

Ricia Greene lo llamó.

—Ira.

G'dath la miró a través del escudo con preocupación, pero el klingon llamado Klor había aflojado el brazo y ya no la tenía agarrada, sino que estaba de pie detrás de sus tres rehenes con el arma preparada. Por el rostro de Klor pasó algo muy parecido a la preocupación, y eso le dio esperanzas a G'dath. Tal vez más tarde, si conseguía hablar con el klingon en privado, convencerlo de lo desesperado de la situación...

Al oír su nombre, Stoller se detuvo en la puerta y se volvió.

Ricia tenía la voz temblorosa. Dejó de llorar y recobró la compostura, pero sus mejillas de color marrón pálido aún brillaban con la humedad de las lágrimas.

—El padre de Joey... alguien tiene que decirle...

—La cara de Stoller estaba pálida y ojerosa, pero tenía una expresión resuelta.

—No te preocupes. Yo me encargaré de eso.

Los enfermeros se marcharon con su carga y Stoller los siguió.

—Granjero —dijo de pronto el comandante de Klor en klingon. G'dath giró la cabeza y lo estudió. Los ojos del comandante eran asombrosamente vehementes... no del todo cuerdos, decidió G'dath, sin duda a causa de la tensión producida por esperar a que la policía hiciese el primer movimiento. Le resultaba raro sentir que le hablaran en su propio idioma después de tantos años, y raro que un extraño conociese sus orígenes humildes—. La energía motriz de su aparato... —Señaló con un movimiento de cabeza el globo que descansaba sobre el escritorio, cerca de ellos, contenido en el campo energético que los rodeaba a ambos—. Un cuidadoso examen de las especificaciones de su diseño sugiere que puede utilizarse para impulsar una nave. ¿Cómo podemos hacerlo? Respóndame rápido y con la verdad, o el chico morirá.

Klor, recogiendo la amenaza de su superior, rodeó el cuello de Joey Brickner con un poderoso brazo y apoyó la punta del cuchillo sobre la pecosa y pálida piel de su garganta. Joey abrió los ojos de par en par, pero se quedó completamente inmóvil y no emitió sonido alguno.

G'dath miró fijamente al comandante a los ojos, y por una de las pocas veces en su vida, consideró emplear la violencia. Era una temeridad, por supuesto. Eso sólo conseguiría perjudicar a Joey —otra persona herida en su cuenta—, y no se atrevió a arriesgarse a algo semejante. Pero la idea de aplastarle la tráquea con la mano desnuda a su captor le resultaba tentadora.

—Háganle daño al chico y no les diré una sola palabra —le dijo G'dath—. Déjenlo en libertad y les diré todo lo que quieran saber.

Sin apartar los ojos de G'dath el comandante asintió breve y bruscamente con la

cabeza, y Klor soltó a Joey.

G'dath suspiró. Ya estaba claro qué deseaban sus agresores —negociar una nave de huida—, y el globo le proporcionaría un transporte rápido e inmediato al imperio klingon. Para tortura y muerte de G'dath.

Para la guerra.

Sin embargo, si ahora lo pillaban en una mentira, Joey podía morir. El comandante parecía bastante inteligente, y G'dath no tenía forma de saber cuánto había llegado a deducir sobre el globo. Era mejor decir una pequeña parte de la verdad y salvar la vida de Joey... y abrigar la esperanza de que se presentara un medio para escapar antes de que llegaran todos al imperio klingon.

—El mecanismo de dentro del globo genera un campo envolvente —dijo G'dath—. El fijar el globo al chasis de una nave será suficiente para que el campo se extienda alrededor del vehículo, si dicha nave no está posada en el suelo. De todas formas, la nave tiene que hallarse fuera de la atmósfera y en un entorno no superior al microgravitacional para que el plan funcione.

—¿Está diciéndome la verdad? Júrelo por la vida de los rehenes.

Lo cual significaba que si descubrían que estaba mintiendo o reteniendo información, éstos morirían.

—Juro sobre la vida de los rehenes que estoy dicien... —comenzó G'dath.

Y se interrumpió ante el zumbido agudo creciente que llenó el aula de clase. Lo invadió una ola de esperanza mezclada con temor cuando un enjambre de rielantes chispas doradas se materializaron en la silueta de un hombre. «La policía —supuso—, que viene a negociar...», pero cuando el hombre acabó de solidificarse, G'dath vio que llevaba el uniforme de la Flota Estelar.

El humano de piel pálida y con barba dio un paso al frente, con las manos alzadas en un gesto pacífico. Los klingon se tensaron, con los cuchillos a punto, pero resultaba evidente que no estaban dispuestos a trasponer sus campos energéticos. La Flota Estelar acababa de transportar a alguien al interior, y con la misma facilidad podía transportarlos a ellos fuera de allí.

—¡Kevin! —gritó Jenny Hogan.

El joven hizo caso omiso de ella; «prudente actitud», pensó G'dath, porque el demostrar interés por el bienestar de ella era darles a los agresores otra arma.

—¿Quién está al mando?

—Yo lo estoy —respondió el captor de G'dath.

El oficial se volvió a mirarlo y dirigió sus palabras al comandante.

—Como puede ver, voy desarmado. Supongo que tienen necesidad de un medio de transporte. —Vaciló, mientras miraba al comandante en busca de confirmación, y éste se la suministró con un gesto de cabeza—. He negociado con la policía en nombre de la Flota Estelar. Una lanzadera aterrizará en el tejado de este edificio

dentro de dos minutos. Una vez que el piloto haya salido, quedará vacía. No hay rastreadores a bordo, nada de trucos. Tienen mi palabra de oficial de la Flota Estelar a este respecto. Dejen que se marchen estos otros, y podrán quedarse conmigo. Los llevaré a donde me digan, o podrán marcharse por su cuenta... o matarme.

El comandante sonrió.

—Una oferta tentadora... comandante, ¿verdad? Reconozco la insignia.

—Segundo oficial Kevin Riley.

—Segundo oficial Riley, tal vez podamos llegar a un acuerdo... si accede usted a escoltarnos hasta la lanzadera y garantizar nuestra seguridad.

G'dath le echó una mirada penetrante al comandante. Percibía que el klingon estaba mintiendo, y aparentemente Riley también lo había captado, porque vaciló y la duda destelló en sus ojos.

—Por completo —contestó, aparentemente dispuesto a seguirle el juego—. Deje marchar a los rehenes ahora.

—Sería una tremenda imprudencia el bajar nuestros escudos antes de hallarnos a salvo dentro de la lanzadera. Hablaremos de poner en libertad a los prisioneros cuando estemos allí.

—De acuerdo. Pero antes de despegar.

—La liberación tendrá lugar antes del despegue. Tiene sobre eso mi palabra como oficial de la flota imperial.

El segundo oficial Riley los condujo hasta la azotea, donde aguardaba la prometida lanzadera. G'dath permitió que lo llevaran al interior de la nave, el cual parecía claustrofómicamente pequeño con siete seres a bordo; a pesar de ir equipada para el vuelo espacial, la nave estaba diseñada para alojar a no más de cinco personas. El comandante fue con G'dath hasta la consola de la nave y le ordenó que instalara el globo, cosa que él comenzó a hacer con renuencia. Afortunadamente, la herida del brazo lo obligaba a utilizar sólo la mano izquierda, cosa que le permitía trabajar con torpeza y tomarse más tiempo del realmente necesario.

—Muy bien —dijo Riley—. Los he traído hasta aquí y mantendré mi parte del trato. Me quedaré con ustedes, pero tienen que dejar que se marchen los demás rehenes.

—Yo consentí en una liberación —le respondió el comandante—, pero no acordé dejarlos a todos en libertad. No nos marcharemos sin el traidor y su aparato.

—Yo no soy ningún traidor —gruñó G'dath.

El comandante apoyó la fría punta metálica de su cuchillo contra la nuez de Adán del profesor.

—Por derecho, este invento pertenece al imperio.

—Usted me ha dado su palabra... —comenzó a decir Riley con vehemencia.

—¿Va a obligarnos a matar a otro? —Los ojos del comandante se encendieron

repentinamente, con un fuego que le heló la sangre a G'dath e hizo que Riley guardara silencio.

—No necesitan a los niños y la mujer —dijo Riley al fin.

—Muy bien —concedió el comandante—. Puesto que usted ha actuado con honorable osadía al acudir aquí desarmado, yo mantendré mi palabra. —Apartó el cuchillo de la garganta de G'dath (el profesor inhaló aire, agradecido), y le hizo un gesto de asentimiento a su subordinado—. Klor, rápido, ponga en libertad a la chica y a la mujer.

Se oyó un agudo restallar cuando el campo energético de Klor se disolvió. El klingon empujó a Jenny Hogan y Ricia hacia la escotilla sin soltar a Joey y, antes de que el oficial de la Flota Estelar tuviese ocasión de avanzar hacia la mujer, Klor aferró a Riley por un brazo y luego pulsó el control de su cinturón. Al cabo de tres segundos, no más, el campo energético de Klor volvía a estar activado, y Riley era ahora su prisionero.

—Pero el chico... —protestó Riley, furioso—. No hay honor ninguno en llevarse a un niño.

El comandante permaneció impasible.

—Usted es un oficial de la Flota Estelar, y podría ser considerado como prescindible por aquellos que desean capturarnos. No, segundo oficial, necesito al chico, para controlarlos tanto a usted... como a su profesor.

G'dath estudió el rostro de Joey. Tenía los labios grises y sus ojos continuaban abiertos de par en par por el terror. «No es justo —sintió deseos de gritarle al comandante—. Ya ha derramado usted la sangre de un anciano y un chico inocentes. ¿Tiene que llevarse a Joey, también?»

—Márchate —instó Riley a la mujer que se demoraba, sin saber qué hacer, junto a la escotilla.

Jenny Hogan apoyó una mano sobre la escotilla para equilibrarse, pero antes de trasponerla se detuvo y miró a Riley con una renuencia tal que G'dath comprendió que eran algo más que meros conocidos. Detrás de ella, Ricia Greene le dio un codazo, y finalmente las dos salieron hacia el exterior, hacia la seguridad.

G'dath sintió que su carga de culpabilidad disminuía ligeramente.

El comandante había sido astuto al conservar a Joey, y cuanto más protestara G'dath, más sería utilizada contra él su preocupación por el chico. G'dath guardó silencio y, durante un momento, apoyó la mano sobre el vibrante globo para recobrar el equilibrio. El interior del prototipo brillaba y chispeaba; el aparato era en verdad muy hermoso. Una hermosura pavorosa que ya les había causado grandes perjuicios a aquellos a quienes él quería.

¿Cuánta destrucción más iba a provocar antes de que acabase ese día?

Con amargura, G'dath volvió a su trabajo.

12

El equilibrar la unidad dos de impulso a bordo de la lanzadera *Enterprise* estaba resultando ser una tarea delicada. Entre una demora y otra, la lanzadera no se había elevado ni un centímetro por encima del suelo del hangar. Kirk aguardaba con expectación en uno de los asientos para pasajeros. Junto a él, Nan parecía ponerse cada vez más nerviosa —sin duda preocupada por si llegaría a tiempo a Nueva York—, mientras que detrás de ellos, el técnico llamado Eddie se había quedado dormido.

—Creo que con eso ya está solucionado —comentó Alice Friedman con expresión concentrada mientras miraba el panel de controles que tenía delante—. Control, ¿qué piensan?

—Parece estar bien —le respondió la voz del director de pruebas—. Intente elevarla un poco, capitán.

El rugido de los motores de impulso apenas contenidos se filtró a través del aislamiento de la carlinga, y Kirk percibió la sensación de movimiento.

—¡Sí! —gritó Friedman—. ¡Perfecto! Control, tengo unas lecturas de equilibrio de noventa y nueve.

—Confirmado —informó control—. Muy bien, Alice, acelérela un poco.

—Lo haré. —Friedman accionó una hilera de interruptores del antiguo panel—. Casi diez metros... hemos llegado. Todo está con luz verde. Demonios, podemos volar con esta preciosidad hasta cualquier altura y cualquier lugar, por lo que a mí respecta.

Control parecía más dubitativo.

—Puede que sí, Alice, pero ¿qué le parece un control de impulsores, antes?

Ella suspiró con impaciencia.

—De acuerdo, de acuerdo.

El comunicador de Kirk silbó. Él frunció el entrecejo ante aquella interrupción.

—Aquí Kirk.

Esperaba oír la voz de Riley, y en cambio oyó la de la teniente Lisa Nguyen de la central de seguridad de la Flota Estelar de San Francisco.

—Almirante, aquí la teniente Nguyen. Tenemos una emergencia, aquí...

Kirk supo quién estaba implicado antes de que Nguyen acabara la frase.

—... se trata de G'dath, señor. Un problema de seguridad. Dos agentes klingon consiguieron atravesar nuestras medidas de seguridad y capturar a G'dath y un estudiante, señor. Tengo entendido que ahora también Riley está en su poder.

—¿Riley? ¿Qué estaba haciendo allí?

—Se tomó por su cuenta la responsabilidad de intervenir. —Luego, Nguyen le resumió la situación. Cuando acabó, Kirk sólo hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Esté a la espera para transportarme hasta allí. Kirk fuera. —Cerró el comunicador y se volvió a mirar a la piloto. ¿Capitán Friedman? Lo siento, pero tengo que marcharme ahora mismo. Emergencia de la Flota Estelar.

—Supongo que no puedo discutirle eso —dijo Friedman mientras pulsaba el botón de su radio—. Voy a suspender, control —anunció, mientras comenzaba a pulsar interruptores—. El almirante Kirk tiene que marcharse de inmediato. —La lanzadera se posó suavemente sobre el suelo del hangar mientras los motores se apagaban.

Nan lo miró con expresión preocupada. Cuando menguó el nivel de ruido, preguntó.

—¿Qué sucede, Jim? ¿Qué ha salido mal?

Él se lo contó, sin ser todavía capaz de reaccionar él mismo a la noticia. Hacia Riley, experimentaba dos sentimientos encontrados: enojo porque su jefe de personal no le hubiese proporcionado a G'dath unas medidas de seguridad adecuadas... y una preocupación casi paternal por él.

—G'dath y mi jefe de personal, entre otros, son en estos momentos retenidos como rehenes por dos klingon, en Nueva York. Se hallan a bordo de una lanzadera de la Flota Estelar que se dirige hacia Dios sabe dónde.

—¿G'dath? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha sucedido? ¿No llegó al aula? —exclamó Nan entrecortadamente.

—Lo hizo. Y también llegaron dos agentes klingon.

—¡Dios mío, Jenny...! ¿Está bien ella?

—Lo siento, Nan, pero eso es todo lo que sé. Dos agentes klingon, G'dath y otros rehenes se hallan a bordo de una lanzadera, y eso podrían ser noticias extremadamente malas. Pueden encaminarse hacia cualquier punto del sistema solar, y no hay ninguna otra nave de la Flota Estelar que se encuentre en una posición favorable para perseguirlos. —Hizo una pausa al surgir en su mente un rayo de inspiración, y se volvió a mirar a Friedman—. Excepto ésta. Capitán...

Friedman lo miró a los ojos. Durante un breve instante su expresión fue de perplejidad... pero luego se animó con una ancha y traviesa sonrisa.

—Supongo que tiene usted razón, almirante. Es una nave de la Flota Estelar, ¿verdad? Dé la orden. Yo me atrevo si usted lo hace.

Él descansó una mano sobre uno de los hombros de Friedman, y le dedicó el tipo de sonrisa que había ayudado a convertir al capitán Kirk en una leyenda viviente.

A bordo de la lanzadera, G'dath continuaba inclinado sobre un lado de la consola, supuestamente instalando el globo. Había acabado de hacerlo momentos antes, pero aún no había madurado un plan.

Había poco tiempo. La lanzadera ya estaba en el aire, y apenas unos segundos

después de que activara el globo, se hallarían en el imperio klingon, suponiendo que la nave estuviese correctamente orientada.

Por supuesto, G'dath podía activar la energía motriz del globo durante unos segundos más de lo necesario, y enviar así a la diminuta nave más allá de la Federación y el imperio klingon, cerca del confín mismo de la galaxia. El hacerlo evitaría que tanto la Federación como el Imperio pudiesen apoderarse del globo.

Si lo hacía, sus captores klingon lo matarían con casi total seguridad... y, peor aún, matarían a Joey y a Riley.

La fuente energética del globo, si la teoría de G'dath era correcta, podía ser cortocircuitada de forma que se sobrecargase rápidamente hasta niveles peligrosos. En caso de necesidad, podría destruir la nave y a todos los que estaban a bordo. Sería una muerte más pronta y limpia que la que les aguardaba en el imperio klingon... o en los límites de la galaxia.

Sin embargo, el pensar en Joey lo retenía. Por el chico aguardaría un poco más con la esperanza de que los rescataran... aunque esa esperanza estaba menguando a toda velocidad.

Un abrupto mareo se apoderó de él a la vez que veía puntos negros que danzaban ante sus ojos. G'dath cerró los párpados y se derrumbó, debilitado, contra el frío metal de la pared de la consola, apoyándose con la mano sana. La otra, la derecha, estaba pegajosa y continuaba goteando sangre. Tuvo una vaga conciencia de las voces de los klingon que hablaban en su idioma nativo.

—Nos alejamos sin inconvenientes, superior. Nuestra altitud es tal que la última nave policial ha quedado atrás y desaparecido. No hay ninguna otra nave dentro de un radio de alcance.

—Excelente, Klor. Excelente.

Y no oyó nada más, no sintió nada más, hasta que unos brazos fuertes, brazos de klingon, pasaron por debajo de los suyos y lo levantaron. G'dath abrió los ojos y se encontró con que yacía atravesado en la hilera posterior de asientos para pasajeros, con un maletín médico abierto a su lado. El oscuro rostro de Klor se cernía sobre él mientras el klingon de elevada estatura comenzaba a aplicar un aerosol coagulante sobre la herida de G'dath.

—Esto le parará la hemorragia —le dijo Klor en voz baja. Sus modales no eran descorteses.

Cautelosamente, G'dath volvió la cabeza para averiguar si disfrutaban de la suficiente intimidad para hablar abiertamente, pero no pudo ver nada excepto los respaldos de los asientos. Cerró los párpados con fuerza y esperó a que pasara el nuevo embate de mareo.

Cuando volvió a abrirlos miró a Klor a los ojos y, por primera vez, advirtió que el klingon los tenía azules, de un tono más profundo y brillantes que los de Joey

Brickner. Tal vez eso explicaba la compasión que creía haber visto en el rostro del klingon.

—Su nombre es Klor —jadeó en klingon, poniendo buen cuidado en mantener la voz baja para que el comandante no pudiera oírlo. El hablar le resultaba algo difícil, pero continuó por desesperación—. He oído que su comandante lo llamaba por ese nombre. Hay algunas cosas que debe usted saber sobre ese aparato.

—¿Ha podido instalarlo con éxito?

—No lo sé. Tal vez. Pero debo advertirle del peligro que entraña. Ustedes quieren llevar ese globo al Imperio porque les reportará honor y gloria a usted y su comandante, y porque conseguirá más planetas para el Imperio. Será utilizado para mejorar ampliamente los viajes espaciales... pero también será empleado para propósitos dañinos. También tiene esa capacidad.

Reportará el honor y gloria sobre el imperio... pero podría atraer la muerte y la destrucción. ¿Entiende usted lo que significa el equilibrio del poder, Klor?

El joven klingon apartó la mirada por un instante y asintió, con una expresión levemente avergonzada.

—Ya hace algún tiempo que estoy observando sus clases, G'dath —le contestó en voz baja—, y por lo tanto me he familiarizado con el concepto.

Si hubiera tenido fuerzas para hacerlo, G'dath habría sonreído al darse cuenta de que estaba hablando con uno más de sus estudiantes. Uno que, hasta aquel momento, había permanecido en el anonimato.

—Si el equilibrio de poder existente entre los klingon y la Federación se alterase, podría ser desastroso.

—Los organianos... —comenzó a decir Klor, y se interrumpió.

Esta vez, G'dath consiguió que sus labios dibujaran el débil comienzo de una sonrisa. Aparentemente, Klor había estado controlando la conversación mantenida en clase respecto a los organianos, y acababa de recordar las conclusiones. No podía confiarse necesariamente en que los organianos evitaran otra guerra.

—Incluso si los organianos llegaran a impedir este conflicto —le susurró G'dath—, no han evitado que el Imperio entrara en otros.

—Pero la Federación ya posee este diseño —replicó Klor con terquedad. Había acabado de aplicar el aerosol coagulante, y comenzó a limpiar con cuidado la sangre del brazo de G'dath—. Por lo tanto, también el imperio tiene que tenerlo, para mantener el equilibrio.

—No. Ellos no poseen el diseño. Nadie lo tiene.

Vio la desconfianza en el rostro de Klor, pero en él había también inseguridad. Instintivamente, tuvo la sensación de que su captor más joven confiaba en él. Presa de la desesperación, dijo:

—No puedo permitir que mi invento sea utilizado para la violencia.

Compréndalo; antes, destruiré esta nave.

—No tiene usted los medios para... —comenzó Klor, y volvió a callar. Sus azules ojos se abrieron de par en par al comprender lo que acababa de insinuar G'dath, y luego sus oscuras cejas se unieron bruscamente—. Usted no hará eso, doctor G'dath.

—Lo haré —replicó G'dath en voz baja—. Y usted tiene que ayudarme. Antes de que la Federación o el Imperio hagan mal uso de ese aparato.

Klor acabó de limpiar la herida de G'dath y se enderezó; su rostro se había endurecido hasta una pétreo impenetrabilidad.

—No puedo escuchar esto por más tiempo. Tengo que informar de inmediato a Keth.

—Klor... ¿tiene usted antepasados humanos?

Klor apartó rápidamente la mirada, dándole así una respuesta a G'dath.

—Lo suponía. En ese caso usted, más que nadie, tiene interés en esto. Por el bien de sus dos pueblos. Klor le volvió la espalda. —No escucharé esto.

—Klor... —susurró G'dath.

Pero el joven klingon se había marchado, y dejado a G'dath preguntándose si el informarlo de la capacidad de autodestrucción del globo no había sido un espantoso error.

A bordo de la lanzadera *Enterprise*, Kirk se erguía por encima de uno de los hombros de Alice Friedman, mientras Nan dirigía entusiasmada a Eddie para que hiciera determinadas tomas con los monitores. Kirk les había ordenado a Nan y Eddie que abandonaran la lanzadera, y ambos se habían negado resueltamente. «Tendrá que sacarnos por la fuerza de aquí», le había contestado Nan... y si hubiese habido tiempo para hacerlo, Kirk se habría sentido tremendamente tentado de llevarlo a cabo.

Estaba tanto preocupado como furioso respecto a Riley. Su jefe de personal tendría que haber ordenado una seguridad de prioridad máxima, no estándar. La clase tendría que haber estado protegida con escudos contra los ataques por transportador. Kirk estaba perplejo; aquél no era el trabajo del Riley que él conocía, el Riley al que había contratado. Ese Riley habría ordenado medidas de prioridad máxima, no se habría permitido cometer semejante error potencialmente trágico... aunque daba la impresión de que los agentes klingon podían estar lo bastante desesperados como para atravesar cualquier medida de seguridad. Tenían que estar locos para irrumpir en el aula de un instituto público, y más aún para irrumpir en una donde estaban rodando un programa de trivisión. Aquello no tenía el aspecto de una acción secreta aprobada por el gobierno klingon.

El que Riley saliera corriendo sin órdenes y se le ocurriera un plan para intercambiarse por los rehenes... eso sí que era propio del Riley que él conocía, el

que le recordaba más que un poco al capitán James T. Kirk.

—Estamos yendo al máximo, almirante. —Friedman lo miró por encima del hombro—. No creo que podamos mantener esto durante mucho tiempo.

—¿No tenemos posibilidad de lanzarles un rayo tractor? —preguntó Kirk—. Temo que desaparezcan cuando estemos a punto de pillarlos.

—Podemos intentarlo. —Friedman miró las lecturas, entrecerró los ojos, y tuvo una reacción retardada—. ¡Eh, qué extraño! Estoy leyendo un tipo de energía desconocida que mana del interior de su lanzadera.

—¿Puede identificarla?

—Nunca he visto nada parecido hasta ahora. De todas formas, no procede de los motores. Ni siquiera los hiperespaciales presentan un perfil como ése, mucho menos los de impulso. Oh, oh... un mensaje sólo de audio está entrando en el canal principal de nave a nave, almirante. Es de nuestros amigos de ahí delante.

—Les habla Keth —anunció una voz grave y resonante—. Los de la nave fantasma. Abandonen. Tenemos rehenes. Si no desisten, ellos morirán.

—¿Qué quiere que haga, almirante? —preguntó Friedman—. Usted dirige el espectáculo.

—¿Qué tal ese rayo tractor?

—Aún se está cargando —contestó Friedman—. Estoy haciendo que pase unas cuantas veces por los motores para reforzarlo. Pero esa maldita carga extra nos está haciendo aminorar la velocidad... no se obtiene algo a cambio de nada.

—Comprendido. Los entretendré con evasivas. ¿Puede dejarme hablar con ellos?

—Claro. —Friedman le señaló con un gesto la rejilla del comunicador de la consola—. Hable. Todo el mundo en la Flota Estelar lo oirá. Está usted en el canal principal.

Klor ocupó su puesto ante el timón de la lanzadera mientras su comandante hacía girar el asiento contiguo que ocupaba, para encararse con los tres rehenes. G'dath continuaba tendido y en silencio en la hilera de asientos del fondo, mientras que el oficial de la Flota Estelar y el chico ocupaban asientos justo detrás de Klor y Keth.

Las palabras de G'dath habían afectado profundamente a Klor. No sabía si lo que había insinuado el profesor era verdad, que el globo podía ser utilizado para destruir su lanzadera. ¿Qué forma tenían entonces de averiguar si el físico no lo había programado para que estallara antes de llegar a casa?

Y Klor ansiaba desesperadamente llegar a casa.

Sin embargo, no conseguía reunir el ánimo suficiente como para poner en conocimiento de Keth esa nueva información. En el aula del colegio, se había convencido de que Keth no tenía un plan brillante, después de todo... que sencillamente había sucumbido a la locura y la frustración, e irrumpido en la clase

con la esperanza, en el mejor de los casos, de negociar una huida con la policía.

Ya no confiaba en su comandante. De hecho, confiaba más en su prisionero. Tras varios meses de observar al profesor a diario, había llegado a conocer muy bien a G'dath. El físico se comportaba honorablemente incluso en privado, y Klor todavía no lo había visto mentir. Lo que G'dath acababa de decirle respecto a la posibilidad de que el aparato iniciara una guerra, Klor lo creía. Ahora comprendía por qué las clases recientes de G'dath se centraban sobre el conflicto entre humanos y klingon, y el Tratado Organiano.

Klor tampoco confiaba en los organianos. Y a pesar de que la noción de la batalla era para él gloriosa, no anhelaba la guerra, no se complacía en la pérdida de vidas. En el espacio, el matar parecía limpio: el enemigo moría a miles de kellikams de distancia. El matar a alguien con quien uno se encaraba parecía muchísimo más difícil.

Después de observar al pueblo de su abuela, el odio que sentía hacia ellos había disminuido; porque había llegado a darse cuenta de que la Federación no era una gigantesca entidad impersonal y malvada, sino miles y más miles de millones de individuos.

Como el anciano del edificio de apartamentos que le había sonreído a Klor con amistad. Los terrícolas eran más débiles, a menudo carentes del valor de un guerrero... pero no tan diferentes.

Los ojos de Klor recorrieron la pantalla de la consola. Se tensó cuando los monitores presentaron la parpadeante imagen de una nave que se les aproximaba rápidamente.

—¡Superior! Una nave se nos aproxima a la proa por sotavento. No estoy familiarizado con el diseño, pero es considerablemente más grande que ésta.

Keth levantó rápidamente la cabeza y abrió la boca para hablar, pero Klor lo interrumpió.

—Entra una comunicación, de la nave persecutora.

Klor pulsó el control y una potente voz llenó el interior de la nave.

—Atención, los de ahí delante. Soy el capitán James T. Kirk de la lanzadera *Enterprise*. Apaguen los motores y pónganse al paio para que nos acerquemos. Vamos a remolcarlos.

La lanzadera moderna dio un salto repentino y comenzó a torcerse. Klor consultó la pantalla.

—¡La nave nos ha atrapado en un rayo tractor!

—¡No! —tronó Keth levantándose de un salto—. ¡No voy a permitirlo! —Dio un puñetazo sobre los controles de comunicación—. *Enterprise*, aquí Keth. Estaban advertidos. Puesto que se han negado a abandonar la persecución, ahora mataré a uno de los rehenes. —Volvió bruscamente la cabeza hacia Klor y cambió al idioma

klíngon—. Klor, el estudiante.

Klor no se levantó, sino que miró con incertidumbre a los dementes ojos de Keth.

—Pero superior —replicó en voz baja para que el científico no pudiera oírlo—, si el chico muere, ¿cómo vamos a ejercer presión sobre G'dath?

Los ojos de Keth se entrecerraron de cólera.

—¿Se atreve a cuestionar mis órdenes?

Klor bajó la cabeza. No tenía sentido negarlo... y discutir con Keth ahora resultaría fútil.

Con un solo movimiento fluido, Keth dio media vuelta, aferró al boquiabierto estudiante por la parte delantera de la camisa, y lo obligó a ponerse en pie.

G'dath se había reanimado lo bastante como para seguir la discusión de los klíngon y volver a sentirse angustiado por la suerte de Joey... además de darse cuenta de que el rayo tractor ofrecía una oportunidad de distracción. Para cuando Keth dio la orden de la ejecución de Joey, G'dath ya se había puesto en movimiento hacia la consola. Estaba inclinándose para accionar un interruptor de dentro del globo, cuando vio un destello plateado. Keth había levantado el cuchillo, pronto a asestar el golpe, y se vio una mancha borrosa de gris y blanco al arrojarse Riley en su camino.

Al trabarse ambos en lucha cuerpo a cuerpo, G'dath introdujo un dedo en el globo y esperó que sucediera lo mejor.

—¡Maldición! —imprecó Kirk mientras se levantaba, con una mano apoyada sobre la consola de Friedman y la otra aferrada al respaldo del asiento de ella, y miraba la intermitente pantalla. Sólo era remotamente consciente de la presencia de Nan y Eddie, los cuales tuvieron el buen sentido de permanecer fuera de su camino.

Kirk podía imaginar qué estaba sucediendo en aquel momento a bordo de la lanzadera moderna: Riley —al menos el Riley que él conocía— estaba muriendo o discutiendo con los klíngon para que lo matasen a él en lugar de a uno de los otros rehenes.

—Capitán Friedman, ¿está segura de que no podemos hablar con...?

Friedman negó sombríamente con la cabeza; en sus facciones regulares y fuertes se reflejaba el fulgor azul del panel.

—Nadie puede, almirante. Han cerrado el canal. Lo interesante, sin embargo, es que han perdido los escudos. Es difícil saber qué lo ha provocado. Es una verdadera lástima que no tengamos ningún equipo pesado a bordo...

—Un transportador —dijo de inmediato Kirk, mientras maldecía mentalmente el hecho de no estar a bordo de la verdadera *Enterprise*—. ¿Hay alguna nave de la Flota Estelar que les tenga dentro del radio de alcance de su transportador?

Friedman miró el panel.

—Ninguna de momento, al...

Kirk no oyó lo que venía a continuación. Al instante siguiente sintió como si hubiera sido arrebatado del espacio normal y lanzado hacia delante a una velocidad enorme... aunque su mente y su estómago habían quedado atrás. De alguna forma, Friedman y la lanzadera lo habían acompañado. El empuje le vació los pulmones de aire, le presionó las sienes hasta que gimió, mareado...

Y el interior de la lanzadera se oscureció.

A unos pocos millares de kilómetros de distancia, en un muelle espacial que describía una órbita baja en torno a la Tierra, otros oídos los estaban escuchando.

—¿Los ha perdido, teniente? —inquirió el capitán Decker desde su asiento de mando.

—No, señor —respondió Uhura—. Nadie está transmitiendo de nave a nave en este momento. En esas coordenadas no hay ninguna clase de comunicación. —El tono de su voz era preocupado—. Estoy conectada con el panel de sensores del oficial científico. Los sensores que están operativos muestran que el rayo tractor de la lanzadera *Enterprise* estuvo activado durante un breve período de tiempo, menos de medio segundo, y que luego falló, sobrecargado por una repentina descarga energética procedente de la lanzadera moderna. El tipo de fuente de esa energía es desconocido.

—¿Desconocido?

—Sí, capitán. Ahora todo está en silencio.

—¿Qué curso siguen?

Uhura parpadeó.

—Se dirigen hacia la Luna, señor. Las dos naves, quiero decir.

—¿Hora estimada de llegada?

—Prácticamente están allí, señor.

—¿Qué?

—Ya sé que es increíble, capitán. Ahora están aminorando... lo bastante como para entrar en órbita lunar.

—¿Señales de vida? —preguntó Decker.

—Sí, señor... no han cambiado respecto a las anteriores.

Decker asintió con la cabeza.

—¿Hay alguna otra nave?

—No puedo decirle mucho, capitán. Me temo que los aparatos sensores no están todavía en condiciones óptimas. Hay algunas naves pequeñas con capacidad espacial persiguiéndolos pero han quedado muy atrás. La lanzadera *Enterprise* es la única que está en posición de poder hacer algo respecto a la situación, hasta donde puedo decírselo... excepto una, señor.

El segundo oficial Sulu, vestido con un mono de trabajo, estaba acuclillado en la

cubierta del puente junto al puesto del timonel. Había estado trabajando en los circuitos del timón, y varias unidades de circuitos integrados yacían desparramadas a sus pies. Sin decir una palabra, comenzó a ponerlas nuevamente en su sitio dentro de la consola.

—¿Ha terminado con su trabajo en los circuitos, señor Sulu? —le preguntó Decker.

—Lo suficiente por el momento, señor.

—Ya veo. —Decker hizo una pausa y pensó durante un momento. Luego agregó —: Uhura, ¿dónde está Scott?

—Lo buscaré, capitán.

Sulu ocupó el puesto del timonel y comenzó con la rutina de autocomprobación. Las luces se encendieron todas en verde, y él sonrió.

—Supongo que podría usted hacer algo si hubiera esa necesidad —observó Decker.

—Sí, señor —respondió Sulu.

—Scott por la dos, capitán —anunció Uhura.

—¿Scotty? —dijo Decker al aire.

—Sí, capitán.

—Rutina de partida. ¿Cuánto tiempo?

—¿Eh, capitán?

—Quiero realizar un viaje corto. ¿Se puede?

—Capitán...

—Scott —lo interrumpió Decker—, no tengo tiempo para escuchar una docena de razones por las que no podemos hacer algo que de todas formas vamos a llevar a cabo. —El tono de su voz se hizo firme—. Señorita Uhura, envíele una copia al ingeniero en jefe con un resumen de la situación. Adjunte una transcripción de las comunicaciones que ha estado escuchando. Scott, todo eso podrá leerlo más tarde. Vuelvo a preguntárselo: ¿cuál es nuestra situación? ¿Nos pondremos en marcha cuando yo diga «en marcha»?

—Bien, nos pondremos en marcha, capitán —contestó Scotty—. Pero no hasta muy lejos y a no demasiada velocidad, pero nos pondremos en marcha. Tenemos energía de impulso, por supuesto, pero nuestra velocidad máxima no será gran cosa... quizás un cero coma cero cinco de velocidad lumínica, tal vez menos. No esperaba tener que despegar del muelle espacial durante algún tiempo. La mayor parte del revestimiento del casco está en su sitio, y las partes de la nave más afectada tienen integridad medioambiental. Por supuesto, todo depende de hasta dónde queramos llegar.

—Quiero ir hasta la Luna.

—Eso podemos hacerlo —respondió Scotty—. El combustible está al mínimo,

pero es suficiente, y nuestras baterías están en uso. Sistemas medioambientales, bien; transportador, bien; sensores, tal vez; armas, no; motores hiperespaciales, no.

—Timón, bien —dijo Sulu.

—Comunicaciones, bien —agregó Uhura—. Capitán, Di Falco no se encuentra a bordo en este momento. Yo podría ocupar su puesto como navegante...

—No —la interrumpió Decker—. La quiero exactamente donde está, Uhura. Yo mismo entraré en rumbo. Obtenga un permiso para nosotros de Tráfico de la Flota Estelar. ¿Scott?

—A la espera, señor.

—Una pregunta más. ¿Cuándo?

—No tiene más que darme la orden, capitán —contestó Scotty—. Los equipos de trabajo han regresado al interior de la nave o están bien alejados de ella.

—Un trabajo rápido, Scotty.

—Pasé la orden en el momento en que usted dijo que que
ría partir. No discuto más allá del punto de lo razonable. —Tomo nota. ¿Teniente Uhura? —¿Sí, señor?

—Resuma el plan de vuelo.

—¿Sí, señor! —Un momento más tarde, informó—: Tráfico de la Flota Estelar quiere hablar con usted, capitán. —Dígales que estoy ocupado. ¿Ya tenemos permiso para salir?

—Todavía, no. De eso quieren hablar con usted, señor. —Páselos a la radio, teniente. —Sí, capitán. Ahí los tiene. —*Enterprise*, aquí...

—Tráfico, aquí el capitán Decker. Estoy solicitando permiso para salir, emergencia de prioridad máxima. Veinte segundos a partir de que diga ahora. Ahora. Será mejor que mantenga a todo el mundo fuera de nuestro camino, Tráfico. Decker fuera. Uhura, cierre esa frecuencia.

Decker se encaminó al puesto de navegación y se sentó. Estudió brevemente el panel.

—Diez segundos. Uhura, dígame al director del muelle espacial que desactive todos los rayos tractores y presores.

—Rayos desactivados, señor. Tenemos libertad de movimiento.

—Supongo que alguien nos estará escuchando. Señor Sulu, impulsores y manteniendo posición.

—Impulsores manteniendo posición.

Decker tecleó un rumbo. Se preguntó fugazmente lo que el almirante Nogura tendría para decir cuando se enterara de todo eso... pero sabía que sería mejor para todos los implicados que el anciano se enterase sólo después de consumado el hecho.

—Para lo que sirve, capitán —comentó Uhura—, acabamos de recibir el permiso de partida.

—Adelante a máxima lentitud, señor Sulu —dijo, y no pudo evitar sonreír—. Sáquenlos de aquí.

Kirk fue el primero de la lanzadera que recobró el conocimiento. Aún aturdido, se asomó a mirar por el puesto de observación frontal. Allí estaba la Tierra, en efecto. Una rápida mirada a la línea divisoria entre el día y la noche le dijo que no había pasado mucho tiempo.

Pero la Tierra se veía demasiado pequeña. Kirk miró por uno de los puestos de observación de estribor y vio la Luna. Estaba cerca.

Kirk observó el panel de instrumentos. Estaban en órbita lunar. «¿Cómo demonios ha sucedido esto?», se preguntó, confuso. Seguramente tenía algo que ver con el hecho de que la *Enterprise* estuviese unida a la nave que pilotaban los klingon... ¿pero cómo habían conseguido arrastrar a una nave espacial de muchas toneladas de peso tras de sí?

No se había movido en relación con ellos. Aún flotaba en el espacio a unos cincuenta metros a babor.

Con la vista turbia, Kirk estudió la consola. El rayo tractor de la lanzadera había quedado completamente descargado. Él lo puso a recargar, pero tardaría un rato en quedar restablecido.

Los demás comenzaron a agitarse.

—¿Están bien, ustedes dos? —preguntó Kirk en voz muy alta, y recibió lentos murmullos de asentimiento.

Friedman sacudió la cabeza para aclarársela, y gimió.

—Auh. —Se frotó una sien—. No debería haber hecho eso. ¿Qué ha sucedido?

—Quedamos unidos a su nave, de eso no hay duda —respondió Kirk—. Se ha producido algún tipo de retroalimentación energética, por lo que puedo ver. Hemos estado inconscientes durante algunos minutos.

Ella miró por la ventanilla.

—Esos asquerosos siguen ahí fuera. Déjeme... —La piloto miró el panel—. Oh-oh, olvídalo. No tenemos rayo tractor. Maldición. Ojalá tuviera una buena cuerda. Eh, ahí fuera hay otra sorpresa. Comunicación entrante, almirante.

—Pásela a audio —pidió Kirk mientras intentaba acorazarse contra las malas noticias. Sin duda, los klingon anunciarían que habían matado a uno de los rehenes. Pero la voz que llegó por el canal subespacial era conocida.

—Aquí el capitán Willard Decker de la *Enterprise*, llamando a la lanzadera espacial *Enterprise*. ¿Desean que les prestemos ayuda?

—¡Will! —En los labios de Kirk apareció una ancha sonrisa—. La verdad es que nos vendría bien una parte de su tecnología en este momento. Tenemos tres rehenes en la otra lanzadera, uno klingon y dos humanos, incluyendo a mi jefe de personal.

—Eso he oído.

—Necesitamos sacarlos de ahí. Nuestros monitores indican que sus escudos están inoperativos. ¿Pueden centrar el transportador sobre ellos?

—Afirmativo, almirante. Al menos sobre esos humanos. Pero no sé cómo podremos diferenciar a un klingon de otro.

Kirk suspiró. En la periferia de su campo visual, vio la desesperación que afloraba al rostro de Nan Davis.

—Saquen a los humanos, y luego intentaremos ingeniar una forma de sacar a G'dath.

—Lo haremos, señor.

—Será mejor que se den prisa. —Friedman levantó los ojos del panel; tenía la frente fruncida de preocupación—. Estoy leyendo otro aumento de potencia a bordo de la lanzadera de los klingon. Tiene el mismo aspecto que el que detecté antes de que acabáramos aquí.

Riley se aferró al asiento de su silla y se puso en pie, tras lo cual ayudó al chico a levantarse. El jovencito continuaba con los ojos abiertos de par en par por el miedo, pero consiguió ofrecerle una temblorosa sonrisa de agradecimiento.

Desde el momento en que se transportó al interior del aula, Riley no se había permitido pensar en nada que no fuese la situación; no se había permitido el experimentar miedo. Eso lo había ayudado a concentrarse en los otros dos rehenes antes que en sí mismo —y también le había servido para fingir que no era él en absoluto, sino el almirante Kirk—, y en aquel momento, Kirk intentaría sorprender a sus captores con la guardia baja.

Riley recorrió con los ojos el interior de la nave. El comandante, el que había dicho por radio que se llamaba Keth, acababa de recuperarse y encontrar su cuchillo. Riley sabía que el lanzarse contra él probablemente tendría un resultado fatal. Keth se balanceó, un poco inestable, y luego se volvió bruscamente hacia el asiento del piloto y golpeó a Klor de lleno en la cara.

Riley lo observó, pasmado de impresión, mientras Keth escupía una sarta de imprecaciones y Klor caía al piso cuan largo era.

Riley no hablaba ni una palabra de klingon, pero supo que Klor no agradecía lo que estaba diciendo su comandante. Sospechaba que tenía que ver directamente con la renuencia de Klor a obedecer de inmediato la orden directa de matar al rehén.

Klor se levantó y permaneció de pie, en silencio, con aspecto peligroso, mirando fijamente a Keth con unos ojos en los que destellaba el odio no disimulado. Riley vio que los enormes músculos de Klor temblaban con fuerza reprimida, en una postura pronta a atacar.

Keth no era un contrincante digno de él. Era esbelto, una buena cabeza más bajo,

y quedaba completamente eclipsado por la corpulencia de Klor. Riley aguardó lo que sabía que iba a ser un violento enfrentamiento.

Y entonces, Klor se deslizó una vez más en el asiento del piloto, pero Riley vio el odio que ardía lentamente en sus ojos.

Keth dio media vuelta y miró fija y duramente a Riley y el chico, aparentemente intentando decidir si proseguiría con la ejecución.

Keth dio un paso hacia adelante, pero se detuvo cuando una voz imperiosa manó de un lado de la consola.

Demasiado débil como para ponerse en pie, al parecer, G'dath continuaba sentado junto al globo que estaba adherido a un flanco de la consola, y se mantenía en equilibrio con la mano del brazo sano. Su voz era potente y firme, pero Riley captó el esfuerzo que se reflejaba en ella.

—No hay necesidad de matar, Keth. Ya no nos retiene el rayo tractor. Descubriré que la potencia de la moderna lanzadera se ha agotado.

—Es cierto, superior —comentó Klor desde la consola, con tono hosco—. El rayo tractor ha desaparecido. No obstante, la lanzadera está recargando, y la energía quedará recargada dentro de unos minutos.

Los músculos de los hombros de Keth se relajaron.

—En ese caso, no perdamos más tiempo. Soñador... —Bajó la mirada hasta G'dath—, llévanos a casa.

Klor se volvió bruscamente en la silla, con una expresión muy próxima a la alarma. Durante un momento, Riley creyó que estaba a punto de decirle algo a su superior, pero Klor se limitó a mirar a G'dath con firmeza y pareció llegar a una decisión. El klingon bajó nuevamente la mirada hacia su panel de controles y no dijo nada.

—No puedo, por el momento. El globo tiene que recargarse —replicó G'dath. Keth levantó el brazo para asestar el golpe mortal pero el científico no se acobardó, sino que meneó la cabeza con cansancio—. Puede matarme si lo desea, pero eso no cambiará la realidad. Tardará menos de un minuto y luego podremos dejar atrás a nuestros perseguidores.

Klor habló con una nota de alarma en la voz.

—Superior, los escudos de nuestra lanzadera han fallado de pronto. —Sus enormes manos corrieron apresuradamente por los controles que tenía delante.

—¿Un agotamiento de la energía, provocado por el habernos soltado del rayo tractor?

—No, superior. Simplemente ha sido un fallo repentino. No puedo hallar ninguna causa...

Se interrumpió y giró para mirar a Riley. Keth volvió la cabeza y siguió la dirección de los ojos de su subordinado.

Riley sintió que la sangre le aflucía a las mejillas. Había abrigado la esperanza de que, para el momento en que los escudos fallaran según el programa, los rehenes ya hubieran sido rescatados... o como mínimo, que los hubiese seguido una nave con capacidad de transporte.

No había contado con que los rescatase una lanzadera de trescientos años de antigüedad.

Klor miró la pantalla y profirió una exclamación tronante de sorpresa.

—Una tercera nave está entrando en nuestro radio de alcance, superior. Es una nave estelar.

Riley sonrió, pero el alivio duró poco tiempo.

—¡Mentiroso! —le escupió Keth. Sujetó el cuchillo justo por debajo del nivel del pecho, y avanzó hacia Riley con él—. ¡Cobarde sin honor! ¡Hijo de terrícolas! ¡Ha saboteado los escudos!

Riley y el chico se pusieron en pie, y habrían retrocedido, pero la hilera de asientos se lo impedía. Riley intentó colocar al jovencito detrás de sí.

Los ojos de Keth eran brillantes, de maníaco, cercados de sombras y muy hundidos en su rostro bronceado. Estaba a un paso de distancia, dispuesto a lanzarse hacia delante y clavar el cuchillo en la zona media del cuerpo de Riley.

Riley cerró los ojos y oyó, no el sonido apagado y carnoso de la daga al clavársele, sino el suave zumbido creciente de un rayo transportador.

13

Joey cerró los ojos con fuerza ante el vértigo y tendió una mano para intentar estabilizarse contra el respaldo de un asiento, pero su mano no encontró nada. El vértigo pasó rápidamente, y él volvió a abrir los ojos. Un segundo antes había estado a bordo de la lanzadera de pie junto a Riley, y seguro una vez más de que había llegado el fin: el klingon demente los mataría a todos sin remedio.

Y ahora se encontraba de pie en una gran sala blanca, observando a Kevin Riley que descendía y avanzaba hasta otro oficial de la Flota Estelar que se encontraba ante una enorme consola. Joey bajó los ojos hasta sus pies, los cuales descansaban en un disco metálico ligeramente elevado, sobre una especie de plataforma. Una lenta ola de sorpresa y admiración lo invadió al darse cuenta: una plataforma de transportador.

—Bienvenido a bordo, segundo oficial Riley. —El oficial de la Flota Estelar, un hombre maduro, con bigote, le dedicó una amplia sonrisa—. Me alegro de volver a verlo, aunque no puedo decir lo mismo de las circunstancias.

«Bienvenido a bordo.» Entonces, eso era una nave estelar. Lo había rescatado una nave estelar, y estaba a salvo. Joey dio un paso hacia delante, pero se le aflojaron las piernas y cayó de rodillas.

—Me alegro de verle, Scott —comenzó a decir Riley, y luego se volvió justo a tiempo de ver que Joey caía. Subió de un salto, quitó a Joey de la plataforma del transportador y lo sentó en una silla cercana, hablando durante todo el tiempo con Scott—. Hay otro rehén a bordo de la lanzadera. Ya sé que no puede diferenciar a los klingon, Scotty, pero él es el que se encuentra más cerca de la fuente energética.

El hombre maduro meneó la cabeza, pero sus ojos y manos ya estaban sobre los controles.

—¿Un klingon? En qué se está convirtiendo el universo, Riley, cuando comenzamos a rescatar klingon.

—¡Es mi profesor! —gritó Joey, furioso por el tono del hombre. Finalmente había recobrado el sentido lo bastante como para darse cuenta de que el doctor G'dath no había sido rescatado junto con ellos. De pronto se sintió embarazosamente al borde de las lágrimas. El doctor G'dath ya estaba herido, y ahora que Riley había escapado, aquel klingon probablemente estaba lo bastante loco como para matarle—. Está herido, y necesita nuestra ayuda, ahora.

—Tranquilo, muchacho —le dijo Scott con tono paciente, mientras ajustaba los controles de la consola—. Lo ayudaremos, no te preocupes. Sólo estaba haciendo una broma.

—Bueno, pues no tiene ninguna gracia —replicó Joey.

Los ojos de Riley estaban fijos en la consola del transportador. Por su rostro, Joey pudo ver que lo que tenía delante no era bueno.

—¿Problemas? —preguntó con tacto.

La expresión de Scott se hizo torva. Habló en voz baja, como si no quisiera que lo oyese Joey, cosa que, por supuesto, hizo que Joey afinara más el oído.

—Esa fuente energética está organizando una de mil demonios con el rayo del transportador. Los hemos pasado moradas para traerlos a bordo a ustedes dos. Y la interferencia empeora a cada segundo que pasa. Lo centraré sobre él, pero no estoy seguro de poder traerle a bordo.

Impresionado, Joey observó mientras una silueta dorada indistinta se formaba en uno de los círculos del transportador y comenzaba a rielar.

A bordo de la lanzadera *Enterprise*, la voz de Decker se filtró por la rejilla del panel de comunicaciones de Friedman.

—¿Almirante Kirk? Aquí la *Enterprise*. Hemos rescatado a dos de los tres rehenes de la lanzadera.

Kirk se levantó a medias y se inclinó sobre la consola.

—¿Y el tercero, Will? —Egoístamente deseó que no se tratara de Riley, pero no sintió ningún alivio ante la respuesta de Decker.

—El doctor G'dath continúa como rehén. Estamos intentando transportarlo a la *Enterprise*, pero tenemos una enorme cantidad de interferencias electrónicas, de fuente y tipo desconocidos.

Kirk asintió con la cabeza.

—La capitán Friedman dice que está produciéndose otro aumento energético a bordo de su lanzadera. Will, tenemos que detener esa nave a toda costa. ¿Puede hacerlo con un rayo tractor?

—Negativo —respondió Decker con voz sombría—. Según Scotty, algo está agotando nuestras baterías principales. Hemos desviado toda la energía al transportador y el soporte vital.

Kirk guardó silencio y miró a Nan y Eddie. Los escudos de colisión podían proporcionarles un poco de protección, pero estaba enfadado con Nan por insistir en acompañarles, y más que nada estaba enfadado consigo mismo por no haber insistido en que saliera de la nave. Por supuesto, no habían tenido tiempo para sacar a los dos civiles de la lanzadera, pero eso no disminuía su preocupación. Se volvió a mirar a Friedman.

—Capitán, me temo que no nos queda ninguna otra alternativa. Vamos a tener que embestirles.

—Maldición —se contestó ella, claramente más molesta por la perspectiva de causarle daños a su preciosa nave, que por el peligro que entrañara para sí misma—. Me temía que iba a decir eso, almirante.

Kirk volvió bruscamente la cabeza al sentir el toque de una mano cálida sobre un

hombro. Nan se hallaba detrás de él. A pesar de tener el semblante pálido, su expresión era absolutamente serena.

—Imaginaba que podía suceder algo así cuando insistí en quedarme, Jim. — Intentó dibujar una débil sonrisa. Kirk no se la devolvió.

—En ese caso, siéntese y prepárese. Utilicen los escudos de colisión y el soporte vital portátil que hay debajo de los asientos.

Nan movió la cabeza afirmativamente y regresó a su sillón.

—Eh, espere un momento —dijo Eddie—. ¿Quiere decir que vamos a chocar contra ellos intencionadamente?

—Pues sí —repuso Friedman con tono seco—. Almirante, ¿estamos preparados?

Kirk hizo una señal de asentimiento mientras ocupaba su lugar.

—Entonces, vamos allá. Vuelvo a tener los motores de impulso al máximo. Todavía está cargándose el rayo tractor... y ese aumento de energía a bordo de la lanzadera de los klingon está ascendiendo rápidamente. A la espera.

—A mi señal. —Kirk aguardó hasta que tanto Nan como Eddie hubieron activado los escudos de colisión—. Uno... dos... tres... ¡ya!

La lanzadera *Enterprise* saltó hacia delante... y se detuvo con un choque a muy poca distancia de su objetivo, como si hubiera dado contra una pared de ladrillos levantada en el espacio. En el interior de la lanzadera todo se oscureció.

—Capitán —dijo Sulu—, la lanzadera espacial tiene problemas. Su energía impulsora se ha interrumpido, y va a la deriva. Los daños sufridos por los sistemas de la lanzadera parecen graves.

—¿Estado de los de a bordo?

—Vivos, señor. Conservan la integridad del casco. Aparentemente, los delicados escudos de la lanzadera la han protegido un poco... pero ha quedado fuera de combate.

—*Enterprise*, aquí Kirk —dijo una voz.

—Adelante, almirante —contestó Decker.

—Will, me temo que hemos quedado fuera de esto. Nos hemos estrellado con lo que tiene que haber sido un campo protector generado por el globo. Ni siquiera les hemos tocado. ¿Puede continuar usted?

—Negativo, almirante. Scotty está haciendo todo lo posible, pero continuaremos a la deriva hasta que podamos arreglar las cosas. Todavía estamos intentando rescatar al tercer rehén... al menos mientras permanezcan dentro del radio de alcance de nuestro transportador.

—Su lanzadera está a treinta y una millas de distancia, distancia aumentando rápidamente —informó Flores—. Veo otra nave que está intentando darles caza, pero nadie se encuentra en la posición adecuada. Sesenta y dos millas ahora.

—Maldición —jadeó Decker—. Van a escaparse.

G'dath había observado con una gratitud casi insoportable cómo habían desaparecido anteriormente las formas de Riley y Joey. En cuanto a su propia vida, no le preocupaba en absoluto; y a pesar de que lamentaba la necesidad de acabar con la de Klor, tenía la sensación, después de la mirada que él y el joven klingon habían intercambiado, de que Klor comprendía la situación y estaba preparado. Incluso si había malinterpretado el mensaje de los ojos de Klor, el klingon no había informado a su comandante de la capacidad autodestructiva del globo, y para G'dath eso era suficiente.

Si había otros como Klor, G'dath tenía grandes esperanzas con respecto al Imperio.

—Estamos a treinta y cinco unidades estándar de la nave de la Federación, y la distancia aumenta rápidamente —informó Klor desde el timón.

—Activaremos el globo cuando estemos a cincuenta unidades estándar —repuso G'dath—. No quiero que ni siquiera la relativamente ligera masa de las dos naves de la Federación afecte nuestra trayectoria. —O sufra daño alguno a causa de la explosión—. Un error en el comienzo del viaje podría significar el desastre al final.

Mientras hablaba, sintió que alguien lo estaba observando. Levantó la cabeza y vio que Klor, desde el asiento del piloto, tenía la vista clavada en él. Esta vez no cabía duda posible: Klor comprendía cuáles eran las intenciones de G'dath, y le sostenía fijamente la mirada.

Pasaron algunos segundos, y luego Klor concentró nuevamente la atención en su consola.

—*Z'breth* —susurró Keth, que se hallaba de pie en la zona de los asientos de pasajeros; al parecer, todavía estaba ofuscado por la pérdida de los cautivos. Luego se rehízo.

—¡Klor! ¡Su escudo personal! Actívelo, y aumente el diámetro para incluir al prisionero. —Se oyó un pequeño chasquido cuando Keth pulsó un control de su cinturón y activó su propio escudo.

—Cincuenta unidades —dijo Klor con voz queda, como si no le hubiese oído.

G'dath deslizó un dedo al interior del parpadeante globo y cerró un interruptor. El resultado iba a ser un aumento enorme de la energía que desembocaría en una explosión. No requeriría más de treinta segundos.

En un último gesto de desdén, Klor no se volvió, no obedeció la orden de su superior, sino que permaneció sentado mirando fijamente las lecturas de la consola del timón. G'dath comprendía el porqué; en su furia, Keth había maldecido a la familia de Klor y lo había llamado hijo de terrícolas, uno de los peores insultos posibles... y uno que no estaba lejos de la verdad. Por no haber obedecido la orden de

matar a Joey, Keth había prometido someter a Klor a consejo de guerra... y arrojar sobre él la máxima desgracia cuando regresaran a casa.

G'dath se alegraba de que un espíritu noble como el de Klor fuera a ahorrarse semejante deshonor.

—¡Klor! —aulló Keth. Cuando vio que Klor no obedecía por segunda vez, el comandante avanzó a grandes zancadas hacia la consola y desactivó su escudo, que se disolvió con un pequeño chasquido.

Repentinamente mareado, G'dath cerró los ojos. La sangre que había perdido a causa de la herida, pensó... pero luego oyó un zumbido, y se dio cuenta de que la sensación de estar desorientado era una que había experimentado muy pocas veces en su vida, la más reciente durante el fin de semana anterior: la desmaterialización.

No lograba entender cómo sus supuestos rescatadores habían conseguido diferenciarlo de sus captores.

La sensación pasó. Tal vez el transportador se había averiado... o quizá G'dath sólo lo había imaginado. Sintió una mano apoyada en su hombro y levantó la mirada hacia los negros y penetrantes ojos de Keth. La otra mano del klingon descansaba sobre el control del cinturón.

Al mismo tiempo, G'dath vio una mano enorme que se apoyaba sobre un hombro de Keth. Klor apartó de un tirón a su comandante antes de que tuviera oportunidad de activar el escudo.

Los dos klingon se trabaron en lucha cuerpo a cuerpo. La pelea no duró mucho: a pesar de que Klor era claramente más fuerte, Keth era más rápido. Se zafó de las manos de Klor, sacó el cuchillo, y con un movimiento veloz, en redondo, lo clavó profundamente en el pecho de Klor.

El joven klingon inspiró con un quejido, y cayó hacia atrás.

G'dath cerró los ojos una vez más, consciente incluso a través de los párpados cerrados de que el aire que lo rodeaba se llenaba de una luz danzante, el chisporroteante estremecimiento del rayo transportador, y el ardiente destello de un blanco cegador de la explosión. El universo hizo erupción en un rugido de luz al disolverse a su alrededor la tela de la materia.

Más brillante, más brillante, dolorosa, insoportablemente brillante hasta que la luz misma le quemó los párpados cerrados y lo hizo gritar. Cuando ya no pudo soportarlo más, se entregó a ella y abrazó las tinieblas.

El miércoles por la mañana, el día del *Apolo*, era día festivo escolar, y Ricia volvía a sonreír mientras se encontraba de pie en el corredor del hospital y le entregaba a Joey una tarjeta para que la firmara. Ese día estaba especialmente bonita, pensó Joey, con la holgada túnica turquesa, los pequeños pendientes de perlas y los cabellos negros azulados sujetos con una cinta blanca como el neón. Sabía que la chica se había arreglado más por Carlos que por el doctor G'dath, pero Joey se había prometido no sentir celos de Carlos... al menos no de momento. Carlos ya había salido de cuidados intensivos, y estaba sentado charlando y riendo, aunque aún se lo veía pálido y débil, principalmente, pensaba Joey, por la impresión de lo sucedido que por la herida en sí. El padre de Carlos estaba en la habitación cuando Ricia y Joey llegaron. Era un tipo agradable, pero con una complexión pálida que contrastaba con la de su hijo; si bien era callado y un poco tímido, exactamente igual que Carlos. El doctor Siegel le había dicho a Ricia que, si ella no hubiera parado la hemorragia con sus manos, Carlos podría haber muerto.

Ante eso, Carlos le había echado a Ricia una mirada, como si finalmente se hubiera dado cuenta de que era una chica, ¡por favor!, y Joey tuvo que bajar los ojos hasta sus pies y aclararse la garganta mientras los dos intercambiaban miradas embobadas y se cogían las manos. Asqueado, Joey tuvo que romper aquello por el sistema de arrojarle a Carlos a la cara la tarjeta con sus deseos de un restablecimiento pronto.

Por supuesto, Joey no podía quejarse, porque Ricia se mostraba tremendamente amable con él desde el lunes. Habían sido dos días fantásticos. Gracias al cielo, la madre de Joey había estado en el trabajo y no había tenido oportunidad de mirar las noticias hasta que Joey se encontró ya a salvo a bordo de la *Enterprise*. Eso había sido emoción más que suficiente. Durante los dos días pasados, se había convertido en una celebridad, y había hablado con una docena de cadenas de noticias sobre su experiencia como rehén. Todos querían hablar sobre los horribles klingon que habían aterrorizado a aquellos pobres escolares, y Joey tenía que aclarar constantemente que había sido un klingon el raptado en primer lugar, y que ese klingon había resultado herido por intentar proteger a sus estudiantes.

Era de esperar que pudiesen entenderlo correctamente.

Joey quería contarles lo espantoso que había sido el ver al doctor G'dath apareciendo y desapareciendo sobre la plataforma del transportador mientras el piso se sacudía bajo sus pies al estallar la lanzadera. De hecho, el doctor G'dath había estado en la pequeña nave durante el primer milisegundo de la explosión, más o menos, y había sufrido algunas heridas bastante serias. Pero ninguno de los reporteros parecía muy interesado en ese aspecto de la historia: sólo querían oír hablar de

aquellos repugnantes klingon con sus grandes cuchillos, sobre cómo Joey había temido por su propia vida. Hacia el martes, Joey estaba tan asqueado y harto de que le arrojaran a la cara luces y le filmaran con monitores de trivisión, que no creía poder ponerse nervioso por nada nunca más.

—Toma —le dijo Ricia, sonriendo, con hoyuelos en las mejillas. Le dio una estilográfica y se volvió para que Joey pudiera apoyarle la tarjeta en la espalda y firmarla. Stoller había hecho un trabajo impresionante; Joey no sabía que tenía tanto talento para las artes gráficas. La tarjeta era tan grande como un taco de papel de carta, y la parte frontal decía: QUE SE MEJORE, DOCTOR G'DATH, en grandes hololettras iridiscentes. Primero en inglés, y luego en klingon.

Joey firmó primero la tarjeta, luego buscó la hoja especial de pergamino que Stoller había ocultado cuidadosamente en el interior, como los tratados antiguos, con letras góticas de fantasía. Sonrió al leerlo, y cuando estampaba su firma en él, pensó en el klingon llamado Klor. Tal vez tendría que odiar a Klor por lo que había hecho, pero le resultaba difícil después de la expresión compasiva que había visto en su rostro. El ser raptado por klingon tendría que haber hecho que les odiase aún más, pero en cambio sólo podía recordar cómo el doctor G'dath se había arrojado delante del cuchillo destinado a Ira Stoller... Stoller, que odiaba a los klingon. Ricia tenía razón; los modales atemorizadores de G'dath no eran más que su forma de ser, el resultado de su cultura. Y el temor que Joey le tenía antes era producto de la cultura de la Tierra.

Quizá ya era hora de comenzar a superar un poco la propia cultura.

—He acabado —le dijo a Ricia, mientras le ofrecía la tarjeta y la espalda.

Cuando ella hubo concluido, entraron juntos en la sala del hospital en la que se encontraba G'dath. Ante la vista del enorme klingon sentado en la cama, completamente despierto, Joey sonrió.

Sentado y recostado en la cama del hospital, G'dath parpadeaba ante la oscilante pantalla del terminal que tenía delante e intentaba enfocar la vista. Se le habían quemado las córneas en la explosión, y su visión comenzaba apenas a aclararse ahora, al ajustarse él a las córneas nuevas. La piel sintética por fin había cicatrizado igualmente bien, aunque al principio hubieron problemas porque los médicos no habían hecho la fórmula para un klingon. Las quemaduras de las extremidades y el rostro ya no le dolían, y al cabo de unos cuantos días ni se notarían siquiera.

Le habían llegado tantas llamadas durante los últimos dos días, que había programado el terminal para que no sonara, sino que tomara los mensajes por escrito, los cuales ahora llenaban una pantalla tras otra. El reportaje que Nan Davis había hecho sobre el secuestro ocurrido en el aula, seguido de la entrevista con G'dath, lo había convertido en una celebridad de la noche a la mañana. Tenía tantas ofertas

laborales de universidades prestigiosas —Oxford, Beijing, Volgogrado, la Politécnica de Georgia, por nombrar algunas—, que el día anterior había renunciado a repasarlas. Las consideraría todas y tomaría una decisión más tarde, pero de momento no estaba en condiciones de hablar con nadie.

Se sentía agradecido porque Carlos Siegel hubiera sobrevivido, pero la muerte del señor Olesky lo había conmovido profundamente. Todavía luchaba para encontrarle algún sentido. El globo había provocado muerte incluso antes de lo previsto por él, y se alegraba de que hubiese sido destruido. Le resultaba imposible sentir algo positivo por su descubrimiento, o su trabajo, o cualquiera de las ofertas laborales.

Ya había resuelto destruir todos sus registros del ordenador. A través de los canales de la Federación, había contactado con los organianos y los había informado de su invento y de los acontecimientos subsiguientes. Estaban dispuestos a proporcionarle protección ante el imperio, y evitar que el conocimiento de la forma de construir el globo cayese en manos de la Federación o los klingon.

Resultaba irónico, pero se veía obligado a confiar en los organianos; no había alternativa.

Estaba pensando en la clase sobre el Tratado Organiano de cinco días antes, cuando vio dos borrones en movimiento que se detenían en el exterior de la puerta. Parpadeó, y los borrones se resolvieron en las figuras de Ricia y Joey.

G'dath compuso sus facciones en una expresión más agradable.

—Señorita Ricia. Señor Brickner. Por favor, entren.

Ambos se acercaron y se quedaron de pie junto al lecho de G'dath. Ricia parecía estar de un humor extrovertido, mientras que Joey se mostraba un poco tímido. Pero el chico sonreía, y G'dath agradeció el ver, no ya odio sino admiración en sus ojos. La vista de sus estudiantes hizo que una punzada de culpabilidad invadiera a G'dath, al recordar los mensajes sin leer que aguardaba en el terminal.

Ricia cogió a Joey por un codo y tiró de él.

—¿Cómo se encuentra, doctor G'dath? Todos están muy preocupados por usted en el colegio.

G'dath sonrió levemente ante la improbable idea de que todos estuvieran preocupados.

—¿De verdad? Es muy considerado por su parte. La verdad es que me siento bastante bien, y espero regresar a casa mañana.

—Apuesto a que estará de vuelta en clase el lunes próximo. Tiene que cuidarse —comentó alegremente Ricia. G'dath se aclaró la garganta y apartó brevemente la mirada. Quizá no fuera ése el mejor momento para mencionar que no volvería el lunes... ni nunca más.

—Ejem. Bueno, para entonces, ciertamente me habré recuperado lo bastante como para dar clase.

Joey dio un paso al frente y le ofreció algo con torpeza.

—Tenga. Esto es para usted, señor.

—Ah. —G'dath cogió la tarjeta y realizó una actuación de apreciativo estudio de la cubierta—. Gracias, Joey.

—Es de parte de toda la clase.

—Ya veo. Y está en inglés y en klingon. Esto es muy considerado por parte de todos. —G'dath levantó la cabeza y le sonrió a ambos estudiantes, sinceramente conmovido por el regalo. La frase en klingon estaba incorrectamente traducida. En lugar de alentarle a recuperarse, lo exhortaba a mejorar su actuación. Pero a G'dath no le importaba el error. De alguna forma, la equivocación hacía que el gesto fuese más simpático—. ¿Ha sido uno de los estudiantes quien hizo esto?

Joey asintió con la cabeza.

—Ábrala, señor —lo instó Ricia.

G'dath obedeció. Al hacerlo, una gruesa hoja de papel se deslizó del interior y cayó sobre la cama. Se detuvo antes de recogerla para leer los nombres firmados en el interior de la tarjeta, algunos con pequeños mensajes: «¡Dése prisa en recuperarse!», «Lo echamos de menos», «¡Vuelva pronto!»... Habían firmado todos los estudiantes de la clase.

Presa de un sentimiento de culpa, G'dath recogió el papel. Sobre el rígido pergamino, habían impreso lo siguiente en ornadas letras:

NOSOTROS, LOS ABAJO FIRMANTES, PROMETEMOS POR LA PRESENTE TRABAJAR HACIA UN ENTENDIMIENTO MAYOR ENTRE LOS PUEBLOS DEL IMPERIO KLINGON Y LOS DE LA FEDERACIÓN DE PLANETAS UNIDOS

La primera firma, un anguloso garabato, pertenecía a Ira Stoller. G'dath no continuó leyendo, sino que cerró los ojos durante un largo momento.

Pasado un rato, oyó que Ricia le decía afablemente:

—Así nos sentimos respecto a cómo están las cosas. Hemos pensado que tal vez si usted lo sabía, eso lo ayudaría a recuperarse más rápidamente que cualquier tarjeta corriente.

G'dath abrió los ojos y vio que sus estudiantes se apoyaban en uno y otro pie, incómodos y en silencio. Se obligó a ofrecerles una débil sonrisa.

—Gracias, señorita Greene. Y a usted, Joey. Por favor, díganles a los demás que han firmado esto que la tarjeta significa muchísimo para mí.

Un chillidito amortiguado que se produjo en la puerta lo hizo volver la cabeza. Frunció el entrecejo ante aquel extraño aunque familiar sonido, y vio que Nan Davis se hallaba de pie en la entrada. Le sonreía animadamente, pero llevaba una chaqueta

de manga larga y se la cerraba como si estuviese muerta de frío.

—Oh, guau —comentó Ricia, con sus ojos marrones abiertos de par en par por la admiración—. Nan Davis.

La reportera les hizo un gesto de asentimiento a los adolescentes al salir de la habitación.

—Y ustedes deben ser dos de los estudiantes a los que no conocía el lunes. De hecho, usted es el famoso Joey Brickner, ¿no es cierto? ¿Qué se siente al ser tan famoso?

—No creo que sea tan maravilloso —replicó Joey, sin inquietarse en absoluto por la presencia de Davis—. Me alegraré cuando todos se olviden del asunto. De mí, quiero decir.

Ricia le dio a Joey un disimulado golpecito en un hombro.

—Creo que ahora será mejor que nos marchemos, Joey, y dejemos que el doctor G'dath hable con su visita. Cuídese, doctor G'dath. Lo veremos el lunes.

Joey asintió con la cabeza.

—Hasta pronto, señor.

G'dath respiró profundamente.

—Los veré el lunes.

Cuando los estudiantes salieron, se volvió a mirar a Nan Davis.

—Señorita Davis...

—G'dath, por favor. Después de todo lo que ha sucedido, no creo que haga falta que seamos tan formales. Llámeme Nan. Bueno, dígame, ¿ha tenido alguna buena oferta de trabajo, últimamente?

G'dath suspiró e inclinó la cabeza hacia la terminal. —En realidad... tal vez alrededor de cincuenta a estas alturas. He renunciado a recibir llamadas, o mantenerme siquiera al día con los mensajes.

—¡Eso es maravilloso! Así que finalmente podrá realizar el importante trabajo para el que está destinado.

G'dath adoptó un aire pensativo.

—Quizá... —comenzó a decir, y se detuvo, un poco sorprendido ante lo que estaba a punto de pronunciar... y sin embargo muy seguro de ello al mismo tiempo. El trozo de pergamino con las firmas de los estudiantes descansaba todavía sobre su regazo, y crujió suavemente cuando *Saltarín* se acurrucó contra él—. Quizá, Nan, ya he estado haciendo el trabajo más importante de todos. —Levantó los ojos hacia ella—. Y no me refiero a mi investigación.

La expresión de Nan era interrogativa al principio, y luego se tornó pensativa.

—Ya veo. Supongo que quiere decir que va a quedarse definitivamente en Nueva York, ahora que le han concedido asilo político.

Él asintió con la cabeza.

—En ese caso, tendrá una vecina nueva. Gracias a su historia, me han ascendido al departamento de Mundo Noticias de Nueva York. —Le dedicó una brillante sonrisa—. ¿No le importará si de vez en cuando paso a visitar a *Saltarín*?

Él le devolvió la sonrisa.

—No me importará en absoluto, Nan. En absoluto.

A primera hora de la mañana del miércoles, Kevin Riley respiró profundamente y traspuso la puerta de la oficina del almirante Kirk.

—¿Almirante?

Kirk estaba sentado ante su mesa y miraba por la ventana mientras la niebla acariciaba el puente del Golden Gate con fantasmales dedos. Al oír su grado, se volvió hacia Riley.

La ansiedad que sentía Riley debió vérselo en el rostro porque, tras una mirada, Kirk dijo:

—Entre. Cierre la puerta, si quiere.

Riley entró y la puerta se deslizó hasta cerrarse a sus espaldas. Después de la experiencia del lunes, él creía que estaba más allá de poder sentir... pero el pensamiento de lo que estaba a punto de hacer era extraordinariamente doloroso.

Le había fallado a Kirk al cometer una falta en la seguridad de G'dath. Era una cuestión de pura suerte el que sólo los dos klingon hubiesen resultado muertos, y que G'dath y Carlos Siegel hubieran sobrevivido a sus heridas. De haber salido las cosas de otra forma, el error de Riley habría costado tres vidas. Y había más que un simple error en la seguridad. Riley había abandonado su puesto sin permiso, había dispuesto de la lanzadera bajo su propia autoridad.

Lo extraño era que la experiencia había acabado con su autocompasión y dolor por Anab, así como con su confusión respecto a Jenny. Ante el rostro de la muerte, todo se transformaba en algo muy sencillo, muy claro. Anab había tenido razón: Riley tenía que averiguar qué deseaba. Ahora lo sabía. Y ya no tenía tanto miedo como antes al riesgo. Después de todo, había arriesgado su propia vida y conseguido salvar a otros en el proceso. El habérsela jugado con el sabotaje de los escudos de la lanzadera, había tenido su recompensa. Se alegraba de haberlo hecho. Lo haría otra vez, encantado.

Sólo lamentaba dos cosas: una, que tendría que perder su puesto de trabajo justo cuando se daba cuenta de lo mucho que deseaba retenerlo, y dos, que finalmente había resultado ser una decepción para Kirk, el hombre que le había salvado la vida. Había considerado el decirle a Kirk que estaba enterado de lo sucedido en Tarsus IV, pero ése no era el momento. Riley no quería revivir ninguna compasión que Kirk pudiera sentir hacia él a causa del pasado.

Pero más adelante hallaría la forma de darle las gracias.

Riley avanzó hacia el escritorio del almirante, y permaneció ante él de pie, rígido, no del todo firme.

—Creo que ya sabe por qué estoy aquí, señor —dijo, y cuando Kirk no discutió, se limitó a mirarlo con aire meditabundo, las manos cruzadas sobre el escritorio, Riley agregó—: Pienso que será mejor que yo renuncie a mi puesto, señor. A menos que prefiera despedirme usted.

Kirk dejó escapar un sonoro suspiro, se levantó y caminó hasta la ventana. Durante un rato, estudió la vista, con las manos cogidas a la espalda. Y luego miró a Riley por encima de un hombro.

—¿No es así como empezamos, segundo oficial?

Riley se sonrojó levemente ante la referencia hecha por el almirante a su primer intento de dimitir, un año antes.

—Señor... esta vez es diferente. En la ocasión anterior intenté dimitir porque no estaba seguro de querer el puesto.

—¿Está seguro ahora? —se apresuró a preguntarle Kirk.

—Sí, señor. Quiero este puesto. Pero sé que no puedo conservarlo. —Hizo una pausa, y cuando habló, lo hizo con un poco más de acaloramiento del que tenía intención—. Almirante, tres personas estuvieron a punto de morir debido a un irreflexivo error por mi parte. A causa de que yo estaba tan abrumado por mi propio prob... —Se interrumpió—. Eso no tiene importancia. El hecho es que yo lo estropeé todo. Eso... eso es todo lo que quería decirle, señor. Y lamento dejar su servicio. Ha sido un honor.

—Kevin. —El almirante se volvió para encararse con él.

Riley alzó las cejas con asombro. Kirk nunca se dirigía a él por el nombre de pila.

—Tiene usted razón. Si hubiese ordenado medidas de prioridad máxima en lugar de medidas estándar de seguridad, puede que esto no hubiera sucedido. Probablemente debería despedirlo. —Kirk hizo una pausa—. He hablado de esto con el almirante de la Flota, Nogura, ¿sabe?

Riley reprimió una nerviosa urgencia de cambiar el peso de un pie al otro.

—Francamente, no pudimos decidir si someterlo a consejo de guerra o condecorarlo por su heroísmo.

—Condecorarme... —se atragantó Riley.

—Sus actos salvaron la vida a los rehenes. Fue usted quien sugirió que se programara el escudo de la lanzadera para que fallara.

—Sí, señor, pero...

—Y según la entrevista que le hicieron a Joey Brickner en trivisión, usted lo protegió al menos en una ocasión del ataque de un klingon.

Por lo que lo hemos dejado así, señor Riley. Ni lo someteremos a consejo de guerra ni lo condecoraremos. En cuando a dimitir... eso queda a su decisión.

Riley vaciló, seguro de que había entendido mal lo que acababa de decir el almirante, de que era demasiado bueno para ser verdad.

—¿Quiere decir que no va a despedirme, señor?

—Por el momento, no.

—En ese caso, me gustaría quedarme, almirante, durante un período de prueba de dos semanas. —«Durante el cual, encontraré una forma de darle las gracias por lo de Tarsus IV...»—. Si mi actuación no fuese absolutamente brillante durante dicho período, le agradecería que me despidiese.

—Hecho. —Kirk sonrió débilmente—. Las suyas fueron en verdad unas acciones muy heroicas, señor Riley.

Riley se relajó adoptando un tono franco.

—Ése no era realmente yo, señor.

—¿No era usted?

Él sonrió con timidez.

—Bueno, señor, durante todo el tiempo que fui rehén de los klingon, yo pretendía ser usted. No dejaba de preguntarme qué habría hecho usted en esa situación. Como puede ver, resultó bastante bien.

Nunca antes había visto que el almirante sintiera embarazo —de hecho, no habría creído que Kirk fuese capaz de experimentar emociones—, pero en ese momento, para absoluto asombro de Riley, las mejillas del almirante adquirieron una leve tonalidad rosácea.

—Apreciaré que se guarde eso para usted, oficial —contestó Kirk con rigidez.

Pero al marcharse, tuvo la definitiva impresión de que el almirante se sentía secretamente complacido.

Kirk permaneció de pie junto a la ventana y observó la puerta deslizarse hasta quedar cerrada a espaldas de su jefe de personal. Le alegraba que Riley hubiera decidido quedarse. Era cierto que Riley había cometido un inmenso error respecto a la seguridad, pero Kirk se sentía orgulloso de la rápida y decisiva acción emprendida por Kevin para salvar a los rehenes. El propio Kirk no podría haberlo hecho mejor, y cuando él y Nogura habían hablado de la suerte que debía correr Riley, el anciano almirante —que nunca había entendido del todo la fe de Kirk en su jefe de personal— se mostró impresionado con el heroísmo del joven segundo oficial.

«Supongo que hace falta una persona para conocer a otra», había dicho el anciano almirante.

Sin embargo, Kirk había quedado desconcertado ante las palabras de Riley: «Yo pretendía ser usted».

Kirk no podía decir honradamente que estuviese sorprendido. Las acciones de Riley le habían recordado a sí mismo más que un poco.

Corrección: más que un poco al sí mismo que había sido. Al Kirk al que había visto unos días antes en el despacho de Nogura, al Kirk que llevaba el traje dorado de mando. La voz de Lori le habló, sin que la invitara, en la memoria: «Vuelve a conseguir una nave. Es lo que más quieres, Jim. Más que nada en el mundo. Más que a mí».

El ver a Riley en acción le hizo recordar una vez más a aquel Kirk, y lo hizo preguntarse si Lori no tendría razón.

Kirk suspiró y volvió a su escritorio, obligándose a no pensar en Riley ni Lori ni la *Enterprise* hasta algunas horas después, aquella tarde.

Aproximadamente a las cinco, todavía se encontraba trabajando en su escritorio cuando el panel de comunicaciones sonó. Él lo atendió a la primera señal, y se sentó con sorpresa al ver el semblante de Lori en la pantalla.

—Jim —le dijo. Tenía los rubios cabellos descuidadamente despeinados y no llevaba uniforme, sino un jersey de color melocotón que le sentaba perfectamente a los tonos de su rostro, pelo y ojos. La tensión había desaparecido de su voz y su mirada. Sonreía con embarazo.

Jim le devolvió la sonrisa, sorprendido y contento por la transformación, además de bastante esperanzado por el afecto que se reflejó en la voz de ella.

—Lori. ¿Desde dónde llamas?

—Desde Centaurus. Estoy en el camarote. Tenía algunos días de vacaciones pendientes, y pensé que me merecía un descanso antes de iniciar el recorrido. Acabo de ver la retransmisión de Mundo Noticias y supe lo que os ha sucedido a ti y a Riley con los klingon. Sólo... sólo quería ver con mis propios ojos que tú te encontrabas bien.

Kirk desplegó las manos en un gesto de «aquí-me-tienes».

—Estoy bien. —«Pero estaría mucho mejor si tú estuvieses aquí.»

—¿Riley?

—Ya lo conoces. Salió de todo eso sin un rasguño. La suerte de los irlandeses. —Hizo una pausa—. Tienes un aspecto un poco fuera del reglamento. Y hermoso.

La sonrisa de ella se volvió tímida.

—Oye, Jim, he estado pensando. Ahora que me he alejado del despacho...

«Alejado de Nogura», oyó Jim.

—... me he calmado un poco. —Su expresión se hizo seria—. Puedo pensar con más claridad aquí. Me preguntaba... me preguntaba si podrías arreglar las cosas para pasar un poco de tiempo conmigo. Aquí podríamos estar los dos solos, sin Nogura, sin la Flota Estelar, sin ningún viejo lastre. Tal vez podríamos averiguar qué hay entre nosotros. —Lo miró a los ojos con firmeza, directamente... como la antigua Lori, y él tendió una mano para acariciar el borde de la pantalla por pura gratitud.

Ella lo vio y le sonrió como si lo comprendiera.

—Me gustaría —respondió Kirk. Lori siempre había sabido lo que quería. Tal vez si pasaba un tiempo con ella, hablaba con ella, comenzaría a encontrarse a sí mismo otra vez, captaría un atisbo del Kirk que había visto en la oficina de Nogura... el que había visto en Riley, el que sabía qué quería—. Sólo déjame arreglar algunas cosas. Te llamaré para darte mi hora estimada de llegada.

—Me alegro. No quiero entretenerte, amor. Sé que estás preparándote para el desfile de naves espaciales que tenéis allí. Cuídate.

—Cuídate.

La imagen parpadeó y desapareció.

Kirk pulsó el control del intercomunicador.

—Riley.

—¿Sí, almirante?

—Resérveme transporte para Centaurus... lo antes posible.

—Sí, señor.

Kirk giró en el asiento y le ordenó al trivisor que sintonizara la transmisión que Mundo Noticias estaba haciendo del desfile de naves espaciales. Se estaba aproximando a la Luna, y en menos de una hora sobrevolaría la base del mar de la Tranquilidad. La imagen cambiaba a un punto y otro para mostrar algunas de las veintenas de naves antiguas y modernas que participaban en el histórico vuelo.

De pronto, apareció ella, y Kirk contuvo la respiración. Por muchos arañazos que hubiera sufrido la lanzadera unos días antes, estaba magnífica, con su casco de deslumbrante blanco contra el negro infinitamente profundo del espacio.

Al fin se hallaba en el espacio al que estaba destinada, y Kirk confiaba en que las importantes personalidades civiles de a bordo estuvieran pasando el mejor momento de sus vidas.

«Buen trabajo, Scotty», pensó Kirk. Otro milagro del hacedor de milagros. Los motores de impulso quemados habían sido apresuradamente reemplazados por un protestón —aunque, según sospechaba Kirk, regocijado— Montgomery Scott, después de que la lanzadera hubiese sido remolcada hasta el muelle espacial Cuatro por orden de Kirk. Scotty le había quitado los motores de impulso a una de las lanzaderas que ya se encontraban a bordo de la nave estelar *Enterprise*, y los había colocado en la sección de popa de la lanzadera espacial antigua. Puesto que aquel arreglo provisional había sido llevado a cabo por Montgomery Scott, funcionaba bien. Para garantizar que así fuese, Scotty estaba a bordo de la lanzadera en aquel preciso instante, cuidando los motores durante el recorrido. Las unidades encajaban como un pie del cuarenta y dos en un zapato del cuarenta, pero la lanzadera volaba. También parecía correcto y apropiado que la joven *Enterprise* contribuyera con algo de sí misma para su antepasada.

Kirk observó la lanzadera que atravesaba el duro vacío del espacio, y pensó en la

resuelta valentía de los hombres y mujeres que habían volado en ella, y en otras naves como ella, hacía tantísimos años. Ese tipo de valor no había desaparecido. Kirk sabía que podía encontrárselo donde uno quisiera buscarlo... en el alma de un pacífico klingon, o incluso en la errática de un jefe de personal.

En el casco de la lanzadera, la bandera de Estados Unidos se encontraba junto a la de la FPU. Las estrellas de la vieja bandera hicieron que Kirk pensara en G'dath y su pueblo. Tal vez algún día, con la ayuda de G'dath y otros como él, la estrella natal de ellos estaría representada en la bandera plateada y escarlata de la Federación de Planetas Unidos.

Se puso de pie y, todavía contemplando la lanzadera, hizo el saludo militar. Luego le ordenó al trivisor que se apagara, recogió sus cosas y se marchó con el corazón alegre, sabiendo que pronto se hallaría donde se encontraba Lori.

FIN

Notas

[1] Dart: En inglés, «venablo». (N. de la T)

[2] Mestizo de alcázar(*Quarterdeck breed*): el juego de palabras resulta intraducible. Quarterdeck es, efectivamente, el alcázar de un barco, pero, a la vez, quarterbreed es una persona que tiene un abuelo de raza blanca, especialmente en el caso de los descendientes de ancestros indios estadounidenses. (N. de la T.)

[3] SRB: Solid rocket boosters. (N. de la T.)